MÁS QUE LA MÚSICA

LORENA PACHECO



YK

Copyright

YOUNG KIWI, 2025
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, mayo 2025

© 2025 Lorena Pacheco
© 2025 Ediciones Kiwi S.L.
© de la ilustración de cubierta, Margarita H. Garcia @margacong
Corrección, Mercedes Pacheco

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
- Nota del Editor
- Nota de autora

Prólogo

PARTE UNO: 1998 - LAS ALMAS HERIDAS SE ATRAEN
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

PARTE DOS: 1998 - EL MAGO DE LAS PALABRAS
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
PARTE TRES: 2001 - EL RÍO SIEMPRE ACABA EN EL OCÉANO
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74

Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Epílogo
Agradecimientos

Nota de autora

Esta es una novela romántica, pero los personajes se enfrentan a algunos temas delicados como el duelo, problemas con las drogas o abuso sexual. No se trata de nada explícito, pero quisiera advertirte antes de que te adentres en sus páginas.

Espero que, si sigues leyendo, encuentres en esta historia una pizca de esperanza y la certeza de que pedir ayuda a los que te quieren no es sinónimo de debilidad, sino de una gran valentía.

Para ti, que tienes el valor de escribir tu propia melodía.

Prólogo

Los Ángeles,
Abril de 2001

Estoy a punto de dejar sobre la barra el vaso a medio beber cuando comienza a sonar en la radio una canción que detesto y de la que es imposible librarse en esta maldita ciudad.

—Ah, joder… —Devuelvo el cristal a mis labios y apuro el contenido antes de taparme las orejas con las manos—. Que alguien cambie la emisora.

Lisa, que ya me ha llenado el vaso de nuevo, se ríe mientras tararea la dichosa melodía.

—Deberías escucharla entera. —La fulmino con la mirada y ella alza las manos—. ¿Qué? Solo digo que es muy buena.

—¿Tú de qué parte estás?

—De la tuya siempre, ya lo sabes. No he comprado su disco, aunque me encanten. Esas letras, esa voz…

—Lisa.

Mi tono de advertencia la hace poner los ojos en blanco.

—Vale, ya me callo. Los enemigos de mis amigos son mis enemigos.

—No es… mi enemigo. No es nadie —digo esto último con convicción, como tantas veces me he repetido a mí misma.

—Claro, porque lo tienes superado del todo.

—Muerto y enterrado.

Los ojos negros de mi amiga me escudriñan, divertidos.

—Y por eso reaccionas así cada vez que escuchas su voz.

—Lo has dicho tú, no yo.

—Qué madura.

La canción sigue sonando. Hay un tipo en una de las mesas que la canta en voz alta. Tengo que reprimir las ganas de levantarme y gritarle que cierre la puta boca.

En su lugar, cuento mentalmente hasta diez, pero la música sigue

vibrando. Su voz se me pega a la piel, y la forma en que rasga las cuerdas de su estúpida guitarra.

Una imagen demasiado nítida se forma en mi cabeza. Da igual los años que hayan pasado, sigo acordándome de cada detalle.

Gruño de pura frustración.

—¿Cuándo coño se acaba esta tortura?

Me sobresalto en el momento en que Josh se deja caer sobre el taburete de al lado.

—¿Qué tortura?

—Morgan odia esta canción.

Nuestro amigo alza las cejas, incrédulo.

—¿En serio? A mí me parece buenísima.

Lisa se carcajea en mi cara. Estoy a punto de levantarme y dejar plantados a mis amigos, pero ha comenzado a sonar *Ironic* de Alanis Morissette. La rabia se va apagando como un cigarrillo olvidado y yo vuelvo a recuperar la compostura.

—Esto sí es buena música —replico de mejor humor.

Josh se encoge de hombros.

—No está mal, aunque yo prefiero la anterior. ¿Sabéis que el grupo viene a Los Ángeles en un mes para el último concierto de su gira?

Lisa tuerce una sonrisa y me mira.

—¿No me digas?

—Podríamos ir —sigue Josh, ajeno a mi drama interior—. Morgan, sé que no te gusta esa canción, pero a lo mejor cuando los veas en directo y escuches el resto de…

Se me escapa un ¡ja!, que intento camuflar con una tos.

—Me temo que ese fin de semana estaré fuera y/o enferma.

Enferma, seguro, sabiendo que cierta persona está de vuelta.

Mi cabeza ya empieza a buscar distintas opciones para la fecha en cuestión, que impliquen estar a muchas millas de ese concierto.

Josh sacude la cabeza, pero sonríe.

—Entendido.

No, en realidad él no lo entiende. No puede, puesto que tampoco se lo he explicado. Lisa es la única que sabe lo que pasó. Ella lo vivió conmigo.

Para el resto del mundo, el vocalista de esa banda tal vez sea una estrella del *rock* más. Alguien con talento para la música y con una voz sexi, que acapara portadas de revistas para adolescentes.

Pero para mí, siempre será el chico que me rompió el corazón.

PARTE UNO
1998
LAS ALMAS HERIDAS SE ATRAEN

Capítulo 1

RIVER

La conocí una tarde de abril por pura casualidad. Freddy siempre habla de destino, pero no creo en esas mierdas místicas. No hay una fuerza divina que cruce los caminos de las personas o que consiga que vuelvan a unirse después de haberse alejado tanto.

Recuerdo que el reloj del garaje marcaba las cuatro cuando Cole dejó de tocar el bajo con un gruñido exasperado.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté, apartando el micrófono de mi boca.

—Has entrado tarde otra vez —acusó a Freddy—. ¿Es que no sabes contar?

El batería apretó los dientes.

—No te lanzo las baquetas a la cabeza porque son mis favoritas —replicó—. He entrado a la de cuatro, como las últimas veinte veces. River, díselo.

No me dio tiempo a decir nada, porque Cole estaba preparado para seguir disparando.

—¿Eso era a la de cuatro? No me jodas.

—No, no me jodas tú. ¿Se puede saber por qué estás tan insoportable hoy? Más de lo normal, quiero decir.

—¿Yo estoy insoportable, don no acepto ni una maldita crítica?

Empezaron una de sus discusiones sin fin, así que me llevé los dedos a la boca y silbé con fuerza. Se callaron en el acto.

—Vale, tíos, creo que es hora de tomarnos un descanso. —Me pellizqué el puente de la nariz y suspiré, frustrado—. Estamos todos agotados y esto… no funciona. Nos falta algo y no sé qué es.

Freddy y Cole intercambiaron una mirada antes de dejar sus instrumentos y asentir, con los ceños más relajados que hacía unos segundos.

—Tienes razón —comentó el primero. Se frotó la cara con ambas

manos—. ¿Dónde queréis ir? Yo tengo hambre.

—Yo también —coincidió Cole—. ¿Qué tal al Kinney Boulevard?

Enarqué una ceja y lo miré.

—Hay una pizzería que te encanta aquí al lado, ¿y quieres ir hasta Venice Beach?

—Ya sabes cuánto me relaja mirar el mar.

Freddy chasqueó la lengua.

—No, el del mar es River. Tú lo que quieres mirar es otra cosa.

Cole se encogió de hombros.

—¿Qué hay de malo en alegrarnos un poco la vista? No es por ofender, pero estoy hasta los huevos de ver vuestras caras todo el día, colegas.

Al final, una baqueta de Freddy le dio en la espalda.

—¡Eh! ¿No las apreciabas tanto?

—Pues imagínate lo que te desprecio a ti ahora mismo para habértelas tirado.

Me reí y negué con la cabeza. Eran ya unos cuantos años acostumbrado a sus gilipolleces.

—Anda, vamos.

***

El paseo era un hervidero de gente de lo más variopinta. Patinadores y *skaters* que, con toda seguridad, se dirigirían al Venice Skate Park; tíos cachas que salían del famoso Muscle Beach —y algún que otro abuelo con más músculos que Schwarzenegger—, críos con helados, familias con perros, chicas y chicos con toallas de mil colores…

Normalmente, me resultaba algo asfixiante cruzarme con tantas personas, pero aquel día me sirvió para distraerme. De no haber sido por mis amigos, era probable que yo hubiera seguido tocando hasta el anochecer. Suelen decirme que no tengo límite, y tienen razón.

Pero me venía bien aquello, en especial por el mar que tenía a mi

izquierda. Su olor, el sonido de las olas rompiendo en la orilla… Todavía, a día de hoy, no hay nada que me calme más que eso.

—Tíos, ¿habéis visto cómo me mira la chica de la tienda de camisetas?

Freddy soltó un bufido.

—¿Vas a decir lo mismo cada vez que te la cruces?

—Es que está muy buena.

El batería alzó las cejas.

—Las he visto mejores.

Cole se rio y se colgó de su cuello para revolverle el pelo rubio.

—Puto envidioso.

—¡Quita, imbécil! —Freddy lo apartó de un empujón y se alisó la camiseta que el otro le había arrugado.

El bajista se echó el aliento en la mano.

—Allá voy.

—Espero que la chica le baje los humos —murmuró Freddy.

Le pasé un brazo por los hombros y sonreí.

—Anda, déjalo con su complejo de Dylan McKay y vamos a por algo de comer.

Mi colega soltó una carcajada, como cada vez que utilizaba esa referencia de *Sensación de vivir* para referirme a Cole y su complejo de tío malote.

Aún siento un cosquilleo en el estómago cuando pienso en lo que sucedió a continuación. En lo que sentí cuando el viento de primavera arrastró hasta nosotros una melodía que se me clavó en el centro del pecho, casi tan profundo como la voz que la acompañaba.

Capítulo 2

MORGAN

Hacía un par de semanas que habíamos dejado atrás Nuevo México para mudarnos a aquella ciudad, que se me antojaba enorme y extraña, por una promesa vaga de un charlatán con el que mi madre había dormido un par de veces.

Si querías ser alguien en el mundo del cine, mejor hacías las maletas y venías a Los Ángeles, la tierra de las oportunidades. O la de las decepciones. Mi intuición me hablaba más de las segundas.

El caso es que me había tocado cambiarme de instituto de la noche a la mañana y, aunque yo no había sido nunca demasiado popular, me había encariñado de mi rutina solitaria en aquellos pasillos deprimentes.

Pero la vida supone adaptarse constantemente a los cambios, así que había puesto mi mejor cara y había hecho el equipaje para seguir a mi madre en la búsqueda de su sueño de ser actriz.

Me habría encantado estar más cerca del mar, pero solo nos habíamos podido permitir alquilar una casita sencilla en la zona de Inglewood. Aunque no me quejaba, pues todo eso era gracias a la herencia de la abuela.

Lisa era la única que se había acercado a mí en el nuevo instituto, cosa que me había extrañado desde el principio y me había hecho desconfiar. No era la jefa de las animadoras, pero se la veía bastante sociable y siempre rodeada de gente. ¿Por qué se acercaba a la solitaria chica nueva? ¿Quería reírse de mí? ¿Había perdido una apuesta?

Todas las películas de adolescentes habían venido a mi mente en aquel momento, buscando la respuesta.

Pero resultó ser más sencillo que todo eso: Lisa era buena persona. Extrovertida, alocada, y se había mudado hacía apenas tres meses desde San Francisco. Sabía lo difícil que era ser la nueva y

había decidido ponérmelo más fácil.

—¿No se enfadarán tus amigas porque almuerces conmigo todos los días? —le pregunté después de la primera semana.

Ella se encogió de hombros.

—No son mis amigas, solo un grupo de gente con el que me junto para divertirme.

—¿Y cuál es la diferencia?

Ella me guiñó el ojo antes de darle un bocado a su sándwich.

—Pronto lo sabremos.

Y lo supimos. Porque nos juntábamos para divertirnos, pero también lo hacíamos para ayudarnos con los exámenes o compartir preocupaciones. Acabé hablando de ella, de sueños y miedos que, hasta entonces, solo habían estado en mi cabeza. Y, desde ese momento, ha estado presente en cada acontecimiento importante de mi vida.

Como el día en que conocí a River.

Lisa y yo habíamos extendido una toalla en la arena.

Ella se había hecho con un par de batidos y acababa de cerrar los ojos mientras la luz del sol se derramaba por su piel oscura, dándole una textura aterciopelada.

Yo tarareaba una melodía que aún no tenía letra, mientras rasgaba las cuerdas de la vieja guitarra de mi abuela. Me había sentado de cara al mar para que el viento me apartara el pelo y no me molestara al tocar.

—Esa canción suena genial, Morgan.

—Gracias, aunque aún no llega ni a canción. Ni siquiera tengo letra.

—¿Y el poema del hombre que se marcha en el barco para no mirar atrás?

Una punzada me atravesó el estómago. Ese poema había sido una vía de escape, pero no era algo de lo que me gustara hablar.

—No sé…

Hizo ruido con la pajita al apurar el batido.

—Bueno, no tienes que decidirlo ahora. De momen… Vaya.

Sus ojos volaron por encima de mi cabeza mientras soltaba el vaso vacío y se pasaba sus trenzas por el hombro de forma coqueta.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa?

—No te gires, pero hay un chico guapísimo que te está mirando.

Pero no le puedes decir a alguien que no se gire, mientras pones cara de idiota, porque, a ver, esa persona se va a girar. De la forma más disimulada posible, pero va a ocurrir.

Y eso hice, solo que mis ojos se encontraron con los de aquel chico de inmediato y ya no pude apartar la mirada.

Él debió de tomarlo como una invitación, porque se acercó hasta la arena con su amigo y una sonrisa que me puso el estómago del revés.

—Suenas increíble.

Sus primeras dos palabras. Sus primeras dos balas en el centro de mi pecho.

—Gracias —murmuré.

Sus ojos verdes bajaron hasta mis dedos, que se habían aferrado a las cuerdas de la guitarra. Los relajé y escondí las uñas, avergonzada por si se percataba de los restos de pintura que había en ellas.

—Ha sido… —El chico cerró los ojos unos segundos. Aproveché para fijarme en sus rasgos. En su mandíbula marcada, su piel bronceada y ese pelo castaño oscuro que acabaría acariciando más tarde—. Nos vendría bien algo así, ¿verdad, colega? Algo fresco, más suave. Más… orgánico.

Mis ojos bajaron a su camiseta sin mangas, a los pantalones vaqueros de los que colgaba una pequeña cadena metálica. Él se había girado para preguntarle al chico rubio que se había quedado algo atrás. Era un poco más alto y más esbelto, y llevaba una camiseta naranja que pegaba con el atardecer.

—Este tampoco está mal —susurró Lisa a mi derecha. Le di un codazo y sonreí con timidez.

—Me ha gustado, aunque dudo que ninguno de los tres podamos llegar a ese tono —bromeó el rubio. Si había escuchado a mi amiga, lo disimuló muy bien.

La risa del primero me erizó el vello de la piel.

—Cierto. —Esos ojos verdes se clavaron en los míos. Sentí que mi

corazón se saltaba un latido y que la capacidad de hablar me abandonaba por momentos—. Tenemos un grupo de música. ¿Te plantearías vendernos los derechos de esa melodía?

Parpadeé varias veces.

—¿Perdón?

—¡Tía, tu primera canción vendida! —exclamó Lisa, entusiasmada. Le había contado mis aspiraciones a compositora.

—No voy vendiendo mi música a cualquiera.

Quizá aquella frase me quedó más soberbia de lo que pretendía.

—Ni a cualquiera ni a nadie —masculló mi amiga.

La fulminé con la mirada y, cuando me volví hacia el chico moreno, vi que torcía una sonrisa. ¿Qué se había creído?

—No os ofendáis, pero no sé ni quiénes sois —respondí, más borde que antes.

—Eso tiene solución —dijo él, extendiendo una mano. Me fijé en el anillo negro que llevaba en el dedo índice y en las dos pulseras que rodeaban su muñeca. Una de plata, otra formada por pequeñas bolas azules de plástico—. River, vocalista y guitarrista de The last flame.

Y en el momento en que nuestras pieles se rozaron, el estómago me dio un vuelco y dejé de escuchar todo lo que tenía a mi alrededor, como si una burbuja nos hubiera envuelto solo a los dos.

—Morgan —respondí. Alzó una ceja—. ¿Qué pasa? ¿Algún problema?

—Yo no, ¿y tú? Has arrugado la nariz al decir tu nombre.

Lisa se rio a mi lado.

Yo me solté de la mano que aún sujetaba y volví a dejar la mía sobre la guitarra. No iba a ponerme a explicarle a aquel desconocido que no era muy *fan* de mi propio nombre.

—Yo soy Lisa.

—Freddy, el batería del grupo.

—Y yo, Cole, el bajista. ¿Qué me he perdido?

Había aparecido un tercer chico, vestido completamente de negro, con una pulsera de púas y un aire de *bad boy* que tiraba para atrás. El suspiro de Lisa casi me hizo reír.

—Cole, estas son Morgan y Lisa —nos presentó River—. Estamos

intentando hacer negocios con ellas.

—Entonces llego en el momento perfecto. —Cole torció una sonrisa con chulería y miró a mi amiga de arriba abajo por encima de las gafas de sol—. ¿Has salido alguna vez con una estrella del *rock*?

—Por favor… —masculló Freddy.

Pero Lisa parecía encantada con la atención que estaba recibiendo. Cole había bajado a la arena y se había acuclillado frente a ella.

—¿Qué vais a hacer luego?

La *groupie* que tenía a la derecha se mordió los labios rojos de forma… ¿sexi? Dios mío.

—¿Qué propones?

Cole le dijo algo al oído. Ella soltó una risita de lo más ridícula.

Mis ojos buscaron entonces los de River, que ya me estaban esperando. Tragué saliva.

—¿Dónde aprendiste a tocar? —Señaló con la barbilla la guitarra.

—Mi abuela me enseñó lo principal —respondí, acariciando el nombre que había grabado en la madera.

—Parece que te enseñó bien.

Noté el rubor apoderándose de toda mi cara.

—He dicho en serio lo de la melodía. —Se sentó en el suelo, de cara a nosotras. Freddy hizo lo mismo—. Estamos trabajando en una canción nueva, pero nos falta algo.

—¿Y crees que ese algo es… esto? —pregunté, bajando la vista a mi guitarra.

—Sí.

Me impactó su convicción. Desvié la vista hacia Freddy, que me dedicaba una sonrisa amable.

—Ni siquiera está terminada —repuse.

—En eso podemos ayudarte —continuó el vocalista—. ¿Por qué no vienes a nuestro estudio y te enseñamos lo que hacemos?

Más tarde, Freddy me confesaría que la desconfianza que había mostrado mi cara en aquel momento le había resultado de lo más graciosa.

—Pues… no sé, la verdad.

—Te prometo que no es ninguna broma y que no estamos intentando ligar con vosotras —dijo el rubio. Luego desvió la vista hacia Cole—. Bueno, él sí.

Pero River seguía mirándome solo a mí.

—¿Qué me dices, Morgan?

No sé si fue la forma en que pronunció mi nombre, el magnetismo de sus ojos verdes o la pasión que podía intuir en su voz, pero estaba a punto de aceptar cuando mi amiga se me adelantó.

—Te dice que sí, por supuesto. —Lisa se puso en pie y se sacudió la falda de arena—. ¿Dónde vamos?

Capítulo 3

RIVER

Incluso por aquel entonces, solía estar orgulloso y bastante seguro del potencial de nuestra música, pero cuando Morgan entró por primera vez en el garaje de Freddy…

Joder, de repente sentí la necesidad de no decepcionarla.

Es cierto que me interesaba conseguir esa melodía, pero desde una perspectiva más básica, solo era un chico que quería impresionar a la chica que le había llamado la atención.

—Vaya… Lo tenéis bien montado —comentó Lisa al entrar—. ¿Por qué tanta madera?

—A los dos días de empezar a tocar aquí, mi padre llegó con los tablones para insonorizarlo —explicó Freddy.

—Así que estamos con unos desconocidos en una habitación insonorizada, con la puerta cerrada y sin una mísera ventana —observó Morgan. Luego miró a su amiga—. Creo que nuestras madres estarían orgullosas de nuestro sentido común.

Su sarcasmo me hizo reír.

—Lo siento —dije cuando me miró con la ceja enarcada—. No vamos a haceros nada. La madera, en realidad, apenas funciona y todo el vecindario escucharía vuestros gritos.

Mi intento de bromear provocó que la chica sonriera un poco, cosa que me alivió. Se apartó hacia un lado su larga melena castaña.

—Me quedo más tranquila.

Lisa y Cole se sentaron en el viejo sofá marrón.

Morgan rodeó los instrumentos con lentitud, fijándose en los detalles, y aproveché que Freddy le estaba enseñando sus amadas baquetas para recoger el desastre de papeles que yo había dejado en la mesa de plástico que utilizaba cuando quería componer.

—Tenéis un teclado —comentó de pronto ella—. ¿Quién de vosotros lo toca?

—Ninguno.

—Una lástima —se lamentó—. Puede aportar mucho.

—¿Tú sabes tocarlo?

Se encogió de hombros.

—Me defiendo.

Me acerqué, interesado.

—¿Tu abuela?

—Tenía un piano en su casa, pero mi madre lo vendió cuando murió.

Noté la decepción en su voz.

—Al menos pudiste conservar la guitarra —comentó Freddy.

Ella sonrió con cierta tristeza.

—Me salió caro, pero sí.

—¿Cómo de caro? —me sorprendí preguntando. Quería saber más de aquella chica—. Vale, no es asunto nuestro.

—Tranquilo. —Sus dedos acariciaron las teclas polvorientas despacio y yo me pregunté qué se sentiría al recibir esa caricia—. Tuve que aparentar que me parecía bien dejar toda mi vida atrás y venir aquí.

—Y… está claro que no es así —me atreví a decir—. No te gusta Los Ángeles.

Esos ojos oscuros me miraron divertidos.

—Tampoco está tan mal.

—Claro que no —soltó de pronto Lisa—. Mírate, hace dos semanas que dejaste Nuevo México y ya nos tienes a mí y a la próxima banda de *rock* revelación del país de tu parte.

—Tu amiga tiene razón —dijo Cole. Abrió los brazos para acomodarse en el sofá y alzó la barbilla, orgulloso—. Y esto no ha hecho más que empezar.

Morgan puso los ojos en blanco, pero sonreía cuando dio la espalda a esos dos para mirarme.

—¿Y qué música decís que tocáis exactamente?

—Supongo que podemos decir que el origen es el *garage rock*.

—¿*Rock* de garaje? Muy apropiado.

—Aunque tal vez sea más apropiado hablar de *punk rock* o *rock* alternativo en general. Solemos utilizar estructuras de acordes

básicas, secuencias de notas octavas y quintas, amplificadores para…

Cole fingió un ronquido.

—Tío, vas a conseguir que se larguen.

Me rasqué la nuca, cohibido.

—Perdón.

—No tienes por qué disculparte —dijo Morgan con rapidez, lanzándole una mirada reprobatoria al bajista—. No entiendo demasiado de géneros, pero… ¿algún referente musical que pueda conocer?

—¿Nirvana? ¿Blink-182? —respondió Cole—. *Nevermind* será siempre el mejor puto álbum de la historia. Hasta que podamos grabar el nuestro, claro.

—Reconozco que no lo he escuchado.

Mi colega abrió la boca, incrédulo.

—¿En serio? ¿Y qué música escuchas?

—No sé… Los Backstreet Boys, Aqua, las Spice Girls…

Él se pellizcó el puente de la nariz.

—Por favor, no sigas.

—… Linkin Park, Michael Jackson, No Doubt… —Cole la miró, esperanzado. Ella se encogió de hombros—. No tengo un grupo favorito.

Él le guiñó un ojo con chulería.

—Bueno, pues ya tienes aquí a The last flame. La última llama de esperanza, de resistencia, de lujuria… De lo que tú quieras.

—¿Estáis trabajando en una maqueta o algo así? —quiso saber Lisa que, de repente, estaba en su regazo—. Habéis dicho que esto era un estudio, pero no veo mesa de mezclas ni nada con lo que poder grabar.

Freddy lanzó las baquetas al aire de forma distraída.

—Estamos ahorrando para poder comprar lo básico. Mientras, ensayamos y damos forma a las canciones.

—Intento darle más profundidad a las letras, buscar melodías más complejas y huir a veces de las distorsiones de los amplificadores —continué yo de cara a Morgan—. Me gusta lo electrónico, pero al escucharte antes… Creo que nos vendría bien algo más natural con

lo que fusionarnos.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Podemos ver una muestra?

—¿Quieres… que toquemos ahora?

—Si voy a plantearme la posibilidad de trabajar con vosotros, tengo que saber de lo que sois capaces.

Esas palabras fueron gasolina para mí. El pulso se me disparó antes de coger la guitarra con una mano y la púa con la otra.

—Prepárate para alucinar, nena. —Escuché que decía Cole.

—Menos hablar y más tocar, cariño —respondió Lisa.

Esa clase de provocaciones lo motivaban, así que cuando cogió el bajo, supe que iba a dar todo lo mejor de sí.

Me aclaré la garganta antes de ponerme frente al micrófono. Los dedos volaron solos sobre las cuerdas de la guitarra, acostumbrados a la coreografía que llevaban días repitiendo. Freddy levantó las baquetas y las golpeó para marcar el *tempo*. Cerré los ojos un momento y comencé a cantar las primeras estrofas de *Lost in the woods*.

I felt a shadow inside of me
A scared boy in the dark
My head, a place where I can't see
My soul engraved with a mark

Había cantado esa canción para una chica sin rostro hasta aquel momento, pero tenía a Morgan delante de mí y… joder, eso fue pura magia. Por estúpido que pudiera parecer, sentí en cada fibra de mi ser que la letra hablaba de ella.

It was your light that brought me back
Under my feet a fixed crack

Your eyes showed me the way
At last I know with you I'm safe

El ritmo de Freddy era frenético. Cole se estaba luciendo como nunca. Y yo… Yo me entregué con el alma a aquella actuación, como si estuviéramos tocando para un estadio, en lugar de para dos chicas que acabábamos de conocer.

Tener público nos hacía ser mejores.

Las dos rompieron a aplaudir cuando terminamos.

Lisa incluso ahuecó las manos alrededor de la boca y lanzó varios gritos. Cole la alzó en el aire para celebrarlo.

Yo me acerqué a Morgan.

—¿Y bien? —pregunté, todavía con la respiración agitada.

Se humedeció los labios carnosos antes de hablar.

—Sois buenos —admitió—. Muy buenos.

Mi pecho se hinchó de puro orgullo, pero no se me olvidaba el motivo por el que la había invitado a venir.

—¿Alguna recomendación para ser mejores?

—No soy experta en música, pero, si lo que buscas es algo más orgánico… —Cogió su guitarra—. Freddy, ¿puedes darme el ritmo, por favor?

Mi amigo obedeció y volvió tras su batería.

—River, canta el estribillo y te sigo.

Tragué saliva. Nunca había cantado con nadie que no fueran mis amigos.

Comencé a entonar, pero enseguida fui yo el que trató de adaptarse a su cadencia pausada. Abrí los ojos por la sorpresa y sentí que ambos fluíamos en la misma dirección. Freddy y yo intercambiamos una mirada cómplice y mi mente se abrió a otras posibilidades.

—No digo que suene mejor que antes —dijo al terminar, algo cohibida—, pero me encanta el matiz que adquiere tu voz al cantar más lento.

Cole, que me observaba con una sonrisilla acusadora, dio un paso al frente.

—Tío, ella quizá no lo diga, pero yo sí. Ha sonado mejor que antes.

—Mi chica tiene talento —soltó Lisa, colgándose del brazo de su amiga con orgullo.

Intercambié una mirada con mis amigos y me di cuenta de que sabían perfectamente en qué estaba pensando.

Tragué saliva y me lancé.

—Morgan, ¿tocarías esta canción con nosotros en público?

Capítulo 4

MORGAN

Siguieron muchas tardes a esa.

De un día para otro, parecía formar parte de una banda adolescente de *rock* que tenía aspiraciones de comerse el mundo.

Mi madre apenas estaba en casa entre sus turnos interminables en el restaurante y las audiciones a las que acudía sin descanso, así que tampoco hacía demasiadas preguntas. Supongo que le aliviaba que su hija se relacionara con gente de su edad y que no pareciera odiarla por haberla obligado a mudarse.

Trabajar con la banda por las tardes se convirtió en mi parte favorita del día.

En especial, los momentos en los que componía con River.

A primera vista, el chico no aparentaba la sensibilidad que escondía en su interior. Sus letras eran desgarradoras, a veces un poco agresivas, pero todas te removían por dentro. Pronto me di cuenta de que aquel grupo significaba un poco más para él que para los demás. Su nivel de compromiso con la música era tal que, al mirarlo, sabías que iba a conseguir todo lo que se propusiera.

River Hayes iba a cumplir cada uno de sus sueños.

Tan solo unos días con ellos y ya me había dado cuenta de que Freddy era un tipo honesto y generoso, que utilizaba el sarcasmo como mecanismo de defensa. Y, a pesar de sus discusiones con Cole, algo me decía que su amigo le importaba más de lo que parecía.

Cole era predecible. Tal cual me había imaginado que era nada más verlo en aquella playa. Rezumaba cierta soberbia, tenía el ego por las nubes y sus aspiraciones parecían más enfocadas en la fama que en la música en sí. Pero le encantaba lo que hacía y le importaban sus amigos, aunque le gustara considerarse la oveja negra del grupo. El rebelde sin causa que volvía locas a las chicas.

A Lisa la tenía totalmente colgada. Se había apuntado a los ensayos con la excusa de no dejarme sola, pero ambas sabíamos que ese no era el motivo.

—Los tíos del instituto me parecen unos críos al lado de estos, ¿no crees? —me preguntó un día mientras los chicos preparaban sus instrumentos antes de un ensayo.

Me encogí de hombros.

—Supongo.

—Cole ha traído algo de marihuana —dijo entre dientes, con los ojillos brillantes como los de una niña a punto de cometer una travesura.

Fruncí el ceño.

—¿Vas a drogarte?

—Es solo un poco de hierba, Morgan. Tampoco exageres —se justificó. Luego formó unos cuernos con los dedos de la mano y sacó la lengua—. Además, es *rock and roll*, pequeña.

Desvié la vista hacia River. Verlo tocar la guitarra y desgarrarse la voz sí que era *rock and roll*, y no fumarse un canuto. Pero Lisa me aseguró que solo quería probarla y que Cole controlaba, así que no insistí más. Quizá ella tuviera razón y no fuera más que una tontería.

***

Luché por vencer mi miedo escénico cuando acepté interpretar *Lost in the woods* con ellos en el muelle de Santa Mónica.

Recuerdo perfectamente lo rápido que me latía el corazón mientras los chicos montaban la batería de Freddy, que habían traído en el coche de su padre, con el resto de los instrumentos.

El dueño de una de las tiendas de camisetas del paseo les había prestado un alargador y les había dejado enchufarlos durante unos minutos, a cambio de que lleváramos puestas algunas de sus camisetas mientras actuábamos.

Yo había elegido una de tirantes, de color amarillo, con el dibujo de la noria en el pecho.

Las personas de nuestro alrededor paseaban, montaban en bicicleta o patinaban sin dejar de lanzarnos miradas curiosas. El viento de la tarde era cálido y ondeaba las hojas de las palmeras y mi melena suelta. Lisa nos deseó buena suerte y se quedó frente a nosotros, a la espera de que comenzáramos.

—No puedo creer que me hayas convencido para hacer esto —le dije a River—. Se supone que yo solo iba a ayudarte a componer.

Él me puso la mano en la espalda y acercó sus labios a mi oído.

—Y a tocar esta canción, ¿recuerdas? Además, no es justo que el mundo no tenga la oportunidad de escucharte, Morgan.

Tuve que reprimir el impulso de cerrar los ojos al escuchar su voz tan cerca.

—No sé qué hago aquí. —De repente, mis manos se habían quedado petrificadas sobre mi guitarra.

—Puedes irte, si quieres. —Lo miré a los ojos y supe que no me guardaría rencor si salía corriendo—. Es tu decisión.

Tragué saliva y respiré hondo.

—A la mierda. Freddy, cuando quieras.

La sonrisa del vocalista me provocó una corriente de energía que me llegó hasta las puntas de los dedos y, cuando fue mi turno, comencé a tocar como si todavía estuviéramos en el garaje.

La gente se fue parando a nuestro alrededor.

Nos fuimos soltando y me sorprendí disfrutando de lo que estaba haciendo.

River buscaba continuamente mi mirada, sospecho que, en parte, para asegurarse de que estaba bien, para infundirme tranquilidad.

Al terminar, el dueño de la tienda nos dijo que teníamos que repetirlo algún día y nos regaló las camisetas que llevábamos puestas. Se ve que le había gustado lo que había oído. Eso, y que hubo gente que reparó en su negocio al detenerse frente a nosotros y, al terminar la canción, decidieron entrar a echar un vistazo.

Recaudamos unas cuantas monedas, que utilizamos más tarde para asaltar una heladería como celebración de nuestro éxito, y no dejamos de sonreír y soñar despiertos con el día en que los chicos pudieran tocar esta canción en un escenario de verdad.

—Tendríais que grabar más canciones juntos —opinó Lisa—.

Vuestras voces se entrelazan a la perfección.

—Lo mío son las letras —me apresuré a aclarar—. Esto ha sido la excepción.

Vi a River torcer una sonrisa antes de dar un mordisco a su helado de vainilla.

Freddy me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia él para darme un beso en la cabeza.

—Eso ya lo veremos.

—¡Me vas a tirar el helado! —exclamé entre risas.

—Y puede que te haga un favor —soltó Cole, que arrugaba la nariz al observar la bola de crema verde—. ¿Cómo puedes comer helado de menta? Mira que eres rara.

Puse los ojos en blanco.

—¿Y cómo puede Lisa comerte a ti?

Sus amigos rompieron a reír, pero Cole me enseñó su dedo corazón. Lisa sonreía cuando le rodeó la cintura.

—Te lo mereces, cielo —dijo mi amiga—. Y Morgan no es rara, es especial.

—Es lo mismo —gruñó él.

—No, no es lo mismo —respondió River, más serio de lo que habría cabido esperar en aquel momento.

Me miró fijamente durante un instante y luego volvió a su helado, ajeno al cosquilleo que acababa de recorrerme el estómago.

***

Los días dieron paso a las semanas y, cuando quisimos darnos cuenta, estábamos entrando en el mes de junio.

River y yo habíamos compuesto diez canciones juntos desde que nos habíamos conocido. Algunas partían de apenas un par de estrofas suyas, que había apuntado en una servilleta; otras, eran casi por completo poemas de mi autoría. Hacíamos retoques, probábamos sonidos, imaginábamos melodías e incluso terminábamos las frases del otro.

Freddy y Cole decían que a veces daba miedo lo conectados que estábamos.

Yo solía ruborizarme de forma vergonzosa por esos comentarios, pero River no les hacía mucho caso. En realidad, cuando estaba metido de lleno en la composición de una canción, parecía como si ni siquiera escuchara lo que pasaba a su alrededor.

Teníamos cierta confianza y trabajábamos bien juntos, pero no solíamos hablar de temas personales. Lo más íntimo que me había confesado era que admiraba a Slash, el guitarrista de Guns N' Roses, y que se había pasado una semana entera practicando para aprender a tocar el solo final de *Sweet Child O'Mine*.

Eso cambió una noche de sábado.

Cole, Lisa y Freddy habían salido a por algo de cena, y nosotros dos nos habíamos quedado solos.

—¿Me vas a contar qué problema tienes con tu nombre? —preguntó de repente.

Levanté la vista del papel en el que había garabateado varias ideas y lo miré sorprendida.

—¿Qué?

—¿Qué tiene de malo Morgan?

Solté un bufido.

—¿Y qué tiene de bueno?

—A mí me gusta.

—Venga ya. ¿Morgan Freeman?

Su risa me pilló desprevenida.

—Es un buen actor.

—Y es un hombre —expliqué—. Mucha gente me ha mirado raro cuando les he dicho mi nombre, y supongo que es algo que se me ha pegado.

Soltó su amada guitarra con delicadeza y se sentó a mi lado en el sofá.

—Esa gente es idiota, y no deberías dejar que te afecte lo que dicen los idiotas.

Tragué saliva. Siempre me ponía nerviosa cuando lo tenía tan cerca y me sentía de lo más expuesta. No porque no pudiera confiar en él, sino porque no quería que se diera cuenta de lo mucho que

me afectaba que su rodilla rozara la mía o de la forma en que mis ojos me traicionaban y buscaban los suyos.

—Al parecer, fue idea de mi padre.

River frunció el ceño y me miró fijamente.

—Nunca hablas de él.

Me removí, incómoda, fingiendo que mis uñas me interesaban muchísimo.

—No hay mucho que contar. Ni siquiera lo conocí.

—Morgan, yo…

—No digas que lo sientes.

—Pero es que lo siento.

Noté una rabia conocida extendiéndose desde el centro de mi pecho.

—No se puede echar de menos algo que nunca has tenido. Y, si fue capaz de abandonar a su novia embarazada, es que habría sido un padre de mierda. Así que, si lo piensas bien, me libré de una buena, ¿no?

La sonrisa del chico de ojos verdes fue algo triste.

—Eso seguro.

Por primera vez, se instaló entre nosotros un silencio extraño. Muy diferente a los que compartíamos, mientras cada uno volcaba sus pensamientos sobre el papel o limpiaba su instrumento.

—¿Echas de menos Nuevo México? —preguntó.

—Echo de menos a mi abuela. Sin ella me siento…

—¿Perdida? —Asentí—. Tener que seguir adelante sin alguien tan importante en tu vida es una mierda.

Tuve la sensación de que sabía muy bien lo que significaban esas palabras, pero en lugar de preguntarle, me limité a suspirar.

—Pues sí.

Otra vez ese silencio, esta vez cargado del peso de la nostalgia.

—Morgan Adams —dijo de pronto. Lo miré sin entender—. *La isla de las cabezas cortadas*. Es una mujer.

Mis labios dibujaron una sonrisa. Las ganas de abrazarlo en aquel momento fueron casi insoportables.

—Sí, ella nos hizo bien a las Morgan del mundo.

Me pareció percibir que sus hombros se relajaban por el alivio.

—Y tú nos has hecho bien a nosotros.

Le di un pequeño empujón.

—Corta el rollo ya, estoy bien. No tienes que hacerme la pelota para animarme.

—Oye, que iba en serio. Y, por cierto —dijo mientras cogía de nuevo la guitarra—, mi padre también es un capullo.

Vi en sus ojos que él también había pasado por mucho. Por un segundo, sentí que quizá las almas heridas se atraían y se apoyaban las unas en las otras para compartir su dolor.

Estaba a punto de preguntarle al respecto cuando nuestros amigos aparecieron con las *pizzas* y unas sonrisas de oreja a oreja.

—¡No os lo vais a creer! —exclamó Freddy nada más cruzar la puerta—. Nos hemos encontrado en la pizzería con Sam, el mejor amigo de mi primo Thomas, y…

—¡Y ahora trabaja en The Roxy! —le cortó Cole.

—¿Qué es The Roxy? —pregunté.

Él me miró como si fuera una ignorante.

—¡Uno de los clubs más famosos del West Hollywood! Allí han tocado Nirvana, Guns N' Roses, Bowie, Bob Marley… —Se tocaba el pelo y no dejaba de andar de un lado a otro, nervioso—. El chaval curra en el puto Roxy, River. Ha empezado a hablar con Freddy, a preguntarle cómo le iba la vida y… Buah, es que aún estoy flipando.

—¿Me va a decir alguno de una vez lo que pasa? —masculló River, impaciente.

Lisa les quitó de las manos las cajas de *pizza*, que amenazaban con acabar en el suelo de un momento a otro. Su impaciencia natural la hizo adelantarse a los otros dos.

—¡Tenéis una actuación el sábado que viene!

Capítulo 5

RIVER

Aún no me lo creía. Íbamos a tocar en The Roxy. Al parecer, había quedado un hueco libre y Sam, que tenía buena relación con el que se encargaba de gestionar todo el tema de las actuaciones, le había propuesto a Freddy ocupar ese lugar.

Morgan se había negado a participar. Había asegurado por activa y por pasiva que lo suyo no era interpretar canciones, sino componerlas. Habíamos intentado que aceptara repetir lo del muelle de Santa Mónica, pero seguía insistiendo en que el grupo era nuestro y que ella no formaba parte de él.

Se equivocaba.

Pero las cosas habían continuado igual. Ensayábamos, escribíamos y nos divertíamos todos juntos. Me gustaba estar con ella y, aunque nunca lo dije en voz alta, anhelaba los momentos en que nos quedábamos a solas. Me daban una paz difícil de explicar.

Aquella tarde, volvía a tener sus uñas manchadas de pintura. Se notaba que había intentado eliminarla a conciencia, pero yo era bueno fijándome en los detalles. Se le salía el arte por los poros y creo que ni siquiera se daba cuenta.

Estábamos tomándonos un descanso del último ensayo.

—¿A vuestros padres les parece bien que estéis aquí cada día? —preguntó Lisa con la boca llena de Doritos.

Cole apoyó el tobillo en la rodilla y dio un largo trago al botellín de cerveza.

—Mis padres saben que, mientras esté aquí, no me meteré en ningún lío.

—Qué malote —bromeó la chica. El otro le guiñó un ojo.

—Los míos solo me piden que apruebe —intervino Freddy.

—¿Y lo haces?

—Voy tirando, pero se conforman. No son como los padres de

River, que necesitan que todo sea sobresaliente.

Todas las miradas se posaron sobre mí. Apreté los dientes, tenso. Hablar de mis progenitores no era mi tema favorito.

—Se conforman con algún notable —respondí, algo incómodo.

—Es verdad, son muy flexibles —soltó Cole con sarcasmo.

—¿Cuándo sacas el tiempo para estudiar? —me preguntó Morgan con curiosidad.

Me encogí de hombros.

—Tengo buena memoria.

—¿Alguno va a ir a la universidad? —quiso saber Lisa.

Cole y Freddy me miraron. Sabían que este tema me incomodaba.

—¿Para qué? Vamos a ser estrellas del *rock* —dijo el primero.

—Exacto —coincidió Freddy, poniéndose en pie y sentándose tras los platillos.

Mi amigo hizo bailar las baquetas entre los dedos y aporreó la batería con energía.

—¿Me dejas probar? —preguntó Morgan, provocando que suspirara de alivio por el cambio de rumbo en la conversación.

Freddy le enseñó a cogerlas correctamente.

Morgan las lanzaba al aire, pero siempre se le caían y provocaba que ambos se partieran de risa. Cada vez que levantaba los brazos, yo me fijaba en su ombligo, que quedaba expuesto bajo el nudo de su camiseta. Se había recogido su bonito pelo en una coleta alta, que dejaba a la vista sus mejillas salpicadas de pecas. Se arremangó la chaqueta y trató de repetir la secuencia que Freddy acababa de tocar.

Alzó las cejas, impresionado.

—No está nada mal para ser tu primera vez.

—Eso se llama aporrear —dijo Cole—. Morgan, no te ofendas, pero creo que lo tuyo es la guitarra.

La chica le dedicó una sonrisa maliciosa.

—O el bajo.

El chulo de mi amigo se carcajeó.

—Preciosa, creo que alucinas.

Lisa se puso al lado de su amiga.

—¿Es que tienes miedo de un poco de competencia?

Tres, dos, uno…

—Está bien, solo quería protegerla de hacer el ridículo, pero… —Cole le entregó su bajo a Morgan—. Con cuidado.

Cometió algún error, pero hizo una imitación bastante aceptable de uno de los fragmentos de la última canción. Al terminar, Freddy se puso a aplaudir.

—¡Ja! —exclamó de cara a Cole.

—¡Pero si ha desafinado tres veces!

Me reí y guiñé un ojo a la chica.

—Le has dado donde más le duele: en su ego. —Choqué la punta de mi zapatilla con la suya—. ¿Hay algo que no se te dé bien?

Bajó la vista y sonrió. Qué bonita estaba cuando se ruborizaba.

Lisa carraspeó a mi izquierda.

—Siento interrumpir, pero tenemos que irnos.

La morena se miró el reloj de la muñeca.

—¡Mierda! —Le devolvió el bajo a Cole, que seguía enfurruñado como un crío, y se despidió de nosotros a toda prisa—. ¡Nos vemos mañana, chicos!

Levanté la mano y la observé hasta que desapareció por la puerta. Cuando me giré hacia mis amigos, ambos sonreían.

—¿Qué?

—Te la quieres tirar —soltó Cole a bocajarro.

—¿Qué cojones dices?

—Lo que Cole quiere decir, es que es evidente que Morgan te gusta —puntualizó Freddy.

Un calor repentino me fue trepando desde el cuello hasta la cara.

—No digáis gilipolleces. Es mi amiga, como vosotros.

—Tío, si a nosotros nos trataras como la tratas a ella, tendríamos que hablar seriamente sobre qué clase de grupo somos.

Le tiré a Cole lo primero que pillé: la chapa de una de sus cervezas.

—Odio darle la razón a Dylan —siguió Freddy—, pero esa ternura con la que la miras…

—Vale, pues la miro como podría mirar a Violet, ¿contentos?

Cole arrugó la nariz.

—Por el bien de tu hermana pequeña, espero que no la mires

como a Morgan.

La risotada de Freddy me hizo tirarle otra chapa a él.

—Dejadme en paz de una puta vez.

Los dos alzaron las manos en señal de rendición.

—De acuerdo, pero reconoce al menos que está como un queso y que te atrae.

—Me atrae su talento para la música —maticé—. Y ¿sabéis qué? Creo que debería unirse a la banda oficialmente.

Era algo que llevaba días planteándome proponerles y aquel era un momento tan bueno como otro cualquiera para hacerlo.

Freddy asintió.

—Me parece bien.

Los dos miramos a Cole.

—A mí me parece… precipitado. No me estoy negando, es solo que ni siquiera has podido convencerla de que toque con nosotros el sábado —me recordó—. ¿No crees que deberíamos empezar por ahí y luego ir viendo cómo evoluciona todo?

—Está bien —acepté. Al fin y al cabo, el grupo no era solo mío. Siempre había sido cosa de tres y lo que yo estaba proponiendo era cambiar la idea original—. Iremos paso a paso.

Paso a paso… Al poco tiempo, me di cuenta de que yo me moría de ganas de recorrer el camino completo con ella a mi lado.

Es una lástima que al final no pudiera ser.

Capítulo 6

MORGAN

Habíamos tardado una media hora en recorrer la distancia que separaba Santa Mónica de las avenidas rebosantes de estilo y elegancia propias de Beverly Hills.

El Ford Taurus de color granate, propiedad del padre de Freddy, contrastaba profundamente con los coches lujosos con los que nos cruzábamos sin parar.

Me había tocado sentarme en la parte trasera con Lisa y Cole, que no dejaban de meterse mano. Pero me resultaba fácil ignorarlos porque yo tenía casi medio cuerpo fuera de la ventanilla, con el dedo índice preparado sobre el botón de disparo de la Nikon de mi madre.

Fue en mitad de Rodeo Drive cuando mi amiga pidió a Freddy que detuviera el coche.

—Vamos, Morgan.

—¿Adónde? —pregunté al bajar. Mis ojos recorrieron estupefactos las incontables *boutiques* y tiendas exclusivas, y me sentí fuera de lugar.

Lisa se colgó de mi brazo.

—Algún día seré como Julia Roberts en *Pretty Woman*.

—¿Una prostituta? —preguntó Cole.

—Una actriz de éxito, idiota. —Gruñó por lo bajo—. Está claro que él no será mi Richard Gere.

Me reí cuando empezó a cantar la banda sonora de la película mientras tiraba de mí hasta uno de los escaparates, que mostraban dos vestidos de fiesta con pinta de costar más que el alquiler de mi casa.

—Imagínate lo increíbles que estaríamos con uno de esos en el estreno de mi nueva película.

—¿Podría llevarlo con zapatillas? No tengo mucho equilibrio con tacones.

Me miró como si me hubiera vuelto loca.

—Tía, eso sería un sacrilegio. —Me quitó la cámara—. Espera, no te muevas. Joder, qué guapa estás con esta luz.

Me estaba dando una vergüenza terrible posar para la foto mientras los chicos nos observaban.

—¿Podemos volver ya al coche? —susurré.

—¿Has visto cómo te está mirando River?

—¿Cómo si estuviera haciendo el ridículo?

Lisa negó con la cabeza.

—Ay, Morgan, Morgan… No tienes ni idea de nada. —Para mi desgracia, lo llamó—. ¿Verdad que es fotogénica?

River me observó.

—Mucho.

Tragué saliva.

Lisa me guiñó un ojo con todo el disimulo que pudo reunir, que no fue mucho, y se las ingenió para dejarnos solos y volver con los otros dos.

—Mentiroso —acusé al chico, al llegar a su lado.

—¿Por qué?

—No tengo nada de fotogénica.

—Claro que sí. —El viento le revolvía el pelo y la luz del sol arrancaba destellos dorados del verde de su iris. Formó una especie de marco con sus manos y guiñó el ojo, como si me estuviera enfocando—. Aunque creo que eres aún mejor en directo.

Y, sin darme tiempo a responder, se dio media vuelta y volvió al coche.

El estómago me había dado un vuelco y sentí que las rodillas me temblaban cuando conseguí abrir la puerta del vehículo y volver a entrar.

***

Habíamos continuado la ruta, en busca de las casas de las estrellas de Hollywood.

En aquel momento, nos encontrábamos enfrente de una mansión espectacular, con la entrada protegida con una verja negra y un sistema de seguridad que parecía imposible de sortear.

—Bueno… Otro día sin conocer a Brad Pitt —se lamentó Lisa—. Menuda decepción.

—Pero has visto a Jack Nicholson recoger el correo.

—No es lo mismo.

Cole, que acababa de encenderse un canuto, le pasó el brazo por los hombros.

—Tranquila, nena, yo pienso vivir en una de estas, algún día.

—Tío, abre la puta puerta —se quejó Freddy—. No quiero que el coche de mi padre huela a hierba.

A regañadientes, bajó del vehículo y se sentó en el suelo.

—¿Mejor?

—Anda, dame un poco.

—Ven al suelo conmigo. No queremos que el coche de tu padre huela a hierba.

Freddy resopló, pero se sentó a su lado y dio una calada profunda antes de pasarle el canuto a Lisa. Mi amiga hizo lo mismo conmigo a continuación.

—Nunca la he probado —confesé.

—Siempre hay una primera vez para todo —respondió Cole—. Tranquila, un poco no te matará.

Miré de reojo a River, que era el único que seguía en el interior del coche. Sus ojos se clavaron en los míos un momento y luego volvieron a posarse sobre el horizonte. Cuando di la primera calada, rompí a toser. Solo había dado un par de caladas a un cigarrillo una vez, y no me había entusiasmado la experiencia.

—La segunda irá mejor —me explicó Lisa.

Estaba a punto de repetir cuando me pareció escuchar un suspiro a mi derecha. Miré a River.

—¿Tú no quieres?

—No.

La contundencia de su respuesta me descolocó.

—¿River fumando hierba? —Cole soltó una carcajada—. No creo que mis ojos vean eso nunca.

Fruncí el ceño.

—¿No te gusta?

Distinguí los músculos de su mandíbula tensos.

—Tengo que cuidarme la voz.

No supe qué pensar. Algo me decía que no se trataba solo de eso, pero no me atreví a seguir preguntando. En el tiempo que hacía que nos conocíamos, nunca lo había visto tan serio.

Freddy se desperezó y clavó sus ojos azules en la casa.

—Pues yo prefiero la que hemos visto antes que esta —comenzó a decir—. No me va mucho lo de subir escaleras.

—A mí tampoco —coincidió Lisa—. Me gusta que sea de una sola planta.

—No veo dónde está el problema —soltó Cole—. Yo pondría un ascensor.

Comenzaron a hablar de todo lo que podrían hacerles a sus casas soñadas cuando les llegara el triunfo y el dinero se les saliera por las orejas.

Yo no dejaba de lanzar miradas al vocalista, que se mantenía en silencio desde hacía un rato. Me alivió ver que curvaba un poco los labios hacia arriba cuando Cole habló de su terraza nudista.

River y yo nos quedamos a solas cuando los otros tres cruzaron la calle y se acercaron a la verja. Apoyé los antebrazos en la ventana abierta.

—Un centavo por tus pensamientos.

—Tenía la mente en blanco.

Enarqué una ceja.

—Dudo que tú sepas lo que es eso. Tu cabeza está siempre llena de letras y melodías.

Se mordió el labio y alzó la mano.

—Culpable.

Tuve la sensación de que trataba de ocultar cierta tristeza tras esa bonita sonrisa.

—¿Tú también fantaseas con la fama y el dinero?

Se encogió de hombros.

—Yo lo que quiero es compartir mi música con el mayor número de personas. El resto es secundario.

—Sabes que una cosa va ligada a la otra. Si llenas estadios, también llenarás tus bolsillos.

—Sí, supongo que sí. —Arrugó el ceño cuando el sol le dio en los ojos.

—Entonces, dime, ¿mansión con ascensor o de una sola planta?

—No necesito una mansión lujosa. —Su vista se perdió en el vacío, como si su mente volara muy lejos de allí—. Preferiría una casa junto al mar, con un pequeño jardín para que mi perro corriera libre, donde yo pudiera seguir componiendo con tranquilidad.

—¿Tienes perro?

—No, pero lo tendré.

Sonreí. La ambición de River era compartir su arte con el mundo y disfrutar de una vida sencilla.

—Suena bien.

Alzó las cejas y esbozó una sonrisa traviesa.

—Y hablando de sonar bien… Te necesitamos para lo del sábado, Morgan.

Se me escapó un bufido.

—Ya estamos.

—*Lost in the woods* no es lo mismo sin ti, y lo sabes.

—Lo que sé es que eres un manipulador de mucho cuidado.

Sus manos atraparon mis brazos antes de que me alejara de la ventanilla.

—Pídeme lo que quieras a cambio.

Aquello era jugar sucio.

Esos ojos verdes se clavaron en los míos con urgencia. Me fijé en sus labios un segundo y tuve que tragar saliva. Lo que quería en ese momento era algo que no pensaba decir en voz alta.

—¿A cambio de qué? —preguntó Lisa.

Ni siquiera me había dado cuenta de que habían vuelto de su inspección.

Me aparté del coche y me crucé de brazos, fingiendo que el corazón no me rebotaba contra el pecho.

—De que actúe con ellos el sábado.

Freddy juntó las manos a modo de rezo. El anillo plateado que llevaba en el pulgar refulgió por el sol.

—Morgan, es una oportunidad única en la vida. Habrá alguna gente importante viéndonos.

—Genial, tú méteme más presión.

Cole me rodeó los hombros con el brazo.

—Venga, tía, te invitaremos a kilos de ese asqueroso helado de menta que te encanta.

Me tuve que reír.

—Qué tentador.

River me agarró la mano.

—Morgan, por favor.

Estaba a punto de claudicar, pero Lisa se me adelantó con un grito.

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué es lo que tienes? —quise saber. Los dedos de River seguían tocándome.

—Lo que pueden darnos a cambio.

Entrecerré los ojos.

—¿Darnos? ¿A las dos?

Ella ensanchó una sonrisa de satisfacción, como si estuviera muy orgullosa de su idea.

—Tendrán que acompañarnos al baile de fin de curso.

Capítulo 7

RIVER

La relación con mis padres siempre había sido complicada, pero desde lo de Jason, se volvió insufrible. Todas las expectativas que tenían en él pasaron a su hijo mediano, y yo no podía estar menos interesado en cumplirlas.

Creo que nunca llegamos a entendernos, ni siquiera cuando yo era pequeño, cuando se empeñaron en que los campamentos de música a los que quería asistir no me aportarían nada útil en la vida. Para ellos, eso no era más que holgazanear.

Han tenido que comerse sus palabras.

Por aquel entonces, contaba los días para poder largarme de aquella casa, aunque me reconcomía por dentro la idea de dejar a mi hermana pequeña a merced de dos personas que tratarían de cortarle las alas, si su vuelo no se dirigía hacia donde ellos consideraban correcto.

Faltaban dos días para la actuación, a la que no pensaba decirles que iría, y acababa de llegar a casa tarde, una vez más, porque habíamos estado ensayando.

Metí la llave en la cerradura con resignación, esperando que la bronca llegara en cuanto pusiera un pie dentro.

—Había una chica en el coche.

Me llevé la mano al pecho y miré a mi hermana pequeña con cara de malas pulgas.

—Joder, Violet, ponte un cascabel.

—¿Quién era? —siguió, implacable.

—Morgan.

—¿Como la pirata?

Sonreí. A Morgan le habría gustado oír eso.

—Exacto. —Me agaché para quedar a su altura—. ¿Me estabas espiando?

—Te estaba esperando. Prometiste comprobar que no hay monstruos en mi habitación.

—Tienes razón, perdona. Me he entretenido con el grupo.

—¿Morgan está en el grupo?

Sonreí.

—Sí.

—¿Es tu novia? ¿Puedo conocerla?

Me reí.

—Es mi amiga. —La agarré por los hombros para que se diera la vuelta—. Venga, vamos a comprobar que tu habitación esté a salvo.

—River —dijo a mitad de las escaleras—, están enfadados contigo.

Su carita mostraba una preocupación que no debería estar ahí.

—No pasa nada, Vi. —Me esforcé por sonreír para tranquilizarla—. Oye, ¿qué tal te ha ido en clase? ¿Ya te han dado la nota de la redacción?

—¡Un sobresaliente!

Levanté la mano para chocarle los cinco.

—¡Esa es mi hermana! Has sacado mi talento para escribir.

Habría dado cualquier cosa para que esa sonrisa inocente no desapareciera nunca de su rostro.

Después de comprobar dos veces que su habitación estaba limpia de monstruos, le di un beso en la frente y esperé a que se durmiera, mientras le cantaba una de sus canciones favoritas.

A continuación, me encaminé a mi habitación, deseoso por pillar la cama de una vez.

Pero mis padres tenían otros planes para mí.

—Llegas tarde otra vez, River. —La voz de mi madre era fría y contundente.

Me giré sin poder evitar el suspiro. Seguía llevando el moño tan apretado como por la mañana. Mi padre estaba a su lado, de brazos cruzados y con una cara de perros que tiraba para atrás. Bien podría haber salido él de debajo de la cama de mi hermana.

—Lo siento —mentí.

—Tienes treinta segundos para darme un motivo convincente que evite que te castigue durante una semana —amenazó él.

Me empezaron a sudar las manos. El corazón bombeaba con

fuerza, y odié a mi cuerpo por reaccionar así ante él.

—Tenemos una actuación pronto. —A la mierda lo de no hablarles de eso—. Es una gran oportunidad.

Mi madre frunció el ceño.

—Tienes que prepararte para el curso, hijo. A Stanford le importa bien poco tu música.

—Como a vosotros.

—Céntrate de una maldita vez —siguió mi padre—. Se acabó el jugar a ser cantante.

Apreté los puños.

—No es ningún juego.

—¿De veras crees que vais a llegar a algo? No seas crío y baja los pies a la tierra. Los pasos que estás dando solo te van a llevar por un camino.

Alcé la barbilla, harto de la misma mierda de siempre.

—¿El de la libertad?

—Mi hijo no va a ser un muerto de hambre, ¿me has oído? Estudiarás algo de provecho y dejarás esa tontería de tocar la guitarra para tu tiempo libre.

Mi madre se acercó y se atrevió a cogerme la mano. Me obligué a no apartarme.

—River, escucha a tu padre. Solo pensamos en lo que es mejor para ti.

—En lo que es mejor según vosotros. —Ahora sí, me solté—. Nunca os ha importado lo que yo quiera. Lo que ninguno de vuestros hijos quiera. —Los latidos de mi corazón me retumbaron en los oídos—. Mi vida es la música, ¿qué cojones es lo que no entendéis?

—No le hables así a tu madre. ¿Qué vas a hacer cuando la música no te dé de comer? Cuando no seas más que un desgraciado que haya dejado pasar su oportunidad.

Yo no contemplaba la opción de fallar. Porque, si me caía, volvería a levantarme. Sin descanso. Las veces que hicieran falta.

Íbamos a conseguirlo.

—No desperdicies tu vida, hijo —continuó mi madre—. Tienes mucho potencial. Eres un buen chico. ¿Qué quieres, acabar como…?

Se cortó de golpe.

—¿Como Jason? —terminé por ella—. Puedes decir su nombre, mamá. ¡Podéis decirlo los dos!

Mis hombros subían y bajaban por la respiración agitada. Sentía que estaba a punto de estallar.

Los ojos de mi madre se volvieron vidriosos. Vi el esfuerzo que le costaba mantenerse entera. Sin decir una palabra más, se dio la vuelta y bajó las escaleras.

Mi padre me señaló con un dedo.

—Ya hablaremos —amenazó antes de seguir los pasos de su esposa.

La puerta de la habitación de mi hermana se abrió justo cuando estaba a punto de darle un puñetazo a la pared del pasillo. Asomó la cabecita por una rendija, con ojos somnolientos.

—¿River? ¿Qué pasa?

Me acerqué a ella.

—Perdona, Vi, no quería despertarte. —Le di un beso en la cabeza —. Vuelve a la cama.

Estaba tan dormida que obedeció sin rechistar.

Mis ojos volaron hacia la puerta cerrada de la habitación de Jason. Me froté la cara y me eché el pelo hacia atrás, todavía con el pulso acelerado y el calor de la ira recorriéndome entero.

Me sentía como un puto león enjaulado y, en lugar de entrar a mi dormitorio en busca de una calma que no iba a encontrar, me quité las zapatillas y bajé las escaleras con ellas en la mano para largarme de nuevo.

***

Pedaleaba furioso, mientras recorría las calles en bicicleta, sin rumbo fijo.

Recuerdo que las primeras estrofas de *Dreamer* me llegaron sin esfuerzo en ese trayecto. En el silencio de la noche, yo escuchaba las notas en mi cabeza e intentaba que no se me olvidaran antes de

poder apuntarlas.

Hey, tonight I have a dream
We are flying high, just you and me
The sun and stars are all we see
We’re holding hands and now let’s sing

Apenas tardé un cuarto de hora en llegar desde Ladera Heights a Inglewood.

Todavía sigo sin recordar en qué momento decidí plantarme delante de su casa. Supongo que fue cosa de mi subconsciente, pero, de repente, estaba mirando su ventana.

Tenía la luz encendida y las cortinas corridas. Sonreí cuando la vi de espaldas, bailando como si nadie la estuviera mirando. Sabía que debía dejarla en paz y no molestarla, que no eran horas para llamar a la puerta de nadie.

Pero… ¿y a la ventana?

Me bajé de la bicicleta y la apoyé en el tronco de un árbol, sin dejar de tararear lo que todavía no podía considerarse una canción. Caminé despacio, asegurándome de no pisar algo que pudiera delatar mi presencia en el jardín, y apoyé las manos en la corteza rugosa del árbol cuyas ramas acariciaban su ventana.

Comencé a trepar, lento pero firme. Estuve a punto de resbalarme un par de veces, antes de llegar a la parte más estable. Quedaba un poco por debajo de su habitación, pero tendría que bastar.

—Mierda… Tendría que haber cogido una piedra —mascullé. Ya iba a arrancar un trozo de corteza para tirarlo al cristal, cuando la ventana se abrió de golpe.

—¡River!

Me llevé un dedo a los labios.

—Vas a despertar a tu madre.

Apoyó las manos en el alféizar.

—Te aseguro que no.

—¿Tiene el sueño profundo?

—Sí, gracias a las pastillas. —Se inclinó hacia delante—. ¿Qué narices haces aquí?

«Es verdad. ¿Qué hago aquí?».

—No lo sé. Tenía que… salir de mi casa.

Sus ojos oscuros me miraron con preocupación.

—Vale, voy a ayudarte a subir, pero necesito que esperes un momento.

—¿Vas a por una cuerda? —bromeé—. Porque creo que puedo llegar de un salto.

Hice ademán de intentarlo, pero alzó sus dos manos. Las palmas estaban cubiertas de blanco.

—¡Quieto!

—¿Estabas pintando?

—Pues sí.

—¿Puedo verlo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque… es una sorpresa.

—¿Para mí?

Alzó una ceja y sonrió.

—No te creas tan importante. —Me apuntó con un dedo—. Espera a que yo te avise.

La escuché recoger a todo trapo y abrir un grifo para, imaginé, lavarse las manos.

—Venga, Morgan, me estoy quedando un poco frío.

—A lo mejor si decidieras dejarle las mangas a alguna camiseta… —Se asomó de nuevo—. Ya puedes.

Cogí impulso y salté. Me aferré al alféizar y, a continuación, a la mano que me ofrecía.

Me soltó en cuanto pisé el suelo de su dormitorio. Se había recogido el pelo con un pincel y tenía manchas en la cara y en el peto vaquero, que llevaba a medio abotonar.

—¿No es un poco tarde para pintar un cuadro?

—¿No es un poco tarde para irrumpir en dormitorios ajenos? —

contraatacó.

—Tocado y hundido.

—Y no es un cuadro.

—¿Entonces?

Me dirigió una miradita enigmática y se sentó a los pies de la cama.

—Eso ahora da igual. Cuéntame lo que ha pasado.

—Mis padres son idiotas. —Me fijé en su habitación de paredes moradas, en las estanterías repletas de libros y discos, y en su guitarra apoyada junto a la mesilla de noche—. Volvamos a lo de tu arte.

—River.

Suspiré y me senté junto a ella.

—Me están presionando para que vaya a Stanford. Mi padre estudió allí, y han planeado mi futuro para los próximos diez años. Ya lo han tramitado todo, pero hace poco les he confesado que no quiero ir.

—Entiendo.

La miré a los ojos. A esos bonitos ojos oscuros en los que era tan fácil perderse.

—Voy a largarme. No sé cómo ni cuándo, pero voy a salir por esa puerta y no volver a mirar atrás.

—¿Y tu hermana?

Torcí el gesto.

—Bueno, miraré atrás solo por ella.

Sonrió con ternura y puso su mano sobre la mía.

—No esperaba menos de ti.

Bajé la vista a donde nuestras pieles se tocaban. Tragué saliva.

—¿Crees que estoy loco?

—¿Por qué?

—Por poner en riesgo un futuro más seguro. Por… soñar demasiado alto.

—Con tu talento y tu pasión, estarías loco si no lo hicieras.

A duras penas pude reprimir el impulso de mover el pulgar para acariciarla, aunque fuera un segundo.

—Pero… ¿y si no lo conseguimos? ¿Y si todo esto es para nada?

Fue la primera y única vez en mi vida que llegué a preguntarme algo así; que me permití dudar de mí mismo.

—¿Cómo va a ser para nada dejarte el alma en lo que haces? ¿Disfrutar con cada fibra de tu ser cada minuto que pasas pensando en la música? —Conforme iba hablando, sus dedos ejercían más presión sobre los míos—. Solo el haberlo intentado habrá valido la pena, River. Pero es que, además, estoy segura de que vas a lograrlo.

—Espero que tengas razón.

—Por supuesto que la tengo —dijo—. Así que te prohíbo que dejes de soñar, ¿me has entendido?

Se me desbordó la sonrisa por la boca. Se le había soltado un mechón de pelo y bailaba alrededor de su mejilla con el énfasis de sus palabras. Las pequeñas luces que tenía colgando en el cabecero de la cama emitían un resplandor cálido sobre su perfil derecho. Me vi contando las pecas que podía distinguir en su nariz sin apenas darme cuenta.

Mi corazón latía deprisa. Me pareció que estábamos más cerca y no supe cuándo había ocurrido. Me llegaba el olor familiar de su champú de vainilla. Mis ojos me traicionaron y se posaron sobre sus labios. De repente, escuché la voz de mis amigos en la cabeza.

«Te la quieres tirar».

Puto Cole. No me la quería… tirar. Morgan era mi amiga, nada más. Sí, era guapa, inteligente y divertida, cualidades que, siendo objetivo, cualquiera era capaz de ver. Tal vez hubiéramos conectado desde el principio, pero eso no significaba necesariamente que me gustara como algo más, ¿verdad?

Ahora puedo decir sin tapujos que, en aquel momento, solo intentaba protegerme mintiéndome a mí mismo. Y que, desde luego, no la miraba como se miraría a una hermana.

Carraspeé cuando fui consciente de que seguíamos tocándonos. Estábamos en su habitación, a solas y a escondidas, y a mí se me estaban pasando por la cabeza muchas gilipolleces.

Otra estrofa me vino a la mente y, de pronto, recordé la canción. Me puse en pie.

—¿Me dejas papel y lápiz?

Ella me miró extrañada, pero se levantó de la cama y buscó en su escritorio.

—¿Se te ha ocurrido algo?

—Cuando venía hacia aquí —dije mientras deslizaba el lápiz a toda leche sobre el papel.

Then I wake up. The real world hit me
I don't see any starlight, but I can't forget this

—Sí que ha sido un trayecto fructífero.

—Tú me has terminado de inspirar.

—Vaya, menudo honor.

Sonreí por encima de mi hombro y terminé de apuntar. Le pasé el papel.

—*Dreamer* —dije. Me miró a los ojos—. El título de la canción.

Otra vez esa maldita sonrisa.

—Me gusta.

Me devolvió el papel al terminar de leer. Lo doblé y lo guardé en el bolsillo del vaquero.

—Gracias, Morgan. —Mi voz sonó más ronca de lo que pretendía. ¿No hacía mucho calor en esa habitación?—. Eh, no has arrugado la nariz al escuchar tu nombre.

Se rio por lo bajo.

—Cuando lo dices tú, suena mejor.

—Es por mi voz rasgada y sexi.

Se abanicó con la mano.

—Oh, sí, desde luego.

Me dirigí hacia la ventana.

—Mi hermana ha pensado en la pirata en cuanto le he dicho tu nombre.

Alzó las cejas, gratamente sorprendida.

—¿Le has hablado a tu hermana de mí?

—Te ha visto en el coche de Freddy. Me ha preguntado si eras mi novia.

¿Por qué le estaba contando eso? Pues no lo sé, supongo que estaba nervioso y no sabía cuándo cerrar la boca.

—Me gustaría conocerla algún día.

—Créeme, a ella también.

Me subí al alféizar.

—¿Sabes que Morgan viene del galés y tiene que ver con el mar? —soltó de pronto a mi espalda—. O eso me dijo mi abuelo.

Me giré una última vez.

—Entonces es el nombre perfecto para ti —aseguré. La miré fijamente a los ojos—. Porque no hay nada que me dé tanta paz como el mar y, bueno, ahora también tú.

Y salté.

Capítulo 8

MORGAN

Me colgué la mochila del hombro y bajé las escaleras a toda prisa. Mi madre seguía durmiendo en el sofá cuando pasé frente al salón.

—Mamá, despierta —susurré, sacudiéndole con cuidado el hombro para no asustarla.

Con un esfuerzo titánico, despegó los párpados y me miró.

—¿Adónde vas?

Bufé. Con seguridad, no sabría ni en qué día estábamos.

—A clase.

—¿Qué hora es?

—Deberías salir de casa en diez minutos si no quieres llegar tarde a trabajar.

—Ah, joder… —Se frotó la cara con las manos, arrastrando los restos de su maquillaje—. ¿Has hecho café?

—No he tenido tiempo, yo también me he dormido.

—Eso es porque te acuestas demasiado tarde, Morgan. Te lo he dicho mil veces. Se va a acabar lo de llegar a casa cuando te dé la gana.

Vaya morro tenía intentando darme lecciones.

—Pero si no sabes ni a qué hora me acosté.

Se incorporó para taladrarme con esos ojos enrojecidos.

—Porque soy una mala madre, ¿no? —dijo—. Pues perdona por estar tan cansada después de un turno interminable en el restaurante.

Suspiré, hastiada.

—Yo no he dicho eso.

—No ha hecho falta. Sé que lo piensas cada vez que me miras. Sé que nunca lo haré tan bien como la abuela.

Tenía razón, pero no quería ser tan franca.

—Mamá… —Alargué la mano para tocarla, pero me la apartó de

un manotazo.

—¡No necesito tu compasión! —Se levantó hecha una furia—. ¿Te crees mejor que yo, no? Con tus sobresalientes, tu grupito de música y tu… arte. —Arrugó la nariz para decir esa última palabra, como si le diera asco.

Comencé a contar hasta diez mentalmente.

—Yo no me creo nada.

—No me mientas. Pero ¿sabes qué? Todo esto ha sido por ti. Porque dejé toda mi vida en pausa para cuidarte.

Ya estábamos.

—Vale, me voy a clase.

Le di la espalda, pero me siguió por el pasillo.

—¡Así que lo mínimo que podrías hacer es prepararle a tu madre un maldito café!

Cerré la puerta con fuerza y eché a andar con los dientes tan apretados, que sentí que podría partírmelos.

***

La mano de Lisa apareció en mi campo de visión chasqueando los dedos.

—Tierra llamando a Morgan.

Sacudí la cabeza.

—Perdona, ¿qué?

—¿Qué te pasa hoy, tía? Estás que… no estás.

Apoyé la cabeza en la taquilla. El pasillo estaba a reventar de gente, pero para mí no eran más que formas borrosas.

—Mi madre.

Mi amiga asintió.

—¿Quieres contármelo?

—Prefiero hablar de otra cosa.

—Eso es lo que estaba intentando hacer, pero no parecía tener mucho éxito.

Me mordí el labio.

—Lo siento.

Ella me cogió la mano.

—No te preocupes. —Sus ojos se abrieron, entusiasmados. Señaló con la barbilla algún punto tras de mí—. A lo mejor no es conmigo con quien necesitas hablar.

—No pienso ir a ver al orientador.

—No me refiero a él.

La miré, extrañada.

—¿Entonces?

Con mi mano, todavía entre la suya, me obligó a dar una vuelta sobre mí misma hasta que quedé de espaldas a ella, y me encontré frente a un moreno alto, de ojos verdes y sonrisa arrebatadora, con una camiseta sin mangas de color azul, que mostraba sus bíceps bronceados.

—Te veo luego —susurró mi amiga en mi oído. Al pasar junto a él, le dedicó un movimiento con la cabeza—. River.

Él la imitó.

—Lisa.

Tragué saliva cuando se acercó a mí.

—¿Qué haces aquí?

—Venía a pedirte unos apuntes.

Negué con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Estás loco. Anoche en mi casa, ahora en el instituto… Solo te falta colarte en el vestuario.

Apoyó un hombro sobre la taquilla junto a la mía y se cruzó de brazos.

—Eso sería más típico de Cole.

Me reí.

—Sí, tienes razón. —Alcé las cejas—. ¿Y bien?

—Quería darte esto. —Me entregó un papel—. Es un boceto de *Dreamer*, pero no he sido capaz de terminarla. Creo que la canción te necesita.

Me fijé en su letra apelotonada.

'Cause I'm a dreamer

I’m just a believer
And you also know that
This life can be bigger

Cuando terminé de leer, lo miré a los ojos.

—La canción.

Torció un poco la cabeza y se miró los pies.

—Bueno, yo te necesito. —Se rascó la nuca—. Quiero decir, que necesito esa sensibilidad tuya.

Intenté no derretirme allí mismo.

—Veré qué puedo hacer.

—Pues maravillas, como siempre.

Creo que de verdad no era consciente de las miradas que la gente nos lanzaba al pasar. Las chicas se lo comían con los ojos y fruncían el ceño cuando me observaban, como si les pareciera de lo más extraño que un chico así estuviera hablando conmigo.

De repente, me sentí avergonzada. Tuve miedo de que él se diera cuenta de que no era más que una pringada entre esas paredes.

Me guardé el papel en la mochila.

—Tengo que irme.

—Claro, perdona. —Se apartó de la taquilla.

Un carraspeo nos hizo girarnos a la vez. La directora Wilson nos observaba implacable sobre unos tacones de aguja que, milagrosamente, no había oído llegar.

—Disculpe, joven, ¿es usted alumno de este centro? Porque no recuerdo haberlo visto antes.

—Pues…

—Él ya se iba, directora —me apresuré a decir—. Solo venía a traerme un libro que me había olvidado en su casa, ¿verdad?

River sonrió con cara de niño bueno y asintió.

—Eso es. No quería que se perdiera ni un detalle de sus clases, señora.

La directora soltó un «mmm» por lo bajo, pero no se movió de su sitio. Le hice un gesto a River para que se largara de una vez.

—¿Nos vemos luego? —se atrevió a preguntarme.

—Sí. —Di un toquecito a la taquilla—. Gracias por el libro.

Me guiñó un ojo por encima del hombro.

—No, gracias a ti.

Otro carraspeo me obligó a dejar de mirar cómo se alejaba.

—Me han dicho algunos profesores que has llegado tarde más de un día y no entregas a tiempo tus trabajos.

Mierda…

—Bueno, solo han sido un par de veces, directora. Tampoco es para tanto.

Ella me miraba como si considerara que sí era para tanto.

—Sé que hace poco que te has mudado, pero no me gustaría que nada afectara a tu rendimiento e hiciera bajar tu media. Tienes un expediente impecable y me preocupa que tengas ciertas… distracciones. —Lanzó una mirada hacia el lugar por donde había desaparecido River y luego me escudriñó con sus ojillos avispados—. Pareces agotada.

—Estoy bien —respondí, incómoda.

Estaba claro que no me creía. Se estiró de los puños de la camisa perfectamente planchada.

—Ten cuidado, Morgan. Los chicos como ese solo traen problemas.

Me habría gustado decirle que nadie había pedido su opinión, pero… joder, cuánta razón tenía.

Capítulo 9

RIVER

El timbre anunció el fin de las clases y yo me coloqué junto a la puerta para esperarla. Pensé que tal vez me había pasado de impaciente y que mi incursión en los pasillos había sido algo innecesario.

¿De verdad necesitaba darle la canción en aquel momento? Iba a verla más tarde, ¿por qué no había esperado hasta entonces?

Una voz en mi cabeza me susurraba que, en realidad, la canción había sido algo secundario y que lo que pasaba era que tenía ganas de verla, para agradecerle lo que había hecho la noche anterior por mí.

Por supuesto, ignoré a esa voz y me limité a pensar que, sencillamente, la paciencia nunca había sido una de mis virtudes.

La vi desde la distancia, con sus vaqueros de cintura baja y una camiseta ajustada que mostraba la parte inferior de su abdomen. Iba sola.

Levanté la mano cuando me vio.

—Estoy segura de que esto podría considerarse acoso —dijo al llegar hasta mí. Su expresión contradecía sus palabras. No parecía molesta por verme allí otra vez.

—Espero no haberte metido en un lío antes con la directora.

—Tranquilo. —Se cruzó de brazos—. ¿No tendrías que estar en el instituto?

—Técnicamente, lo estoy.

—Me refiero al tuyo.

—Me han dado el día libre para que pueda ensayar.

Su risa me puso el estómago del revés.

—¿Te lo han dado?

Metí las manos en los bolsillos.

—Me lo han dado, me lo he tomado yo… ¿Qué importan los

detalles?

—Ya… ¿Me traes otra canción a medias?

—No, solo quería…

«Verte. Solo quería verte. Saber que estabas bien».

—¿No nos presentas a tu amigo, Maggie?

Dos chicas habían aparecido a nuestro lado casi por arte de magia. Ambas con minifaldas y un maquillaje algo exagerado.

—Es Morgan, en realidad —respondió ella con fastidio.

—¿Morgan no es un nombre de chico?

Mi amiga suspiró.

—A veces. —Me miró y las señaló—. River, estas son Diane y Harper.

—Un placer —mentí. Les ofrecí la mano, pero solo quería que se largaran para poder continuar mi conversación con Morgan.

—¿De qué curso eres?

—River está a punto de graduarse —explicó Morgan—, pero no aquí.

Diane… ¿O era Harper? Bueno, la pelirroja, esbozó una mueca ridícula.

—Qué pena. —Le dio un manotazo a Morgan en el brazo—. Qué escondido lo tenías.

—Es verdad, tía —coincidió la otra—. Si lo hubieras traído antes, habrías ganado muchos puntos.

Sus risas me resultaron estridentes, pero se volvieron insoportables cuando vi que Morgan bajaba la vista, avergonzada.

Me acerqué a ella y la tomé de la mano.

—Aquí el único que gana soy yo, porque ella esté dispuesta a aguantarme. —Los ojos de Morgan me observaban, brillantes. Entrelacé sus dedos con los míos—. Si nos disculpáis, chicas… Estábamos teniendo una conversación privada de lo más interesante.

—¿Maggie, interesante?

—Morgan —dije con rabia—. Y sí, es la chica más interesante que he conocido. Así que, Dalia, Heather…

—Diane.

—Harper.

Me encogí de hombros.

—Lo que sea.

Tiré de Morgan lo suficiente para alejarnos de esas dos víboras, que pasaron de largo mientras nos lanzaban miradas airadas y murmuraban entre ellas.

—No me puedo creer lo que les has dicho —comentó Morgan.

La miré, preocupado por si se había enfadado conmigo.

—¿Me he pasado?

—¿Estás de coña? Ha sido genial. Has ridiculizado a dos de las chicas más populares de todo el instituto. Una es la capitana de las animadoras.

—Son solo dos idiotas por las que no deberías volver a agachar la cabeza jamás.

Tragó saliva y desvió la vista.

—No es tan fácil.

No lo pensé. Solo me dejé llevar. Atrapé su cara con las manos y la miré a los ojos. Necesitaba desesperadamente que creyera en mis palabras.

—Eres la chica más maravillosa que he conocido, ¿me oyes? Siempre habrá alguien que intente apagarte, pero tu luz es más fuerte que todas las Heather y Diane del mundo.

—Harper.

—¿Qué?

—Se llama Harper —indicó, conteniendo la risa.

—Me da igual —admití—. A mí solo me importa cómo te llames tú.

—Vale, ahora no sé qué decir.

Acaricié su mejilla con el pulgar y me aparté cuando me di cuenta de que seguíamos muy cerca.

—No hace falta que digas nada, puedes escribirlo. Vuelca toda la mierda sobre el papel y la cantaré contigo.

Sonrió, pero el gesto le duró apenas un segundo.

—Hablando de cantar… No creo que pueda quedarme hasta la noche.

Me tensé.

—¿Por qué no?

—He tenido bronca con mi madre esta mañana. Parece que es más consciente de lo que creía de mi hora de llegada.

—Pero mañana tenemos la actuación.

—Lo sé…

—No, no pongas esa cara —le pedí—. Dime que, pase lo que pase, mañana vas a estar allí. Te necesitamos en el escenario, Morgan. Te necesito. —Me arrodillé y le cogí la mano—. Te suplicaré si hace falta.

—¡Levanta de ahí!

—Prométemelo.

—¿Le estás proponiendo matrimonio? —preguntó de pronto Lisa. Ni siquiera la había oído llegar.

Me puse de pie con un calor repentino, trepándome por la nuca.

—Solo intentaba…

—Chantajearme —terminó Morgan por mí.

—Vaya, prefería lo de la boda —comentó Lisa, divertida.

—No era un chantaje —seguí yo.

—Claro que sí.

—¿Y qué intentabas conseguir?

—Que tu amiga no se eche atrás mañana.

Lisa abrió mucho los ojos.

—¿Te estás rajando?

Morgan bufó.

—¡No es eso!

Tragué saliva. Dejé atrás todo rastro de broma y la miré fijamente.

—Ahora en serio, ¿quieres dejarlo?

—No lo sé, yo…

—Morgan, sé que quizá te has sentido presionada, pero no era eso lo que pretendíamos. Es solo que nos gusta que formes parte del grupo. Creemos que nos haces mejores. Yo creo que me haces mejor —puntualicé—. Pero no tengo ningún derecho a exigirte nada. Yo te metí en esto, pero no tienes por qué seguir.

—¿Y si me quedo bloqueada? ¿Y si lo echo todo a perder?

Tenía miedo, pero no era la única.

—Eso no va a pasar.

—Pero ¿y si pasa? No podría perdonarme por haceros eso.

—Somos un grupo. —La cogí de la mano de nuevo. ¿Cuántas veces iban ya?—. Una familia. Pase lo que pase, nada va a cambiar

eso.

—Joder, qué bonito —soltó Lisa antes de lanzarse a abrazarnos.

Nos echamos a reír los tres.

Al separarnos, miré a Morgan otra vez.

—¿Qué me dices? ¿Te arriesgas con nosotros?

Cogió aire y lo expulsó despacio antes de dibujar una sonrisa temblorosa.

—Si la cago, será bajo tu responsabilidad.

Lo celebré con las manos en alto y lanzándome a sus brazos. La levanté del suelo, di dos vueltas y, al bajarla, le solté un beso en la mejilla.

—¿Recuerdas lo que me dijiste anoche? Sobre tu nombre. —Ella asintió—. Pues el mar se te queda pequeño. Porque tú, Morgan… Tú eres todo el maldito océano.

Capítulo 10

MORGAN

Había elegido un mal día para entrar al trapo en una discusión con mi madre.

La directora Wilson la había llamado el viernes por la tarde para trasladarle su preocupación por mí, y le había hablado del chico que se había colado en el instituto para verme y que, más tarde, me había esperado en la puerta al salir.

La muy chivata.

Era verdad lo que decían de ella; después de todo, tenía ojos en todas partes.

Así que mi madre había decidido que ya era hora de imponer algo de disciplina a su hija adolescente antes de que terminara «preñada por cualquier desgraciado», tal como le había pasado a ella.

Yo me había cabreado porque nunca le había dado motivos para desconfiar de mí. Llevaba toda la vida presionándome para ser más sociable, para esforzarme por encajar entre mis compañeras de clase y dejar así de ser la rarita a la que todo el mundo ignora. Y ahora que tenía amigos, tampoco le parecía bien, solo porque no eran de su agrado.

Su sugerencia de unirme al grupo de animadoras e ir de compras con ellas, como cualquier chica de mi edad, no fue bien recibida. Creo recordar que dije algo así como «a la mierda las animadoras y a la mierda tu opinión sobre mis amigos».

Escribí mi sentencia con esa frase.

Se volvió loca y me reprochó que no la respetara y que mis nuevas amistades no fueran una buena influencia para mí. Así que descarté lo de pedir permiso para asistir a la actuación del sábado. Ni siquiera mentir y decirle que iría a dormir a casa de Lisa iba a bastar, así que preferí no arriesgarme.

Me encerré en mi habitación con un sándwich de queso y esperé

impaciente a que se fuera a trabajar.

Bendito turno nocturno.

Lisa llamó al timbre justo cuando terminaba de peinarme, porque se iba a encargar de maquillarme.

—Tampoco te pases, que no quiero ir muy recargada.

—Estás en una banda de *rock*, Morgan. Voy a pintarte todo el párpado de negro.

—¿Como un oso panda?

Abrió su estuche de sombras y sacó el pincel para señalarme la cara.

—Como la tía más sexi que haya pisado ese escenario.

Algo en su tono me hizo reír, pero dejé que se saliera con la suya. Aquella noche iba de lanzarse al vacío, de confiar en que todo iría bien, de hacer algo nuevo. A pesar del riesgo. A pesar de los nervios que me atenazaban el estómago.

Salimos de casa justo a tiempo de ver el coche de Freddy llegar. Iba solo, pues River y Cole estaban en el local preparándolo todo. Llevaba una camiseta roja en la que se leía *I destroy silence* que me hizo sonreír.

—Chicas, estáis impresionantes.

—Tú tampoco estás mal, baquetas —le dijo Lisa desde el asiento de atrás—. Menudo pelazo tienes.

El chico se pasó la mano por su melena rubia.

—Lo sé. —Nos miró con los ojos brillantes—. ¿Estáis listas?

—No —confesé—, pero vamos allá.

Su carcajada se entremezcló con el ruido estridente que hizo el coche al acelerar tan rápido. Abrí la ventanilla para sentir el aire en la cara, mientras trataba de calmar las náuseas que amenazaban con hacerme vomitar de un momento a otro.

***

Miré una última vez el cartel de neón de la entrada y atravesé la puerta de The Roxy con el corazón en la garganta.

El local era más grande de lo que me había imaginado. A la derecha, se encontraba la barra, atestada de gente a la espera de sus bebidas. Había sillas y sofás que ya estaban ocupados. Eran solo las nueve de la noche, pero aquello estaba lleno.

Freddy saludó a Sam con efusividad y nos lo presentó.

El chico nos dedicó una sonrisa generosa y nos deseó mucha suerte.

Avanzamos, sorteando las mesas que había desperdigadas por todas partes y abriéndonos paso entre la gente que se había quedado de pie.

Al fondo, sobre el escenario iluminado con focos azules y rojos, River y Cole parecían ajenos a lo que tenían alrededor, concentrados en afinar sus instrumentos y dejar cada cable en su sitio para evitar accidentes. Me sorprendí al ver el teclado, con el que apenas había practicado unas pocas veces. ¿Esperaban que lo tocara? ¿Por qué no me lo habían dicho?

Mis nervios se multiplicaron, si es que eso era posible, y el corazón me dio una voltereta en el pecho cuando unos ojos verdes me encontraron. La sonrisa que River me dedicó en aquel momento se me tatuó en las retinas.

Hoy en día, sigo viéndola con perfecta nitidez en mi cabeza, aunque me repatee.

Cole besó a Lisa en cuanto subió al escenario, con una efusividad muy llamativa.

—Vas como una moto, cielo —observó ella entre risas.

—Es la adrenalina.

Después de este tiempo, me pregunto si realmente fue la adrenalina o algo más.

—Aquí estás —dijo River en cuanto llegué hasta él.

—Te di mi palabra —respondí—. Y yo siempre cumplo mi palabra.

Esa mirada… Nunca he sentido tanta debilidad por algo en mi vida. Sus ojos pasaron de mis botas negras a mis medias de rejilla, subieron por mis *shorts* rotos hasta mi ombligo al descubierto. En ese punto, lo vi tragar saliva. Se fijó en el top que me había anudado bajo el pecho.

—Te has quitado las mangas.

—Para ir a juego con el vocalista. Además, ¿cómo sabes que no es así de origen?

Enarcó una ceja.

—Te he visto ese top antes, y había más tela cubriendo tus brazos.

—No sabía que te fijaras tanto en mi ropa.

Una energía crepitaba entre nosotros. Algo eléctrico que nos conectaba. O quizá era algo que solo sentía yo, pero me estaba… aturdiendo. ¿Cuándo nos habíamos acercado tanto?

—Estás increíble, Ocean.

Mi corazón se saltó un latido. O puede que dos. Fue la primera de las muchas veces que me llamaría así. La intensidad de su mirada me abrasó de la cabeza a los pies.

—¿Ocean? —preguntó la voz de Cole desde algún sitio—. ¿Es tu nombre artístico?

Me pasé un mechón tras la oreja.

—No es…

—A mí me gusta —dijo Lisa.

Cole le pasó el brazo por los hombros.

—Sí, a mí también. River, Ocean… A lo mejor yo podría ser Mountain. —Se señaló el paquete—. Ya sabéis por qué.

Freddy chasqueó la lengua.

—Que alguien le ponga un esparadrapo en la boca a Mountain.

Miré de reojo a River, que sonreía con la mirada puesta en su guitarra. Siempre estaba guapo, pero en ese momento en concreto… Guau. Me acerqué a él y dejé a nuestros amigos discutiendo sobre cordilleras y demás accidentes geográficos.

—Y hablando de estar increíble… Te sienta bien cumplir sueños —me atreví a confesarle.

Me mostró su dentadura al sonreír. De pronto, se fijó en la bolsa que colgaba de mis dedos.

—¿Qué llevas ahí?

Di un pequeño respingo.

—¡Se me olvidaba! —Saqué las cazadoras negras que había comprado en un mercadillo de segunda mano y se las entregué a cada uno—. No tenéis por qué usarlas, pero he pensado que, a lo mejor…

—¡Hostia, qué pasada! —Freddy fue el primero en reaccionar.

River me miraba sorprendido, mientras sostenía su chaqueta. El nombre del grupo ocupaba toda la espalda de la prenda en letras blancas y estaba rodeado de llamas plateadas.

—¿Esto es lo que estabas haciendo la otra noche en tu casa?

Asentí. De repente, me preocupaba que le pareciera una tontería.

—Espera, espera… ¿Las has pintado tú? —siguió Freddy. Se acercó a darme un abrazo—. Eres una artista, joder.

Me dio la risa.

—Tampoco es para tanto.

—Es verdad, tía. —Incluso a Cole parecía gustarle la suya. Se la puso y se dio la vuelta—. ¿Verdad que me queda de puta madre?

—En serio, no os sintáis obligados a llevarlas.

—¿Estás de coña? —siguió el bajista—. Aunque no te prometo llevarla toda la canción, Morgan. Tendré que enseñar mis músculos en algún momento.

Asentí.

—Por supuesto.

Me giré hacia River, preocupada porque siguiera en silencio.

—Si no te gusta… —comencé a decir.

Sin comentar nada, se puso la chaqueta despacio y me dio un abrazo que me dejó en *shock*.

—Es perfecta, Ocean —susurró en mi oído—. Como tú.

Ni siquiera pude contestar. Me limité a aferrarme a su cintura bajo la chaqueta y a repetirme mentalmente que todo aquello era real. Notaba su cuerpo caliente, o tal vez fuera el mío. Se sentía tan bien que deseé que aquel abrazo no se terminara.

Pero alguien comenzó a dar indicaciones y los brazos de River me soltaron, dejando una ausencia fría y extraña en mi piel.

Lisa se acercó a mí, entonces.

—¿Estuvo en tu casa la otra noche?

—Eh…

—Ya hablaremos después de la actuación. —Sonó a amenaza.

—Toma —le dije, sacando la última chaqueta de la bolsa.

—¿Para mí?

—Tú eres parte de esto. —Se la coloqué sobre los hombros.

Ella la agarró con una sonrisa preciosa y los ojos brillantes de emoción, antes de darme un abrazo.

—Vas a petarlo, amiga. Y yo voy a estar en primera fila gritando tu nombre.

Capítulo 11

RIVER

Confiaba en ella y en su palabra, pero hasta que no la tuve delante de mí, no terminé de creerme que de verdad fuera a actuar con nosotros.

No sé qué es lo que habría hecho si no hubiera aparecido. Supongo que hacer de tripas corazón y fingir que no faltaba una chica de voz angelical a mi lado.

Pero estábamos allí todos, con nuestras chaquetas a juego.

Cuando la vi sacarlas de la bolsa, casi me explotó el corazón. A veces pienso que la vida me dio la oportunidad de conocer a Morgan, como compensación por haberme quitado antes tanto.

Luego recuerdo que no creo en nada de eso y que ella, en realidad, fue una casualidad. Mi casualidad más increíble.

Pero volvamos a aquella noche que, para ser sincero, fue una de las mejores de mi vida. La adrenalina, la ilusión, el agradecimiento, el cariño… Una puta mezcla explosiva que me embriagaba mientras tocaba mi guitarra.

Me acerqué a Morgan, que observaba el teclado sin parpadear, en lo que mis amigos se preparaban.

—No te asustes. —Me puse frente a ella—. Me gustaría que empezaras tú sola y nos dieras paso, tal como ensayamos la otra tarde, si te parece bien.

—Podrías haberme avisado.

—Tienes razón —admití—. Ha sido un impulso de última hora. Pero no tienes de qué preocuparte, porque lo tocaré yo, si tú no quieres.

No se me daba especialmente bien el teclado, pero conocía la sucesión de notas y podía defenderlas unos pocos segundos.

Se sacó la larga melena de la chaqueta y asintió.

—No, está bien. Puedo hacerlo.

—Pues claro que puedes.

Sonrió por encima del hombro y se sentó frente al teclado, con la guitarra colgada a su espalda. Hubo un instante de calma en el que todos cruzamos miradas antes de que las luces se apagaran y un foco apuntara de lleno a Morgan.

Silencio. Mi corazón palpitando en los oídos. Ella con los ojos cerrados, humedeciéndose los labios y acercándolos al micrófono. Flexionando sus dedos, dejándolos suspendidos sobre las teclas.

Inspiró hondo y comenzó a cantar antes incluso de levantar los párpados. Antes de comenzar a tocar. Su voz, algo temblorosa al principio, se fue colando por cada poro de mi piel. La modulaba a placer, con la facilidad asombrosa de quien tiene un don. Por el silencio sepulcral, entendí que cada persona allí presente se sentía tan fascinada como yo.

Escuchar cantar a Morgan siempre fue como un puto viaje astral. Era como si las notas que entonaba fueran tejiendo una red invisible que te envolvía y acariciaba cada fibra de tu ser.

Tuve que parpadear varias veces cuando la vi levantarse y colocarse la guitarra, lista para darlo todo sobre el escenario. Las baquetas de Freddy se encontraron a mi espalda para marcar el *tempo*. El foco que había conferido un aire intimista a Morgan se había multiplicado; ahora teníamos un montón de luces apuntándonos mientras dábamos forma a la canción.

Sentía la energía recorriéndome de la cabeza a los pies. Mi voz se desgarraba, cerraba los ojos, me aferraba a la guitarra como si fuera un salvavidas. Las gotas de sudor comenzaron a descenderme por la frente y la espalda.

El público se estaba animando. Sus caras se me mostraban borrosas, pero sentía la electricidad en el ambiente. La conexión que estábamos compartiendo con todas esas personas que ni siquiera sabían nuestro nombre.

Cole se salió con el bajo. Freddy movía los brazos a un ritmo inhumano. Morgan sentía cada nota que rasgaba en las cuerdas de su guitarra. Dio la espalda al público un momento para tocar junto al batería; hizo lo mismo con el bajista, que, a pesar de lo que había dicho, no se quitó la chaqueta.

Comencé el solo de guitarra que tantas veces había ensayado y, justo en ese instante, ella se giró hacia mí. Seguía el ritmo con su cuerpo, movía su melena con una destreza casi hipnótica.

Tragué saliva cuando la vi acercarse a mi micrófono y sus ojos oscuros enmarcados en maquillaje me observaron al otro lado. Desde tan cerca, podía distinguir su piel perlada de sudor. Su pelo pegándose a la frente y a sus labios de una forma tan sexi. Por un segundo, temí desconcentrarme.

Pero no dejaba de mirarme, y eso era todo lo que necesitaba para no perder el norte. Porque, como decía la canción, ella era la luz en medio de la oscuridad.

Arrugó la nariz y cerró los ojos para llegar a una nota más aguda. A mí se me desbordó la puta sonrisa sin poder evitarlo.

Dimos todo lo que teníamos y un poco más.

Y, cuando la canción terminó, el público rompió a aplaudir.

El cuerpo aún me vibraba.

Freddy vino al frente del escenario, a nuestro lado, y nos cogió la mano a Cole y a mí. Yo hice lo mismo con Morgan, que estaba a mi derecha. Y así, juntos, hicimos una reverencia y nos miramos sin decir nada, porque nuestras sonrisas y nuestras respiraciones agitadas ya lo decían todo.

Mis amigos se separaron, pero yo seguí aferrado a una mano que me negaba a soltar tan pronto. Sus dedos me acariciaron con lentitud y yo me giré para mirarla. Tiré de ella para acercarla a mí y la abracé, eufórico, por lo que acabábamos de compartir. Su risa me envolvió junto a sus brazos y yo me creí a punto de explotar de felicidad. Lo habíamos conseguido. Esa actuación marcaría un antes y un después para todos.

—¡Os habéis salido los cuatro! —gritó Lisa en cuanto bajamos del escenario, lanzándose a abrazarnos a todos a la vez—. ¡Sois los putos reyes del *rock and roll*!

Nos reímos, la abrazamos y Cole la besó.

—Un momento, guaperas —le dijo ella, apartándose un poco—. Tengo que daros algo antes de celebrarlo.

Me entregó una tarjeta.

—¿Qué es esto?

—La tarjeta de Jim Boyle.

—¿Y quién cojones es Jim Boyle? —preguntó Cole.

Yo leí lo que ponía bajo el nombre y alcé la vista, incrédulo.

—Un representante —dije con la voz ronca—. Un puto representante de artistas.

—¡Bien por Jimmy! —exclamó Freddy.

—Se ha tenido que ir antes de que acabara la canción, pero me ha visto con la chaqueta y ha deducido que estaba con vosotros. ¿Vais a llamarlo, no?

—Joder, pues claro —opinó Cole.

—Ya te digo —siguió Freddy.

Me eché el pelo hacia atrás y miré a Morgan. Su opinión me importaba tanto como la de los demás.

—¿Tú qué dices, Ocean?

Me quitó la tarjeta y me guiñó el ojo.

—Que aún te faltan muchos sueños por cumplir.

Y los cumplí todos menos uno, pero hace tiempo que acepté que ese es un sueño imposible.

Capítulo 12

MORGAN

Si cierro los ojos a día de hoy, todavía puedo sentir la electricidad en cada una de mis extremidades. Las vibraciones que provocaban las ondas de los instrumentos en mi piel. Los aplausos de un público que se volcó con un grupo de chavales con pocas tablas y muchas ilusiones.

Ni siquiera la decepción y la rabia que vinieron meses después pudieron quitarme lo que esa noche me dio. El subidón de adrenalina, la capacidad de enfrentarme a mis miedos y vencer mis inseguridades.

Pero no podía ser todo tan bonito, pues aquella actuación me costó la libertad durante una semana entera.

Resulta que mi madre se puso enferma en el trabajo y volvió a casa a tiempo de cruzarse conmigo en la entrada, justo cuando Freddy paró el coche.

—¡Morgan! —Su voz me impactó como una bofetada a traición.

—Mierda… —Bajé del coche despacio, preparándome mentalmente para la bronca—. ¿No tendrías que estar en el restaurante, mamá?

Se había cruzado de brazos y me taladraba con unos ojos febriles.

—¿Y tú no tendrías que estar durmiendo?

—Buen contraataque —masculló Freddy desde el interior del vehículo. Se inclinó para asomarse por la ventanilla abierta—. ¿Decirte hasta mañana sería ser demasiado optimista?

Suspiré, resignada.

—Yo diría que sí. —Cerré la puerta del copiloto—. Gracias por traerme.

—Gracias a ti por lo de esta noche, preciosa. —Quitó el freno de mano antes de lanzarme una mirada cargada de compasión—. Suerte.

El coche se alejó y yo me quedé sola ante el peligro.

—No hace falta que lo diga, ¿verdad?

—Estoy castigada —confirmé.

Mi madre se pellizcó el puente de la nariz mientras se dirigía a la puerta. La seguí en silencio.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué haces aquí tan pronto?

—Llevarme otra decepción gracias a mi hija —masculló con rencor. Me dejó pasar primero—. Estoy demasiado cansada, ya hablaremos mañana.

No sé si se le puede llamar hablar a lo que pasó al día siguiente. Creo que ambas superamos los decibelios permitidos en la convivencia vecinal.

Pero, aun así, no me arrepentí de haber ido a ese local ni un poquito.

***

En mi segundo día de cautiverio, Lisa vino a verme con la excusa de traerme unos apuntes.

Mi madre acechaba como un perro guardián, así que no pude hacer nada más que bajar el escalón de la entrada y, por supuesto, mi amiga tenía prohibido entrar.

Nada de interacciones sociales más allá del instituto, esas fueron las reglas.

Tampoco River podía arriesgarse a buscarme allí. La directora Wilson parecía vigilarme con lupa y volvería a llamar a mi madre si lo veía cerca. Por no hablar de que la relación con sus padres estaba muy tensa, y saltarse sus clases solo iba a empeorarla.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Lisa en voz baja.

—Estoy en mi habitación la mayor parte del tiempo. He aprovechado para terminar el trabajo de Geografía y para escribir un poco, pero os echo de menos.

—Y nosotros a ti, en especial River.

Traté de aparentar indiferencia.

—¿Ah, sí?

—Joder, qué mal disimulas —se burló—. Aún no me has contado lo que pasó la otra noche en tu habitación.

—Solo estuvimos hablando.

—¿Y por qué te has puesto tan roja?

—Porque me estás interrogando y mi madre te va a escuchar.

—Ya… —Se dio unos toquecitos en la nariz—. Yo sé que aquí pasa algo.

—Vale, dame esos apuntes de una vez.

Alzó las cejas, sorprendida. Abrió la mochila y rebuscó hasta dar con unos folios garabateados con su nombre y varias formas geométricas, es decir, lo que siempre hacía cuando se aburría en clase.

—Vendré a por ellos mañana, los necesito para el examen.

Me reí por lo bajo.

—Me daré prisa en copiarlos.

—Ah, y toma esto. —Me entregó un sobre—. Me he tenido que contener para no abrirla, pero espero que me lo cuentes todo mañana.

Bajé la vista y reconocí la letra de River, apelotonada, formando la palabra Ocean.

La escondí a toda prisa entre los papeles de Lisa, le di las gracias y subí los escalones de dos en dos, ansiosa por encerrarme en mi habitación y abrir ese sobre antes de que mi madre me interceptara.

Querida Morgan:
Todavía no me he recuperado del subidón del sábado. Siento mucho que tu madre te haya castigado, pero espero que no te arrepientas de lo que hiciste sobre ese

escenario. Brillaste más que cualquier foco, Ocean, y no me quito de la cabeza tu sonrisa al terminar la canción.
Hemos llamado al tal Jim Boyle y nos ha citado para dentro de un par de semanas en su despacho en el Valle. ¡Todavía me cuesta creerlo!
Extraño escucharte tocar y que me ayudes a mantener a raya a estos dos idiotas. Cole se cree Bon Jovi, después de la actuación, y está llevando la paciencia de Freddy al límite. Cuento los días para que vuelvas a este garaje con nosotros y me libres de acabar en la cárcel por asesinato.
P.D. Te envío algunas estrofas que se me ocurrieron ayer. Unas

paredes no van a impedir que sigamos escribiendo juntos.
Tu rockstar de confianza,
River

No sé cuántas veces leí esa carta aquel día, pero fueron las suficientes como para aprendérmela de memoria y mantenerla en mi cabeza hasta el día de hoy, para mi desgracia.

Desplegué la hoja con los agujeros arrancados de la libreta de River. *Our time* escrito en mayúsculas y, unas líneas más abajo, las estrofas de las que había hablado.

Will you jump with me or is it too much?
I'm so ready if you are by my side
It's our time
It's the time of our lives
They tell us this is not the way
That probably will become a mistake
But it's our time
Our time, babe

Cogí un lápiz y comencé a escribir lo que iba a ser la respuesta a esa pregunta.

I will jump with you

Don’t release my hand
Find in my eyes the truth
You won’t see an end

Al día siguiente le di el papel a Lisa y, durante el resto de la semana, intercambiamos notas hasta que, una noche, alguien lanzó una piedrecita al cristal de mi ventana.

Al asomarme, descubrí a River sobre la rama del árbol.

—¿Te has vuelto loco?

—Se me estaba olvidando tu cara.

—¿Tan pronto?

Chasqueó la lengua.

—Claro que no. No podría olvidarme de ti, aunque quisiera.

Menudo mentiroso de mierda.

—Vale, corta el rollo, ¿qué haces aquí? ¿Quieres colarte otra vez al más puro estilo de *Dawson Crece*?

Se rio mientras sacaba un papel de su bolsillo.

—Venía a traerte esto. —Lo dobló en forma de avión y me lo lanzó —. He terminado mi parte. Toda tuya.

—¿Y no podías esperar a que me levantaran el castigo?

—¿Es que no me conoces todavía, Ocean?

Se me escapó una risita de lo más ridícula. Dios… qué patética era.

Escuché pasos en la escalera y miré por encima de mi hombro. Un haz de luz se coló bajo mi puerta.

—Vale, tienes que irte —le apremié en un susurro.

—¿Ya? Si acabo de llegar.

—Largo, vas a meterme en un lío. ¿Quieres que el castigo me dure hasta septiembre?

Levantó las manos.

—Vale, vale… Ya me voy. —Se aferró al tronco del árbol y apoyó el pie en la rama más cercana antes de mirarme una última vez y canturrear—. *I will jump with you…*

Cerré la ventana con una sonrisa en los labios.

Al día siguiente, le entregué a Lisa el avión que él me había lanzado con mis últimas aportaciones.

Por la noche, justo al salir de la ducha, encontré una caja en el alféizar de mi ventana.

Me asomé, buscándolo en la oscuridad, pero no había nadie por allí.

Una grabadora. River Hayes me había mandado una maldita grabadora para cantarme nuestra canción.

Estuve a punto de pausar la grabación cuando terminó, pero su voz me lo impidió.

Es provisional, solo hasta que salgas de la jaula. Gracias, Ocean. No sé cómo empezar a compensarte por todo lo que estás haciendo por el grupo y por mí. De momento, pienso acompañarte a ese baile e intentar que pases la noche especial que mereces. Por cierto… ¿Tengo que llevar esmoquin?

La grabación terminó y solo pude pensar en que a mí lo que realmente me importaba de ese baile era ir con él.

Capítulo 13

RIVER

La madre de Morgan me miró de arriba abajo cuando abrió la puerta. Era una mujer alta de unos treinta y pocos. Tenía los labios carnosos de su hija y una melena castaña muy similar, pero sus rasgos eran más duros y esos ojos azules de hielo en nada se parecían a los que yo conocía.

Carraspeé, nervioso.

—Señora Foster, soy River. Vengo a por su hija.

Se apartó para dejarme pasar, sin decir nada. Eché un vistazo por encima del hombro a mis amigos, que esperaban en el coche, y entré antes de que volviera a cerrar la puerta a mi espalda.

—¡Morgan, han venido a por ti! —gritó al pie de la escalera.

—¡Bajo enseguida!

La mujer se acercó a mí a pasos lentos.

—Así que, River.

—Sí, señora.

Arrugó la nariz de una forma muy parecida a cómo lo hacía su hija cuando escuchaba su nombre.

—Señora… —masculló, como si la palabra le supiera amarga—. Llámame, Susan.

Sonreí con amabilidad, aliviado por esa cercanía, pero ella no me correspondió. Cogió un cigarro del paquete que había sobre la mesita frente al sofá y me invitó a sentarme.

Obedecí porque ¿qué otra cosa iba a hacer?

—Bueno, River, así que tienes un grupo.

—Sí, pero no es solo mío.

—Claro. Tres chicos y mi hija.

El tono con el que lo dijo me hizo fruncir el ceño.

—Pues… Sí.

—¿Cuántos años tienes? ¿Vas al mismo curso que Morgan?

—Me falta poco para los dieciocho —respondí—. Y no voy a su instituto, en realidad.

Alzó las cejas, sorprendida.

—¿Y os dejan entrar al baile?

—Al parecer, sí. Según me han contado, este año son más flexibles. Por eso, han invitado también a los *juniors*.

En aquel momento fui realmente consciente de la poca comunicación que existía entre Morgan y su madre. Estaba claro que nos parecíamos más de lo que había creído.

—¿Y cómo os conocisteis?

—En la playa. Ella estaba con Lisa tocando la guitarra y nosotros pasábamos por allí.

—Ah, la dichosa guitarra.

Dio una larga calada al cigarro y giró la cara para expulsar el humo. Algo me decía que se arrepentía de no haberla vendido, al igual que había hecho con el piano.

—Su hija tiene mucho talento, Susan. Es muy buena.

Torció una sonrisa que no le llegó a los ojos y me puso los pelos de punta.

—Lo es, ¿verdad? Demasiado buena para este mundo, quizá. —Tiró la ceniza en un vaso vacío—. Demasiado inocente para el *rock and roll.*

Me aflojé el dichoso nudo de la pajarita. Dios, que Morgan bajara ya.

—Nosotros la protegeremos de cualquier cosa. —Traté de sonreír como si quisiera bromear. Necesitaba relajar el tono de ese interrogatorio—. No tiene de qué preocuparse.

—¿Y quién la protegerá de vosotros? —Otra calada—. De ti.

—No sé si la entiendo.

La mujer se inclinó hacia mí.

—Claro que me entiendes. —Su tono era bajo y amenazador—. Conozco a los chicos como tú, River. Deslumbráis a jovencitas con vuestra cara bonita hasta que conseguís lo que queréis, y luego las desecháis como a un trapo viejo.

Entendía que era su madre y que estuviera preocupada por ella, pero aquello me ofendió. Me puse en pie.

—Yo jamás le haría daño a Morgan. —Apreté los puños, tratando de aguantar para no salir por la puerta—. Me importa mucho.

Clavó esos ojos azules en los míos.

—Eso ya lo veremos.

Ya estaba reprendiéndome mentalmente por no haber esperado a Morgan en el coche, cuando la escuché bajar las escaleras. Y, en cuanto la vi aparecer, me alegré de no haberlo hecho porque, de lo contrario, me habría perdido esa visión.

Se me olvidaron los últimos minutos en cuanto me dedicó esa sonrisa preciosa. Se había recogido el pelo en una trenza, pero un par de mechones escapaban y acariciaban su rostro.

Nunca me habían interesado especialmente los bailes de instituto, más allá de la música, sobre todo si era en directo, pero me sorprendí fijándome en el vestido de Morgan, de un púrpura intenso, que se le ajustaba a la cintura como una segunda piel y se abría hasta mitad del muslo izquierdo; en el rubor de sus mejillas, en el tono rosa de sus labios… En esa mirada que conseguía aislarte del mundo en dos pestañeos.

Todavía la veo cuando cierro los ojos.

Sonreí de pura admiración.

—Guau… —se me escapó cuando bajó del todo las escaleras.

Su sonrisa calmó un poco mis nervios. Me echó un vistazo de arriba abajo.

—Lo mismo digo. —Se fijó en mi pajarita—. ¿Y ese esmoquin?

Me encogí de hombros.

—Era algo que tenía por casa.

—No le has quitado las mangas —observó, y a mí se me escapó una carcajada.

—Hoy me toca ser formal.

Lancé una mirada de reojo a su madre, que nos acechaba como un felino, atenta a cualquier movimiento.

Morgan se giró hacia ella.

—Mamá, no volveremos tarde.

—Claro que no. Sé que River es un chico responsable.

—¿Ah, sí?

El brazo de Susan me rodeó los hombros y volví a tensarme.

—Me ha dado su palabra de que cuidará de ti, ¿verdad?

Asentí sin decir nada.

—De acuerdo… —Morgan parecía tener tantas ganas de salir de allí como yo.

—Un momento, quiero haceros una foto.

—¿Es necesario?

—Es la tradición, y quiero un recuerdo de esta noche tan especial. —Susan me miró a mí, a continuación—. Y así tendré fichado al roquero, por si acaso.

La mujer se rio, Morgan puso los ojos en blanco y yo fingí que no sabía que hablaba totalmente en serio.

Mientras subía las escaleras en busca de la cámara, Morgan se acercó a mí.

—¿Ha sido muy incómodo?

—He vivido cosas peores.

Nos reímos por lo bajo y la miré a los ojos.

—Estás preciosa, Ocean.

Era difícil ver si había rubor real debajo del maquillaje, pero la forma en la que bajó la vista al suelo me dio una pista.

—Tú tampoco estás nada mal.

Un carraspeo en lo alto de la escalera.

Ambos alzamos la cabeza.

Automáticamente, di un paso en dirección contraria a Morgan.

—Bueno, ¿no tienes nada para ella, River?

—Mamá…

—En realidad, sí —respondí, sacando la cajita que había olvidado en el bolsillo del pantalón. Era una flor morada, a juego con su vestido.

—¿Cómo sabías de qué color…? —se interrumpió a mitad de la pregunta y asintió—. Lisa.

—Te dije que iba a hacer todo lo posible para que esta noche fuera perfecta.

Escuché el clic de la cámara mientras le colocaba la flor en la muñeca.

—Me encanta. —Esa sonrisa otra vez—. Gracias.

Le ofrecí mi brazo y sonreí a la cámara como si no supiera que la

persona que la sujetaba no se alegraba de haberme conocido.

—Listo. Estáis muy guapos.

El sonido del claxon del coche de Freddy fue música para mis oídos.

—Un placer conocerla, Susan —dije por educación. Me alegraba de haber conocido a la madre de Morgan, pero no podía decir que recomendara la experiencia.

—Lo mismo digo, River. —Se acercó a su hija y le dio un pequeño abrazo—. Pásalo bien, pero no llegues tarde.

—Gracias, mamá.

La mirada de cariño que ambas compartieron en aquel momento me dio algo de esperanza.

Capítulo 14

MORGAN

Nunca había ido a ningún baile. No le había encontrado sentido a arreglarme para quedarme sentada en un rincón oscuro mientras veía a parejas acarameladas bailar y robarse besos, ante la atenta mirada de los profesores.

Claro que nunca había tenido un grupo de amigos con el que ir, y eso cambiaba las cosas.

—Ahora solo las chicas con Freddy —pidió Lisa, empujando a Cole para que saliera de la zona del *photocall* antes de alisarse su vestido azul cielo.

Habían puesto un arco de flores y luces justo a la entrada del gimnasio, así que todo el que quisiera acceder, terminaba posando para una foto.

—No necesito vuestra compasión —dijo nuestro amigo, algo incómodo.

Le habíamos repetido varias veces que aquí nadie iba en pareja y que éramos un grupo.

Él se había limitado a señalar las flores en nuestras muñecas y a preguntar que quiénes nos las habían regalado. Vale, ahí tenía parte de razón, pero no queríamos que se sintiera excluido, porque esto no era una cita romántica de parejitas.

Al menos, no en lo que a River y a mí respectaba.

Me quedaba claro que aquello era solo un pago por haber actuado con ellos, y nada más. Su parte del trato.

—No es compasión, es que eres el más fotogénico de los tres —siguió Lisa, atrayéndolo hacia nosotras.

El rubio sonrió con socarronería.

—En eso tienes razón.

Cole bufó, pero River sonrió al ver a su amigo más relajado.

Lisa y yo nos colgamos de sus brazos y le dimos un beso en la

mejilla, antes de que el fotógrafo apretara el botón de su cámara.

Había un montón de mesas redondas, con manteles blancos, repartidas por la superficie pulida del gimnasio. Globos y guirnaldas por todas partes, además de luces blancas, azules y rojas que parpadeaban sin cesar.

Un DJ pinchaba música en una de las esquinas, mientras muchos estudiantes bailaban ya sobre la pista.

De repente, todo aquello me pareció abrumador y me vi fuera de lugar. No había intercambiado ni cuatro frases con nadie que estuviera en aquella sala, a excepción de mis acompañantes.

—No sé muy bien qué hago aquí —murmuré, más para mí misma que para que me escuchara nadie.

Pero River lo hizo. Me cogió de la mano y se acercó a mi oído.

—Bailar conmigo.

Me dejé llevar hasta un hueco entre la gente. Por los altavoces sonaba *Beautiful Life* de Ace of Base y la cosa se estaba animando. Uno frente al otro, nos fuimos soltando y, entre risas y algunos giros, terminé por relajarme. Nuestros amigos se unieron a nosotros y a mí me dio igual el resto de la gente.

River estaba muy guapo con ese esmoquin y peinado hacia atrás, aunque sus camisetas sin mangas y su pelo desordenado no tenían competencia.

Tras bailar durante tres canciones seguidas, se llevó las manos a la pajarita y trató de enderezarla.

—Esta cosa no se está quieta… —Bajó la barbilla para fijarse en ella—. ¿La llevo bien?

Sin pedir permiso, deshice el nudo y se la quité. Se la guardé en el bolsillo del pantalón y luego volví a su camisa para desabrocharle un par de botones. Fingí que no me había recorrido un escalofrío cuando mis dedos rozaron la piel de su cuello.

—Mejor así.

Sonrió, complacido.

—Gracias.

—¿Me vas a decir ya de dónde has sacado el traje? No pareces de los que guardan uno en el armario para ocasiones especiales.

Su sonrisa tembló un poco y se le escurrió por los labios.

—Ya. No es mío, en realidad.

—¿De tu padre?

Me dejó con las ganas de saber la respuesta porque la directora Wilson subió al escenario y se puso frente al micrófono para darnos la bienvenida y desearnos una noche fantástica, sin olvidarse de advertirnos de que nos divirtiéramos con cabeza y responsabilidad, y, por supuesto, nada de alcohol.

Cole apareció entonces a nuestro lado y nos enseñó la petaca que guardaba en el bolsillo interno de su chaqueta.

—Vaya, una lástima que no lo hubiera dicho antes.

—¿Ya has saboteado el ponche? —preguntó Freddy—. No hace ni una hora que estamos aquí.

—Mucho he tardado.

El batería se encogió de hombros.

—No seré yo quien se queje.

Se corrió la voz como la pólvora, así que en apenas unos minutos, la mayoría de los alumnos se paseaban con vasos de ponche, con sonrisillas misteriosas.

La popularidad de Cole, un desconocido para todos ellos, se disparó en consecuencia.

—¿Te das cuenta, tía? —me dijo Lisa, sentándose a mi lado alrededor de una mesa—. Acaba de llegar y ya los tiene a todos en el bolsillo. Esto nos va a venir bien a nosotras.

—Estoy magnético esta noche, chicas —comentó él, pasándonos un brazo por los hombros a cada una—. Esta gente solo necesitaba un líder al que adorar.

—Eres un bocazas.

El bajista besó a mi amiga en el cuello.

—Sí, pero te gusto así.

Ella rio por lo bajo.

Busqué a Freddy para poner los ojos en blanco, pero lo descubrí mirando a la parejita muy serio. Vi en el movimiento de sus hombros que cogía aire y luego se bebía el vaso de un solo trago.

Fruncí el ceño. Normalmente, se mostraba despreocupado y sarcástico, siempre dispuesto a hacer una broma de todo. Pero, si te fijabas en los detalles, en algunos segundos que se colaban entre

sus bromas, distinguías que su mirada se volvía algo más triste o suspiraba más de lo normal. A veces se alejaba un poco del grupo y se quedaba con la mirada perdida, ausente.

—Eh, ¿estás bien? —le pregunté.

—Claro. —Señaló su vaso vacío—. Voy a por otro. ¿Alguien quiere?

Negué con la cabeza y observé cómo se alejaba.

Me giré hacia River.

—¿Crees que le pasa algo?

—Freddy necesita su espacio a veces. No te preocupes.

Asentí, pero no me quedé tranquila hasta que no vi a nuestro amigo reírse junto al DJ, con el que chocó su vaso antes de beber.

—Me encanta esta canción. —Me puse en pie al escuchar *Don't speak* de No Doubt—. ¿Otro baile sería mucho pedir?

El chico de ojos verdes me imitó y me ofreció la mano.

—Esta noche, puedes pedir todos los bailes que quieras.

Me levantó los brazos y llevó mis manos tras su nuca. Las suyas se aferraron a mi cintura y yo sentí que el pulso se me disparaba. Me atrajo hacia él.

—Ese olor a vainilla…

—¿Te molesta?

Negó con la cabeza.

—Todo lo contrario.

Como solía pasarme cuando estábamos tan cerca, lo que teníamos alrededor se me antojó algo borroso.

Echó un vistazo por encima de mi hombro.

—Primero tu madre, ahora tu directora… Parece que hoy estoy en el punto de mira.

Giré el cuello y mis ojos se cruzaron con los de la señora Wilson, más astutos y alerta que nunca. Me reí y volví a mirarlo.

—Sí, pero no solo de las mujeres adultas. ¿Has visto cómo te miran mis compañeras?

—Todos en este gimnasio te miran a ti, Ocean. —Me alejó, sin soltarme la mano, para que girara sobre mí misma, y luego volvió a atraerme hacia él—. ¿Cómo no iban a hacerlo?

En aquel momento, deseé que esas palabras significaran algo más que amabilidad, pero estaba segura de que para River no era más

que una amiga con la que tenía una pasión en común. Tal vez su actitud a veces me confundiera porque, en realidad, yo deseaba que se debiera a algo más. Pero él era así, magnético, atrayente, y no temía resaltar las cualidades de los que tenía a su alrededor.

No solo de mí.

Yo no era especial.

—¡Cambio de parejas! —gritó alguien de repente, desde algún lugar de la pista.

Gwen Stefani había parado de cantar y dejaba paso a Fatboy Slim y su *The Rockafeller Skank*.

La gente comenzó a mezclarse y a pisarse.

Sin apenas darme cuenta, los brazos de River me soltaron y fueron sustituidos por los de Bobby, la pareja de baile de Harper, quien ahora se pegaba a mi acompañante como una lapa, encantada de la vida.

—¿Eres nueva, preciosa? Nunca te he visto por aquí.

Tuve que esforzarme por no poner los ojos en blanco. El chico, alto y musculoso, como el quarterback estrella que era, sonreía, pagado de sí mismo.

—Ajá.

—Me lo imaginaba. Te recordaría si me hubiera cruzado antes contigo.

Menudo gilipollas. Íbamos juntos a Álgebra.

—Por supuesto que sí.

Busqué a River con la mirada.

Él ya tenía sus ojos puestos en mí. Parecía preocupado y alerta, como si temiera que el chico con el que bailaba pudiera importunarme de alguna forma. Además, había la suficiente distancia entre su cuerpo y el de Harper como para que otra persona se colara en medio.

Dejó a la chica con la palabra en la boca y vino hacia nosotros.

—Hora de cambiar otra vez —dijo, ignorando las quejas de ella a su espalda.

—Tío, si ni siquiera ha acabado la canción —se quejó Bobby.

—Para ti, sí —masculló River. Era igual de alto que él y casi tan ancho. Suavizó el gesto al mirarme y me ofreció la mano—.

¿Morgan?

Le di un toquecito en el hombro al otro.

—Que te diviertas. —Me aferré a River y lo seguí entre la gente para largarme de allí—. Gracias por salvarme de… eso.

Nos sentamos sobre unas sillas vacías cerca del ponche.

—Siento haberte soltado antes, pero me ha pillado por sorpresa todo ese rollo del cambio. ¿Estás bien? Sé cuánto te incomoda esta gente.

Me encogí de hombros.

—El lunes ni siquiera me reconocerán.

—No digas…

—Eh, no pasa nada —lo corté—. En serio, no me importa ninguno de ellos. Hay todo un mundo ahí fuera, más allá de un estúpido instituto.

Me enseñó los dientes al sonreír.

—Y nos lo vamos a comer juntos, Ocean.

Mis ojos me traicionaron y bajaron hasta sus labios. Me fijé en su nuez cuando tragó saliva. Nuestras manos seguían unidas. Un vértigo nació en la boca de mi estómago y me empujó hacia él. ¿Y si…?

—Esta fiesta está decayendo. —Cole se dejó caer a mi lado. Lisa se sentó encima de él.

—Tampoco está tan mal —opinó Freddy, que acababa de unirse a nosotros—. La música es buena.

—Ni siquiera es en directo.

—¿Y qué? Alex se lo está montando bastante bien.

—Genial, pues que os lo paséis bien con Alex —siguió Cole—. Nosotros nos vamos.

—¿Adónde?

Mi amiga me guiñó un ojo.

—A montarnos nuestra fiesta privada.

¿Estaba hablando de lo que creía?

—¿Vais…?

—¿A buscar un sitio para enrollarnos? —respondió Cole—. Bingo.

Lisa le dio un codazo.

—Guarda un poco de romanticismo, guaperas.

Él soltó una carcajada.

—Lo siento. —Se giró hacia Freddy—. Colega, no nos esperes para volver.

El rubio alzó el pulgar sin dejar de beberse su… No lo sé, pero debía de llevar ya unos cuantos vasos encima.

La parejita se largó y River suspiró a mi lado.

—Me parece que me toca conducir a mí esta noche —dijo, al observar al batería. Se puso en pie—. Será mejor que vaya a por un poco de agua.

Me quedé a solas con Freddy, que seguía con su mirada vidriosa cada paso con el que Cole y Lisa se alejaban de nosotros.

Y, de repente, algo en mi mente hizo clic. Entendí que, casi todas las veces en las que descubría esa mirada de tristeza y anhelo en mi amigo, había un denominador común.

—¿Cole lo sabe? —pregunté a bocajarro. Tal vez me equivocara, pero el instinto me decía que no.

El chico me miró fijamente.

—¿El qué?

Atrapé su mano.

—Tú ya sabes el qué.

Claro que lo sabía. Lo vi en su cara en cuanto permitió que la máscara de indiferencia se le derritiera.

—Yo no…

Tragó saliva. El brillo febril de sus ojos era una mezcla de alcohol y nostalgia. Estaba colado por su mejor amigo y no se atrevía a decírselo. Con seguridad, porque tenía bastante claro que no sería correspondido.

Por un segundo, mirarlo a él fue casi como mirarme a mí misma.

—Estoy aquí, ¿vale? —Le apreté los dedos—. Si necesitas hablar, estoy aquí.

Me atrapó como si hubiera necesitado ese abrazo desde hacía mucho tiempo.

Capítulo 15

RIVER

Cuando volví con el agua, me encontré con Freddy y Morgan abrazados en silencio. La mano de ella le acariciaba la espalda con ternura.

—¿Va todo bien?

Mi amigo se separó, como si la piel de la chica de repente le quemara.

—Sí, claro que sí. Voy a… —Se tocó el pelo y evitó mirarme en todo momento—. A pedirle a Alex una canción con más ritmo. Esta es un coñazo.

No me dio tiempo a seguir preguntando, porque se escabulló entre la gente.

Le pasé una botellita de agua a Morgan.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

Desenrosqué el tapón y señalé con la botella hacia la pista.

—El abrazo. La huida.

—Los amigos se abrazan, River.

No me pasó por alto que obviaba lo de la huida y que había utilizado un tono que sonaba a reproche. Mierda, no quería que pensara que estaba celoso o algo así.

—Eso ya lo sé, pero no parecía un abrazo normal. ¿Le pasa algo a Freddy?

Se encogió de hombros.

—Está borracho, ya sabes. Que si dame un abrazo, que si me alegro de que hayas entrado en el grupo, que si eres la mejor…

—Sí que eres la mejor.

Sacudió la cabeza y sonrió.

—Era broma.

—Lo mío no.

Me dio un codazo amistoso y bebió agua. Me obligué a apartar la vista de ella e hice lo mismo. No estaba borracho, ¿por qué no podía controlar un poco lo que le decía a aquella chica?

—Y dime, ¿qué tal tu noche? ¿Es tal y como soñabas?

—Yo no soñaba con esto —reconoció—. Esa era Lisa, que ahora estará disfrutando con su príncipe de un final de cuento de hadas, sobre el escritorio de algún profesor.

Me reí.

—A mí me parece que Cole se parece más al dragón.

—¿Sabes lo que diría él si estuviera aquí, no?

—¿Algo sobre su cola?

Rompimos a reír. Dimos otro sorbo a la botella y ella me miró.

—Ahora en serio, la noche ha estado bien, pero ha sido por la compañía —admitió—. Este gimnasio podría estar vacío, a excepción de Alex y vosotros, y me lo habría pasado igual de bien.

—Pero te habrías perdido bailar con el quarterback.

—Oh, sí, el punto álgido de la noche. —Torció una sonrisa—. ¿Has llamado Heather a Harper?

—La he llamado «perdona, pero tengo que irme».

Su risa me contagió de nuevo. La gente seguía bailando, bebiendo y socializando, pero a nosotros no podía importarnos menos.

—Oye, ¿y cuándo es vuestro baile?

—Esta noche.

—¿Qué? ¡River! ¿Por qué no nos lo habéis dicho?

—Porque preferíamos venir a este —respondí con sinceridad—. Allí no había nadie a quien quisiéramos acompañar, y aquí sí.

Sus labios, que apenas tenían ya nada del color rosa del principio de la noche, se curvaron en una preciosa sonrisa. Las puntas de sus dedos rozaron las de los míos. Sentí que los latidos de mi corazón sonaban entre las paredes de aquel gimnasio más fuertes que la música.

Estos instantes de quietud con ella eran como pequeños espejismos en el desierto de nuestra realidad. Algo que llegaba de golpe y desaparecía con la misma rapidez, cuando uno de los dos se movía.

Aquella vez fue Morgan.

—Hace un poco de calor aquí, ¿no? —Se levantó y se alisó la falda de su vestido—. ¿Salimos?

—Vale.

La seguí hasta la calle y nos sentamos sobre un bordillo. Ella dobló las piernas.

—Echo de menos mis vaqueros y mis zapatillas.

—No sé cómo podéis andar con esos zapatos.

—Yo tampoco. —Se fijó en mi camisa medio abierta—. Tú no pareces encajar mal lo de llevar mangas.

—Oye, llevo mangas a veces. En enero —puntualicé.

—No, si lo entiendo. Si yo tuviera esos brazos, también querría enseñarlos.

—No es por eso —me defendí. Me observó con una sonrisilla y la ceja enarcada—. Bueno, no es *solo* por eso. Un momento, ¿estás alabando mis músculos, Ocean?

¿Por qué hacía el mismo calor aquí fuera que dentro?

Me señaló con el dedo.

—No, no vuelvas esto contra mí.

—Tenía que intentarlo.

La música se escuchaba amortiguada allí fuera, pero lo suficientemente alta como para que no estuviéramos en un completo silencio. Apoyamos las manos en la acera y alzamos la cabeza hacia el cielo oscuro.

No sé el tiempo que pasó, pero me vi abriendo la boca antes incluso de ser consciente de querer hacerlo.

—Era de mi hermano. —Noté los ojos de Morgan puestos sobre mí, pero continué sin girarme—. El esmoquin.

—¿Tienes un hermano?

Intenté tragar el nudo que se me había instalado en la garganta, pero fue imposible.

—Tenía. Se llamaba Jason.

No hablaba de él con nadie más que con mis amigos, y tampoco con frecuencia. Decir que ya no estaba en voz alta lo hacía más real y dolía demasiado.

La mano de Morgan atrapó la mía.

—Lo siento muchísimo.

Me aferré a ella como si fuera mi única forma de no caerme al suelo, y era algo estúpido, porque ya estaba sentado en él.

—Fue hace siete meses —seguí hablando—. Y todo se ha ido a la mierda desde entonces.

La voz se me rompió al final.

—River…

Me limpié los ojos húmedos a manotazos, y me enfrenté a los de Morgan, que me observaban con una ternura infinita, y brillaban por las lágrimas contenidas.

Necesitaba contárselo a aquella chica, para que mi carga pesara menos.

—Mis padres se niegan a hablar de él y me presionan para ir a la universidad. Mi hermana pequeña no entiende por qué ya no está, y yo… A veces creo que, si no fuera por la música, no sería capaz de llegar al final del día.

Las yemas de los dedos de Morgan acariciaban mis nudillos, pero ella guardaba silencio, dispuesta a escuchar todo lo que quisiera decirle.

—Me ahogo en esa puta casa, Ocean. —Mi voz sonó ronca, pero no fui capaz de darle más fuerza—. Con los recuerdos, con las expectativas, con la sombra de mi hermano muerto dondequiera que vaya. Con las últimas palabras que me dijo y que tengo grabadas a fuego en mi cabeza.

—¿Quieres decirme cuáles son?

Mi vista se perdió en el horizonte, y mi mente viajó a aquella noche con la que todavía sueño hoy en día.

—Estaba en la cama del hospital, con el rostro consumido por toda la mierda que se había metido. Diecinueve años y su cuerpo ya no podía más. —Inspiré hondo y expulsé el aire despacio—. Apenas podía mantener sus ojos sobre los míos, pero me dijo: «Empezamos a morir desde que nacemos, River. La cuenta atrás que es la vida no se detiene por nadie y no vale la pena perder tiempo tratando de seguir el camino de otro. Lo único que importa es cada paso que das para seguir el tuyo».

—Eso es… —Morgan suspiró—. Es la puñetera verdad, y es digna de enmarcar.

—Lo sé.

—Estás enfadado con él —observó.

La miré, desesperado y aliviado, porque hubiera leído en mi rostro lo que pensaba, sin necesidad de confesárselo.

—¿Por qué me habló de no perder el tiempo cuando él tiró por la borda su vida de esa manera?

—Quizá porque quería que no cometieras los mismos errores que él.

Me estiré el pelo hacia atrás.

—Sé que mis padres lo presionaban mucho. Sé que era difícil ser el mayor y que necesitaba una vía de escape, pero… —Tragué saliva —. Nos dejó tirados a Violet y a mí.

Estaba a punto de derrumbarme, pero ella me sujetó. Me abrazó con fuerza y, de pronto, su olor a vainilla me tranquilizó. Su respiración sobre mi hombro. El tacto de su pelo entre mis dedos.

—Lo echo muchísimo de menos —mascullé con un hilo de voz. Morgan no dijo nada, solo se mantuvo firme por mí. Cuando me aparté, arrastré con el pulgar una lágrima que le recorría la mejilla —. Te he jodido el final de la noche.

Se limpió la cara y sonrió.

—Claro que no —respondió, y pareció sincera—. Ahora entiendo por qué te pones tan serio cuando los chicos fuman marihuana.

Tragué saliva.

—Así empezó Jason. Quizá te parezca exagerado por mi parte, pero es superior a mí.

—No es exagerado, River. Es de lo más comprensible. —Un apretón en mi hombro—. Gracias por confiar en mí.

—¿Cómo no hacerlo, Ocean? Son esos ojos tuyos que hacen que quiera contarte todos mis secretos.

—¿Tienes más secretos?

—No para esta noche. —Me recompuse como pude, me puse en pie y le ofrecí la mano para levantarla.

Tiré de ella y, por el impulso, su pecho terminó pegado al mío. Tuve ganas de besarla en aquel momento, pero nunca se lo dije.

—Eh, estáis aquí. —Freddy acababa de salir del gimnasio haciendo eses—. ¿Alguien más se muere de hambre?

Solté a Morgan y me metí las manos en los bolsillos.

—¿En qué estás pensando?

—¿Qué tal una hamburguesa y un batido?

Miré a la chica, haciéndole una pregunta silenciosa. Ella respondió, aferrándose al brazo de cada uno, y dirigiéndonos hacia el coche de Freddy.

Eché un vistazo por encima del hombro.

—¿No quieres saber quiénes serán el rey y la reina del baile?

—¿A quién le importa eso cuando me voy de este sitio con un chico guapo en cada brazo?

Me guiñó un ojo, Freddy silbó y yo sonreí porque, a pesar de que mis pasos no siempre me llevaban por el camino que yo quería, los tenía a ellos para acompañarme hasta el final.

Capítulo 16

MORGAN

Vi a Lisa sonreír a través del espejo, mientras seguía con la vista puesta en el mechón de pelo que me estaba rizando.

—No te hagas la interesante, sé que estás deseando contármelo todo.

—Es verdad —reconoció—. Tía, fue muy excitante todo ese rollo de escondernos.

—Aún no me puedo creer que pusieras tu culo sobre la mesa de la directora.

—No sé si voy a poder concentrarme la próxima vez que vaya a su despacho.

Nos echamos a reír.

—Entonces…, ¿todo bien?

Su reflejo me guiñó un ojo.

—Más que bien. Solo tengo una referencia antes que Cole, pero puedo decir que gana por goleada.

—Espero que no se lo hayas dicho a él, o no habrá quien lo aguante.

Mi amiga desenchufó el rizador.

—¿Sabes qué es lo mejor? Cuando se haga famoso, yo podré decir que estuve con él antes de que la gente conociera su nombre.

—¿Eso es lo mejor?

—Bueno, no. —Se inclinó y bajó la voz—. Lo mejor fue algo que me hizo con la lengua en…

—¡No necesito tantos detalles!

Lisa se carcajeó.

—Está bien. ¿Y qué me dices de ti y de River?

Me atusé el pelo.

—¿Qué pasa?

—Eso quiero saber. ¿Pasó algo? ¿Te besó?

—No digas tonterías.

—Ya, tonterías.

—River y yo somos amigos.

—Eso no lo pongo en duda, pero está claro que hay algo más entre vosotros, Morgan. No me tomes por tonta y reconócelo.

Solté un bufido.

—Es que no hay nada que reconocer.

Estrechó los ojos para mirarme fijamente durante un instante interminable.

—Pues yo creo que sería un buen candidato para quedarse con tu virginidad.

—Lisa, por favor.

Alzó las manos.

—Oye, sé de lo que hablo. Veo cómo os buscáis constantemente, cómo te sonrojas cuando te roza la mano, la forma en que sonríe al mirarte sin que te des ni cuenta…

—Se te está yendo la olla —la acusé, sintiendo el calor ya llegando a mis orejas—. Que tú hayas encontrado el amor con Cole no quiere decir que…

Un ¡ja! me interrumpió.

—¿Amor? Con Cole he encontrado otras cosas, pero te aseguro que el amor no es una de ellas.

—¿Entonces?

Se encogió de hombros.

—Me gusta. Lo pasamos bien. Tengo diecisiete años y cero ganas de complicarme.

Han pasado años desde aquella conversación y sus ganas siguen a cero.

—Tengo que reconocer que me alivia escucharte decir eso —indiqué—. No creo que Cole tenga madera de novio.

—No como River. —Levantó y bajó las cejas varias veces, tratando de provocarme.

—Yo no he dicho eso.

—Pero yo sí —contraatacó—. Y creo que el tiempo me dará la razón.

—Estás loca. —Me puse en pie y me coloqué la cintura de los

vaqueros—. Y deberíamos irnos.

Nos estábamos retocando el brillo de labios en el espejo del tocador, cuando mi madre llamó a la puerta.

—Cariño, me voy ya.

Se había puesto un vestido rojo ajustado, que se pegaba a sus curvas y hacía juego con sus labios.

—Señora Foster, está usted impresionante —señaló mi amiga.

—Llámame Susan —contestó mi madre, mientras movía su melena, pagada de sí misma—. Y gracias, cielo. Vosotras también estáis muy guapas.

—¿Volverás para cenar? —pregunté, intuyendo la respuesta.

—Oh, no. —Fingió cara de pena—. Tengo una reunión muy importante, pero te prometo que celebraremos tu cumpleaños otro día, ¿vale?

Me dio un beso en la mejilla.

—Vale.

—Además, ahora tienes amigos. Seguro que prefieres salir con ellos, que quedarte con tu madre en casa.

Nos guiñó un ojo y nos dio la espalda para salir de la habitación.

Me quedé mirando el hueco de la puerta abierta.

Mi madre se había pasado medio sábado trabajando y, al acabar su turno, no me había traído ni un triste *cupcake* con una vela. Me había dado el dinero de sus propinas de la mañana y se había encerrado en el baño con música, y una copa de vino.

No podía decir que hubiera sido una sorpresa, pero la decepción y la indiferencia duelen siempre. Incluso cuando las esperas.

La mano de Lisa sobre mi hombro hizo que el nudo de mi garganta se acentuara.

—Morgan…

Me obligué a sonreír y a parpadear deprisa, para apartar las lágrimas de los ojos.

—Venga, vámonos a celebrar mi cumpleaños.

El rostro de mi amiga mostraba preocupación, pero entendió que aquel no era momento para hablar del tema, así que chocó su cadera contra la mía y cogió los bolsos de las dos.

—¡Así se habla! No se cumplen diecisiete todos los días.

***

Me llevé a la boca otro pedazo de algodón de azúcar y le pasé el resto a Lisa.

El Pacific Park de Santa Mónica estaba a reventar de personas de todas las edades, envuelto por esa aura tan típica de color, música y adrenalina. Los destellos naranjas del atardecer rivalizaban con el montón de luces de las atracciones. Se escuchaban risas y gritos de júbilo en cada esquina.

—Mierda —masculló Freddy al segundo intento. Sus patitos seguían intactos.

Cole chasqueó la lengua.

—Tío, tienes que levantarla más. —Se pegó a la espalda del batería y le colocó la escopeta en el hombro—. Dispara ahora.

La nuez de Freddy subió y bajó en un movimiento que quizá fue imperceptible para el resto, pero no para mí. Nadie más sabía cómo le afectaba el contacto de Cole.

Intercambió una mirada rápida conmigo y miró al frente de nuevo. Siguió las instrucciones del bajista y disparó, acertando por fin.

—¿Lo ves? —Cole le dio unas palmadas en la espalda, satisfecho.

Freddy sonrió un segundo, antes de ofrecerme la escopeta.

—Te toca.

—Un momento. —Me sacudí las manos antes de coger el arma.

La apoyé en el hombro y cerré un ojo para apuntar. El viento hizo que un mechón rizado de mi melena bailara sobre mi nariz y me hiciera cosquillas.

—¿Puede alguien recogerme el pelo? —pedí—. ¿Lisa?

—Lisa no está. —La voz de River a mi izquierda—. Puedo hacerlo yo, si quieres.

Tragué saliva. ¿Dónde se había metido mi amiga?

—Vale.

Cuando sus manos se deslizaron por mi pelo, un escalofrío me recorrió entera y murió en mis dedos de los pies. Solo esperaba que él no se fijara en la piel de gallina de mis brazos.

Fallé el disparo. También el siguiente, aunque por poco. ¿Cómo no

iba a hacerlo con River tocándome? El corazón me palpitaba en los oídos y las manos me sudaban.

—Hoy no es mi día. —Bufé y le di el arma.

El pelo volvió a caerme sobre la espalda cuando dejó de sujetarlo.

—Es tu cumpleaños, claro que es tu día.

El chico apuntó, firme, y disparó en apenas dos segundos. Los patitos fueron cayendo al agua sin excepción.

—Joder, tío. Jason te enseñó bien.

Era la primera vez que escuchaba el nombre de su hermano en boca de alguno de sus amigos.

Al principio, Freddy se quedó quieto, a la espera de una reacción. Estaba claro que lo había dicho sin pensar.

Pero River se encogió de hombros y se sacudió el hombro con chulería.

El chico de la caseta le indicó que podía elegir un peluche.

—Ocean, todo tuyo.

—¿No quieres llevárselo a Violet?

—Eres la cumpleañera. Además, no cabe ni un bicho más en su habitación.

Sonreí y escudriñé la pared llena de animales y muñecos. Había ositos, jirafas y unos gatitos muy monos, pero también otros esperpénticos. Me decanté por un pingüino rosa.

—¿No había uno más feo, Morgan? —preguntó Freddy, arrugando la nariz cuando el peluche llegó a mis brazos.

—Está solo, fuera de su hábitat, en medio de una ciudad con un calor asfixiante… No podía dejarlo ahí.

River sonreía.

—Desde luego, habría sido una crueldad.

—¿Y dónde dices que lo vas a poner?

—Es un pingüino, Freddy. ¿Dónde quieres que lo ponga? En la nevera.

Los tres nos reímos y nos unimos a Cole y a Lisa unos metros más adelante. Comenzaron a repartir refrescos y echamos a andar en busca de alguna otra atracción que nos apeteciera probar.

Caminé despacio, a propósito, para situarme a la altura de Freddy, que se había quedado rezagado.

—¿Estás bien?

El rubio dio un sorbo a la pajita y asintió.

—Perfectamente.

El tema de Cole había salido a colación un par de veces desde el baile. Freddy había decidido confiar en mí y explicarme que hacía más o menos un año que se había permitido aceptar para sí mismo sus sentimientos. Al parecer, los mantenía bajo control la mayor parte del tiempo. Sabía que Cole tenía sus ligues y él lo sobrellevaba, pero verlo con Lisa casi cada día le estaba costando más de lo que quería admitir.

Y solo yo sabía la verdad. Ni siquiera se la había contado a River.

—No va a durar —solté.

Lisa era mi amiga, pero Freddy también. Ahora que sabía que ella no iba a sufrir por Cole, sentía la necesidad de aliviar un poco el peso de su corazón.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sin mirarme todavía.

—No puedo revelarte mis fuentes, pero sé que solo se están divirtiendo.

Conseguí que sonriera. Estaba claro quién era mi fuente.

—Ni siquiera es por ella —admitió con tristeza. Levantó la cabeza hacia el cielo y se echó el pelo hacia atrás, exasperado—. ¿Por qué tiene que gustarme ese imbécil?

Se me escapó una carcajada.

—Supongo que el amor es así.

—¿Inoportuno?

—Inevitable. No pide permiso para entrar.

Mis ojos me traicionaron y se desviaron hacia River, que iba bromeando con los otros dos.

—Tú sí deberías decírselo —comentó Freddy.

Negué con la cabeza.

—Yo no tengo nada que decir.

—Joder, qué mal mientes.

—Si alguien tiene que decir algo aquí, eres tú —espeté, pasando la diana de mi espalda a la suya—. ¿No prefieres soltar lo que llevas dentro durante tanto tiempo?

—Ya te lo he soltado a ti.

—Freddy.

Suspiró. Sus ojos azules se posaron en el chico al que quería.

—¿Y si me mira diferente? ¿Y si… las cosas se vuelven raras entre nosotros? Puedo vivir con este secreto, pero no podría perdonarme por estropear nuestra amistad.

Cuánto sentido tuvieron esas palabras para mí en aquel momento. A pesar de lo injusto que me parecía que se escondiera, no pude más que comprenderlo.

Me colgué de su brazo.

—Háblalo conmigo siempre que lo necesites, ¿vale?

El chico sonrió, agradecido, y me dio un beso en la cabeza.

—Qué suerte hemos tenido contigo, cumpleañera.

Capítulo 17

RIVER

Eché un vistazo por encima del hombro y vi a Morgan y a Freddy muy juntos, como si compartieran confidencias. Ella se colgó de su brazo y lo miró con una de sus sonrisas serenas; él le dio un beso en la cabeza.

Y yo fruncí el ceño cuando el estómago me dio un vuelco.

Normalmente, me gustaba ver lo bien que se llevaban mis amigos con ella. Me aliviaba que la hubieran acogido en el grupo sin problemas, y en especial Freddy.

Desde el baile, parecían incluso más íntimos, y de repente yo… Bueno, ahora ya puedo reconocerlo abiertamente, después de todo este tiempo. Yo estaba un poco celoso aquella tarde porque, de pronto, sentí miedo de que Morgan compartiera una conexión especial con alguien que no fuera yo. De que le contara a él todos sus secretos, en lugar de a mí.

¿Y si le gustaba Freddy? ¿Y si…?

Me estaba montando una película mientras cruzábamos el parque, pero empezaba a arrepentirme de no haber hecho algo más durante el baile. Pedirle un beso, por ejemplo. A veces, cuando me miraba, estaba convencido de que ella me habría dicho que sí. Otras, la mayoría, me decía a mí mismo que solo éramos amigos y que era mejor no mezclar las cosas.

—Qué callado estás, River —observó Cole, que rodeaba con un brazo a Lisa justo a mi derecha—. ¿No te ha gustado la idea?

—¿Qué idea?

Lisa se carcajeó y lo obligó a detenerse. Yo hice lo mismo.

—Ni siquiera nos ha escuchado. Seguro que ya está pensando en otra canción.

Me encogí de hombros. Prefería que creyeran que mi cabeza estaba pendiente de la música, en lugar de en lo que estaba

pasando unos pasos por detrás.

—Lo siento, ¿qué decíais?

—El pasaje del terror —respondió ella—. Podría ser divertido, ¿no?

—¿Qué es lo que podría ser divertido? —preguntó Morgan, al llegar hasta nosotros.

—Pasar un poco de miedo.

Una voz en mi cabeza se rio de mí y dijo «¿más?». La mandé a la mierda y atendí a la conversación con mis amigos.

—Por mí vale, pero no sé si Cole se lo ha pensado bien —soltó Freddy con malicia.

—Perdona, colega, pero ha sido idea mía.

—¿En serio? Sí que va a ser divertido, entonces.

Mis amigos comenzaron a picarse entre ellos sobre quién de los dos tenía más huevos, pero yo preferí fijarme en la chica que tenía delante. Se había rizado el pelo hoy y sus ondas le caían por la espalda con delicadeza. El recuerdo de tenerlas entre mis dedos me hizo esconder las manos en los bolsillos y cerrarlas en puños. Se reía y bromeaba con los demás, abrazada a ese horrible pingüino rosa. Mis ojos bajaron a sus vaqueros rotos y a ese top negro que dejaba a la vista su ombligo.

Un codazo me hizo volver a la conversación.

—River, díselo.

—¿Qué?

Cole bufó.

—Tío, ¿se puede saber qué te pasa? Deja lo que tengas en la cabeza para luego y vuelve aquí.

Fruncí el ceño, molesto porque me expusiera.

—Dejaos de gilipolleces ya, ¿entramos o no? —espeté, echando a andar hacia la atracción.

Cole siguió farfullando un poco más, pero escuché los pasos a mi espalda. Percibí un borrón rosa a mi lado. Sonreí al girarme y ver a Morgan achuchándome al pingüino.

—¿Es una canción? Eso en lo que estás pensando.

Sacudí la cabeza. No iba a decírselo, ni de coña.

—Hoy no es día para canciones.

—River, para ti siempre es día para canciones. —La chica sonrió y

sus ojos oscuros brillaron bajo las luces artificiales—. Estaré esperando cuando quieras cantármela.

No pude evitar sonreír. Dios mío, qué guapa era.

—Así que el pasaje del terror —dije para cambiar de tema—. ¿No tendrás miedo?

—Esa es la idea, ¿no?

Se adelantó para ponerse a la cola de las entradas. Me obligué a dejar de pensar en tonterías y me uní a las bromas de mis amigos mientras esperábamos.

Cuando por fin llegó nuestro turno, las risas se cortaron de golpe.

Los cinco avanzábamos muy juntos, como un montón de partículas que se habían unido para formar una nube.

—Joder, pues está más oscuro de lo que creía —observó Cole. Se oyó un ruido cerca—. ¿Qué cojones ha sido eso?

Nos habíamos distanciado del grupo de delante y aún no escuchábamos al de detrás. No era demasiado miedoso, pero tenía que reconocer que allí habían sabido crear una atmósfera de tensión asfixiante, que no te soltaba en todo el camino.

La cosa empezó suave, con ruidos de cadenas arrastrándose, carcajadas diabólicas resonando por los altavoces, telarañas colgantes y apenas iluminación para seguir un camino estrecho.

—Parece que estemos entrando en la boca del infierno. ¿No podían poner algo más de luz? Casi ni me veo los pies.

—El que no tenía miedo —se burló Freddy.

—Cállate. No es miedo, es cautela. No quiero torcerme un tobillo.

—Claro.

Cole le dio un puñetazo en el hombro. Freddy se rio por lo bajo.

Al cruzar una esquina, la niña de *El exorcista* se estaba retorciendo sobre una cama que parecía manchada de vómito.

Cole se llevó la mano al pecho.

—Me cago en…

Morgan le entregó el muñeco.

—Abrázate al pingüino. Todo irá bien.

Él le lanzó una mirada asesina, pero sujetó al bicho rosa.

—Eso ha sido muy valiente, has cedido tu escudo —susurré cuando volvió a mi lado.

Se encogió de hombros.

—Yo soy así.

Me reí y seguí caminando.

Debíamos de llevar ya más de la mitad del camino recorrido. Escuchaba los latidos furiosos de mi corazón, que se mezclaban con las cacofonías chirriantes de la atracción.

Morgan era la que mejor aguantaba el tipo. Parecía disfrutar realmente con aquello. Daban igual la sangre, los monstruos y los bichos con los que nos encontráramos, que ella se reía y se limitaba a apartarse del pelo las telarañas.

—Estoy impresionado, Ocean. No tienes miedo a nada.

Me miró un momento, mucho más seria de lo que esperaba.

—Te equivocas, tengo miedo a muchas cosas.

Quería saber cuáles eran esas cosas, pero se escuchó una motosierra justo al lado.

—¡Su puta madre! —Escuché que decía Cole.

Lo vi correr, abrazado al pingüino, con Lisa a su lado.

Freddy los seguía de cerca, gritando y riendo a la vez.

El tipo de la motosierra salió entonces, con una máscara grotesca, y me dio un susto de muerte.

—¡Joder! —Mi mano buscó la de Morgan de forma automática, sin ni siquiera pedirme permiso.

La chica se aferró a mis dedos y tiró de mí. El corazón me iba a mil por hora por culpa de la adrenalina del momento, de los nervios, de… tantas cosas.

Vimos a nuestros amigos más adelante.

Al fondo, se intuía algo de luz, por lo que la salida estaba cerca.

Durante el resto del recorrido, no dejé de mirar por encima del hombro, por si el loco de la motosierra nos perseguía.

Fue un error, porque no vi venir al doctor con la bata ensangrentada y el cuchillo en la mano que consiguió atraparme por el codo.

Escuché a Morgan gritar.

Yo tiré con fuerza para librarme del médico sin licencia y eché a correr con ella a mi lado.

Nuestras respiraciones agitadas se mezclaban con las risas.

Hasta que por fin salimos.

—¡Ha sido una pasada! —exclamó Lisa cuando estuvimos todos juntos—. Creía que me iba a mear encima cuando el vampiro ha venido a por mí.

—Yo también —coincidió Freddy, que se había doblado por la mitad para recuperar el aliento—. Sobre todo, cuando Cole ha soltado ese gritito agudo y se ha tapado la cabeza con el pingüino.

—Ha sido un acto reflejo, idiota.

—Ya, ¿y por qué sigues abrazándolo tan fuerte?

Él bajó la mirada al muñeco y lo apartó como si le quemara.

—Morgan, es tuyo, no puedes encasquetárselo a los demás.

La chica enarcó una ceja y cogió el peluche.

—De nada.

Sus ojos bajaron entonces a nuestras manos, que seguían unidas. Ni siquiera me había dado cuenta. Compartimos una mirada, antes de que Lisa carraspeara y nos dedicara una sonrisa astuta.

Morgan me soltó, entonces.

Yo me crucé de brazos, pero el hormigueo no desapareció de mis dedos hasta varios segundos después.

Capítulo 18

MORGAN

Cole había propuesto como próxima actividad el golpe del martillo. Con especial insistencia, además.

—Parece que alguien necesita demostrar lo machote que es, después de pasarse abrazado a un pingüino todo el pasaje del terror —comentó Freddy.

—Yo no necesito demostrar nada —opinó el otro, alzando su brazo y marcando bíceps—. Y el pingüino ha sido cosa de Morgan. No iba a dejárselo por allí tirado, y menos en su cumpleaños.

—Muy considerado —dije, aguantándome la risa—. Gracias, Cole.

Él asintió, conforme.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó River, mirándonos uno a uno —. ¿Martillo?

Cole se frotó las manos mientras apretaba los dientes.

—Venga.

Esperamos a que dos chavales terminaran su turno y nos acercamos a la máquina de color amarillo.

—¿Quién quiere ser el primero? —preguntó Lisa, colocándose delante como si fuera una especie de árbitro en aquella lucha de egos—. ¿Morgan?

Negué con la cabeza. Lo mío no era la fuerza bruta.

Cole le guiñó un ojo, entonces.

—Que empiece Freddy, así dejamos lo mejor para el final.

El rubio bufó, me lanzó una mirada cómplice y aferró el mazo con fuerza. Contó hasta tres y golpeó. La luz se encendió varios puntos por debajo del tope.

—No está mal —comentó Cole—. Para ser tú.

Freddy puso los ojos en blanco y se colocó a mi lado.

—Te has contenido —lo acusé en voz baja.

La comisura de su boca que me quedaba a la vista se elevó,

aunque siguió mirando al frente.

—Déjalo, que se crea muy hombre.

Sus ojos lo traicionaron cuando Cole se quitó la camiseta y se crujió el cuello para prepararse.

—Ya, y tú mientras disfrutas de las vistas.

—Todos ganamos.

Ahogué una risa y esperé, como los demás, a que Cole golpeara.

La luz estuvo a punto de llegar al límite, y él lo celebró flexionando sus músculos. ¡Qué fantasma era!

—¡Impresionante! —exclamó Lisa, dándole un beso en los labios.

Freddy desvió la vista y yo decidí que había que pasar página.

—Falta River —fue lo primero que se me ocurrió.

—Mierda —masculló Cole por lo bajo.

River cogió el martillo con ambas manos, separó ligeramente las piernas y apretó los dientes. Me fijé en sus tríceps, en sus deltoides, en cada maldito músculo que se le marcaba en aquel momento, con los brazos estirados hacia abajo.

Entonces, levantó el martillo como si el mismísimo Thor lo hubiera poseído y lo dejó caer con fuerza. Una música comenzó a sonar cuando consiguió la máxima puntuación.

—Vaya —se le escapó a Lisa antes de mirarme, boquiabierta.

Sí, vaya.

—No te jode —espetó Cole—. Con esos brazos no tienes rival, cabrón.

A River se le escapó una sonrisilla orgullosa.

Yo tuve que tragar saliva varias veces porque se me había secado la boca.

Me acerqué a él.

—No sabía que tu guitarra fuera de hormigón.

Alzó las cejas y rompió a reír. Fingí que me hacía daño al tocar su hombro con la punta del dedo.

—Vale, deja de burlarte ya —dijo, cogiéndome la mano para impedir que volviera a golpearlo.

—No, en serio, ha sido impresionante.

La mirada que compartimos se suspendió en el aire. Llevaba el pelo medio revuelto y una fina capa de sudor perlaba su piel. Tuve

que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no morderme los labios ni quedarme mirando los suyos.

—Chicos, hay bastante cola en la montaña rusa, así que deberíamos ir adelantándonos —propuso Cole, que se había puesto ya la camiseta.

Se miraron unos a otros, como si compartieran un secreto. Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa…?

—Voy al coche un momento —anunció Freddy.

—Yo a buscar un lavabo —dijo Lisa.

—¿Te acompaño?

Mi amiga negó con la cabeza.

—Puedo ir sola.

¿Desde cuándo? Aquello me hizo sospechar todavía más.

—Estáis tramando algo —acusé a los otros dos chicos.

—No sabemos de qué nos hablas —se defendió Cole, pero su expresión lo delató.

Miré a River con una ceja enarcada.

—Venga, Ocean, finge que no tienes ni idea de lo que viene ahora, por la ilusión de tus amigos.

—Vale, pues contadme más de vuestra reunión con Jim Boyle.

Retomaron el relato que habían comenzado a contar al principio de la tarde.

Al parecer, el día anterior se habían reunido con el representante, que se había mostrado realmente interesado en la música del grupo.

—Entonces, necesitáis ya una maqueta.

—Necesitamos —me corrigió River, siempre pendiente de hacerme formar parte de aquello—. Va a ayudarnos a conseguir el equipo a buen precio. Por fin vamos a poder grabar en condiciones.

—Eso es genial.

—Es más que genial, es un pasote —siguió Cole.

El entusiasmo de esos dos era contagioso, mientras hacían planes y soñaban en voz alta.

La cola fue avanzando, pero todavía tendríamos que esperar unos minutos más.

—Justo a tiempo —anunció River, mirando por encima de mi

hombro.

Me giré y descubrí a Lisa con un gofre de chocolate, en cuyo centro había una vela encendida.

Freddy, que estaba a su lado, llevaba un par de bolsas en la mano.

—¿Pero qué…?

—No creerías que te ibas a quedar sin pedir tu deseo —dijo mi amiga.

Intenté tragar el nudo que se me había formado en la garganta. El pecho se me llenó de mariposas cuando comenzaron a cantar, ignorando las miradas del resto de la gente de la cola.

River señaló el gofre con la cabeza.

—Piénsalo bien y sopla.

Los miré a todos y me sentí la más afortunada del mundo, así que solo pude desear que siempre estuviéramos juntos.

Pero no conozco a nadie a quien se le haya cumplido un deseo de cumpleaños.

Llegó el turno de los regalos. Pinceles y pinturas, una libreta para escribir nuevas canciones y el álbum *Nevermind* de Nirvana, que Cole me entregó como si fuera un tesoro que pudiera romperse con solo mirarlo. Lisa me regaló unos vaqueros de pata de elefante con corazones, estrellas y brillantes por todas partes.

—Los vi en el escaparate y supe que estaban hechos para ti.

La abracé con fuerza y, a continuación, hice lo mismo con los demás.

—Gracias, chicos. Sois los mejores.

—Lo sabemos —dijo Cole.

—Tú eres la mejor —añadió Freddy junto a mi oído.

Lo apreté un poco más que a los demás.

Y, cuando llegó el turno de River, algo en su rostro me hizo detenerme. Parecía nervioso. Se llevó una mano a la nuca, la frotó y luego me entregó una cajita pequeña.

—Te falta uno. —Su voz fue apenas un susurro.

Es difícil explicar lo que sentí al descubrir aquel regalo. Lo que todavía siento al recordarlo.

Una púa personalizada, con *La gran ola de Kanagawa*, de Hokusai, pintada. Mi obra favorita. Tenía la palabra Ocean grabada y de la

parte superior salía un cordón negro para que pudiera colgármela al cuello.

—Tus dos pasiones juntas —dijo—. La pintura y la música.

Alcé la vista y lo miré a esos ojos que brillaban con algo que no supe descifrar. Su color se acercaba más al gris que al verde.

—River, yo…

—¿Te gusta?

Acaricié la superficie pulida con las yemas.

—Es preciosa.

La sonrisa le llenó la cara antes de recibir mi abrazo. Lo estreché con fuerza y dejé que su olor me envolviera.

—Feliz cumpleaños —susurró en mi oído.

Y joder… juro que en aquel momento el pecho estuvo a punto de explotarme de felicidad.

Cole me dio un toque en el hombro.

—¡Eh, ya nos toca!

River y yo nos separamos. El calor me trepaba desde el estómago hasta la frente. Evité mirar a Lisa o a Freddy, porque sabía exactamente lo que estarían pensando.

—¿Quieres el pingüino otra vez o se lo queda Freddy con los regalos? —preguntó River a su amigo.

El batería tenía un poco de vértigo, así que se había ofrecido a guardarlo todo y a esperarnos con los pies en la tierra.

Cole hizo un corte de mangas y subió junto a Lisa.

Detrás de ellos, River y yo ocupamos otro habitáculo.

Cuando la atracción se puso en marcha, el vértigo seguía devorándome el estómago, pero no se debía a las alturas.

Nuestros pies colgaban sobre el vacío. Una de las Vans negras de River rozó mi Converse y, entonces, su mano me sorprendió atrapando la mía.

Giré el cuello y lo miré. Me sonreía de esa forma que terminaría por derretirme.

—¿Lo ves, Ocean? —gritó, presionando con más fuerza mis dedos y, sin saberlo, mi corazón—. Tenemos el mundo a nuestros pies.

Capítulo 19

RIVER

Levanté las cejas al escuchar las últimas palabras de Jim, que nos observaba impasible tras su escritorio.

—No sé si entiendo lo que quieres decir —reconocí—. ¿Hablas de una gira por el estado?

—Para empezar.

Su seguridad era reconfortante, pero aquello me parecía demasiado bueno para ser real.

—Eso es…

—Una puta pasada —terminó Cole por mí—. ¿Cuándo nos vamos?

Jim sonrió, satisfecho, y las arrugas alrededor de sus ojos se acentuaron. Se aflojó el nudo de la corbata y apoyó los codos sobre la mesa.

—En cinco semanas. —Me miró directamente—. Serás mayor de edad para entonces.

Sabía que el beneplácito de mis padres no era algo que fuera a conseguir. Freddy seguro que podría convencer a los suyos, y Cole ya tenía los dieciocho.

—Morgan todavía no —respondí, preocupado. No me imaginaba a su madre celebrando la noticia.

La sonrisa del hombre se esfumó de golpe.

—Ya, respecto a eso… Ella no está incluida en esta oferta. —Alzó las manos antes de que pudiera protestar—. No digo que no tenga talento, porque lo tiene, pero vosotros tenéis más futuro como *boyband*. Tres chicos adolescentes con carisma, destinados a convertirse en los amores platónicos de todas las jovencitas. Vais a ser muy famosos, River.

¿Eso era lo que creía que significaba la música para nosotros?

Apreté los puños.

—No.

—¿No? —repitió Cole.

—Nosotros no hacemos esto por fama.

—Habla por ti, colega. Todo eso de elevar el espíritu a través de tus canciones está muy bien, pero yo quiero llenar putos estadios.

—¿Sin Morgan? Ella forma parte del grupo.

—¿Desde hace cuánto? —Suspiró—. Oye, ya sé que es una mierda dejarla fuera, pero creo que ella lo entenderá.

—¿Que la dejemos tirada? —intervino Freddy—. ¿Tú lo entenderías?

—Yo formo parte de esto desde el principio, y ella ni siquiera quería tocar en público hasta no hace mucho. ¿O ya no os acordáis?

El corazón me bombeaba con furia. Me estiré del pelo hacia atrás. Quería mandar a la mierda a Jim Boyle y al puto Cole.

—Esto no está bien —siguió el batería—. No me gusta.

El representante se levantó y rodeó su mesa hasta quedar frente a nosotros en toda su estatura.

—No tiene que gustaros, pero es lo que hay. —Se cruzó de brazos —. En este camino, a veces hay que tomar decisiones difíciles. O vosotros solos o no hay trato.

Todos los ojos puestos en mí. Una rabia recorriéndome de la cabeza a los pies.

Miré a Jim a los ojos.

—No hay trato.

***

Cole se movía por el garaje como un león enjaulado.

—No es una decisión que puedas tomar tú solo, River.

—Tienes razón, pero puedo decidir no formar parte de ella.

—¿Vas a echarlo todo a perder por una chica, después de todo este tiempo?

Mi amigo no lo entendía. Morgan no era una chica cualquiera, era parte de todo aquello, era…

—Fuimos nosotros los que insistimos en que se uniera a lo que

hacíamos —dijo Freddy—. Ahora no podemos, simplemente, dejarla atrás.

—Es por el bien del grupo.

—¿Y si hubiera que echarme a mí por el bien del grupo? ¿También te parecería correcto?

—Para empezar, yo no he dicho que me parezca correcto nada de esto —explicó el bajista—. Y lo siento mucho, pero Morgan no es una de las integrantes originales. No es lo mismo.

—¿Ahora nos has asignado categorías? —exploté.

Levantó las manos, exasperado.

—¿Por qué actuáis como si fuera el malo de la película? Pasaríamos de cantar en el paseo marítimo a teloneros de los putos Foo Fighters. ¡Estamos hablando de una gira, joder!

—Y de lealtad —añadí—. Algo que parece que tú no tienes.

—No me jodas, River. —Me miró, dolido—. Vete a la mierda.

Me dejé caer en el sofá y, durante unos segundos, ninguno dijo nada. Traté de respirar con calma y ser coherente.

—Escuchad, sé que es una oportunidad increíble, pero ya vendrán más.

—¿Y si no es así? —Cole se sentó a mi lado—. ¿Y si es el único tren y terminamos muertos del asco en este garaje?

—No lo haremos.

—No lo sabes.

Lo encaré.

—Pues no, Cole, no lo sé, pero el precio a pagar por subirnos a este puto tren en concreto me parece demasiado alto.

—Ya has oído a Jim, a veces hay que tomar decisiones difíciles. Son daños colaterales.

Entrecerré los ojos.

—Eso es Morgan para ti, un simple daño colateral.

—Claro que no, joder. Ella es mi amiga, pero vosotros… sois mis hermanos. —Tragó saliva y se puso más serio de lo que lo había visto nunca—. Así que, lo siento mucho, pero no esperéis que pueda compararos.

Intercambié una mirada con Freddy, que parecía tan jodido como yo. Claro que quería aprovechar esa oportunidad, pero no a costa de

dejar a nadie atrás.

De dejarla a ella atrás.

Un ruido metálico seguido de una maldición se escuchó en la puerta del garaje, que estaba a medio abrir. Me levanté del sofá y me asomé justo para verla alejándose de allí.

—¿Morgan?

Se detuvo de golpe y se giró con cara de culpable.

—Lo siento, no quería interrumpir, pero me he tropezado con el cubo de basura. —Se pasó un mechón tras la oreja—. Solo venía a por mi guitarra, volveré en otro momento.

—Nos has escuchado —afirmé. Ella tragó saliva, pero no dijo nada —. ¿Puedes entrar, por favor?

Terminé de levantar la puerta del garaje y esperé a que pasara para abordar el tema, pero ella se me adelantó.

—Tenéis que aceptar. —Nos miró uno a uno—. Una gira, chicos… ¡Es una pasada!

El rostro de Cole se relajó. Freddy parecía tan confuso como yo.

—No vamos a dejarte —insistí—. Tú formas parte de esto tanto como nosotros.

El bajista chasqueó la lengua sin poderse contener.

Freddy le dio un codazo.

A Morgan nada de esto le pasó desapercibido.

—Cole tiene razón, yo soy una recién llegada.

Nuestro amigo tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Lo siento, Morgan.

—Tranquilo, está bien. Es lo que tiene que ser, Cole. Y no me perdonaría jamás que no dierais este paso por mi culpa.

Fulminé a mi amigo con la mirada y luego volví a ella.

—Ocean…

—No, River, déjame hablar. —Dio un paso hacia mí y me cogió ambas manos—. Actuar para miles de personas ha sido siempre vuestro sueño, pero no el mío. Me dejé llevar, porque me encantaba actuar con vosotros, escribir contigo…

—Podemos seguir haciéndolo. Podemos… intentar convencer a Jim —añadí con desesperación.

Su sonrisa fue tan triste que sentí que el corazón se me partiría en

dos.

—Sabes que mi madre tampoco me dejaría ir.

—Esperaremos a que cumplas los dieciocho.

—Las oportunidades no esperan por nadie, River. Está en tu mano aprovechar esta. —Me soltó y me quedé con las manos inertes a los lados de mi cuerpo, sin saber qué hacer con ellas—. En las de los tres.

Freddy la atrajo hacia él para abrazarla. Cole se quedó algo apartado; fue Morgan quien lo rodeó con sus brazos.

Al separarse, se acercó de nuevo a mí. Sus ojos oscuros brillaban por las lágrimas contenidas. Mis manos se adelantaron y la atrajeron hasta que pude estrecharla con fuerza.

—Esto no puede ser el final.

Cerré los ojos y aspiré su olor a vainilla. No quería dejar atrás a aquella chica.

—No es el final, es el principio. Y qué principio, tíos. —Se apartó un poco, sin soltarme, y sonrió a los otros dos con esa generosidad abrumadora—. Vais a ser estrellas de *rock*.

Me picaban los ojos. Me dolía el pecho. Me sentía de todo menos feliz en aquel momento.

Morgan parpadeó varias veces para ahuyentar las lágrimas y me miró antes de pegar sus suaves labios a mi frente.

—Vas a cumplir tu gran sueño, River.

Volví a abrazarla, porque fui incapaz de contestar. De repente, aquel sueño brillaba mucho menos de lo que había imaginado.

Era imposible que lo hiciera, si ella no iba a formar parte de él.

PARTE DOS
1998
EL MAGO DE LAS PALABRAS

Capítulo 20

MORGAN

Acaricié la púa que llevaba colgada al cuello, esa que River me había regalado para mi cumpleaños y que no me había quitado desde entonces. Desvié la mirada hacia la puerta decorada con fotos del verano pasado, en las que los chicos, Lisa y yo sonreíamos como si no tuviéramos preocupaciones.

Llevábamos cuatro meses sin vernos y a mí me habían parecido cuatro años, a pesar de que habíamos seguido manteniendo el contacto. Bueno, más o menos.

Al marcharse, River me había prometido que me llamaría a casa todas las semanas. Era más fácil así, pues ellos iban cambiando de hotel cada pocos días y el teléfono móvil de Jim, su representante, nunca estaba disponible cuando yo intentaba contactarle.

River y yo continuamos escribiendo juntos, o intentándolo, aunque con mucha menos productividad que cuando nos veíamos a diario.

Me mandaba postales de las ciudades que visitaban y cartas con canciones a medias.

Yo enviaba mis respuestas a la oficina postal del sitio donde iban a alojarse próximamente, dándoles margen suficiente para que la carta llegara cuando ellos aún estaban allí.

A veces, la llegada de la carta y su estancia no coincidían en el tiempo, pero River hacía todo lo posible por recuperarla. Una vez, incluso alquiló un coche para viajar durante casi dos horas hasta la oficina postal de su destino anterior.

A Jim no le gustó que se saltara un ensayo por mi culpa.

No era fácil, pero nos esforzábamos para que la distancia no nos separara más que físicamente.

Sin embargo, no me había contestado a las dos últimas cartas.

Le envié la segunda, convencida de que la primera se había perdido, pero tampoco hubo suerte. Imaginé que fue cosa del

servicio postal, porque la otra opción, la que me susurraba antes de dormir que él habría tenido cosas más importantes que hacer que contestar a mi estúpida carta, era algo en lo que no quería pensar.

Aunque fuera la opción más realista.

¡Qué ingenua era por aquel entonces! Eso, o que prefería engañarme antes que reconocer las señales.

Los golpes secos en mi puerta hicieron que mi mente volviera a mi habitación.

—Pasa.

Mi madre entró con el uniforme del trabajo puesto y unas ojeras que le llegaban a los pies. Desde hacía unas semanas, apenas pasaba ya tiempo en casa, siempre ocupada trabajando o buscándose la vida como actriz. No había tenido suerte todavía, aunque la promesa de una oportunidad parecía revolotearle por encima continuamente. O eso decía cada vez que se presentaba a un *casting* del que, más tarde, volvía decepcionada.

Me fijé en el castaño apagado de su pelo y en los huecos de sus mejillas medio consumidas, pero no dije nada. La última vez que dejé constancia de mi preocupación por su aspecto, terminó tirando media vajilla al suelo.

—Estás muy guapa —dijo al ponerse detrás de mí, frente al espejo. Acarició los mechones rosas que ahora se mezclaban con el resto de mi pelo y arrugó la nariz—. A pesar de este color horrible.

—Es la moda, mamá.

—A cualquier cosa se le llama moda.

Me giré para que me soltara el maldito pelo.

—¿Qué querías?

—Tus amigos acaban de aparcar delante de casa.

El corazón se me estampó contra el pecho y la sonrisa se me desbordó de los labios.

Mi madre me agarró de la muñeca antes de que echara a correr escaleras abajo.

—Yo abriré. Ten un poco de dignidad y no salgas corriendo en cuanto ese chico llame a la puerta, Morgan.

Me resultó irónico que mi madre me hablara de dignidad, pero tampoco abrí el pico. No quería arriesgarme a que me montara un

espectáculo. No podía desaprovechar ni un momento para estar con los chicos, pues solo habían vuelto para unos pocos días y luego se volverían a ir.

El timbre sonó entonces y yo me impacienté al ver que mi madre no se movía.

—¿Piensas abrir?

—Si tantas ganas tiene de verte, esperará.

Si River tenía la mitad de ganas que yo de verlo a él, lo haría.

Comencé a morderme una uña, impaciente.

Mi madre me dio un manotazo y se dio media vuelta con un bufido.

Le dejé unos segundos de ventaja y luego cogí el bolso y salí de mi habitación con la emoción recorriéndome entera. Esperé en lo alto de la escalera un momento; quería escuchar su voz antes de verlo cara a cara.

—Hola, señora Foster.

Sentí un calor en el centro del pecho y aguanté un poco más allí arriba, pendiente de su conversación con mi madre. Aunque debo reconocer que apenas pude comprender lo que decían, por culpa de los latidos desbocados de mi corazón rebotando contra mis oídos.

Capítulo 21

RIVER

La madre de Morgan enarcó una ceja.

—Susan —me corrigió—. ¿Ya has perdido las buenas costumbres?

Sonreí, incómodo, ante aquella mujer que siempre me observaba con una mezcla de desconfianza y… ¿rechazo?

—Tiene razón, Susan. —Cambié el peso de mi cuerpo al otro pie, nervioso—. ¿Está Morgan lista?

Sus ojos azules, que lucían más cansados de lo que recordaba, me escudriñaron un segundo, antes de responder en un tono de voz bajo.

—Reconozco que creí que no volvería a verte por aquí, River. —Abrió un poco más la puerta, pero no lo suficiente como para invitarme a entrar—. Un chico joven y guapo como tú, viajando por el estado con su grupo y conociendo a chicas más interesantes que mi hija.

Fruncí el ceño.

—No conozco a nadie más interesante que su hija.

Su sonrisa torcida me revolvió el estómago. ¿Qué cojones estaba insinuando?

—Bueno, tiempo al tiempo. —Giró la cabeza hacia atrás—. ¡Morgan, te buscan!

Decidí dejar de lado la incomodidad que esa mujer me provocaba y me centré en la chica que bajaba las escaleras. El pulso se me disparó incluso más que antes de llamar a su puerta.

Dios… cuánto la había echado de menos.

Echó a correr en cuanto me vio y se lanzó a abrazarme. Escuché un bufido proveniente del interior de la casa, pero decidí ignorarlo. ¿Qué importancia tenía todo lo que no fuera aquel abrazo?

Estreché a Morgan con fuerza y se me cerraron los ojos al reconocer su olor a vainilla.

—Yo también me alegro de verte, Ocean.

Reprimí una queja cuando se separó un poco para mirarme con esos impresionantes ojos marrones, enmarcados por sombra plateada y pestañas infinitas.

—Hola —dijo, mordiéndose una sonrisa.

Mis manos seguían en su cintura. Aparté una para acariciarle un mechón de pelo rosa y alcé las cejas en una pregunta muda.

Se encogió de hombros.

—Renovarse o morir.

Pasé el mechón tras su oreja con suavidad.

—Te queda bien.

—A ti estas greñas también —dijo, enterrando sus dedos en mi pelo, que ahora estaba un poco más largo.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo cuando sus uñas acariciaron mi cuero cabelludo. Tuve que esforzarme por no dejarme llevar y poner los ojos en blanco.

Un carraspeo nos hizo girarnos hacia la casa de nuevo. Su madre nos observaba con una ceja enarcada, de brazos cruzados.

Tan solo un par de segundos después, el claxon de Freddy.

Había olvidado por completo que mis amigos estaban ahí mismo. Me habría gustado disfrutar de algún tiempo a solas con ella, pero no podía ser tan egoísta; los demás tenían derecho a disfrutar de su compañía. Y, por la sonrisa con la que ella miraba en su dirección, sabía que también lo estaba deseando.

Aunque, justo antes de echar a andar, sus ojos se encontraron con los míos en lo que me pareció una promesa. No supe si el anhelo que percibí en ellos era real o un simple reflejo de los míos.

Freddy y Cole bajaron del coche a la vez.

Morgan me soltó para lanzarse a abrazarlos, y el reencuentro que, en un primer momento me resultó reconfortante, se convirtió en una punzada en la boca de mi estómago cuando vi que el contacto con el batería duraba un poco más de lo que habría esperado.

—¿Te molesta algo, River? —me preguntó Cole en voz baja. El muy cabrón me observaba con una sonrisilla en los labios—. Pareces cabreado.

—Es el sol —respondí, usando mi mano como una visera.

—Lo tienes a tu espalda.

—Me refleja en el cristal del coche, ¿vale?

—Vale, vale.

Se rio entre dientes y volvió a acercarse a Morgan. Soltó un silbido.

—Estás cañón con ese pelo, preciosa —indicó—. ¿Verdad que sí, River?

Abrí los ojos, atónito. ¿Qué creía que estaba haciendo?

—Eh… —Mierda, ¿por qué no era capaz de decir nada? Un calor sofocante me subía por el cuello.

Freddy pasó un brazo por los hombros de nuestra amiga.

—Yo no lo habría dicho así, pero Cole tiene razón, estás muy guapa.

Tragué saliva cuando ella le guiñó un ojo.

—En realidad, yo también creo que vosotros estáis cañón. La fama os sienta bien.

El batería le dio un beso en la mejilla y mi estómago volvió a revolverse, incómodo. ¿Qué mierdas me pasaba? Creía que ya había superado la idiotez esa de creer que Freddy podía suponer una amenaza para nuestra amistad.

—¿Verdad que sí? —Cole se echó el pelo hacia atrás con chulería —. Tengo el cutis mejor que nunca.

La risa de la chica hizo que el nudo de mi estómago se aflojara un poco, y me prometí que no iba a dejar que algo tan absurdo como el brazo de mi amigo sobre sus hombros empañara nuestro reencuentro.

Pero reconozco que me sentí aliviado cuando Morgan subió al coche y yo pude sentarme a su lado. Y el alivio pasó a ser euforia en el momento en que su mano buscó la mía y su sonrisa se ensanchó.

Capítulo 22

MORGAN

No podía dejar de sonreír. ¿Cómo no hacerlo con esos tres delante de nosotras?

Lisa también estaba contenta por su vuelta, y había empezado a tontear con Cole, como si el tiempo no hubiera pasado.

Joder, a veces envidaba la facilidad con la que se adaptaba a las circunstancias. ¿Que el tío con el que se enrollaba se iba cuatro meses y seguramente se liaba con otras? Ella seguía aquí con su vida, y no precisamente de brazos cruzados. Sin ir más lejos, la semana pasada había estado saliendo por ahí con el dependiente de la heladería a la que solíamos ir.

¿Que Cole volvía unos pocos días a la ciudad? Pues mi amiga pensaba aprovechar el tiempo que tuvieran juntos. Sin rencores, sin presiones, sin promesas que ninguno de los dos tenía intención de cumplir.

Todo el mundo seguía con su vida, menos yo, al parecer.

¿Qué había estado esperando…? ¿Qué, exactamente? River me gustaba, pero se había pasado cuatro meses cantando para extrañas, que habrían quedado prendadas de su voz. Exudando ese atractivo magnético que a mí cada vez me parecía más irresistible.

No era tan ingenua como para creer que, mientras sus amigos salían a celebrar su éxito, él se quedaba escribiendo y pensando en mí.

Tenía que interrumpir esa línea de pensamiento urgentemente porque un borde de sombras estaba empezando a oscurecerme la visión de la mesa, en la que nos habíamos sentado para compartir unas *pizzas*.

—River sigue teniendo el primer puesto en sujetadores —nos contó Cole en aquel momento—. ¿Cuántos van, colega?

Vaya, había elegido un mal momento para volver a la

conversación.

—No los he contado.

—O sea, que los guardas —dije, tratando de sonar despreocupada.

Se rascó la nuca, como siempre que dudaba sobre lo que responder. Sus mejillas se encendieron. Ahora sé que solo estaba yendo de chico tímido, pero que en realidad estaba encantado con toda esa atención femenina.

—En realidad…

—Son trofeos, Morgan —explicó Cole, como si fuera una obviedad —. Los tenemos colgados en el autobús.

—No, tú los tienes colgados en el autobús. Yo ni siquiera quería guardarlos.

Cole dio un mordisco a la *pizza*.

—Porque eres un desagradecido.

River puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas.

El otro pasó su brazo por el asiento de detrás de mi amiga.

—Por cierto, Lis, me falta uno tuyo. —Se acercó a su oído—. Pero ese lo pondría en una vitrina.

Lisa no parecía impresionada. Metió un par de dedos en el escote de su camiseta y estiró de la tela como si necesitara comprobar algo. Se encogió de hombros.

—No llevo sujetador, lo siento.

Los ojos de Cole bajaron hasta sus pechos y entonces gruñó.

—Joder.

River y yo nos reímos por lo bajo.

—¿Y tú, Freddy? —preguntó ella, dándole la espalda al *cazasujetadores* con una sonrisa de satisfacción—. ¿Ya has roto algún corazón? Con esos ojazos tienes que llevártelas de calle.

El rubio intercambió una mirada conmigo, que me hizo comprender que yo no era la única que seguía en el mismo punto que hacía cuatro meses.

—Le gusta hacerse el duro —informó Cole por él, ajeno a la arruga que se le había formado a su amigo entre las cejas—. Con esa carita de niño bueno y su aparente indiferencia, mi colega es

irresistible.

La indiferencia de Freddy no era aparente. Los sujetadores, las chicas, los polvos de una noche… Nada de eso le importaba. Y no me imaginaba lo mucho que habría sufrido, porque al idiota de su derecha parecía ser lo único que le importaba. Ni una de sus anécdotas había tenido que ver con la música hasta el momento.

Si no sabías dónde buscar, no encontrabas nada.

Pero yo sí lo sabía, y pude ver a la perfección cómo la nuez de Freddy subía y bajaba con fuerza, con esas últimas palabras de Cole. En especial, cuando el bajista le colocó una mano en el hombro y le guiñó el ojo con complicidad.

Levanté ligeramente una comisura de mis labios para que mi amigo supiera que seguía estando aquí, que podía hablar conmigo siempre que quisiera. Habíamos mantenido un contacto más limitado durante este tiempo, pero no quería que olvidara que estaba de su parte.

La conversación tomó un sendero más musical a partir de ese momento.

River pareció mucho más interesado en explicarnos su primer concierto en Sacramento que en lo de los sujetadores. Los ojos le brillaban mientras hablaba de la energía que compartieron con el público, de lo imponente que era estar subido a un escenario de aquel tamaño, del subidón al escuchar los aplausos al final. Del buen rollo de los Foo Fighters desde el principio y su generosidad para hacerlos sentir bienvenidos.

Los chicos estaban eufóricos. Terminaban las frases del otro, al contar las anécdotas que enfatizaban con los gestos de sus manos. Las sonrisas se les desbordaban de la boca y nos contagiaban a Lisa y a mí.

—Bueno, ¿y qué hay de vosotras? —preguntó Freddy—. ¿En qué andáis metidas?

Nos interrumpieron un par de veces, mientras les contábamos cómo nos iba la vida, porque se acordaban de golpe de algo, pero no nos quejamos. Ambas entendíamos que los protagonistas eran ellos. Era normal, ¿no? Tenían mucho más que contar que nosotras.

Ya les hablaría de mi intención de matricularme el año que viene

en la escuela de música Colburn. O de que en una tienda del paseo tenían a la venta un par de mis pantalones customizados. Era más importante lo que estaban haciendo ellos.

Lisa comenzó a hablar sobre la sesión de fotos callejera que le había propuesto un chico el otro día, mientras paseaba por la playa, y de su recién descubierto interés por el modelaje, pero, cuando mi amiga habló de los tatuajes del fotógrafo, Cole recordó que no nos habían hablado de los que ellos mismos se habían hecho dos semanas atrás y el tema volvió a quedarse a medias.

A Lisa no pareció importarle la interrupción cuando Cole se levantó la manga negra y dejó a la vista un dragón que se enroscaba en el hombro. Dentro del fuego que tiraba por la boca estaba escrito el nombre del grupo.

—Ahora sí que eres un *bad boy* de verdad —observó mi amiga, acariciándole la piel cubierta de tinta—. ¿Qué vas a hacer más tarde, guaperas?

Cole soltó una carcajada, pagado de sí mismo.

—Sabía que te gustaría.

—¿Y vosotros? —pregunté de cara a los otros dos—. ¿Qué os habéis hecho?

Freddy se levantó la camiseta y nos enseñó el nombre del grupo sobre sus costillas.

—Sexi —opinó Lisa—. Muy sexi.

—¿Más que mi dragón?

Mi amiga torció una sonrisa.

—Ya lo veremos.

Giré el cuello hacia River y alcé las cejas, a la espera. Me aguantó la mirada un instante y luego extendió el brazo izquierdo sobre la mesa y le dio la vuelta para que la cara interna del antebrazo quedara a la vista.

Contuve la respiración. Conocía ese dibujo a la perfección. Yo misma lo llevaba encima en aquel momento, colgando de mi cuello.

—Es…

—*La gran ola de Kanagawa* —terminó por mí, desviando la vista hacia mi colgante—. De una manera u otra ibas a estar con nosotros en ese escenario, Ocean.

El corazón me latía con furia. ¿Qué había hecho?

—¿Te has hecho un tatuaje por Morgan? —preguntó Lisa, tan sorprendida como yo.

Pero River seguía observándome a mí. Me obligué a tragar saliva.

—Bueno, siempre ha dicho que le encanta el mar —respondí yo de forma atropellada. No podía aceptar que aquella marca en su piel se debiera solo a mí—. Yo simplemente le di a conocer esa obra.

El chico bajó la mirada y recogió el brazo, aunque distinguí en su boca media sonrisa mientras lo hacía.

Me giré hacia Freddy en busca de algo de cordura, pero él tenía una ceja enarcada y sonreía. ¿Por qué me estaba mirando así? No, no pensaba ilusionarme, maldita sea. ¿O sí?

¡Qué calor hacía en aquella pizzería, joder! Y eso que estábamos en noviembre. Mis ojos me traicionaron y volvieron a buscar el tatuaje de River, a pesar de que con el brazo boca abajo ya no se le veía.

Pero yo sabía que estaba ahí, y su visión me iba a perseguir por las noches.

—Perdón, sois The last flame, ¿verdad?

La voz de aquella chica fue como una bofetada que consiguió hacerme reaccionar por fin y apartar la vista de él.

—En persona, preciosa —respondió Cole.

El gritito que soltó ella me pilló desprevenida. Llamó a sus amigas, que estaban a tres mesas de la nuestra. Se acercaron al grupo, nerviosas y claramente atraídas por las tres promesas del *rock*.

—¡No puedo creer que no llevemos una cámara encima! —se lamentó una de ellas—. ¿Podéis firmarnos en algún sitio?

Freddy accedió con amabilidad.

—Claro. ¿Dónde preferís?

La chica se levantó la camiseta en medio del local.

—En el sujetador.

Parpadeé varias veces. Aquello me pareció de lo más surrealista. En medio de un concierto, de acuerdo, pero ¿en una pizzería a las cinco de la tarde?

Las otras dos se levantaron también las camisetas al ver que los chicos accedían a firmar el sujetador de su amiga. River encontró mi

mirada, pero desvió la suya tan rápido que temí habérmelo imaginado.

—Tía, ¿esto es real? —susurró Lisa a mi lado.

Me encogí de hombros.

—Eso parece.

La más alta, una morena de pelo larguísimo, señaló a Lisa con la cabeza.

—¿Es tu novia? —le preguntó a Cole.

Lisa se rio en voz alta.

—Cielo, soy demasiada mujer para él.

El chico la miró, desafiante.

—Lis, sabes que estás deseando que te firme el sujetador a ti también.

—¿Qué sujetador?

Sonrió con socarronería.

—Tengo un rotulador especial para ti.

Freddy soltó un bufido y se puso en medio de los dos.

—Vale, tortolitos, dejad las guarradas para la intimidad.

A esos dos les daba absolutamente igual tener público. De hecho, estaba convencida de que eso les ponía incluso más.

—Me encantan tus letras —susurró una rubia de labios carnosos a mi derecha. ¿Por qué le estaba tocando el brazo a River?

—Gracias —dijo él. Se apartó con disimulo y mucha delicadeza, y me pasó el brazo por los hombros—. Aunque no son solo mías.

La chica me dedicó una sonrisa tensa que yo ni siquiera pude devolverle. El tatuaje, ahora esto… Estaba a punto de hiperventilar.

—¿Tenéis planes para esta noche? —preguntó de pronto Cole a las chicas—. Porque vamos a hacer una fiesta en mi casa y estáis invitadas.

Ellas lo celebraron con saltitos y risitas idiotas, antes de aceptar de inmediato y apuntar la dirección. Se despidieron, contentas con sus sujetadores garabateados, y nos dejaron tranquilos otra vez.

Giré el cuello hacia River, que todavía me rodeaba.

—¿Una fiesta?

—Yo también acabo de enterarme.

Parpadeé varias veces para apartar mis ojos de sus labios y él

carraspeó, retirando el brazo a su vez.

—Ya lo habéis oído, colegas. —Cole levantó un nuevo trozo de *pizza* y dejó que el queso resbalara hasta su boca—. Esta noche toca celebrar que hemos vuelto.

Capítulo 23

RIVER

Abrí el primer cajón del armario y cogí la sudadera favorita de mi hermano, una negra con capucha y letras blancas en la espalda. Me quedé mirando fijamente la tela, recordando la última vez que se la había visto puesta, y la guardé en la mochila.

No creía que mis padres se dieran cuenta de que me la había llevado; a juzgar por el estado de la habitación, seguía siendo un puto mausoleo.

Arrastré la capa de polvo del escritorio con un dedo y me senté a los pies de la cama con un suspiro.

—Lo he conseguido, Jason —susurré—. Tú siempre me decías que lo haría, que me ganaría la vida con la música, y que el mundo entero conocería mis canciones. —Esbocé una sonrisa triste—. Bueno, para eso último todavía queda, pero estamos en ello.

Eran incontables las veces en las que había estado en esta misma postura, con mi hermano mayor al otro lado de la cama, apoyado sobre la almohada, escuchando paciente, mientras le hablaba de grupos de música, de letras y de modelos de guitarra.

Estar solo en aquella cama era como estar en el fondo de un agujero negro. Hablarle y no obtener una respuesta, una sonrisa, lo que fuera.

—Te echo de menos, tío. Ojalá estuvieras aquí. Ojalá pudiera compartir todo esto contigo. Ojalá… —Se me rompió la voz. Parpadeé deprisa para ahuyentar las lágrimas.

Ojalá, siempre me ha parecido una palabra triste. El anhelo de un imposible. La certeza de que nunca estaría completo porque siempre me faltaría él.

Me levanté del colchón y eché un último vistazo a mi alrededor. A las paredes cubiertas por el póster de *Men in Black*, el del Ferrari F355 de color rojo, que tanto le gustaba, y el de Carmen Electra en

bikini, que a nuestra madre le había parecido de pésimo gusto.

Apagué la luz y cerré la puerta a mi espalda con el pecho encogido. Necesitaba alejarme de allí. Era como si no pudiera estar más de unos minutos entre esas paredes.

Esperé en las escaleras del porche hasta que el coche de mi padre aparcó en la entrada.

Era domingo, así que habrían ido a casa de mis abuelos a comer.

Me levanté al ver a Violet saliendo de la parte trasera. Cuando alzó la cabeza, tiró la mochila al suelo y echó a correr en mi dirección.

La alcé y di vueltas, bebiéndome su risa. Sus bracitos me abrazaron con fuerza.

—¡Has vuelto!

La dejé de nuevo en el suelo y le acaricié la cabeza.

—¿Estás más alta?

—¡Pues claro! —Se puso a mi lado—. ¿Ves? Ya casi te llego al pecho.

Bueno, aún le faltaba un buen trozo, pero asentí, fingiendo estar impresionado.

—Te he echado de menos, pequeñaja.

—Y yo a ti. —Sus brazos rodearon mi cintura y apretó la mejilla contra mi abdomen—. ¿Cuánto te quedas?

—Poco.

Percibí su decepción, antes incluso de mirarla, pues aflojó su abrazo.

—¿Vas a dormir aquí, al menos?

La esperanza que vi en sus ojos me partió el corazón. Suspiré.

—Violet…

Sus ojos brillaron por la emoción contenida, pero alzó la barbilla y la vi apretar los puños.

—Vale, no pasa nada. Ya me lo imaginaba.

Mi padre bajó el primero del coche, pero apenas me dedicó una mirada de indiferencia, y entró en la casa, como si no llevara meses sin ver a su hijo.

Me jodió darme cuenta de que sus desplantes aún me dolían.

Mi madre, sin embargo, caminó despacio hasta mí, aunque guardó las distancias.

—Solo he venido a ver a Violet y a recoger unas cosas —dije en cuanto la tuve delante. Le ofrecí mis llaves, que en su momento me había llevado—. Toma.

Para mi sorpresa, no las aceptó y, además, me dedicó una sonrisa.

—Puedes quedarte aquí, si quieres.

Recordaba a la perfección la discusión que habíamos tenido en verano. Esa en la que mis padres me llamaban niñato malcriado y descerebrado, y yo los mandaba a la mierda y renegaba de su dinero antes de salir por la puerta.

—Gracias, pero prefiero… —Me callé.

«Prefiero dormir en un puto cajero que estar bajo el mismo techo que el imbécil intransigente de tu marido».

Mi madre trató de ocultar la decepción y asintió.

—¿Cómo estás? Te veo bien.

Me encogí de hombros.

—No me quejo.

—Salisteis en el periódico local —me informó—. Parece que os empiezan a conocer por ahí.

No sabía qué decir. ¿Ahora me seguía la pista? ¿De verdad le importaba o solo intentaba ser cordial por el bien de Violet?

—Y solo es el principio —indicó mi hermana, tirándome de la manga.

Su carita conseguía ralentizar los latidos de mi corazón y darme cierta tranquilidad.

Me quité la mochila y la dejé a mis pies. Me puse de cuclillas y abrí la cremallera.

—Tengo algo para ti.

—¿Me has traído un regalo?

Enarqué una ceja.

—¿De verdad me lo preguntas?

Mi hermana dio unos saltitos y esperó, impaciente, porque sacara lo que fuera que escondía en la mochila.

—¡Un Furby! —chilló, como si fuera lo mejor que hubiera visto en su vida.

Sacó de la caja el muñeco azul y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Bueno, una cosa menos para Navidad —susurró mi madre, para

que solo la escuchara yo.

La sonrisa que esbozó mientras miraba a su hija fue… reconfortante.

Volví a dirigirme a Violet.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! —Mi hermana me abrazó sin soltar al dichoso Furby—. Gracias, River. Te quiero mucho.

Tragué saliva y le devolví el abrazo. Maldita sea, cómo quería a esta niña.

—Y yo a ti, pequeñaja. —Le di un beso en la cabeza—. Lo siento, pero tengo que irme.

—¿Tan pronto?

—A lo mejor… —Desvié la vista hacia mi madre un segundo—, podría venir otro día a recogerte para hacer algo juntos.

Violet giró el cuello para mirar a mi madre, con una pregunta silenciosa. Ella asintió.

—Claro. —Le puso los brazos sobre los hombros—. Venga, despídete de tu hermano. Tienes que ducharte antes de cenar.

Violet me obligó a despedirme del Furby también, algo que me arrancó una carcajada, pero accedí porque, ¿cómo negarle nada a esa cría?

Un último abrazo.

Mi madre llevándosela al interior de la casa, y yo con una extraña mezcla de nostalgia y felicidad palpitándome en el pecho.

Capítulo 24

MORGAN

Desde fuera de la enorme casa, se escuchaba música amortiguada y algunos gritos.

Lisa llamó al timbre y se colocó los pechos, a la espera de que el anfitrión nos abriera la puerta.

Eché un vistazo alrededor. El jardín me pareció casi tan grande como toda mi manzana.

—No sabía que los padres de Cole…

—¿Vivían en una mansión? —terminó mi amiga por mí—. Yo tampoco. Es decir, sabía que no tenían problemas económicos, precisamente, por la ropa de marca de Cole, pero no imaginaba que hasta este punto.

—Me pregunto por qué no le habrán comprado un coche.

Lisa enarcó una ceja.

—Probablemente, por su propia seguridad.

Me reí por lo bajo. Cierto, Cole no era lo que se dice demasiado responsable.

El bajista abrió la puerta y alzó los brazos para darnos la bienvenida. Llevaba una camiseta de tirantes negra, que dejaba a la vista sus músculos.

—¡Mis chicas ya están aquí! —Me estrechó entre sus brazos y dejó para el final a Lisa, a la que le metió la lengua hasta la campanilla—. Bombón, pídeme que pase de esta fiesta y me monte una solo contigo, y lo haré.

—Es tentador, pero he venido a bailar. —Ella le quitó el vaso que llevaba en la mano y le dio un sorbo, antes de dar un paso hacia el interior. La seguí—. Joder, Cole, tus padres están forrados y nunca están en casa. Te ha tocado la lotería.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Soy un tío con suerte.

Me fijé en sus ojos cuando sonrió, en la sombra que los oscureció al pronunciar esas palabras. Como si no se las creyera.

Y a mí me pareció que tener siempre esa casa enorme para él solo, era un poco triste.

Los muebles de madera oscura, los cuadros, los jarrones de porcelana, las lámparas de cristal… Todo destilaba un gusto exquisito y caro. No me parecía buena idea meter a tanta gente borracha entre esas paredes, la verdad.

Porque aquello estaba a reventar de adolescentes que reían, gritaban, bailaban y, sobre todo, bebían. Algunos competían por ver quién encestaba más pelotitas en vasos vacíos, otros estaban tirados en el sofá de color crema, como si llevaran horas vaciando botellas.

Reconocí a algunos, aunque era la primera vez que veía a la mayoría. Busqué a alguien en concreto, pero era imposible distinguir nada entre aquel amasijo de cuerpos.

—¿Conoces a toda esta gente? —le pregunté a Cole.

Ladeó la cabeza, escudriñando a nuestro alrededor.

—Diría que conozco a un 25 %. —Me guiñó un ojo—. Se ha corrido la voz de que The last flame montaba una fiesta.

—Y hablando de The last flame… ¿Dónde están los otros dos integrantes del grupo?

—Freddy estaba en la cocina hace un minuto, y River tenía que pasarse por su casa. —Alcé las cejas en una pregunta muda y él asintió—. Estará bien, no te preocupes.

Claro que me preocupaba. River llevaba meses sin hablar con sus padres, había dejado su casa por las malas, y ahora… No podía imaginarme por lo que debía de estar pasando. De repente, sentí una imperiosa necesidad de ir a buscarlo.

Dejé a Lisa con Cole y me di la vuelta en dirección a la puerta, pero entonces una voz se coló entre el bullicio hasta mi oído.

—¿Ya te vas, Ocean?

Sonreí, aliviada, antes de girarme. Llevaba puesto un gorro de punto de color naranja, una camiseta blanca y unos vaqueros anchos oscuros. Y esos ojos… Malditos fueran esos ojos.

—Estás aquí. —Tragué saliva y me fijé en su rostro, a la espera de encontrar alguna pista de cómo se sentía—. ¿Estás bien?

Tiró de mí y me abrazó con fuerza.

—Ahora sí. —Su nariz se coló por mi cuello y yo dejé de escuchar la música.

Al separarnos, sus dedos alcanzaron una porción de pelo que me rozaba la mejilla.

—Podría escribir una canción dedicada solo a este mechón.

Entrecerré los ojos.

—¿Cuántos vasos de esos llevas?

—Medio —respondió, quitándose el gorro y guardándoselo en el bolsillo—. Freddy me ha robado el otro medio.

Sonreí.

—Vale, entonces lo de la canción iba en serio, ¿eh?

—*Pink*.

—¿Qué?

—El nombre de la canción.

Se me escapó la carcajada.

—Qué original.

Él se apoyó en la pared y se echó el pelo hacia atrás.

—Vale, dame otra oportunidad. —Se mordió el labio mientras pensaba—. Mierda, necesito más tiempo.

Negué con la cabeza.

—Déjate de mechones rosas y cuéntame qué tal en tu casa.

Tragó saliva.

—Violet está bien.

—Me alegro —respondí—. ¿Y…?

—Sin novedades. —Se pasó la mano por el pelo—. ¿Y tu madre?

Torcí el gesto.

—Sin novedades.

En nuestras cartas solíamos hablar sobre todo de música, pero de vez en cuando había unas pequeñas líneas reservadas para la frustración y la rabia. En definitiva, para nuestras familias.

Aunque no habíamos estado demasiado en contacto las últimas semanas, él estaba al corriente de la relación que mantenía con mi madre. De esa distancia entre nosotras que parecía ya infranqueable.

Suspiró antes de cogerme de la mano.

—Anda, vamos a buscarte algo de beber.

Cruzamos el salón abarrotado, pero al llegar al rincón donde estaban las bebidas, una chica lo interceptó.

—¡River!

Se quedó parado un segundo antes de girarse.

—¿Amanda?

La tal Amanda, una morena de ojos oscuros y labios rojos, lo observaba como si fuera su postre favorito.

—Cuánto tiempo sin vernos. —Se abalanzó sobre él y lo abrazó, provocando que nuestras manos se soltaran.

—Eh… sí, bastante tiempo.

River me observaba de reojo, mientras la chica parloteaba y no dejaba de acariciarle el brazo.

—Amanda, te presento a Morgan.

Ella me miró como si no fuera más que un insecto.

—¿Tu novia?

—Una amiga —respondí, antes que pudiera hacerlo él.

Los ojos de River me buscaron y parecieron querer decirme algo, pero no supe el qué.

—Eso es genial —respondió ella, de nuevo sonriente. Supuse que se había tomado nuestra amistad como una vía libre para ella—. Tengo un primo que se llama Morgan.

No pude contener el bufido.

—A mí me parece un nombre precioso —comentó River.

Esbocé media sonrisa, pero reprimí las ganas de indicarle que no hacía falta que dijera eso para protegerme.

—Ajá, muy bonito —siguió Amanda. Se giró hacia él, dándome la espalda, pero habló lo suficientemente alto para que yo la escuchara —. No nos veíamos desde… aquella última noche que pasamos juntos, ¿no?

El estómago me dio un vuelco. ¿Era una ex?

—Pues…

—Menuda despedida tuvimos, campeón. —Volvió a mirarme, aunque por encima del hombro—. Tu amigo no solo sabe tocar bien la guitarra, Morgan.

Estaba a punto de vomitar. Di un paso atrás.

—Genial. —Reprimí una arcada y fingí una sonrisa—. Voy a buscar a Lisa.

—Espera, Ocean…

—No, tranquilo. Tenéis que poneros al día.

El ceño fruncido de River. La sonrisa exagerada de Amanda. Su mano todavía acariciándole el brazo. Una escena muy concreta reproduciéndose en mi mente.

—Ay, sí —siguió ella, ajena ya a mí—. Y quiero presentarte a unas amigas, son muy *fans* de la banda.

River me llamó una vez más, pero yo ya me había alejado varios pasos de ellos, con la bilis en la garganta. Quizá fuera algo exagerado por mi parte. River había salido con chicas, ¿y qué? Ni siquiera salía conmigo, ¿qué derecho tenía a ponerme celosa?

Necesitaba a Lisa y algo de alcohol para sobrellevar aquella estúpida fiesta.

Capítulo 25

RIVER

Me quité a Amanda de encima en cuanto pude, aunque no fue fácil. La chica hablaba por los codos y no me soltaba el brazo, como si temiera que fuera a echar a correr en cuanto lo hiciera.

No le faltaba razón.

Ya sé que Morgan y yo solo éramos amigos, pero sentía la necesidad de darle explicaciones. De decirle que lo de Amanda había sido cosa de un par de veces, hacía ya más de año y medio.

Con la excusa de ir al lavabo, me alejé todo lo que pude, antes de que llegaran sus amigas, y me perdí entre el montón de gente, en busca de la única chica con la que quería estar esa noche. Era asfixiante esquivar a tantas personas, y muy frustrante no encontrar su rostro en ninguna de ellas.

Escuché un sonido de cristales rotos y vi a alguien derramando bebida sobre el sillón, junto a la ventana. Me crucé con un par de gilipollas que se lanzaban una figura de porcelana, como si fuera una pelota. La intercepté y la dejé sobre una estantería. Supongo que mi expresión de mala leche les impidió volver a cogerla.

Necesitaba mojarme la cara, así que abrí la puerta del cuarto de baño, pero lo que me encontré me dejó paralizado.

—¡Cierra la puta puerta!

Entré e hice lo que Cole me ordenó. Estaba inclinado sobre el mueble del lavabo, donde había formado una raya blanca con una tarjeta de crédito.

El corazón se me subió a la garganta. No sé cómo conseguí aguantar las ganas de soplarle la puta cocaína y darle un puñetazo.

Aunque de poco habría servido porque, por mucho que pongas de tu parte para ayudar a una persona, no sirve de nada si ella se empeña en rechazar la ayuda.

—Joder, Cole.

Sus ojos oscuros me encontraron en la luz blanquecina del lavabo.

Al principio, me pareció ver sorpresa. Ni siquiera se había dado cuenta de que era yo, hasta aquel momento.

Entonces, durante una milésima de segundo, lo que le cruzó la cara fue vergüenza, pero se recompuso tan pronto que temí habérmelo imaginado.

—Ah, River, eres tú.

—¿Qué cojones haces? Creía que esta mierda había sido algo puntual.

—Y es algo puntual, pero estamos en una fiesta. —El sonido al esnifar me revolvió el estómago—. Eres demasiado formal, River. Ya escuchaste a Jim, las estrellas del *rock* viven al límite.

Apreté los puños. A veces, nuestro representante era un capullo. La expresión en la cara de mi amigo cambió de pronto, como si se hubiera arrepentido de hablar.

—Perdona, no debería haber dicho eso. No había caído en… —Tragó saliva—. Ya sabes.

—Te están destrozando la casa —respondí sin más, conteniéndome todo lo posible. No quería pelearme con él. No tenía derecho a decirle lo que tenía que hacer, pero aquello me resultaba demasiado familiar como para pasarlo por alto—. Cuando vengan tus padres, van a flipar.

Cole sorbió por la nariz y me dedicó una media sonrisa triste. Patética.

—A lo mejor, así se dan cuenta de que existo.

Algo en su tono de voz me ablandó.

—Tío…

—No me mires así, River. Ni se te ocurra. —Abrió el grifo y se echó agua en la cara. Se pasó las manos mojadas por el pelo—. Esta noche es para celebrar, ¿te enteras?

Suspiré. A pesar de todo, a pesar de los lujos, del éxito que íbamos teniendo, mi amigo se sentía desgraciado. Solía ocultarlo bastante bien, pero la amargura a veces se le reflejaba en las pupilas, y salía a la luz la verdad.

Podría haberle dado de hostias y gritado a la cara lo gilipollas que era, pero… ¿qué habría solucionado?

Por aquel entonces, creía que nada.

—¿Sabes dónde está Morgan? —pregunté, en cambio—. Es imposible encontrarla en esta puñetera casa a reventar.

Cole me pasó un brazo por los hombros.

—Ni idea, pero yo también quiero encontrar a Lisa.

—Un momento. —Lo detuve antes de que abriera la puerta—. Ni se te ocurra ofrecerle esa mierda a ninguna de las dos.

—¿Ahora eres su padre?

—Cole.

Soltó un bufido.

—Que sí, que vale.

Salimos de allí y nos dejamos arrastrar hasta el salón, donde la gente parecía haberse exaltado de repente.

Abrí mucho los ojos cuando descubrí a Morgan y a Lisa bailando sobre la mesa.

Me perdí en el movimiento de esa melena salpicada de rosa, en el de la cintura al girar, en sus brazos en alto, mientras se movía al compás de *Wannabe* de las Spice Girls. Los dos hoyuelos de la zona baja de su espalda quedaron al descubierto cuando se puso de rodillas.

De repente, se me había secado la boca.

Morgan cerraba los ojos de vez en cuando y reía con su amiga. Las dos llevaban un vaso de plástico en la mano que apuraron bajo los vítores de los que las rodeaban. Un tío que no conocía les ofreció más bebida. Repitieron la jugada. Otro vaso a su izquierda.

Los ojos de la chica se encontraron con los míos en la distancia. Tragué saliva al ver cómo se le difuminaba la sonrisa. Se bebió el contenido del vaso en apenas unos segundos.

El silbido de Cole me hizo volver en mí.

—Joder con tu Ocean —me gritó al oído, dándome un codazo—. Ella sí sabe disfrutar de una fiesta.

Solté el aire con fuerza por la nariz. Me acerqué a la mesa e intercepté la bebida que Morgan estaba a punto de coger.

—¿Qué haces? —preguntó de mala gana—. Iba a bebérmelo.

—¿No crees que ya has bebido suficiente?

Fingió pensárselo.

—Diría que no.

—¿Has comido algo por lo menos?

—River, te diría que te pareces a mi padre, pero tampoco es como si pudiera comparar, ¿verdad? —Su risotada sonó histérica y carente de todo humor.

—Ocean…

—¿No tienes alguna *groupie* por la que dejarte adorar?

Tensé la mandíbula.

—¿Podemos hablar tranquilos en algún sitio, por favor?

Su mano sobre mi hombro. Su nariz casi pegada a la mía. El olor a vainilla se mezcló con el del alcohol. Sus ojos oscuros brillaban y sus mejillas ardían cuando las acaricié.

Sin embargo, se apartó como si fuera ella la que se hubiera quemado.

—Quiero seguir bailando un poco más. —Me dio la espalda y se giró hacia Lisa, que ya la esperaba con otro vaso.

Todo pasó muy deprisa, entonces.

Su bota pisó uno de los múltiples vasos que había sobre la mesa, el líquido se derramó y provocó que se resbalara. Extendí los brazos y la cogí, antes de que se diera contra el suelo.

El corazón se me había puesto en la garganta.

—¡Morgan! —Lisa se lanzó hasta nosotros y bajó de la puñetera mesa—. ¿Estás bien?

Pero Morgan me observaba a mí, con los ojos muy abiertos, como si se hubiera despejado de golpe. Le aparté un mechón rosa de la frente.

—Está bien —respondí por ella, sin dejar de mirarla—. Deberías bajar el ritmo un poco.

—Necesito aire.

—Vale, vamos al jardín.

Miré a Lisa y asentí, para que supiera que yo me encargaría de cuidarla.

Morgan dejó que la ayudara a estabilizarse y la seguí al exterior. Cerré la puerta a mi espalda, sintiendo un alivio inmediato ante el ruido amortiguado.

Me senté en los escalones del porche junto a ella y la observé,

pero ella no se inmutó. Su mirada se había endurecido, perdida en la oscuridad de la noche.

Carraspeé.

—Morgan…

—¿Podrías dejarme sola un momento?

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Ahora sí, giró el cuello y me miró.

—¿Y por qué no? —contraatacó—. Puedes ir a firmar unos cuantos sujetadores mientras.

¿Cuánto rencor tenía acumulado esta chica y exactamente por qué?

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿A qué viene eso?

Ocultó la cara un momento entre las manos y luego se echó el pelo hacia atrás. Sus hombros subieron y bajaron al suspirar.

—Esto no funciona, River.

—¿El qué?

—Nuestra amistad.

Esas palabras me dolieron más que un puñetazo.

—¿Esto es por lo de Amanda? Porque ni siquiera salimos en serio cuando…

Una risa amarga le nació de la garganta y me hizo cerrar la boca.

—¡Es por todo! —estalló—. Porque desde que has vuelto, todo ha girado en torno a ti y al grupo. Y no me malinterpretes, me alegro mucho de lo que estáis viviendo, y entiendo perfectamente que las cosas no pueden ser como antes, pero…

—¿Pero…?

Me miró con una intensidad que casi me hizo retroceder.

—Yo también tengo sueños, River. Y quizá no sean tan importantes como los tuyos, pero para mí significan mucho.

Tragué saliva.

—¿Te refieres a ser compositora?

—Y a más cosas.

Me avergüenza decir que no supe cuáles eran.

—¿La pintura?

Una sonrisa resignada se dibujó en sus labios.

—No estamos jugando a las adivinanzas.

—Lo siento. Yo… no sé qué decir.

—Ya. —Volvió a mirar al frente—. Mira, yo también quiero que voléis muy alto, que nos contéis miles de anécdotas, ver el brillo en vuestros ojos cuando habláis de los conciertos… Es solo que… —Suspiró—. En fin, da igual.

—No, no da igual. —Me atreví a ponerle la mano en el brazo—. Por favor.

Sus ojos fijos en el punto donde nuestras pieles se rozaban.

—Siento que ya no te interesa nada de lo que hago —confesó con un hilo de voz.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no? —Apartó el brazo—. ¿Sabes acaso que me estoy preparando para una prueba de acceso a Colburn? ¿O que he vendido un par de diseños a una tienda de ropa? ¿Sabes que he compuesto una canción nueva porque necesitaba dejar salir el rencor y la frustración que todavía guardo para mi padre?

No, no sabía nada de eso.

—Podrías habérmelo contado —dije en un pobre intento por defenderme.

—Podrías haberme preguntado —respondió—. Una vez. Una sola vez en estas últimas semanas. Ninguna relación funciona si no es recíproca.

—Ocean, yo…

—Necesito estar sola, por favor.

El tono de su voz me impidió seguir insistiendo.

Con un nudo en la garganta y las ganas de tocarla hormigueándome en las manos, me levanté de aquellas escaleras y volví al interior de la casa.

Las palabras se me acumulaban en la cabeza, pero no fui capaz de dejar salir ninguna.

Aquella fiesta estaba resultando ser una mierda. Morgan estaba molesta y, peor aún, decepcionada conmigo, Cole acababa de drogarse en mi cara y Freddy… ¿Dónde cojones estaba Freddy?

Capítulo 26

MORGAN

Dejé escapar las lágrimas por fin, en cuanto River se fue. Bastante le había confesado ya como para que, además, me viera llorar. Sentía una mezcla de rabia, nostalgia y, sí, también culpa. Porque quizá había sido demasiado dura con él, demasiado injusta. Hacía pocos días que estaba de vuelta y era normal que el tema de conversación principal fuera su carrera, ¿no?

Ahora lo pienso y me doy cuenta de que se me daba muy bien disculparlo por aquella época. Quizá, porque me negaba a aceptar que, de verdad, yo había pasado a estar en un segundo plano para él. Aunque, ¿no lo había estado siempre?

La música era lo primero, desde el principio. Solo que antes… la música me incluía a mí. ¿Todo aquello era una cuestión de ego? ¿De celos? ¿Por qué lo de la maldita Amanda era lo que me había hecho explotar?

Debía de llevar ya mucho rato allí fuera, dándole vueltas a todo y quedándome helada.

Me llevé las manos a la cabeza y cerré los ojos. Necesitaba respirar hondo antes de volver a entrar.

Me arrepentí de hacerlo en cuanto crucé la puerta y capté una conversación que desearía no haber escuchado.

—¿Dónde te habías metido, Amanda?

—Estaba con River arriba.

—¿En serio? ¿Tú y él…?

La chica se pasó el pelo por encima del hombro con coquetería y alzó la barbilla.

—No es la primera vez.

Un grito ahogado. Murmullos. Náuseas subiéndome por el esófago.

—Lo que me faltaba —mascullé, al parecer más alto de lo que

había creído, porque las chicas se giraron a mirarme.

Amanda alzó las cejas.

—Si buscas a River, está a punto de bajar. —Torció una sonrisa maliciosa—. Necesitaba un momento para… Bueno, para estar listo. Tú ya me entiendes.

Las otras dos idiotas se taparon la boca para ahogar unas risitas ridículas.

Ni siquiera me detuve a responder, sino que me limité a darme la vuelta y alejarme de ellas todo lo posible.

No veía a River por ninguna parte, así que cabía la posibilidad de que la versión de esa estúpida fuera verdad.

Encontré a Freddy sentado en el sofá, con la mirada perdida en un vaso al que daba vueltas. Me dejé caer a su lado.

—Detesto esta fiesta —anuncié.

—Ya somos dos. —Levantó la vista hacia mí—. ¿Qué te pasa? ¿Dónde está River?

Arrugué la nariz.

—Según Amanda, está arriba después de… lo que sea que hayan hecho.

Sus ojos se abrieron por la sorpresa.

—¿Amanda?

—Veo que la conoces.

—No es lo que crees.

—Yo ya no sé lo que creer.

Mi amigo me pasó el brazo por los hombros y se acercó a mi oído para no tener que gritar. El volumen de la música nos obligaba a levantar mucho la voz.

—No tienes de qué preocuparte. A River no le interesa Amanda.

—¿Por qué das por hecho…?

—¿…que estás celosa? —terminó por mí. Antes de que pudiera replicar, frunció el ceño—. Vamos, Morgan, no insultes mi inteligencia.

Suspiré y dejé caer la cabeza hacia atrás.

—Ha dado a entender que se estaban enrollando.

—Permíteme que lo dude.

—¿Por qué estás tan seguro? Si ya tuvieron algo una vez…

—Porque conozco a mi amigo.

Entrecerré los ojos.

—Estás ocultándome algo.

—Yo oculto muchas cosas.

Sonreí de medio lado.

—Vale, pero como lo vea bajando las escaleras colocándose la bragueta…

Freddy se echó a reír.

—Entre el alcohol y los celos, estás de lo más graciosa. —Me dio un beso en la cabeza—. Gracias por alegrarme un poco esta fiesta.

Le hice un saludo militar.

—A mandar.

Nos quedamos en silencio durante un rato, cada uno perdido en sus pensamientos.

—Oye, no tienes que seguir en este sofá por mí —le dije de repente—. No es que sea muy buena compañía en estos momentos.

—Tú siempre eres buena compañía, Morgan.

Sonreí, pero me fijé en sus ojos azules y distinguí algo que no me gustaba.

—¿Me vas a contar lo que te pasa a ti?

Echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—Hay un chico que me está poniendo ojitos.

—¿Y eso es malo?

—No me apetece esconderme esta noche.

Tragué saliva. Sabía a qué se refería. No podía tontear con aquel chico delante de toda esa gente, como cualquiera de nosotros haría. No, mientras estuviera decidido a ocultar esa parte de él, que ni siquiera había compartido con sus dos mejores amigos.

—¿Y si no te escondes?

—Morgan…

—Sí, ya lo sé. Es solo que… —Giré el cuerpo y acuné su rostro con las manos—. No soporto verte así. Te mereces ser feliz, Freddy.

Su mirada vidriosa me formó un nudo en la garganta. Mi amigo llevaba mucho tiempo sufriendo y no sabía cómo ayudarlo.

—Creía que querías estar sola.

Los dos nos giramos para encontrarnos con un River que tenía la

mandíbula en tensión y nos observaba como si nos acusara de algo.

Bajé las manos de la cara de Freddy.

—¿Y qué me quieres decir con eso? —pregunté.

Freddy bajó el brazo con el que aún me rodeaba y carraspeó. River desvió la mirada hacia él un segundo y luego volvió a mí.

—Que a lo mejor, lo que en realidad querías era estar con cualquiera menos conmigo.

—Eh, yo no soy cualquiera, colega.

—Hacía rato que no te veía —le comentó River, sin relajar la postura—. Si queríais estar solos, esta fiesta no era el mejor sitio, ¿no os parece?

—¿Qué cojones dices?

River se cruzó de brazos.

—Lo que veo.

—No, lo que ve tu imaginación.

—Ah, espera… ¿Me he imaginado que estabais abrazados en el sofá y a punto de besaros?

Di un respingo.

—¿A punto de besarnos?

La carcajada de Freddy estaba desprovista de todo humor.

—Menudo idiota… —Se puso en pie y se dirigió a mí—. Morgan, avísame cuando quieras que te lleve a casa.

—Claro que sí —respondió River por mí.

Los agujeros de la nariz de Freddy se dilataron cuando expulsó el aire con paciencia, pero no volvió a mirar a su amigo antes de darse la vuelta y dejarnos solos. O todo lo solos que podíamos estar en medio de un salón atestado de gente.

Me levanté para enfrentarlo, pero un pequeño mareo me cogió por sorpresa. Sus brazos estaban sobre mí, antes de que pudiera darme cuenta. Me aparté para que dejara de tocarme.

—Te has pasado —le espeté—. Freddy y yo no estábamos haciendo nada.

—No era lo que parecía.

—Bueno, y aunque así hubiera sido, ¿a ti qué más te da? ¿Es que estás celoso de él?

—Yo no…

No, claro que no. Ya me hubiera gustado.

—Tú estabas con Amanda, por lo que no es que necesitaras mi compañía.

La confusión se abrió paso entre su enfado.

—¿Qué?

—Ay, ¿era un secreto? Deberías habérselo dicho a tu chica, porque lo va aireando por ahí.

Apretó los dientes.

—Amanda no es mi chica y no lo ha sido nunca. —Se pasó las manos por el pelo, exasperado—. Morgan, he venido a esta estúpida fiesta solo para estar contigo.

No, no me iba a ablandar ahora con eso. Maldita sea, que dejara de mirarme así.

—Mira, River, no finjas que ahora me necesitas. —Rodeé el sofá. Tenía que alejarme de él lo antes posible—. No hagas esperar a tus *fans*.

En cuanto terminé de hablar, fui consciente de lo inmadura y posiblemente irracional que estaba siendo, pero el orgullo me impidió echarme atrás.

Capítulo 27

RIVER

Estaba cabreado con todo el mundo. Con Cole y sus vicios de mierda; con Freddy, por culpa de mis putos celos; con Morgan, por haberme lanzado tantos dardos que me habían acertado en el centro del pecho.

Pero, sobre todo, estaba cabreado conmigo mismo. Por haberla decepcionado. Por no haber sabido valorarla como se merecía.

Y, ¿por qué no admitirlo? Porque me había comportado como el niñato que era, cuando la había visto con Freddy. Pero…, aun así, no podía dejar de pensar en que esos dos me ocultaban algo. ¿Había algo entre ellos más allá de la amistad? ¿Estaba enamorado mi amigo en secreto de ella?

Morgan volvió con Lisa, Cole y un grupo de gente de nuestro instituto, que a mí no podía importarme menos.

Estuve tentado de largarme de aquella fiesta, pero el orgullo me lo impidió. Decía algo sobre ser un niñato, ¿no? Pues aún no había acabado.

Me encontré con las chicas de la pizzería, así que decidí hacer justo aquello de lo que me había acusado Morgan: dejarme querer un poco.

Reconozco que lo que me parecía interesante de todo aquello era que ella no se perdiera la escena.

Fingí que no me quemaba la piel cuando sentía sus ojos puestos sobre mí. O que no me revolvía el estómago verla reírse con algún idiota que no era yo. Durante unos minutos, fuimos una sucesión de miradas de reproche y provocación, mezcladas con sonrisas ajenas.

Alguien le ofreció un chupito. Ignoré lo que me estaba contando la chica con la que hablaba y me quedé anclado a la mirada que me sostenía Morgan. Era como si me estuviera retando a decirle que no era buena idea que siguiera bebiendo.

Tensé la mandíbula, a la espera de que tomara una decisión. No tardó en levantar el codo y bebérselo de un trago.

Suspiré, como si acabara de perder una batalla.

—La has cabreado esta noche.

Me giré. La chica de antes ya no estaba y, en su lugar, me encontré a Lisa. Se había recogido las trenzas en una coleta y tenía los ojos vidriosos.

—Ya lo sé.

—¿Y tienes pensado solucionarlo?

—Ya lo he intentado.

Negó con la cabeza.

—Ahora no, River. Ahora lo que necesita es…

—¿Emborracharse?

Se encogió de hombros.

—Soltarse un poco y pasar de ti.

Hice una mueca.

—Ah, genial.

Lisa ahogó una risa tras su vaso y me pasó el brazo por los hombros.

—Tranquilo, se le pasará.

Recordé la decepción en sus ojos y en el tono de su voz, y tragué saliva.

—No estoy tan seguro.

—¿Estás de coña? Te has hecho un tatuaje por ella. —Fui a abrir la boca, pero me señaló con un dedo y la cerré de golpe—. No me vengas con chorradas de que el mar te tranquiliza, porque ambos sabemos que podrías haberte hecho cualquier otra ola, en lugar de la de Kaga… Kana… *comosellame*.

Una comisura de la boca se me elevó sin pedir permiso, pero aquel intento de sonrisa se me borró de golpe cuando levanté la vista y vi a Morgan bailando con un tío que no había visto en mi vida.

—Creo que necesito otro vaso de estos.

Lisa siguió la dirección de mi mirada y suspiró, antes de cogerme del brazo y tirar de mí.

—No, lo que necesitas es otra cosa.

—¿Qué haces? —mascullé, dejándome arrastrar por ella. Era extrañamente fuerte para tener esos brazos tan finos.

—¡¿Quién se apunta a un juego?!

Lisa era de esa clase de personas que movían a la gente. Tenía poder de persuasión y una sonrisa carismática que te convencían para, de repente, estar sentado en un círculo con una botella en medio. Así que ahí estábamos, ocho personas enfrente unas de las otras. No sé cómo, pero Amanda estaba entre ellas. ¿De dónde había salido de repente?

—¿Vamos a jugar a la botella? —le pregunté por lo bajo a Lisa—. No tenemos trece años.

—Ya me darás las gracias luego.

Cole la miró con una ceja enarcada.

—Yo prefiero jugar con las botellas llenas.

—Y quieres jugar conmigo más tarde, ¿no?

Mi amigo cruzó las piernas y giró el cuerpo hacia el centro, dispuesto a seguirle el rollo.

—Entendido.

—¿Qué hacéis?

Levantamos la vista hacia Freddy. Morgan levantó el brazo y tiró de él para que se sentara a su lado. Parecía confuso, hasta que ella le explicó algo al oído. Su mirada se cruzó con la mía un segundo, antes de posarse sobre Lisa.

Me crují los nudillos. De verdad, no sé por qué me dejé arrastrar a aquello y no me levanté.

—Bueno, girar la botella y besar —anunció la chica—. ¿Lo tenéis claro, niños?

La respuesta fue una risa general.

El primer turno le tocó a Lisa y a Cole. Ya ves tú, qué sorpresa verlos meterse la lengua hasta la campanilla.

—Vale, vale… Siguiente —dijo Morgan, separándolos—. Cole, te toca.

La botella se detuvo en Freddy, que acababa de sonrojarse hasta las cejas.

—Se repite, ¿no? —preguntó Cole.

Lisa lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Por qué? ¿No tienes lo que hay que tener para besar a tu amigo?

Freddy tragó saliva e intercambió una mirada con Morgan, que acababa de apretarle la mano con disimulo. Me dio un vuelco el estómago.

—Pues claro que tengo lo que hay que tener —respondió Cole, inclinándose hacia delante.

Por un momento, creí que Freddy lo mandaría a tomar por culo, pero fue a su encuentro en el medio del círculo, demasiado serio para una situación como esta.

Cole le cogió la cara con las dos manos y le estampó un beso rápido y sonoro en los labios.

—¿Qué tal? —le preguntó con socarronería—. No te me enamores, ¿eh?

Freddy lo miró intensamente un segundo, antes de dibujar una expresión de indiferencia.

—Mi abuela me los daba mejores.

Cole arrugó la nariz.

—Tío.

Freddy se había puesto de color carmesí.

—Ya me has entendido, imbécil.

Los demás nos reímos, pero Morgan… Ella observaba al batería con cierta preocupación, y yo volvía a sentir que me ocultaban algo, que solo compartían ellos.

Freddy giró la botella y tuvo que besar a Amanda. Amanda giró la botella y…

—¡River! —exclamó, entusiasmada.

No, ni de coña. Y menos delante de Morgan.

—Espera, no tan deprisa —intervino Lisa—. La botella está entre River y yo. Un poco más cerca de mí, en realidad.

—Pero…

—Te voy a dar un beso que no vas a olvidar, cielo.

Cole lo celebró con una palmada.

—¡Esto se pone interesante! ¿Alguien tiene una cámara?

Chasqueé la lengua, aunque no pude evitar sentirme aliviado cuando Lisa gateó hasta Amanda y le apartó el pelo con delicadeza.

La chica tragó saliva, perdida en esos ojos negros.

—¿Lista?

Amanda asintió y Lisa le dio un beso suave, lento y quizá un poco… ¿húmedo?

—Joder —masculló Cole a mi derecha.

Nuestra amiga se apartó con una sonrisa traviesa, mientras la otra tardaba en abrir los ojos.

—¿Qué tal?

Amanda se humedeció los labios y bajó la vista hasta la boca de Lisa.

—Bien… —Carraspeó—. Muy bien.

Lisa le guiñó un ojo.

—Nos vemos en tus sueños esta noche.

No pude evitar sonreír. Mis ojos me traicionaron y buscaron a Morgan, que también sonreía ante la escena.

Retomamos el juego.

El cuello de la botella apuntó a Morgan cuando una de las amigas de Amanda la hizo girar. El beso entre ellas fue más casto que el de sus amigas, pero hizo que Cole soltara un silbido.

—Me estáis dando material para mis…

—Te ruego que no acabes esa frase —masculló Freddy.

—No te pongas celoso, colega.

—Vete a tomar por culo.

Dejé de escucharlos cuando llegó el turno de Morgan. Tragué saliva, nervioso. Me preocupaba en igual medida que la botella apuntara hacia mí como que no lo hiciera.

La luz del techo se reflejaba en el vidrio, mientras giraba a una velocidad que a mí me pareció insoportablemente lenta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Lisa.

Todos nos giramos hacia la ventana que estaba señalando, pero entonces por el rabillo del ojo la vi estirar el brazo y girar la botella para que apuntara…

—No hay de qué —susurró, guiñándome un ojo.

—Yo no veo nada —comentó Amanda.

—Me habré confundido. —Lisa señaló la botella—. Bueno, River, te toca estrenarte.

Todos los ojos puestos sobre la botella y, a continuación, sobre mí. Los míos buscaron a Morgan.

—Venga, tíos, no tenemos toda la noche —incitó Cole.

Apoyé la rodilla como primer paso, a la espera de que ella se moviera. Si no lo hacía, no iba a acercarme más. Pero lo hizo, y yo sentí un vértigo en el estómago que amenazó con engullirme.

El olor a vainilla me encontró antes de que pudiera tocarla. Sus ojos oscuros aún lucían dolidos, vidriosos por el alcohol y, posiblemente, el rencor que tenía hacia mí. Sentí la necesidad de cogerle la mano y llevarla a otra parte donde aquel beso nos perteneciera solo a nosotros.

Comenzaron a silbar, animándonos a continuar con aquello. Era una tontería, ¿no? Un beso. Un simple roce y a seguir.

Solo que para mí nada de lo que tuviera que ver con Morgan era simple.

—Ocean… —susurré, muy cerca ya de su rostro.

Nuestros alientos se entremezclaban. Su lengua humedeció sus labios y yo quise mordérselos. Ni siquiera sé qué canción estaba sonando porque, por un momento, dejé de escuchar nada que no fueran los latidos desbocados de mi corazón.

Y, de repente, el anhelo se convirtió en frustración. Porque no podía besarla así, con rabia y alcohol de por medio. No quería que nuestro primer beso fuera por un estúpido juego.

Dejé caer la mano antes de que mis nudillos pudieran acariciar su mejilla izquierda y tensé la mandíbula.

Me aparté de ella.

—Lo siento.

Me dedicó una última mirada, cargada de rencor, antes de levantarse y salir de aquel círculo.

Capítulo 28

MORGAN

El calor de la vergüenza se sobrepuso, al que había empezado a consumirme cuando los labios de River se habían acercado tanto a los míos. ¿Cómo se atrevía a dejarme plantada delante de todos? ¿Lo había hecho para humillarme? ¿Como venganza?

Salí al jardín en busca de algo de aire y me sequé con rabia las lágrimas que se me habían escapado.

—Ocean, espera.

Me tensé al escuchar su voz, pero me giré para encararlo.

—No me llames así.

Se quedó quieto en el sitio, como si le hubiera golpeado y necesitara recuperar el equilibrio.

—Quiero explicarte…

—¿Qué hay que explicar, River? Creo que nos ha quedado claro a todos, después de tu desplante.

—No deseaba que lo entendieras así.

Me crucé de brazos en un intento por protegerme de… ¿De qué? ¿De él? Creo que llegaba ya muy tarde.

—¿Y cómo iba a entenderlo? ¿Para qué has participado en el dichoso juego? ¿O solo tenías problema si te tocaba conmigo?

—Lisa me ha obligado a jugar.

Vaya respuesta de mierda.

—¿Tan malo sería besarme? —le espeté.

—No es eso.

—¿Es por Amanda? ¿Por si le molestaba?

Soltó un bufido exasperado y se pasó las manos por la cara.

—Joder, Morgan.

—¿O es que ya has tenido bastante con ella esta noche y no te apetecía besar a nadie más?

Mi lengua había sido poseída por la inquina y los celos. Y por la

vergüenza que me había hecho pasar.

—¡Amanda no tiene nada que ver con esto!

—¡¿Y por qué has decidido humillarme?!

Las ganas de lanzarle algo a la cabeza estaban en su punto álgido.

—Eh, tíos, ¿qué pasa?

Freddy nos observaba con preocupación desde los escalones del porche.

—El que faltaba —masculló River.

Ver a mi amigo allí me desarmó. La rabia se disipó y dejó expuesta la tristeza que había debajo. Estaba cansada, agotada, en realidad. Y lo único que quería era irme de allí.

—Freddy, ¿me llevas a casa, por favor?

Lanzó una mirada a su amigo y luego se acercó a mí.

—Claro.

Nos fuimos sin despedirnos de River, y él tampoco abrió la boca mientras dejábamos atrás la casa y salíamos en busca del coche.

Dejé que una lágrima traicionera escapara en cuanto Freddy arrancó.

El silencio nos acompañó durante los siguientes minutos, hasta que escuché a mi amigo coger aire y soltarlo despacio.

—Se lo he dicho a mis padres.

Giré el cuello de golpe.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

Mi mano buscó la de él.

—¿Y?

Tenía el corazón en un puño. Necesitaba una buena noticia antes de acabar la noche.

—Lo han aceptado. —Apartó un segundo los ojos de la carretera para mirarme con alivio—. Dicen que me quieren y que nada va a poder cambiar eso.

Tenía las emociones a flor de piel, y escuchar esas palabras terminó por hacerme derramar más lágrimas. Aunque el detonante había sido algo bueno esa vez. Apoyé mi cabeza en su hombro.

—Me alegro tanto. —Me aferré a su brazo—. ¿Qué sientes ahora?

—Que me he quitado un peso de encima.

—Entonces, ¿vas a decírselo al resto del mundo?

Vi que su nuez subía y bajaba al tragar saliva.

—Todavía no.

El nudo de mi pecho se enredó un poco más.

—¿Por qué no?

—Cada vez estamos más expuestos —me explicó—. No estoy preparado para que la gente me mire de forma diferente.

—¿Tus padres te miran diferente?

—Mis padres son mis padres.

—Sí, pero también pensabas que no se lo tomarían bien, y fíjate.

—Ya, pero me han dicho que quizá no sea buena idea que lo comparta, más allá de mi entorno más íntimo. Al fin y al cabo, aún estamos despegando, y gran parte de nuestro público son chicas… A Jim le daría un ataque.

—Eso no es justo.

—Solo quieren protegerme. No creen que todo el mundo lo entienda.

Seguía molestándome que mi amigo no pudiera ser completamente libre, pero no pensaba juzgar sus decisiones.

—¿Y qué hay de River y Cole?

Incluso decir su nombre en aquel momento me sabía amargo.

—Voy a decírselo.

Bien, al menos no tendría que seguir escondiéndose con sus dos mejores amigos.

—Sabes que estoy muy orgullosa de ti, ¿verdad?

—Y yo de ti. —Esbozó media sonrisa—. Has puesto en su sitio esta noche al vocalista de The last flame.

Volví a apoyarme en el respaldo.

—En el fondo, le da igual. En unos días volveréis a la carretera y lo único que importará será la música, el éxito y las *fans*.

—Sabes que eso no es verdad.

—Yo ya no sé nada, Freddy.

—Pero yo sí, y confías en mí, ¿no?

—Siempre.

—Pues créeme cuando te digo que no hay escenario que rivalice contigo.

Aquello me obligó a sonreír, a pesar de que sabía que solo lo había dicho para consolarme. Confiaba en Freddy, pero esas palabras no podían ser ciertas.

La radio sustituyó a las palabras los últimos minutos del trayecto.

Cuando paró el coche en la puerta de mi casa, me giré una vez más para abrazarlo.

—Gracias.

—No, gracias a ti, Morgan. —Su mano apretó la mía.

—En otro momento, hablaremos de ese beso.

Su carcajada fue como un abrazo.

—Ha sido una estupidez.

Una estupidez que me habría encantado que me pasara a mí.

—Sigue repitiéndotelo, a ver si al final te lo crees.

—Solo era un juego. Eso… no cambia nada.

—Bueno, ya sabes a qué saben sus labios, ¿no? No hace falta que te lo imagines.

Me guiñó un ojo.

—Ahí tienes razón.

Bajé del coche y observé cómo se alejaba con una sonrisa tironeando de las comisuras de mis labios. Al menos, uno de los dos tenía algo bueno con lo que soñar aquella noche.

Entré en casa y tiré las llaves sobre el cuenco vacío del recibidor. Mi madre todavía no había llegado de su reunión, cita o lo que fuera. Me senté en el sofá, mareada ante la perspectiva de subir las escaleras en aquel momento.

No dejé de darle vueltas a todo lo que había pasado. A cada palabra, a cada reproche, a cada mirada. Regodearme en la frustración no era el mejor plan antes de irme a la cama, pero me resultó inevitable.

Hasta que la puerta de casa se abrió y vi las condiciones en las que llegaba mi madre. Despeinada, con el carmín corrido y los botones de la blusa a medio abrochar. La media se le había rasgado a la altura de la rodilla derecha.

—¿Mamá?

—Morgan, ¿qué haces despierta? —Se bajó la falda y trató de peinarse con la otra mano, sin éxito.

—¿Estás bien?

Evitó mirarme cuando se dirigió hacia el lavabo.

—Perfectamente. Vete a dormir.

Cerró la puerta sin ninguna delicadeza.

Me levanté del sofá y me acerqué, preocupada. Supe que había abierto el grifo, porque escuché el sonido del agua corriendo justo antes de la primera arcada.

Di unos golpes a la madera.

—Mamá, déjame entrar.

—¡He dicho que te largues a tu habitación!

Su voz sonó como un gorgoteo. A continuación, vomitó hasta la cena del día anterior en una sucesión de arcadas, que terminaron por revolverme el estómago a mí.

No tanto por el vómito, sino porque se lo estaba provocando ella misma, y no me gustó nada imaginar el motivo de que lo hiciera.

Pero no insistí. Dejé que echara todo, que se limpiara, que hiciera lo que necesitara hacer en ese momento y la obedecí.

Capítulo 29

RIVER

Entré en la casa solo para despedirme de Cole y Lisa. El grupo de la puñetera botella se había disuelto y, por suerte, no tuve que quitarme a Amanda de encima otra vez.

—Tíos, yo me voy —anuncié al llegar hasta ellos, que estaban algo apartados en una esquina, junto a las escaleras.

—¿Ya? —Cole frunció el ceño—. Solo llevas aquí un par de horas.

Y vaya par de horas.

—Suficientes.

Lisa puso los brazos en jarra.

—¿Se puede saber qué ha sido lo de antes? —preguntó, enfadada —. La tontería esa de no besar a Morgan.

—Lisa, ahora no.

—Ahora sí —insistió—. Veo cómo se te cae la baba cada vez que la miras, te pongo en bandeja que puedas besarla, ¿y la dejas plantada delante de todos? ¿Qué coño te pasa?

—Eh, dale un poco de tregua —le pidió Cole.

Ella lo ignoró y siguió mirándome fijamente.

—Dime que no es por la tal Amanda.

—¿Tú también? —me quejé—. No ha pasado nada con Amanda, joder.

—Pues deberías explicárselo a Morgan.

—Se ha ido con Freddy, antes de que pudiera hacerlo.

—Qué cabezota es —masculló su amiga. Volvió a mirarme, pero esta vez con algo parecido a la compasión—. Me lo estáis poniendo muy difícil.

—Espera, tío, ¿se ha ido con Freddy? —intervino Cole—. ¿Crees que entre ellos…?

—No lo sé —admití—. Y supongo que no es asunto mío.

—¿Morgan y Freddy? —Lisa negó con la cabeza—. Eso no puede

ser.

—¿Por qué no?

—Porque… porque no —respondió, contundente—. La conozco.

Me encogí de hombros.

—En cualquier caso, puede salir con quien le dé la gana, ¿no?

Cole me dio una palmada en la espalda.

—Pues sí, la verdad.

Le lancé una mirada poco amistosa y me dirigí hacia la puerta, sin volver a abrir la boca.

Me iba a venir bien el paseo para tratar de despejar la maldita cabeza.

La casa de Freddy no estaba lejos de allí, así que me metí las manos en los bolsillos y caminé a buen ritmo. Esa noche iba a dormir en su garaje, pero quizá era mejor recoger mis cosas y buscar algún motel. Mi amigo debía de estar cabreado conmigo en aquel momento.

Sabía que le debía una disculpa, igual que a Morgan. Me había descontrolado demasiado, había dejado que los celos y la frustración fueran al volante, y la experiencia no me había gustado en absoluto.

Entré por la puerta del garaje, que habíamos dejado sin cerrar, y comencé a recoger la ropa que había tirado sobre el sofá. Me tensé cuando escuché el motor del coche, pero seguí guardándolo todo en la mochila, sin girarme.

—¿Qué haces?

—Me voy.

—¿Por qué? —Como no respondí, Freddy dio varios pasos y me rodeó para quedar cara a cara—. River.

Tiré la última camiseta al interior de la mochila y me obligué a mirarlo.

—No merezco ni dormir aquí hoy.

Me quitó la mochila de la mano.

—Déjate de dramas y siéntate; tenemos que hablar.

—No sé si ahora es el momento.

—Que te sientes, hostias.

Su tono no daba opción a más réplicas. Me senté a su lado y decidí echarle huevos a la situación. Era mi amigo, ¿por qué me

costaba tanto hablar con él?

—Lo siento, tío —comencé—. Me he portado como un imbécil esta noche.

—No puedo negártelo.

—No sé qué me ha pasado.

—¿No lo sabes? ¿Seguro?

Suspiré.

—Estaba molesto, y no tenía ningún derecho. Morgan y tú sois libres, y yo no…

—River, para. —Su mano en mi hombro—. Entre ella y yo no hay nada más que una bonita amistad.

Tragué saliva.

—¿Seguro? Porque si hay algo más, puedes decírmelo.

—El que tiene que decirle lo que siente a Morgan eres tú, idiota. Vas a terminar perdiéndola, si no lo haces.

—Solo somos amigos.

—Aprende a mentir o te va a ir muy mal en la vida, chaval. —Me dio una palmada en la cara—. Esa chica te gusta desde hace demasiado. No sé a qué estás esperando.

—No quiero estropear las cosas.

—¿Más?

Me tuve que reír.

—Vale, me lo merezco.

La sonrisa de mi amigo me tranquilizó.

—Te prometo que no me gusta Morgan. No en el sentido que tú crees.

—A veces, me da la sensación de que ocultáis algo. Y pensaba que… —Suspiré—. No lo sé, supongo que me monté mi propia película.

De repente, me había apartado la mirada.

—Tienes razón en algo —comenzó a decir—. Sí, te hemos ocultado cosas. Bueno, yo te las he ocultado; ella solo ha respetado que lo hiciera.

—¿De qué hablas?

Subió una pierna al sofá y giró el cuerpo para mirarme de frente. Cogió aire, como si estuviera reuniendo las fuerzas necesarias para

seguir. Joder, me estaba poniendo de los nervios.

—Me gustan los tíos.

Parpadeé varias veces.

—¿Qué?

—Que soy gay, River. Y me he cansado de ocultárselo a mis mejores amigos.

Vi en su rostro todo el sufrimiento que había estado escondiendo. Ese que yo no había sido capaz de detectar. A mí no me importaba en absoluto su orientación sexual, tan solo que estuviera bien. Que fuera feliz. Freddy era mi amigo, mi hermano… Ojalá haberme dado cuenta antes de que había algo que se guardaba para sí mismo, y que le estaba asfixiando.

La única respuesta posible para mí fue abrazarlo.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—Demasiado —confesó con la voz tomada.

—Siento mucho que creyeras que no podías decírmelo.

Me estrechó con fuerza.

—No era por ti. Era cosa mía.

Cuando nos separamos, mi amigo tenía los ojos brillantes, y creo que yo también.

—Te quiero, tío. —Lo agarré por los hombros—. Nada puede cambiar eso, ¿me oyes?

Su sonrisa radiante deshizo gran parte del nudo que se me había formado a lo largo de la noche.

—Te sientes aliviado porque ya no soy rival para ti, ¿eh?

La carcajada se me escapó de la garganta.

—Menudo capullo.

Durante la siguiente media hora, compartió conmigo sus sentimientos, miedos y dudas. Me contó cómo había sido confesárselo a sus padres, tan solo unas horas antes. Cuando terminó de hablar, él parecía más liviano, pero yo me sentía culpable por no haberme dado cuenta antes de todo aquello.

—Soy buen actor, colega. No te machaques por eso.

—Vas a decírselo a Cole, ¿no?

—¿Decirme el qué?

Nuestro amigo acababa de entrar por la puerta del garaje.

Freddy pareció entrar en pánico por un segundo.

—Estoy contigo —susurré, poniéndole la mano en el brazo. Nos levantamos.

El batería parecía más nervioso que hacía un rato, cuando me lo había dicho a mí. No dejaba de tocarse las manos, el pelo, la correa del reloj. Cuando por fin reunió el valor para soltar la bomba, el otro se rio en sus narices.

—No es ninguna broma, gilipollas —espeté, dándole una colleja.

La risa de Cole se cortó de golpe.

—Pero… ¿Cómo…? ¿Cuándo…? —Se interrumpió y tragó saliva—. ¿De verdad te gustan los tíos, Freddy?

—Bueno, no todos. —Un silencio extraño—. ¿No te importa?

—¿Que prefieras las pollas? ¿Por qué iba a importarme?

Cole era brusco y tenía la sensibilidad de un puto cactus, pero al menos se lo había tomado bien.

—No lo sé —admitió Freddy—, pero no me gustaría que las cosas entre nosotros cambiaran.

—¿Y por qué iban a cambiar? Tú sigues siendo… tú. Con quién te acuestes, no es asunto nuestro.

Le hice un gesto con la cabeza para que lo abrazara.

Al principio, Cole pareció un poco descolocado. Nunca ha sido un tío demasiado cariñoso, así que tampoco es que su reticencia inicial se debiera a las preferencias sexuales de Freddy.

—Anda, ven aquí.

Lo atrajo hacia sí y el otro lo abrazó con fuerza.

Y entonces capté algo. Un detalle que quizá no tuviera importancia, pero que me hizo saltar las alarmas. Freddy cerró los ojos y aspiró junto al cuello de Cole.

Cuando se dio cuenta de que lo observaba, su expresión me dijo que había bajado las defensas sin querer. Enarqué una ceja y él se mordió el labio para ocultar la sonrisa.

Cuando se separaron, estaba rojo como un tomate. Evitaba mi mirada, porque sabía que había visto algo, y evitaba la de Cole porque…

Madre mía.

—¿Os dais cuenta de lo bueno que soy, tíos? —soltó Cole,

tirándose sobre el sofá y dejando un brazo colgando—. Un beso mío y te cambias de acera, colega. Y eso que ha sido sin lengua.

Freddy puso los ojos en blanco.

—Es que eres irresistible.

La mirada que me devolvió me confirmó que lo decía totalmente en serio.

Capítulo 30

MORGAN

Levanté la mano para despedirme de mis compañeros, que abandonaban el aula después de la clase de Música del señor Coleman. Louis se quedó conmigo un poco más para ensayar; no éramos grandes amigos, pero era un buen tío, que se había ofrecido a echarme un cable para mi audición. Y no se le daba mal la guitarra.

Me detuve al cuarto intento.

—¿Mi voz suena demasiado aguda en esta parte? ¿Crees que debería alargar el vibrato?

Él se encogió de hombros.

—A mí me suena bien.

Ya he dicho que era majo, pero también bastante simple a la hora de los detalles. No era su culpa, sino que yo me había acostumbrado a trabajar con el nivel de minuciosidad y exigencia de…

Otra vez su nombre en mi cabeza. De verdad, así era imposible concentrarme.

—Desde el principio, por favor —le pedí.

Al menos, no fallaba ni una nota de la secuencia y tenía una paciencia envidiable.

Perdí la cuenta de las veces que lo había obligado a empezar de cero.

Cerré los ojos y dejé que mis dedos se deslizaran por las teclas, en un baile que conocía bien. Era en el momento de cantar cuando me fallaba la voz. No estaba controlando mi respiración.

A decir verdad, no estaba controlando una mierda. En general.

Suspiré, frustrada, y abrí los ojos. Louis me observaba con cierta preocupación.

—A lo mejor estás cansada.

—Sí, puede ser.

No era solo cansancio, pero tampoco iba a contarle mi vida. Me limité a darle las gracias por su ayuda y él asintió antes de salir.

Cuando levanté la vista, creí que estaba teniendo una alucinación. ¿Qué hacía River de brazos cruzados, apoyado en el marco de la puerta de mi clase?

—Lisa me ha dicho dónde estabas —fue lo primero que dijo. Supongo que vio el desconcierto en mi cara.

Comencé a recoger mis cosas y las guardé en la mochila sin abrir la boca.

—¿Me has buscado un sustituto? —preguntó, obligándome a mirarlo.

—¿En serio, River? ¿Has venido a seguir con tus reproches?

Alzó las manos.

—Era una broma. —Por su expresión, supe que eso no era del todo cierto. ¿Le había dolido de verdad verme con Louis?—. Sonaba bien. Quizá un poco agudo cuando…

Chasqueé la lengua.

—¿Estás aquí para darme lecciones de música?

—¿Yo a ti? Ni se me ocurriría.

—¿Entonces?

Se acercó al piano, donde yo todavía seguía sentada, y apoyó una mano en la madera brillante.

—Quería pedirte perdón por lo del sábado. —Sus ojos se veían grisáceos bajo las luces artificiales—. Hablé con Freddy y… me lo ha contado todo.

—¿Todo?

—Todo —confirmó con énfasis—. Sé que no hay nada entre vosotros.

Se me escapó una risa de lo más desagradable.

—Déjame ver si lo he entendido. ¿Me pides perdón solo porque ahora sabes que tu amigo no se siente atraído por mí? ¿No te valió de nada nuestra palabra antes de eso? —No abrió la boca—. Tu silencio es muy esclarecedor y, con sinceridad, River, sigo sin entender por qué narices tendría que importarte que otro tío sintiera algo por mí.

—¿Por qué te importaba a ti lo de Amanda?

Lo miré fijamente. No podía responder a esa pregunta sin delatarme, y sin asumir que él también sentía…

Cerré la cremallera de la mochila y me levanté.

—No entiendo de qué va esta conversación.

Atrapó mi muñeca antes de que pudiera dar dos pasos.

—Espera, Ocean. —Suspiró—. Tienes razón.

—¿En qué, exactamente?

—Debería haber confiado en vuestra palabra. Y, en cualquier caso, no debería haber reaccionado así. Fue inmaduro y estúpido y… Lo siento, ¿vale? No estoy orgulloso de mi comportamiento. De hecho, venir hoy aquí me ha costado horrores porque me daba una vergüenza que te cagas.

En sus ojos vi arrepentimiento. Vi a mi amigo, al que había echado tanto de menos. Vi a River, el chico al que había querido besar la otra noche.

—Yo también lo siento —admití al fin. ¿Por qué seguir actuando como si solo él se hubiera equivocado?—. No fue mi mejor momento.

Media sonrisa. Fue todo lo que hizo falta para que me derritiera.

—He estado pensando en lo que me dijiste. En lo de que nuestra amistad no funciona. —Su mandíbula se tensó—. Me niego a aceptar eso, así que pienso compensarte.

—¿Compensarme?

—Hoy. Tú y yo, solos. Como en los viejos tiempos.

Eso sonaba demasiado bien.

—¿Para componer?

—Para lo que tú quieras. —Se atrevió a acercarse y a pasarme un mechón rosa tras la oreja—. Yo había pensado en ir al cine y a tomar algo, pero estoy abierto a sugerencias.

¿Una cita? En los viejos tiempos habíamos tomado helados, montado en atracciones de feria o compartido una *pizza*, mientras componíamos en el garaje de Freddy, pero esto parecía distinto. O quizá era solo una ofrenda de paz que yo confundía con otra cosa.

Bajé la mirada a los pies, consciente de que el color de mis mejillas debía de haberse extendido ya por toda la cara.

—Puede estar bien.

—¡Genial! —Me dio un beso en la mejilla—. Me voy antes de que tu directora me dé una patada en el culo. ¡Te veo esta tarde!

De todas las preguntas que se formaron en mi cabeza en aquel momento, subió a lo más alto del *ranking* probablemente la más absurda: ¿qué narices iba a ponerme?

***

Me subí la cintura de los vaqueros que me había regalado Lisa para mi cumpleaños y me miré al espejo. La blusa blanca dejaba la parte baja de mi abdomen a la vista, y las mangas de farol me llegaban hasta mitad de las manos. Tiré del cordón del escote para fruncirlo y me puse de perfil para comprobar que todo estaba en su sitio.

—¿Piensas ir enseñando los riñones? —Mi madre me observaba desde la puerta de mi habitación—. Estamos en noviembre, Morgan.

—Y estamos en Los Ángeles. No voy a pillar una pulmonía. —Metí las llaves y un brillo de labios en el bolso—. Además, me llevo la chaqueta.

—Estás… —Me detuve al pasar por su lado, lista para su escrutinio y desaprobación. Extendió la mano y me acarició las puntas del pelo —. Estás muy guapa.

Alcé las cejas, incrédula. Apenas me había dirigido la palabra desde la noche en que la escuché vomitar.

—Gracias, mamá.

Como si ese gesto de cariño no hubiera sido más que un espejismo, su expresión volvió a endurecerse dos segundos después.

—No llegues tarde, que mañana tienes clase. Y dile a River que conduzca despacio, o se las verá conmigo.

—Descuida.

Me agarró del codo antes de que pudiera salir por la puerta.

—Ten cuidado, hija.

—Ya te he dicho…

Negó con la cabeza.

—Hay riesgos que no se evitan poniéndote una chaqueta.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres…?

El claxon.

—Vete ya.

Preferí no seguir preguntando. Tenía solo unas pocas horas por delante y no podía malgastar ni un minuto más tratando de averiguar a qué narices se refería mi madre. Además, si quería decirme algo, lo haría. Nunca ha sido de las que se guardan cosas que quieren soltarte a la cara.

Eché a andar hasta el coche del padre de Freddy y, casi al llegar, me sorprendí al ver a alguien en el asiento de atrás. Abrí la puerta del copiloto.

—Se ha empeñado en acompañarme a recogerte —informó River con gesto de disculpa. Esta tarde se había puesto un gorro gris—. Me ha amenazado con obligarme a aprender el idioma de su Furby, si no la dejaba conocerte.

Se me ensanchó la sonrisa cuando miré a la niña, que llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta de la que se le habían salido varios mechones.

—Tú debes de ser Violet.

—Y tú, Morgan. —Extendió la mano como una adulta y me la estrechó con mucha profesionalidad—. He oído hablar de ti.

Desvié la vista hacia su hermano un segundo.

—¿No me digas? Yo de ti también.

—¿Algo bueno?

Me reí.

—Por supuesto. Tu hermano te adora —aseguré—. Dice que eres muy lista y divertida.

La pequeñaja le dedicó a River una sonrisa enorme.

—¡Eso dice de ti también! —exclamó—. Bueno, y que cantas como los ángeles.

—Yo no…

—Tú sí, Ocean. —River, que se había girado en el asiento, me sostuvo la mirada—. No te atrevas a dudar de mi criterio.

Alcé las manos.

—Vale, vale. —Me volví de nuevo hacia Violet y le guiñé un ojo—. Las alas las llevo escondidas.

La niña rio y, como consecuencia, yo también. Un minuto con ella y ya sabía por qué era la debilidad de River.

—Bueno, señoritas, alguien tiene que llegar a casa.

—¿Ya?

—Tienes que hacer los deberes —explicó él mientras se alejaba del bordillo y se incorporaba a la carretera—. Y Morgan y yo tenemos planes.

El gesto de decepción de la cría se me clavó en el pecho.

—¿Y… sería posible un batido rápido? —propuse.

Violet abrió mucho los ojos.

—¡Sí! ¡Di que sí, River!

Su hermano mayor me miró con las cejas alzadas, buscando una confirmación.

Asentí y sonreí cuando la pequeña del asiento de atrás soltó un gritito de alegría.

Capítulo 31

RIVER

Ver a Morgan con Violet me produjo una felicidad difícil de explicar. Había intuido que se adorarían en cuanto se conocieran, pero la realidad había superado todas mis expectativas.

Se reían tanto y tan fuerte, que a mi hermana llegó a salírsele el batido de chocolate por la nariz.

—¡Una servilleta! —exclamó, llevándose la mano a la cara.

Le pasé tres trozos de papel mientras Morgan se sacaba las pajitas de la boca. Se humedeció los labios y me miró con arrepentimiento.

—Lo siento.

—Yo no —le indiqué con una sonrisa de oreja a oreja—. Y diría que ella tampoco.

La pequeñaja asintió, todavía limpiándose los restos de la barbilla.

—Nunca había visto una imitación de un mamut tan buena.

Morgan hizo una ligera reverencia y se apoyó en el respaldo tapizado de rojo.

—¿Qué puedo decir? Tengo talentos ocultos.

Intercambiamos una mirada intensa durante un instante. Si no hubiera estado mi hermana delante en aquel momento, le habría pedido que me los enseñara todos.

—Aún no te he oído cantar —comentó Violet, entonces.

—¿No deberíamos dejar algún misterio para la segunda cita, señorita?

Los ojos de mi hermana se abrieron, esperanzados.

—¿Vamos a volver a vernos?

—¿No te apetece?

—¡Claro que sí! —Metió la mano en el bolsillo delantero de su mochila naranja y sacó una pulsera de pequeñas bolas de colores, igual a la que yo llevaba de color azul—. Toma.

Morgan me miró, sorprendida, antes de aceptarla. Tenía letras en

tres de las bolas.

—¿BFF? —pregunté.

Violet puso los ojos en blanco.

—*Best friends forever*, tonto.

Fruncí el ceño.

—¿Tú sabías lo que significa? —le pregunté a Morgan.

—Claro que sí. —Se inclinó para susurrarme—. Estás fuera de onda, hermano mayor.

Su aliento me hizo cosquillas en la piel, y ese olor a vainilla…

—¿Te gusta? —quiso saber Violet—. Era para mi amiga Jenny, pero prefiero dártela a ti.

Las bolitas se separaron entre ellas cuando la goma que las sujetaba se estiró alrededor de la muñeca de Morgan. Se notaba que la pulsera estaba hecha para una niña de seis años, pero ella no se quejó.

—Es preciosa, Violet. Muchas gracias. —La chica acarició las bolas de plástico y entonces, se llevó la mano a su otra muñeca. Con un par de dedos, abrió el cierre de una pulsera plateada, de la que colgaba una mariposa azul—. No es tan guay como la tuya, pero…

La mirada de mi hermana fue de adoración absoluta.

—¿Es para mí?

—Claro, para mi nueva mejor amiga. Así no olvidarás nunca que, aunque no las veas, tienes alas para volar muy alto.

Mi hermana se lanzó a abrazarla con toda la fuerza de sus bracitos. Joder, me dolían las mejillas de tanto sonreír.

—Bueno, *best friends forever*…, ahora sí tenemos que irnos. Mamá se va a cabrear.

Violet deshizo el abrazo y me bufó.

—Como si te importara.

Morgan se rio por lo bajo. Yo miré a mi hermana con los ojos entrecerrados.

—No quiero que se enfade contigo, listilla. Coge la mochila y levanta el culo de una vez.

Volvimos al coche y, durante el camino hasta casa de mis padres, Violet nos obligó a aprendernos el estribillo de una canción que Jenny y ella se habían inventado.

—Ya veo que el talento para la música es cosa de familia.

—Jason cantaba fatal —comentó mi hermana, como si nada.

Un silencio repentino se apoderó del coche. Carraspeé.

—Lo suyo era la cocina.

—Es verdad, echo de menos sus *brownies*.

A través del espejo retrovisor, la vi mirar por la ventana con la nostalgia empañándole los ojos. Estaba claro que echaba de menos mucho más que los postres de nuestro hermano mayor, pero no dije nada.

—¿Con helado de vainilla? —preguntó Morgan de pronto.

Le sonreí, agradecido porque tratara de suavizar el momento.

—Siempre —coincidió Violet, más animada—. ¿También es tu favorito?

—Para el *brownie* sí, pero tengo otro que me gusta más solo.

—¿Cuál?

—No lo adivinarías nunca.

Ponerle un reto a mi hermana era mala idea. Cuando aparcamos delante de la casa, me dolía la cabeza de la cantidad de helados que había nombrado por minuto.

—Por favor, díselo ya —rogué.

—De menta. Mi favorito es el de menta.

Violet arrugó la nariz.

—¿En serio?

Morgan se rio.

—Te he dicho que no lo adivinarías.

—Eres rara, pero me gustas.

—Vaya, gracias.

Esta cría no tenía filtros. Bajé del coche y le abrí la puerta para que saliera. Rodeó el vehículo y se asomó por la ventana del copiloto.

—Cuando sea mayor, podemos montar un grupo de chicas, Morgan.

—The last flame debería tener cuidado con la competencia.

La cría se echó a reír.

—Que se preparen.

Morgan sacó medio cuerpo por la ventanilla cuando la pequeña se

colgó de su cuello para abrazarla. Me habría gustado sacar una foto de este momento para enmarcarla.

—Gracias por la pulsera, Violet.

Mi hermana levantó el brazo y la mariposa de la suya tintineó.

—Gracias por las alas.

Sonreí. ¿Una foto? Lo que quería era un vídeo de todo esto.

La cogí de la mano y nos alejamos del coche. Con cada paso que daba en dirección a la casa, sentía que el buen humor me abandonaba.

—No la cagues —dijo mi hermana de repente.

Giré el cuello para mirarla.

—¿Con qué?

—Con ella. Tú eres mi hermano, River, pero ella es mi nueva mejor amiga. No me obligues a elegir.

Abrí la boca, fingiendo estar ofendido.

—¿Me estás diciendo que te pondrías de su parte?

Se encogió de hombros.

—Puede ser.

Se me escapó una carcajada.

—No te culpo, Morgan es…

—Perfecta para ti —terminó ella—. Así que eso, no la cagues.

—Vale, vale, no lo haré.

Incluso ahora, no puedo evitar poner los ojos en blanco al pensar en esa frase. Cagarla es lo único que he hecho.

Mi madre abrió la puerta y, milagrosamente, no se puso hecha una fiera por llegar una hora tarde. Echó un vistazo por encima de mi hombro cuando Violet le habló de Morgan y se limitó a decirle que entrara en casa.

Si hubiéramos sido una familia normal, le habría presentado a Morgan y, probablemente, mi madre la habría invitado a entrar. Pero eso era demasiado pedir.

Me agaché para abrazar a mi hermana y me despedí de mi madre con un asentimiento de cabeza. La pequeña aún levantó la mano para saludar a Morgan, que hizo lo mismo.

Cuando me subí al coche de nuevo, expulsé el aire por la boca. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había estado conteniendo.

—¿Estás bien?

Miré a la preciosa chica que tenía al lado y alcancé su mano.

—Muy bien. —Mis dedos encontraron un trocito de plástico en su muñeca, así que bajé la vista—. Ya te la puedes quitar. Te va a cortar la circulación.

Morgan se fijó en la pulsera.

—¿Estás de broma? No me la voy a quitar hasta que me vaya a dormir.

Sonreí.

—Gracias por lo de esta tarde. Sé que te prometí que estaríamos solos, pero…

—Me alegro mucho de haber podido conocer a Violet, de verdad. Tu hermana es un encanto.

—Ha salido a mí.

—Anda, no te lo tengas tan creído. No le llegas ni a la suela de los zapatos a esa niña.

Arranqué el coche.

—Ya veo que voy a tener que esforzarme mucho esta noche.

***

El atardecer nos encontró paseando por el muelle de Santa Mónica. Una gama de colores cálidos se reflejaba en la superficie calmada del mar y en la piel de Morgan, que parecía brillar. Sus ojos se veían algo más claros con la luz y me recordaban al chocolate fundido, salpicados por algunas motas doradas.

Envidié los dedos invisibles del viento por poder acariciar su larga melena.

—Háblame de esa audición —le pedí—. ¿Cuándo la tienes?

El paseo estaba algo menos lleno que el fin de semana, por lo que podíamos movernos sin dificultad. Dejamos atrás la noria y el resto de las atracciones, y continuamos andando hasta el final del muelle.

—En dos días.

Abrí mucho los ojos.

—Eso es ya. —Tragué saliva—. ¿Crees que podría ir?

—¿En serio?

Su sorpresa me dolió.

—Pues claro. Me encantaría estar ahí para verte brillar.

Esa sonrisa… ¿Cuánto hacía que no esbozaba esa sonrisa?

—Te diré la hora en cuanto la tenga.

Nos quedamos callados un momento, de cara al agua. Unas líneas rosas y naranjas cruzaban el lienzo azul que era el cielo. Por el rabillo del ojo, la vi acariciar la púa que le colgaba del cuello.

Una púa que yo conocía muy bien.

—Bueno, ¿qué me he perdido? Pantalones, una canción nueva… Empieza a hablar.

—River, no tienes que hacer esto.

—Quiero saber en qué has estado metida, mientras yo te echaba de menos.

Negó con la cabeza, como si no me creyera. Sé que después de cómo me había comportado, era lógico que pensara así, pero la había echado de menos, más de lo que yo mismo podía entender.

—Tampoco ha sido para tanto.

—¿Estás de coña? Se están vendiendo pantalones tuyos.

—No sé si se están vendiendo.

—¿Tienes alguno para chico?

Enarcó una ceja.

—¿Ahora quieres que diseñe tu ropa?

—Las chaquetas fueron un éxito. Todavía nos las ponemos.

—¿Os las ponéis?

—Otra vez ese tono de sorpresa. ¿Cuándo vas a aceptar que tienes un talento increíble? Todos parecemos darnos cuenta menos tú.

De repente, se cruzó de brazos y frunció el ceño, de cara al mar.

—No necesito que me hagas la pelota, River. Ya no estoy enfadada contigo.

No estaba enfadada, pero y ¿decepcionada? Eso era peor. Una decepción no desaparece tan rápido como un cabreo. Una decepción deja una huella que cuesta mucho borrar.

—No te estoy haciendo la pelota. Mírame a los ojos, por favor —le

rogué, tomándola del brazo. Cuando lo hizo, tragué saliva—. Quiero… No, necesito que me creas cuando te digo que eres maravillosa. Puede que estos últimos meses no haya estado a la altura que merece nuestra amistad, pero te juro que todo lo que digo es porque lo siento de verdad.

Unos segundos agónicos mientras esperaba una reacción por su parte, que llegó en forma de media sonrisa. Suspiré de puro alivio.

—Sigues siendo tan intenso como recordaba.

—Pero te encanta que lo sea. —Le guiñé un ojo. Ella se rio y sacudió la cabeza—. Y ahora, ¿qué tal si me hablas de esa nueva canción?

Al principio le costó un poco, pero al cabo de un par de minutos, era como si el tiempo y la distancia nunca nos hubieran separado. Como si fuéramos de nuevo Morgan y River, dos amigos que podían hablar de cualquier cosa.

Me contó que había estado pensando mucho en su padre, en por qué la había abandonado antes de nacer, en cómo era posible que diecisiete años más tarde, siguiera sin dar señales de vida… En toda la rabia, las dudas e incluso la culpa.

Dejé que se desahogara y compartiera sus sentimientos conmigo, y lo tomé como un regalo, porque Morgan no entregaba su confianza a la ligera y me sentía afortunado por estar recuperándola.

—Lo siento, te estoy aburriendo.

Nos habíamos sentado en la madera del muelle, con los pies colgando sobre el agua.

—Tú nunca podrías aburrirme, Ocean —aseguré—. Y soy yo el que lo siente.

—¿Por qué?

—Por no haberte dado el tiempo y el espacio que te merecías estos meses. Por haberme perdido todo esto.

—Estabas muy ocupado. No pasa nada.

—Sí que pasa —insistí, más serio de lo que había estado en mucho tiempo—. Era importante. Tú eres importante.

Nuestras miradas se colgaron la una de la otra, como si un hilo invisible las uniera. Nos rodeaba el murmullo de la gente, las atracciones y las olas meciéndose hasta la orilla. Me di cuenta de

que Morgan parecía tener frío y la envolví con un brazo. La suavidad de su pelo sobre mi barbilla y el olor a vainilla me obligaron a cerrar los ojos un momento.

—Sigues estando presente cuando pienso en mis sueños, Morgan. —La abracé con más fuerza—. Pero yo también quiero estarlo en los tuyos.

Capítulo 32

MORGAN

Me estaba haciendo ilusiones.

Es lo que River conseguía siempre que hablaba. Te hacía sentir especial, que te valoraba, que le importaba cada detalle de tu vida. Siempre fue bueno con las palabras y yo siempre fui buena creyéndomelas.

Aquella noche volví a sentir que recuperaba a mi amigo, que los meses que nos habían distanciado no solo física, sino emocionalmente, quedaban atrás.

Llegamos al autocine con tiempo.

Esperé dentro del coche mientras él iba a por unos refrescos, sin poder dejar de sonreír. Le había dado a Violet mi mariposa de la suerte, pero notaba el aleteo vibrante de cientos de ellas en la boca de mi estómago.

—Tu jarabe —me dijo al volver.

—No es ningún jarabe —me defendí—. No puedes juzgar si no lo pruebas.

Miró, reticente, la pajita que le ofrecía. Cuando dio un sorbo, siseó.

—Se me van a caer los dientes de tanto azúcar.

—Qué exagerado eres. —Di un sorbo de refresco de cereza y me humedecí los labios—. Delicioso.

Él negó con la cabeza y bebió de su Pepsi. No quedaba ni un hueco libre a nuestro alrededor cuando apagaron las luces. La pantalla se iluminó, pero la película todavía tardó un poco en empezar.

—Entonces…, ¿Freddy te lo ha contado todo? —pregunté. Era un tema que apenas habíamos tocado.

Se giró para mirarme.

—Y siento que no lo haya hecho antes. —Suspiró, resignado—. Al

parecer, no dejo de fallar a mis amigos.

—No digas eso. —Toqué su hombro para consolarlo—. Necesitaba tiempo para encontrar el momento idóneo.

—Pero tú hace meses que lo sabes. —Sonaba un poco dolido, pero no conmigo o con Freddy. Más bien, parecía reprochárselo a sí mismo.

—Porque se lo pregunté directamente. —Me encogí de hombros para quitarle importancia—. Intuición.

—No puedo competir con eso.

—¿Cole lo sabe?

—Llegó cuando me lo estaba contando a mí y se lo dijo.

Abrí mucho los ojos.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Que le gustaban los tíos.

—¿Y ya está?

River enarcó una ceja.

—¿Tenía que decirle algo más?

Bajé la vista a la pajita y jugué con ella.

—No, no.

—Morgan —volví a mirarlo—, sé que le gusta Cole.

—¿Te lo ha dicho?

—O sea, que es cierto.

Abrí la boca y lo señalé, indignada.

—¿Me has hecho creer que te lo había contado para que traicionara a un amigo y te lo confirmara?

Alzó las manos.

—Te juro que no. En realidad, no me lo dijo con palabras, pero fue tan evidente que… En fin, sus ojos me lo gritaron. Estaba seguro en un 90 %.

Me apoyé en el respaldo con un suspiro.

—No sé si se lo confesará a él algún día.

—Supongo que es su decisión. Nosotros solo podemos…

—… estar ahí cuando nos necesite —terminé por él, que asintió.

Se giró al frente cuando comenzaron los tráileres, sin ser consciente de que había una pregunta martilleándome el cerebro. No iba a poder concentrarme en la película si no la dejaba salir.

—River…

—¿Hum?

—¿Por qué te molestó tanto pensar que entre Freddy y yo podría haber algo?

Su nuez subió y bajó al tragar saliva.

—Ya te lo he dicho. Creía que me ocultabais algo, que confiabas más en él que en mí, como amigo, y…

—Como amigo —repetí. Él se limitó a asentir—. Cole y Lisa también son tus amigos y no te veo cabreado cuando los ves juntos.

—Es diferente.

—¿Por qué?

Necesitaba las cartas sobre la mesa. Quería sinceridad y, si la obtenía, también le daría la mía.

—¿De verdad necesitas que te lo diga? —Su voz sonó ronca. Mi corazón se aceleró cuando sus ojos me lanzaron una mirada intensa.

—Sí, vamos a hablar claro de una vez.

—Estaba celoso de Freddy.

—¿Como amigo?

Ni siquiera parpadeó cuando respondió a continuación.

—No solo como amigo. —Su cuerpo se movió unos centímetros para acercarse a mí—. ¿Por qué estabas tú celosa de Amanda?

—Yo no…

—Hemos dicho que íbamos a hablar claro, Ocean.

Me pasé la melena por un hombro para ganar tiempo. Vale, se acabó.

—Porque era yo la que quería besarte esa noche.

Su mano encontró mi mejilla en apenas dos segundos. Creo que dejé de respirar por un momento.

—Yo también quería.

Aquello no podía ser real. No podíamos estar diciéndonos todo eso a la cara.

—¿Y por qué… no lo hiciste? ¿Por qué te levantaste y te fuiste?

Aún me dolía pensar en ese momento. La humillación me ardía en el pecho.

—Porque no deseaba que nuestro primer beso fuera por un juego estúpido. Mucho menos, con alcohol en la sangre. No quería que te

arrepintieras más tarde.

Me costó unos segundos procesar esa información, que cambiaba por completo las cosas. Ahora tenía incluso más ganas de besarlo.

—Hablas de nuestro primer beso como si siempre hubieras sabido que ocurriría.

Una sonrisa tímida le moldeó los labios. ¿Desde cuándo River Hayes sentía vergüenza? Él era siempre todo seguridad y confianza en sí mismo.

—No lo sabía, pero lo esperaba.

Se pasó la mano por el pelo oscuro, que ahora le llegaba hasta la base del cuello, y sentí un deseo casi irrefrenable de acariciarlo. Se inclinó hacia mí, despacio, como si me tanteara. Mis ojos volaron hasta sus labios entreabiertos y, como consecuencia, abrí también los míos. Sentía las cosquillas en el estómago que anticipaban el beso.

Porque iba a besarme, ¿verdad?

River iba a besarme.

Y, de repente, ese pensamiento fue demasiado para mí. ¿Y si no le gustaba? Él tenía mucha más experiencia que yo, ¿y si se daba cuenta de que yo no sabía muy bien lo que hacía? ¿Y si besarme no era lo que esperaba? ¿Y si…?

Empecé a agobiarme mucho. A respirar con dificultad.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, deteniendo su avance.

—Tengo un poco de calor.

—Espera, vamos a abrir las ventanillas. —Lo hicimos, pero el aire fresco apenas me alivió—. ¿Mejor?

Asentí, incapaz de responder. Había fastidiado el momento del beso por mis inseguridades.

«Mira que eres estúpida, Morgan».

—Lo siento, yo…

La mano de River se posó sobre la mía.

—No tienes nada que sentir. —Por la radio del coche comenzó a sonar una música—. Mira, ya empieza la peli.

Se colocó en su asiento, de cara a la pantalla iluminada, pero no me soltó la mano.

Comencé a tranquilizarme al ver que no parecía molesto, que

simplemente había entendido que yo necesitaba espacio. O tiempo. O las dos cosas.

Apenas pude concentrarme mientras Bruce Willis y su equipo trataban de agujerear un meteorito para salvar la Tierra, pero cuando Liv Tyler y Ben Affleck tuvieron uno de sus momentos románticos, tomé una decisión.

¿Y si caía un meteorito sin que yo hubiera besado a River? No podía morir sin saber a qué sabían sus labios.

Me atreví a mover el pulgar por el dorso de su mano.

—River…

Giró el cuello y me miró.

—¿Te está gustando?

Sí. No. Yo qué sé. ¿A quién le importaba? Para *armaggedon* el que tenía yo en el pecho en aquel momento.

—Te lo diré cuando la vea una segunda vez.

Frunció el ceño.

—¿Qué?

«Allá vamos. Cuesta abajo y sin frenos».

—Que no me estoy enterando de casi nada porque solo puedo pensar en besarte.

Parpadeó varias veces, como si necesitara procesar esas palabras.

Y, sin pensarlo ni una vez más, apoyé una mano en mi asiento y me di impulso para llegar a sus labios. O al borde de ellos, porque, cuando apenas nos separaban un par de centímetros, me detuve para mirarlo a los ojos, esperando una respuesta.

—¿Estás segura? —susurró.

El corazón me latía en los oídos.

—¿Estás seguro tú?

Respondió pegando su boca a la mía. Gruñó cuando nuestras lenguas se encontraron, mientras sus manos se perdían entre mi pelo y yo sentía un estallido en el centro del pecho.

River sabía a una felicidad abrumadora que era difícil de aceptar. Sus dedos me acariciaron el cuello, la espalda y se aferraron a la cintura, antes de volver a subir hasta mis mejillas. Se separó un segundo para mirarme a los ojos. Los suyos se veían oscurecidos porque las pupilas casi habían devorado los iris.

—No sabes las veces que he imaginado este momento.

Tragué saliva.

—¿Ha sido como esperabas?

Sonrió contra mi boca, con su frente pegada a la mía.

—¿Estás de coña? —Volvió a darme un beso lento y húmedo—. Ha sido mucho más, Ocean. Tú siempre eres más.

Las mariposas explotaron y se convirtieron en fuegos artificiales.

Capítulo 33

RIVER

Besar a Morgan fue como besar por primera vez. Como si, hasta ese momento, no hubiera sentido lo que se suponía que tenía que sentir al juntar mis labios con los de otra persona.

Sabía a cereza y olía a vainilla, y el tacto suave de su piel bajo la yema de mis dedos era demasiado increíble para ser verdad.

No me enteré de casi nada de la película. Hoy en día, sigo sin saber exactamente cómo terminó, porque nunca he sido capaz de verla. Me recuerda demasiado a ella.

Pero aquella noche, lo verdaderamente interesante estaba pasando dentro del Ford Taurus del padre de Freddy. Nos probamos despacio, hablamos y reímos.

Estaba en una puta nube.

Al terminar la película, decidimos ir a cenar a un lugar que los dos conocíamos bien. Allí donde habíamos compartido tantas horas escribiendo, componiendo, tocando nuestros instrumentos y encajando nuestras voces.

El garaje de Freddy estaba oscuro.

Apenas encendimos una lamparita junto al sofá y dejamos la caja de *pizza* sobre la mesa de plástico, en la que había escrito más de la mitad de nuestras canciones. Me quedé absorto en la forma en que Morgan comenzó a acariciar el mástil de mi guitarra, que estaba en su viejo sitio, hasta alcanzar las clavijas. Levantó la mirada despacio y sonrió.

—¿Me tocas algo?

Enarqué la ceja.

—Qué directa.

Se mordió el labio para ocultar la sonrisa.

—Hablaba de música, pervertido.

Me acerqué a ella y atrapé su mano.

—¿Por qué no me enseñas esa nueva canción?

—No está terminada.

—Podría ayudarte, si quieres.

Cuando cogió mi guitarra y la enchufó, me pareció más sexi que nunca. Tocó unos acordes y me la devolvió.

—¿Puedes…?

Asentí y coloqué los dedos en posición. Se sentó frente al teclado y comenzó a tocar. Yo repetí la secuencia que me había enseñado, mientras ella comenzaba a cantar.

No sé en qué momento dejé de tocar. Tal vez cuando Morgan cerró los ojos, justo en el segundo en que su voz se rasgó. Escucharla era hermoso y triste a la vez, como si no fuera posible desenredar las dos emociones del fondo de mi pecho.

—Ocean, eso ha sido…

—Sí, ya lo sé, se me ha ido la voz al final. Tengo que mejorar esa parte.

—No. —Negué con la cabeza—. Hazlo exactamente así. Como si te estuvieras…

—¿Rompiendo por dentro?

—Exacto.

Durante los próximos minutos, continuamos dando forma a esa canción que tendría que abrirle las puertas de sus sueños. Perdimos la noción del tiempo, mientras pulíamos la letra y perfeccionábamos la melodía.

Al terminar, nos sentamos en el viejo sofá.

—Echaba de menos esto —confesó.

—Yo también.

Busqué su mano y entrelacé mis dedos con los de ella. Posó sus ojos justo en ese punto.

—Se nos ha enfriado la *pizza*.

—Eso nunca nos ha importado.

—¿Era en esto en lo que pensabas cuando me has invitado a salir esta tarde?

—¿Te refieres a lo de comer *pizza* fría y componer contigo?

—Me refiero a todo.

Sabía de qué estaba hablando.

—Te mentiría si dijera que no esperaba tener la oportunidad de hacer esto. —Me incliné y busqué sus labios despacio—. Pero no era el propósito principal.

—¿Ah, no? —Se movió hasta colocarse encima de mí—. ¿Y cuál era?

Esa posición no iba nada bien para mi autocontrol. Subí mis manos por sus muslos despacio, dándole tiempo para detenerme si así lo deseaba.

—Se me ha olvidado —mascullé, cerrando los ojos al sentir la punta de su lengua en mi labio inferior. Su risa me hizo abrirlos de nuevo—. Estás jugando sucio, Ocean.

—Solo te he hecho una pregunta.

Esos ojos oscuros engulléndome desde ahí arriba, mientras sus dedos acariciaban las líneas de mi tatuaje despacio. Sus mechones de pelo cayendo en cascada sobre mí. Busqué la piel de su espalda que quedaba a la vista.

¡Qué guapa era, joder!

—Estar contigo —susurré contra su boca—. Lo único que quería era estar contigo.

Entreabrió los labios para besarme, y yo la recibí con las mismas ganas con las que alguien recibiría el agua en mitad del desierto.

Nuestras lenguas se enredaron en un baile descontrolado. Bajé las manos hasta sus nalgas y ella se apretó contra mí. Se me escapó un gruñido en el momento en que rozó una zona muy concreta, y una descarga eléctrica me recorrió de la cabeza a los pies, cuando se separó unos centímetros para mirarme con una sonrisa preciosa.

Me deleité en el roce de sus dedos en mi nuca, en la caricia con la que los míos obsequiaron su mejilla. Esos labios hinchados entreabiertos. Esa forma de mirarme.

La atraje para besarla otra vez, y las llamas que habían comenzado a prender, con el roce de nuestros labios, se extendieron rápidamente, más allá de nuestras bocas. Nos ardía la piel, nos ardían las ganas. Ardía el maldito sofá bajo nuestro peso.

Morgan coló sus manos por debajo de mi camiseta y me acarició el abdomen. Yo bajé una de las mangas de su blusa y apoyé la boca en su hombro. Fui dejando besos hasta su cuello y, de nuevo,

busqué sus labios.

Nos fuimos quitando la ropa despacio. En apenas unos segundos, estábamos desnudos de cintura para arriba, a excepción de su sujetador blanco. Tragué saliva cuando vi que echaba los brazos hacia atrás, buscando el cierre.

Acuné sus pechos cuando quedaron expuestos. Acaricié la curva que dibujaban y apoyé la frente en su esternón. Necesitaba respirar hondo y reunir las últimas gotas de autocontrol.

—Ocean, no quiero que te sientas presionada para hacer nada.

Pellizcó mi barbilla con dos dedos y me obligó a mirarla.

—¿Te parece que me siento presionada?

—No, pero…

—Entonces, sigue besándome.

La busqué con más ansia que antes. Me moví para tumbarla en el sofá y saboreé su boca, cada rincón de su cuerpo que fue quedando libre de ropa. Una sonrisa tímida se dibujó en sus labios cuando comenzó a bajarse los pantalones.

—Eres preciosa —murmuré contra su cuello.

Gimió cuando mi lengua subió hasta el lóbulo de su oreja, mientras mi mano derecha bajaba por la línea de su ombligo. La acaricié por encima de la ropa interior y le arranqué un gemido que estuvo a punto de volverme loco.

Nuestros labios seguían devorándose. Sus manos buscaron la cintura de mis vaqueros, temblorosas. Decidí ponérselo fácil y quitármelos yo mismo. Me coloqué sobre ella despacio para no hacerle daño.

—No voy a romperme —susurró contra mi boca—. ¿Tienes…?

Apoyé los codos a ambos lados de su cabeza y la miré para asegurarme de que quería seguir por ese camino.

—No tenemos por qué pasar de aquí.

—Ya lo sé, pero quiero. —Me acarició el pelo con dulzura, pero su mano fue bajando hasta rozar mi erección y arrancarme un gemido —. Si tú quieres, claro.

Mi respuesta fue lanzarme de nuevo a la caza de su boca. Pegarme a su cuerpo cálido y, finalmente, obligarme a apartarme para coger un preservativo. Suerte que Cole se había empeñado en

darme uno para esta noche. «Por si triunfas», me había dicho. Y yo lo había cogido más para que se callara que porque realmente pensara que iba a necesitarlo.

Me puse el preservativo bajo su atenta mirada.

Por poco no acabo rompiéndolo por los nervios y la anticipación. Tragué saliva al verla ahí tumbada, tan dispuesta a recibirme. Colé un par de dedos por el elástico de sus bragas y se las bajé despacio, recreándome en cada centímetro de piel que rozaba en el descenso.

Era como observar el cuadro de una diosa. Su larga melena revuelta, sus mejillas encendidas; los ojos oscuros, invitándome a seguir. Se aferró a mis brazos, mientras yo aguantaba la respiración y me hundía en ella despacio.

Se mordió el labio cuando avancé un poco más.

—¿Estás bien?

Me miró, y sus manos bajaron por mi espalda, empujándome un poco más hacia ella.

—No pares —me rogó con un jadeo.

Se me cerraron los ojos cuando llegué al final. Salí y volví a entrar, con delicadeza, siempre preocupado por no lastimarla. Poco a poco, fui aumentando el ritmo, dejándome llevar por sus propios movimientos, que me decían que estaba bien.

—Ocean… —murmuré contra su cuello—, no me puedo creer que esto esté pasando de verdad.

Buscó mis labios y me besó con ganas, mientras seguía moviéndome encima de ella.

—Si se te ocurre escribir una canción sobre este momento, te mato.

Me reí contra su boca.

—Usaré muchas metáforas, tranquila.

—Calla y no dejes de besarme.

Aquella chica era tan jodidamente increíble que, a día de hoy, aún se me acelera el pulso pensar en esa noche.

Capítulo 34

MORGAN

Miré por encima del hombro una última vez. Quise grabarme a fuego esa imagen en aquel momento y lamento decir que lo conseguí.

Ojalá no recordar esa sonrisa torcida, esos ojos brillantes, el pelo oscuro alborotado y los labios hinchados por los besos de despedida. Ojalá no recordar el olor de su piel.

—Buenas noches, River.

—Buenas noches, Ocean.

Avancé hacia la casa, mordiéndome una sonrisa. La llave dentro de la cerradura y una última mirada, antes de verlo alejarse por la calle oscura.

Me quité las zapatillas y entré despacio, procurando no hacer ruido, para evitar despertar a mi madre. El salón estaba en penumbra, así que supuse que estaría durmiendo en su habitación.

Pero la luz del pasillo se encendió de golpe y yo me llevé la mano al pecho. Mi madre se había envuelto en su batín rosa y tenía los brazos cruzados.

—Joder, mamá, qué susto me has dado.

—¿Tienes idea de la hora que es?

—Pues…

—¿De dónde narices vienes? —Se acercó hasta quedar a pocos centímetros de distancia para escudriñarme. Sus ojos se convirtieron en dos finas rendijas antes de señalarme—. ¿Eso es un chupetón?

Me llevé la mano al cuello.

—Mierda.

—Sí, mierda. —Me miró de arriba abajo, como si no fuera más que una mocosa irresponsable—. ¿Ese chico lleva aquí dos días y tú ya has dejado que se meta entre tus piernas?

El rubor me subió por el cuello y me encendió la cara.

—Eso no es lo que ha pasado.

—Después de cuatro meses pasando de ti…

—River no ha pasado de mí —lo defendí—. Solo ha estado ocupado.

El recuerdo de las últimas cartas, a las que no me había respondido, me asaltó sin previo aviso. No había querido preguntarle a él sobre ese tema, para que no pensara que volvía a tirarle cosas en cara. O tal vez… porque me daba miedo su respuesta.

—Ocupado, tirándose a todo lo que se le pusiera por delante. ¿Es que no te das cuenta? Se está aprovechando de ti. Te usó, hasta que le surgió la oportunidad de largarse, y ahora vuelve a hacer lo mismo.

La bilis me subió hasta la garganta.

—No tienes ni idea de lo que hablas —mascullé—. Tú no lo conoces.

—No me hace falta conocerlo, Morgan. Los hombres son todos iguales. —Arrugó la nariz, como si todo aquello le repugnara—. Utilizan palabras bonitas y promesas de amor, hasta que consiguen lo que quieren.

El corazón me palpitaba con furia. Apreté los puños y me clavé las uñas en las palmas con fuerza. Me sentía juzgada y humillada por mi propia madre. El blanco de todas sus puñeteras frustraciones.

—Solo porque a ti te preñara un desgraciado que te abandonó en cuanto las cosas se complicaron…

Me cruzó la cara tan deprisa, que apenas tuve tiempo de parpadear.

—No eres más que una zorra ingenua que no se respeta a sí misma —escupió.

Me llevé la mano a la cara, que me palpitaba y ardía. Los hombros me subían y bajaban con violencia, los ojos se me humedecieron por las lágrimas. Solo sentía rabia y vergüenza.

Quise gritarle, decirle lo patética y cruel que me parecía, pero sabía que sería incapaz de abrir la boca sin echarme a llorar, y no quería derrumbarme frente a ella.

Subí las escaleras a toda prisa y me encerré en mi habitación de un portazo, que hizo temblar las paredes.

Nunca he perdonado a mi madre por haber empañado el recuerdo

de mi primera vez.

Y nunca he perdonado a River por demostrar que mi madre tenía razón.

Capítulo 35

RIVER

Comencé a componer en cuanto dejé a Morgan en su casa, en el trayecto de vuelta. Tarareaba pedazos de lo que podría ser una canción o simplemente un pensamiento en voz alta. Pero así es como siempre he dejado salir lo que siento, la forma en que mejor he llegado a entenderme.

No me quité la sonrisa tonta en un buen rato. Las imágenes me asaltaban en oleadas, que me provocaron ganas de dar la vuelta para ir a buscarla.

De verdad que no había esperado llegar tan lejos. Todavía tenía su olor pegado a mi piel. Su sabor en mi boca. Si cerraba los ojos, volvía a ver su preciosa sonrisa.

Aunque tenía claro que Morgan me gustaba, por aquel entonces no supe poner nombre a lo que sentía. Por eso, cuando mis amigos me encontraron en el garaje, con la nariz pegada a la mesa, no fui capaz de responder a todas sus preguntas.

—¿Se puede saber qué haces aquí solo? —preguntó Cole. Se fijó en el cuaderno que tenía entre las manos—. ¡Y escribiendo! ¿Morgan te ha mandado a la mierda por ser un coñazo?

—La he llevado a su casa hace un rato —respondí, sin levantar la cabeza. Terminé de apuntar la última frase y lo miré—. ¿Qué haces tú aquí? Creía que estarías con Lisa.

—Lisa está en el lavabo; queríamos venir a saludar de camino a mi casa.

—O meter las narices en vuestra cita —tradujo Freddy. Llevaba un chándal, porque venía de su habitación—. Como prefieras llamarlo.

Cole se encogió de hombros.

—Eso también. —Se miró el reloj—. No son ni las doce, ¿tan mal ha ido?

Bajé la vista.

—Ha ido bien —me limité a decir—. Muy bien, de hecho.

Freddy me sostuvo la mirada un segundo con la ceja enarcada.

—¿Habéis…?

No pude contener la sonrisa.

—¡Habéis follado! —soltó Cole, sin cortarse un pelo—. ¿Y no ibas a necesitar el condón, eh?

Me rasqué la nuca.

—Ya… Gracias por eso.

—No, gracias no. Ya nos estás contando todo.

—No te voy a contar una mierda.

Cole se sentó en el sofá.

—Hueles a sexo, cabrón. ¿De verdad no nos vas a dar ni un detalle? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Me apoyé en el respaldo y levanté los brazos para cruzar las manos tras la nuca.

—Puedo decirte dónde. —Señalé con la cabeza el sofá.

Abrió los ojos al comprender y se levantó de un salto.

—Qué asco, colega.

—¿No querías saber los detalles?

—Quería imaginármelos, no sentarme donde acabas de correrte.

Freddy se pellizcó el puente de la nariz.

—Es que te cargas toda la magia.

—Deja la magia para los magos. Estamos hablando de sexo, Fred.

El aludido puso los ojos en blanco y se sentó frente a mí.

—¿Y ahora qué? ¿Estáis juntos?

Bajé la mirada y jugué con el lápiz.

—No hemos hablado de eso.

Éramos amigos, pero no estaba seguro de en qué nos convertiría haber pasado la noche juntos.

—Venga ya, River.

—Hablo en serio. No hemos concretado la situación. Nos hemos dejado llevar por el momento, y ya está.

Mi amigo bufó.

—Y ya está.

Cole le puso una mano en el hombro.

—No sé cómo será con los tíos, pero acostarte con una tía no la

convierte en tu novia.

El batería le lanzó una mirada de odio.

—Con los tíos es igual, imbécil —le recriminó—. Y no es una tía, estamos hablando de Morgan. La misma Morgan por la que ha estado obsesionado estos últimos meses.

Fruncí el ceño.

—Obsesionado no es la palabra que yo utilizaría.

—Pero yo sí —insistió—. ¿Ya has olvidado lo insoportable que estabas cuando no recibiste más cartas?

No había querido pensar en eso más de la cuenta. Si Morgan no le había dado importancia al reencontrarnos, yo tampoco quería dársela.

—Bueno, vale. —Me crucé de brazos, a la defensiva—. Es evidente que me gusta. ¿Cuál es el punto de esta charla exactamente?

—El punto es que vamos a volver a la carretera en unos días y vais a separaros otra vez.

Tragué saliva. ¿Creía que no había pensado en eso sin parar?

—Ya superamos la distancia una vez.

—Unos meses, ahora que estamos empezando. —Su gesto se volvió compasivo—. Esto se va a ir complicando, tío.

—Freddy tiene razón —dijo Cole—. ¿De verdad quieres largarte a vivir un puto sueño con alguien esperándote aquí? Una estrella de *rock* no debería tener novia. Vas a privarte de muchas cosas.

—Os estáis adelantando —me apresuré a añadir—. Morgan y yo no hemos dicho que seamos pareja.

No estaba interesado en otras chicas, pero… ¿De verdad quería mantener una relación a distancia durante tanto tiempo? ¿No me distraería? ¿Y ella? ¿Estaría dispuesta a esperarme?

—No seas ingenuo —continuó el bajista.

—Lisa y tú no sois pareja.

—Yo no voy escribiendo canciones de amor para Lisa ni le presento a mi hermana.

—Porque no tienes hermana.

—Puedes echar balones fuera si quieres, pero tienes un problema.

Me estaba agobiando. La que había empezado como la mejor noche de mi vida, se estaba convirtiendo en algo muy distinto.

Freddy, que parecía tan preocupado como yo, me miró fijamente.

—Tienes que hablar con Morgan, River.

Me pasé una mano por la cara.

—Sí, supongo que sí. —Suspiré—. Es solo que no quiero…

—Hacerle daño, lo pillamos —me cortó Cole—. Pero ¿y si te pidiera que eligieras? ¿Y si a mitad de gira decide que no puede seguir soportando la atención que recibes de otras tías? Recuerda lo que pasó la otra noche con Amanda.

Tragué saliva.

Pensé en la decepción, la rabia y los reproches que Morgan me había estampado en la cara.

Y yo ni siquiera había prestado atención a Amanda.

Según Jim, nos convenía mostrarnos accesibles para las *fans*.

Freddy se apiadó de mí. Detuvo el baile de mis dedos nerviosos sobre el lápiz y se dirigió a Cole.

—Venga, vamos a dejarlo en paz. Ya tiene bastante encima.

—Lo siento, tío, no quería joderte el resto de la noche. —Cole se encogió de hombros—. Pero entiende que esto nos afecta a todos. Necesito saber si el vocalista de mi banda nos va a dejar tirados por una tía en el momento menos pensado.

Tensé la mandíbula. Sentí una presión estrujándome el pecho.

Por mucho que me gustara Morgan, tenía una responsabilidad. No era mi futuro el único que estaba en juego. No se trataba solo de lo que yo deseara.

—La banda es lo primero —dije al fin con la voz ronca y un peso en el estómago—. Siempre lo ha sido.

Capítulo 36

MORGAN

Apenas pude dormir esa noche. Me gustaría decir que se debió solo al recuerdo de estar entre los brazos de River, pero sería mentira. No dejé de escuchar en mi cabeza la voz de mi madre llamándome zorra, asegurándome que yo no era más que un pasatiempo para River, alguien prescindible y desechable para él.

Llegué al instituto con el estómago revuelto y los ojos acartonados de llorar.

—Joder, tía, vaya cara —dijo Lisa cuando saqué la cabeza de la taquilla y se encontró con mis ojeras—. ¿Es que no has dormido?

—Poco, la verdad.

Cerré la taquilla. Me agarró del brazo.

—Morgan, ¿qué pasa? ¿Es por River?

Rehuí la mirada de mi amiga y me mordí el labio para que no me temblara.

—No es nada.

Mi voz sonó débil y patética. Sus dedos se cerraron en torno a mi muñeca.

—Nos vamos de aquí.

—Tenemos clase de Historia.

—Me importa una mierda la Guerra Civil. —Tiró de mí y me arrastró hasta el cuarto de baño. Se aseguró de que no hubiera nadie en ninguno de los retretes y cerró la puerta. Con seguridad, todo el mundo estaría ya en clase—. Vale, empieza a hablar.

—Anoche me acosté con River.

—¿Y te arrepientes?

Fruncí el ceño.

—¿Eso es lo primero que se te ocurre preguntarme?

Sacudió la mano.

—Luego te pediré detalles, pero ahora necesito que me

respondas. ¿Estás tan hecha polvo porque te arrepientes de haberlo hecho?

Negué con la cabeza.

—Claro que no. Fue… increíble, Lisa. Estuvo atento, dulce y muy sexi. Y no solo en lo relativo al sexo, ¿sabes? Volvimos a conectar como antes.

—Eso suena bien. —Me dedicó una sonrisa amable—. ¿Entonces?

Suspiré.

—Mi madre.

Le conté mi encontronazo con ella. Compartí con ella mis dudas y el miedo que me daba sentir lo que sentía.

—Esa mujer es una… —Inspiró y expiró despacio—. Voy a callarme porque es tu madre, pero te juro que me dan ganas de decirle cuatro cosas.

—No serviría de nada. Y puedes decir lo que quieras de ella porque, además, será verdad.

Mi amiga me dio un abrazo.

—No te mereces nada de esto. Lo sabes, ¿no?

—¿Y si… tiene razón? ¿Y si River pasa de mí?

«Otra vez», estuve a punto de añadir.

Esperaba que mi amiga negara que algo así fuera a pasar, que me tranquilizara, pero la expresión que se dibujó en su rostro consiguió todo lo contrario.

—¿Por qué me miras así?

—Que conste que no estoy de acuerdo en nada de lo que te ha dicho esa bruja que tienes por madre, pero… —Levantó la cabeza y miró al techo del baño—. Anoche hablé con Cole.

—No te sigo.

—Pues que me dijo algo, y ahora no puedo, simplemente, ocultártelo.

—Suéltalo ya, que me estás poniendo de los nervios.

—Cole y Freddy le preguntaron a River por vuestra relación. Por si afectaría al futuro de los tres y… —Se detuvo un segundo y respiró hondo—. River aseguró que no erais pareja y que elegiría la banda, Morgan. Por encima de todo. ¿Entiendes lo que eso significa?

Claro que lo entendía. Y, aunque dolía que alguien me lo dijera en

voz alta, yo siempre lo había sabido.

—La música es su vida, Lisa.

—¿Y te da igual quedarte atrás?

—Ya me quedé atrás, ¿no? No es algo nuevo.

—Pero sí es algo nuevo que hayas perdido tu virginidad con él.

Estaba haciendo serios esfuerzos por no echarme a llorar.

—Ya lo sé, y sigo sin arrepentirme.

Mi amiga bufó, exasperada, y se tiró de la coleta mientras daba vueltas.

—Estás enamorada de él. —No fui capaz de abrir la boca para negarlo. Se detuvo para enfrentarme—. Lo siento, Morgan. Me cegué con que cruzarais la frontera que separaba la amistad de algo más y no me paré a pensar en lo que vendría después. No tendría que haberte presionado…

—Eh, para. —La cogí de las manos—. Tú no me has presionado, solo me has aconsejado y te has preocupado por mí. Y siento decírtelo, pero ni tú ni nadie tenéis tanta influencia sobre mí o sobre River. Si anoche pasó lo que pasó, fue porque los dos quisimos. Lo que venga después, ya se verá.

Esbozó una débil sonrisa, agradecida porque intenté que dejara de culparse.

—No digo que River quiera pasar de ti, pero va a largarse y tú te vas a quedar aquí esperando mientras él…

—Mientras él, ¿qué?

—Joder, Morgan. No me hagas decirlo.

—Estás dando por hecho demasiadas cosas y nosotros ni siquiera hemos hablado de lo que somos.

—Tienes razón, pero Cole me dijo que… Bueno… Tenían que aparentar estar disponibles para las *fans*, y, en fin, que River también se ha estado divirtiendo estos meses.

La saliva me supo amarga al tragar.

—Solo éramos amigos estos meses. —Era la verdad, pero no por eso se hacía más fácil aceptarla.

Puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas, pero el hecho es que va a tener muchas chicas a su alrededor. ¿Cómo vas a lidiar con eso mientras esperas a que te

conteste a una puñetera carta o te llame una vez a la semana?

—Yo… No lo sé, Lisa. No sé nada. —Noté un escozor conocido en los ojos—. Solo sé que hoy debería estar feliz por lo que pasó anoche y, en cambio, tengo un vacío en el centro del maldito pecho que no me deja respirar.

Vi el dolor abriéndose paso en el rostro de mi amiga antes de lanzarse a abrazarme.

—Tienes razón, lo siento. —Su voz sonó tomada, como si también se estuviera derrumbando. Entonces se separó, pero siguió sin soltarme—. Cuéntamelo todo, y no se te ocurra dejarte ni un solo detalle guarro o tendré que pedírselos a él.

Las risas terminaron mezclándose con las lágrimas y, durante un rato, decidí que ya era hora de centrarme en lo bonito de lo que acababa de pasarme.

Capítulo 37

RIVER

Jim caminaba de un lado a otro de su despacho, gesticulando sin parar. Se había quitado la americana y llevaba las mangas de la camisa remangadas.

—Necesito que le deis buena impresión, ¿me habéis oído? Jones es un genio, pero la paciencia no es una de sus virtudes. Si ve algo que no le gusta, no os dará una segunda oportunidad.

Nos había conseguido una cita con un productor cojonudo que, según él, había mostrado interés en nuestra música.

—Pues no es que él esté dando una muy buena —soltó Freddy—. ¿No tendría que estar aquí ya?

—Él llega cuando quiere y los demás esperamos lo que haga falta, ¿entendido?

Cole puso los ojos en blanco. Se agarró del tobillo, apoyado sobre su pierna.

—Espero que merezca la pena.

—La merece, hacedme caso. No tenéis ni idea de lo afortunados que sois.

No me di cuenta de que estaba moviendo la rodilla compulsivamente hasta que Freddy me puso una mano encima.

—Tío, me estás poniendo de los nervios —murmuró, mientras Jim seguía contándonos no sé qué sobre un nuevo tema que grabaríamos pronto.

—Lo siento.

Miré el reloj otra vez.

—River, ¿tienes prisa por ir a algún sitio?

Alcé la vista y me encontré con la mirada afilada de nuestro representante.

—Pues la verdad es que sí. —Se acabó, no podía esperar más. Me puse de pie—. Tengo que irme.

Sus cejas se levantaron.

—Nadie sale de este puto despacho hasta que yo lo diga.

—No voy a quedarme esperando toda la tarde a que un tío que, por cierto, no respeta el tiempo de los demás, decida hacer acto de presencia.

Dio unos pasos lentos hacia mí y clavó su mirada en la mía sin parpadear.

—¿Hay algo más importante que vuestro futuro?

Jim siempre ha sido un experto manipulador. Miré de reojo a mis amigos, incómodo.

—Yo no he dicho eso. Es solo que…

—Entonces, siéntate.

Negué con la cabeza.

—Tú no lo entiendes. Tengo un compromiso al que no puedo ni quiero faltar.

—No, el que no lo entiende eres tú. —Se atrevió a clavarme el índice en el pecho.

Tensé la mandíbula.

—Cuidado —le advertí.

No sé si fue el tono de mi voz o la expresión de mi cara, pero dio un paso atrás.

Puede que yo solo fuera un niñato en sus manos, pero si no le había permitido ni a mi padre que me hablara así, no iba a permitírselo a él.

—River, tienes que entender cómo funcionan las cosas en este mundillo. —Su tono se había suavizado—. Las personas como Jones deciden quién está arriba y quién se queda abajo. Y hay dos preguntas que debes hacerte: ¿dónde quieres estar y qué estás dispuesto a sacrificar para conseguirlo?

Era la segunda vez que me ponía en una situación parecida. Seguía culpándome por haber dejado a Morgan atrás cada día, y no podía arriesgarme a perder su confianza ahora que la había recuperado.

Apreté los puños.

—Lo entiendo, pero…

—Joder, River, creía que la banda era lo primero.

Me giré para mirar a Cole y en sus ojos solo encontré reproches. Tragué saliva y, con un esfuerzo titánico, volví a mi silla.

—¿Qué pasa? —susurró Freddy, inclinándose.

Me escurrí en mi asiento y suspiré.

—Que Morgan me va a matar.

***

Crucé la calle todo lo rápido que pude, teniendo en cuenta que llevaba un puto helado en la mano que se estaba empezando a derretir.

Esperé, impaciente, con los nervios y la culpa devorándome el estómago. La vi salir detrás de un grupo de chavales, cabizbaja.

Se le endureció el gesto en cuanto me vio.

—River, ahora no.

No se paró a hablar conmigo, así que caminé a su lado.

—Te juro que quería venir, pero teníamos una reunión importante y me ha sido imposible.

—Ajá.

Obvié su indiferencia y decidí mostrar el apoyo que merecía, y que no había podido darle aquella tarde.

—¿Cómo te ha ido la prueba?

—Lo sabrías si hubieras entrado.

—Morgan, ya te he dicho…

—Sí, ya me lo has dicho. ¿Algo más? Tengo prisa.

—Te he pedido perdón. No sé qué más esperas de mí.

Se detuvo de golpe, justo cuando terminábamos de cruzar un paso de cebra. El sol me calentaba la mejilla izquierda.

—Yo ya no espero nada de ti, River.

Aquello fue la gota que rebosó el vaso de toda la mierda que llevaba encima aquel día.

—¿Por qué te cuesta tanto entender que mi vida ahora es una puta locura? Mi tiempo ya no me pertenece solo a mí, ¿sabes? No puedo disponer de él a mi antojo.

—Pobrecito.

—Estás siendo muy injusta.

Su risa me pilló desprevenido. Me miró por fin. ¿Tenía los ojos enrojecidos?

—¡Yo estoy siendo injusta!

—¡Pues sí! ¿Crees que no llevo toda la maldita tarde pensando en ti y en tu audición?

—¿En serio? Vaya, no me han llegado tus ánimos telepáticamente, qué raro.

Bufé, exasperado.

—Habría dado lo que fuera por verte tocar hoy, Ocean.

—Menos tu tiempo.

—No ha sido mi decisión, tienes que creerme. Por favor, perdóname. —Levanté el puño, manchado de menta líquida—. Te traigo el helado de la paz.

Aquello ya no se parecía en nada a un helado. No era más que un cucurucho con un charco verde que me goteaba por los dedos.

Había perdido ya toda esperanza cuando se le escapó una carcajada.

—Eres un puñetero desastre. —Sacó un pañuelo de su mochila y comenzó a limpiarme la mano—. ¿Cómo narices se supone que debía comerme esto?

—Puedes chuparme los dedos, si quieres.

Enarcó una ceja. Era la primera vez que nos veíamos desde la noche en que nos habíamos acostado, y ella estaba cabreada. Quizá era demasiado pronto para hacer ese tipo de bromas.

Le enseñé la palma de la mano que aún tenía limpia.

—Vale, me he pasado.

Me cambió el papel por el cucurucho y, para mi sorpresa, dio un bocado a la galleta.

—Al menos, está bueno.

—¿Eso quiere decir que me perdonas?

—¿Por prometerme que vendrías a mi audición y olvidarlo convenientemente después de haberte acostado conmigo?

Entrecerré los ojos.

—Espera un momento, ¿crees que lo dije solo para…? —Ahora era

yo el que se estaba cabreando—. Dime que no hablas en serio.

—¿Hablabas en serio tú al decirme que te interesaba lo que hacía con mi vida, River?

—Ya te he explicado lo que ha pasado.

Se pasó el pelo de un lado a otro.

—Sí, lo has hecho.

—Morgan, yo… Lo siento. Sé que llego tarde, pero de verdad que quiero saber cómo te ha ido ahí dentro.

Sus ojos oscuros me miraron fijamente.

—Mal —confesó—. Estaba nerviosa, distraída… No creo que me cojan.

—Serán idiotas si no lo hacen.

¿Por qué había estado distraída? No quería pensar que yo había podido tener algo que ver, porque eso me habría convertido en un egocéntrico de cuidado. Bueno, quizá también porque habría supuesto una dosis de culpa ya difícil de digerir.

—Ya, bueno… Tengo que irme.

—¿Puedo acompañarte a casa?

—Preferiría que no. —Me devolvió el cucurucho a medio morder—. Ya hablaremos, ¿vale?

Sus ojos me rogaron que le diera un respiro, y a mí no me quedó más remedio que aceptarlo.

Capítulo 38

MORGAN

La audición había sido un desastre. Había llegado con el tiempo justo, ya que me había quedado afuera esperando a River. Me llamaron hasta tres veces hasta que acepté que él no iba a aparecer, cogí aire y entré.

Tenía la mente en todas partes, menos en aquella sala. Estaba enfadada, decepcionada, tan aterrorizada por si fallaba, que fue justo eso lo que acabé haciendo. Necesité dos intentos antes de comenzar a cantar, pero terminé equivocándome en unas notas y la voz no me salió con la fuerza necesaria para transmitir algo decente.

Una oportunidad tirada a la basura. Mis ilusiones rotas en mil pedazos, como un cristal fino bajo el impacto de una piedra.

Ver a River al salir no hizo más que volver a cabrearme. Recuerdo esos ojos arrepentidos y ese helado medio derretido chorreándole por la mano, intentando ablandarme una vez más. Aunque en el fondo, yo sabía que algo se había roto dentro de mí aquella tarde. Algo imposible de arreglar.

Para él, siempre habría algo antes que yo.

Estaba tirada en la cama cuando una piedrecita golpeó el cristal. Me levanté para asomarme por la ventana y descubrí a River en el césped, con un pie sobre la corteza del árbol, a punto de comenzar a escalar.

—¿Se puede saber qué haces?

Hacía un par de horas desde que nos habíamos visto y no esperaba hacerlo de nuevo tan pronto.

—Tenemos una sorpresa para ti.

—¿Tenéis?

Se giró hacia el coche del padre de Freddy.

—Nos vamos mañana, Ocean —dijo. ¿Cómo que mañana? ¿Tan pronto? Se me hizo un nudo en la garganta—. Y nos gustaría que

nos acompañaras a un sitio.

—¿Adónde?

—Si te lo digo, ya no será una sorpresa.

Freddy sacó el brazo por la ventanilla del coche y me hizo señas para que bajara. Cole silbó y gritó mi nombre. Y River juntó las manos a modo de súplica. ¿Cómo iba a negarme ante esa imagen?

Suspiré.

—Bajo enseguida.

Los chicos celebraron que subiera al coche.

Unos recuerdos muy nítidos del autocine me vinieron a la cabeza y, cuando me giré para mirar a River, supe que él pensaba en lo mismo.

***

Observé el estudio con atención. La cabina de grabación, el chico sentado frente a la mesa de mezclas… Todo era tan profesional, que me sentía abrumada.

—Queríamos que fueras la primera en ver esto. —River me entregó una foto de ellos tres, en blanco y negro, con los brazos cruzados, marcando músculo. En el centro, una frase: *Welcome to Dreamland*.

—¿Esto es…?

—La carátula de nuestro próximo CD.

Levanté la vista de la imagen y los miré, buscando a los tres chicos que conocí hacía tiempo, llenos de sueños.

Y ahora tenía uno de esos sueños en mis manos.

—Impresionante, ¿verdad? —preguntó Cole—. El blanco y negro me queda bien.

Freddy bufó y River sacudió la cabeza.

—Chicos, esto es increíble. —Mis palabras fueron sinceras. A pesar de todo, nunca les había deseado otra cosa que no fuera el éxito—. Y este título…

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Reconocí muchas de las canciones al darle la vuelta a la carátula, pero no todas. ¿River había compuesto y grabado sin ni siquiera contármelo?

—Ah, genial, ya estáis aquí.

Todos nos volvimos para mirar a Jim, que acababa de entrar por la puerta con una carpeta. Apenas había intercambiado dos palabras con él a lo largo de estos meses, pero ya podía asegurar sin temor a equivocarme que no le caía bien.

En fin, era recíproco.

—Le estábamos enseñando a Morgan cómo había quedado la carátula.

—Estupendo —respondió, sin tan siquiera mirarme, mientras rebuscaba en la carpeta. Sacó unos papeles y me los puso en la cara —. Y ahora es cuando firmas esto, querida.

—Jim, ahora no…

—Ahora sí, River. Nos vamos mañana.

Fruncí el ceño, cogí los papeles que me ofrecía y comencé a ojearlos. Alcé las cejas cuando terminé de leer.

—¿Queréis mi permiso para cantar las canciones?

—No se trata de lo que quieran, encanto. Es que lo necesitan.

River le lanzó una mirada de reproche antes de dirigirse a mí.

—También son tus letras.

Jim se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta.

—Ya ves lo legales que son mis chicos. —Me ofreció un cheque—. Toma, cómprate algo bonito, cielo.

«Encanto». «Cielo». Tenía ganas de escupirle en la cara a ese impresentable, pero me limité a aceptar el bolígrafo que me ofrecía y garabatear mi firma.

—Jim, ¿te importa dejarnos a solas con Morgan?

El hombre se dio unos toquecitos al reloj.

—Tenemos que…

—Por favor. —La voz de River sonó directa, muy alejada de un tono de súplica.

El representante alzó las manos y se dio media vuelta, dejándome sola con los chicos. Me quedé mirando el cheque entre mis dedos;

era suficiente para pagar el alquiler de varios meses.

—Y tendrás un porcentaje de las regalías, por supuesto.

—No sé qué decir —admití.

—Espera, aún no digas nada —me pidió el líder del grupo—. Falta algo.

Los tres cogieron sus instrumentos y desaparecieron tras el cristal de la sala de grabación. River le hizo un gesto al chico de la mesa de mezclas.

Siempre estuvo sexi con su guitarra entre las manos. Con sus labios pegados al micrófono.

Inspiré hondo, preparándome para lo que viniera a continuación, pero, cuando comenzaron a sonar las primeras notas, me quedé petrificada.

Esa canción… ¿Cómo se atrevía?

Empezó a costarme respirar. Las frases que, hasta hacía poco, solo habían estado en mi cabeza, flotaban en el ambiente. No sé cómo, pero conseguí darme la vuelta y salir de allí a grandes zancadas, en busca del aire del exterior.

No tardé en escuchar la puerta a mi espalda.

—¿Morgan?

Traté de controlar mi respiración, pero fue inútil. Me giré despacio, con la rabia y la vergüenza recorriéndome la cara.

—No tenías ningún derecho a tocar esa canción.

Sus ojos me devolvieron una mirada cargada de confusión.

—¿Qué?

—¿Esta era tu maldita sorpresa? ¿Una encerrona para hacerme firmar un papel y exponerme delante de todos?

—¿De qué estás hablando? Solo queríamos darte la oportunidad de grabar tu canción y plantearte la posibilidad de añadirla a nuestro disco.

Miré al cielo y expulsé el aire despacio.

—Para ti todo es susceptible de venderse, ¿verdad? ¿Crees que todo lo que yo escribo te pertenece?

—Ocean…

Me llevé las manos a las sienes.

—Deja de llamarme así. Déjate de disculpas de mierda, de

excusas, de explicaciones que ya no me sirven de nada. —Lo miré con los ojos encendidos—. Pones esa carita de niño bueno, como si te importara decepcionarme, pero no dejas de hacerlo una y otra vez porque, en el fondo, te importa una mierda todo lo que no sea tu maldita música.

Frunció el ceño.

—Eso no es cierto.

Se me escapó una risa de lo más cínica.

—Haznos un favor a los dos y deja de mentirte a ti mismo. —Una lágrima traicionera consiguió escapar y descendió deprisa por mi mejilla. Me la limpié de un manotazo—. Me he cansado de esperar que seas mejor de lo que realmente eres.

Contrajo el gesto como si acabara de abofetearlo.

—Chicos, ¿se puede saber qué os pasa?

Freddy y Cole acababan de salir del estudio.

—¿Tú lo sabías? —le pregunté al primero—. ¿Sabías que tu amigo tenía pensado comercializar con mi puñetera vida privada?

—Eh… —Miró a River y luego a mí—. Las cosas no son así.

—¿Y cómo son, Freddy?

—River lo ha hecho pensando en ti, Morgan.

—Nadie iba a cantar esa canción sin tu permiso, tía —intervino Cole—. Si no quieres, no saldrá de aquí.

—Estupendo, entonces las personas que saben que me siento como una cría asustada y abandonada por culpa de mi padre sois River, Freddy, tú, Jim y ahora también ese chico de sonido tan majo. Ya me siento mucho mejor. Gracias, Cole.

—Joder, estás dramatizando. ¿No será que lo que te jode es que River se largue mañana y tú te quedes aquí? Ya sé que habéis echado un polvo, pero tampoco es que te deba nada.

—Cole, cierra la puta boca. —River le lanzó una mirada gélida.

Un silencio pesado se instaló a nuestro alrededor. Incluso el propio Cole pareció sorprendido de haber pronunciado esas palabras.

El ardor del pecho se extendió por mi cuello y alcanzó mi rostro en apenas unos segundos. Una sonrisa amarga estiró de las comisuras de mis labios.

—Cole tiene razón. —Di unos pasos en dirección al líder del grupo

y rompí el cheque en sus narices—. No me debes nada.

Se atrevió a cogerme de la muñeca.

—Morgan, espera.

Me giré para mirarlo con la determinación escrita en mis ojos.

—Ya he esperado bastante, River. Te dije que esto no funcionaba; no deberíamos haber seguido insistiendo.

Todo me vino encima de golpe.

Las llamadas cada vez más espaciadas en el tiempo, las cartas que no me había respondido, su indiferencia, haberme dejado tirada en la audición, la conversación de Lisa con Cole sobre las prioridades de River…

Esos ojos verdes no podían ablandarme ahora.

—¿Es así como quieres despedirte de mí?

—Hace tiempo que me despedí de ti —respondí—. Lo de estos días no ha sido más que un puñetero espejismo. Y, mientras yo he perdido la oportunidad de mi vida, más preocupada porque no estuvieras allí que por el teclado que tenía enfrente, tú has estado muy ocupado en reuniones y sesiones de fotos, y pareces haber olvidado la noche que hemos pasado juntos.

Tensó la mandíbula.

—Yo no he olvidado nada.

Me llevé las manos a la cabeza y me reí.

—Palabras… Eres el puto mago de las palabras, pero los hechos dicen otra cosa. ¿Qué promesa pensabas hacerme antes de volver a largarte? ¿Amigos para siempre? Porque a mí ya no me vale con eso. No me vale con esperar toda la semana una llamada o una carta que, quizá, ni te dignes a enviarme. No me vale con recibir una postal solo para que te ayude a terminar la canción que hayas escrito en ella. —La presión en el pecho era casi insoportable—. Venga, River, ¡dime qué promesa toca ahora!

Había perdido el control, ya ni siquiera era capaz de respirar con normalidad.

Él me miró con los ojos humedecidos.

—No puedo prometerte nada, Ocean. Esa es la verdad —respondió con la voz ronca—. Y siento si, al pasar la noche juntos, te hice creer otra cosa. Pero me estás culpando por hacer algo que

siempre me animaste a hacer: perseguir mis sueños.

Negué con la cabeza. Se me escapó una lágrima y cruzó la sonrisa triste que esbozaron mis labios.

—No, River. —Lo miré a los ojos una última vez—. Me estoy culpando a mí por ponerte delante de los míos.

***

Contuve el llanto todo lo que pude en el autobús, pero, cuando abrí la puerta de casa, dejé salir el dolor y la rabia.

Mi madre me encontró a los pies de la escalera y, contra todo pronóstico, me lancé a sus brazos, como si fuera el único refugio que me quedaba.

—Ya está, cariño. —Me acarició el pelo despacio—. Estoy aquí. Nos tenemos la una a la otra, y no necesitamos a nadie más. Todo va a estar bien.

Y, desde aquel día, no he dejado de esforzarme por hacer que esas palabras sean verdad.

Necesitar a alguien es una debilidad, y yo me había cansado de ser débil.

PARTE TRES
2001
EL RÍO SIEMPRE ACABA EN EL OCÉANO

Capítulo 39

RIVER

Nunca me ha gustado pisar este aeropuerto. Volver a Los Ángeles me provoca una especie de presión en el pecho de lo más molesta. La nostalgia, la rabia, la sensación de que ya no pertenezco a esta ciudad ni formo parte de la vida de las personas que siguen aquí.

Me calo más la gorra cuando veo a los primeros fotógrafos.

—No eres tan invisible como crees —murmura Freddy tras de mí —. Tendrías que haber sobornado al piloto para que te dejara su uniforme.

—Cállate.

—¿Quieres que te dé la mano, colega? —pregunta Cole, que camina a mi lado de lo más sonriente, a cara descubierta—. Es imposible que veas nada.

—¿Queréis dejarme en paz? Solo quiero subirme en el puto coche cuanto antes.

—Tío, disfruta un poco de la atención y sonríe para tus *fans*. — Levanta la mano para saludar en cuanto termina la frase.

Un montón de chicas, con cartulinas de bienvenida, se nos echan encima. Los de seguridad se interponen entre ellas y nosotros, pero algunas consiguen acercarse lo suficiente como para que les firmemos un disco o uno de esos pósteres de revistas para adolescentes en los que salimos.

Los fotógrafos lanzan *flashes* y preguntas al aire que no pensamos contestar.

Al parecer, es mejor sonreír y dejarles con las dudas. Ni confirmar ni desmentir nada que Jim no haya aprobado previamente.

Noto un tirón en la camiseta. Un grito que amenaza con perforarme un tímpano. Me obligo a sonreír, porque ellas no tienen la culpa del efecto que esta ciudad ejerce sobre mí. Lo cierto es que, gracias a su apoyo estamos donde estamos, y siempre me ha

parecido que ser agradecidos es lo mínimo que podemos hacer.

Aunque todo tiene un límite.

Una rubia se cuela bajo el brazo del jefe de seguridad y se lanza a mis brazos para besarme, pero consigo girar la cara en el último segundo, antes de que él la obligue a alejarse.

Creo que nunca voy a acostumbrarme a esto. Todos creen conocernos, pero lo que realmente conocen es la imagen que nuestro agente ha moldeado para ellos.

Jim nos da a Cole y a mí una palmada en la espalda. No se ha dignado a mirar a Freddy desde que salimos de Nueva York, cuando pilló a nuestro amigo besando a un auxiliar de vuelo en un rincón del avión. En su opinión, había sido una irresponsabilidad por su parte exponerse así.

No dijo lo mismo la vez en que Cole hizo algo parecido con una chica.

—Vale, chicos, tirad unos cuantos besos y al coche.

Obedecemos al director, representamos la función y nos metemos en el vehículo con los cristales tintados, dejando todo aquel caos atrás.

Cole se quita las gafas de sol y esboza una sonrisa plena.

—Me encanta volver a casa.

***

Me estoy esforzando por mantener un gesto impasible mientras espero a que abran la puerta. Por suerte, es mi hermana la que aparece en cuanto eso ocurre.

—¡River!

Violet ha crecido desde la última vez que la vi. Me estoy perdiendo tantos momentos que… No, no quiero pensarlo. Ahora solo necesito centrarme en este.

—¡Pequeñaja!

Se lanza a mis brazos y yo la aprieto contra mí, haciendo que sus pies se eleven del suelo. Poder verla es lo único bueno de volver a

casa.

—¿Y mamá?

—No está.

—¿Te deja quedarte sola?

Se cruza de brazos, ofendida.

—Tengo nueve años.

—Es verdad, eres casi una anciana.

Me saca la lengua y yo revuelvo su pelo oscuro.

—¡Estate quieto! A algunos nos gusta peinarnos.

—¿Qué insinúas?

—Que necesitas un corte de pelo.

Me aparto a un lado la melena, que ya me llega por los hombros.

—Soy una estrella de *rock*, hermanita.

—Un idiota engreído es lo que eres.

Le paso un brazo por los hombros y le doy un beso en la cabeza.

—Puede ser, pero me has echado de menos.

—Eso es verdad.

Avanzamos hacia el coche, sin soltarnos todavía.

—¿Adónde me llevas?

—Tú eliges.

—Ningún sitio público, ¿vale?

Me tiembla la sonrisa en la cara cuando la miro a los ojos. No lleva bien lo de compartir a su hermano con un montón de gente desconocida, y no puedo culparla por ello. Yo también quiero disfrutar solo de su compañía.

—Entonces vamos a casa. Los chicos están deseando verte.

Le abro la puerta del coche. Entro detrás de ella.

—¿Cole también?

Enarco una ceja.

—Es muy mayor para ti.

«Y muy cabrón».

—Yo soy más madura que él.

Se me escapa la carcajada.

—Eso no puedo discutírtelo.

Sonríe antes de mirar por la ventanilla. Yo le doy indicaciones al chófer y me quito por fin las gafas de sol. La oscuridad de los

cristales del vehículo me permite observar la ciudad sin miedo a ser descubierto. Sus avenidas flanqueadas por palmeras, su tráfico asfixiante, el cielo anaranjado del atardecer.

Añoro los tiempos en los que podía caminar por aquí con total libertad, pero todo éxito tiene un precio. Todo beneficio exige un sacrificio.

Yo aún estoy intentando averiguar si el mío ha merecido la pena.

—Bueno, ¿no me vas a preguntar por ella?

Me giro para mirar a mi hermana. El corazón me ha rebotado contra el pecho.

—¿Por quién?

Pone los ojos en blanco.

—Por Morgan, tonto. Siempre me preguntas por ella cuando nos vemos.

Frunzo el ceño.

—Eso no es verdad.

—No lo haces directamente, pero ¿crees que no me doy cuenta?

Supongo que no soy tan sutil como creía.

Miro al frente para evitar que me analice. Esta cría es demasiado perspicaz.

—Morgan es el pasado.

Posiblemente, esa sea una de las frases más duras que haya dicho nunca. Y menos ciertas.

—Lo que tú digas. —Violet me observa con atención, a la espera de que yo muestre mis cartas. Pero tengo demasiada experiencia en ocultarlas—. Entonces…, ¿te da igual que te diga que la vi con un chico la semana pasada?

Trago saliva.

—Efectivamente.

—¿Y que está tan guapa como seguramente la recuerdas?

—Ya te he dicho…

—Que sí, que Morgan es el pasado —me interrumpe, haciendo gestos con la mano para que me calle. Luego suspira y se gira otra vez hacia el cristal—. Te advertí que no la cagaras, idiota.

No respondo. Me limito a apretar los dientes y mirar al frente, mientras me digo una y otra vez que nada de eso importa ya.

Si sigo repitiéndomelo, en algún momento conseguiré creérmelo, ¿no?

Capítulo 40

MORGAN

Que las cosas no salen siempre como quieres, me parece una frase que puede llevar a engaño. Porque esas palabras te hacen creer que, aunque a veces surgirán contratiempos, tienes posibilidades de que las cosas vayan como esperas.

Desde mi punto de vista, sería más acertado decir que las cosas casi nunca salen como quieres. Pero, en fin, tampoco voy a ponerme en plan filósofa solo para quejarme de que, a mis veintiún años, casi he perdido la esperanza. Porque es un poco triste, ¿no? Tener toda la vida por delante y saber casi exactamente lo que esperar de ella. Y que, por cierto, no sea nada de lo que soñaste desde niña.

Hoy no tengo un buen día. Suelo ser bastante positiva, lo de la autocompasión no es algo que vaya conmigo, pero a veces se me hace cuesta arriba que mi existencia sea una sucesión de días con poco margen para la espontaneidad.

Ya sé que me estoy poniendo intensa, pero, cuando tengo bronca con mi madre, termino con un humor de perros. La mayoría de los días, me compadezco de ella y de su situación. Se ha quedado sin trabajo, y sigue sin tener suerte en lo de buscarse la vida como actriz.

Pero los días como hoy, en los que comienza a despotricar de lo vieja que se ve y de que necesita dinero para retoques estéticos, lo único que deseo es que le vaya tan bien, que tenga que largarse de aquí para no volver.

—¿Qué te cuesta? —ha insistido antes de irme a trabajar—. Son solo unos cientos de dólares.

He estado doblando turno en el bar la última semana, mientras ella veía pasar la vida desde el sofá de casa, fumando sin parar.

—Mamá, es para el alquiler.

—Ya hemos pagado el alquiler.

Qué gracioso que utilice el plural.

—Resulta que el mes que viene también hay que pagarlo —he respondido, sin poder evitar el sarcasmo—. ¿Puedes creerte lo sinvergüenza que es nuestro casero?

—Es un retoque en los labios, Morgan. No te estoy pidiendo hacerme una liposucción.

—Tus labios están bien.

Desde que un gilipollas le dijo en un *casting* que su boca no parecía lo suficientemente jugosa, no ha dejado de martillearme con lo mismo.

—¡No te importa nada de lo que yo necesito!

La cosa ha empezado a desvariar a partir de ahí, así que he decidido coger el bolso y largarme al trabajo, aunque aún quedaba más de una hora para que mi turno empezara.

Pasear siempre me ha venido bien para calmar los nervios, sobre todo si en mi *Discman* suena *Can't fight the moonlight* de la peli *El Bar Coyote*. La grabé de la radio, y tiene un pequeño corte al final, pero me sirve.

Por ir escuchando música, no me percato del jaleo que hay a mi alrededor, hasta que veo a los fotógrafos. Frunzo el ceño; seguramente habrá algún famoso cerca. No es algo extraño, teniendo en cuenta la ciudad en la que estamos.

Un grupo de adolescentes grita y ahoga la voz de LeAnn Rimes en mis oídos.

Me quito los auriculares y paro el CD, preguntándome quién diablos debe de ser para que se esté formando este caos.

Intento abrirme paso entre la gente, pero es sumamente difícil atravesar a tanta *fan* desesperada.

Cuando lo consigo por fin y me encuentro a solo un metro de la puerta del bar, suelto el aire que había contenido. Doy un paso atrás para apartarme de un fotógrafo que casi me obliga a comerme su cámara y, de repente, choco con alguien.

Al volverme, el mundo deja de girar. El tiempo se detiene, y unos ojos verdes, que conozco muy bien, me observan, abiertos de par en par.

***

Josh me observa con el ceño fruncido desde el mostrador de la tienda de fotografía en la que trabaja. Lisa y yo hemos aprovechado un descanso en el bar para pasar un rato con él.

—Espera… ¿Cómo que tu ex?

Pongo los ojos en blanco.

—Que no es mi ex.

Lisa bufa.

—Tres años y sigues mintiéndote a ti misma.

—No llegamos a salir en serio, ¿o ya te has olvidado?

—Lo que tú digas.

De verdad, a veces la estrangularía. Quizá con un rollo fotográfico de esos que vende Josh me valdría.

—Estamos hablando del tipo con el que…

—¿Perdió su virginidad? —termina Lisa por él—. Efectivamente.

—Lisa, cállate.

—Iba a decir con el que tuviste un rollo de verano, pero… —Josh carraspea—. En fin, ese del que nunca quieres hablar.

—Exacto, así que vamos a dejar que esto quede como una simple anécdota, y a otra cosa.

Lisa niega con la cabeza.

—Es que no me puedo creer que hayas echado a correr al verlo.

—Técnicamente, no he corrido —explico—. Solo he entrado al bar porque tenía que trabajar.

—Has llegado una hora antes de que empezara tu turno. Creo que podías permitirte saludar a un viejo amigo durante cinco minutos.

Me miro las uñas.

—Estaba muy ocupado.

Mi amiga suelta una risita por lo bajo.

—Todavía te escuece.

—A mí solo me escuece este padrastro —indico, mordiéndome cerca de la uña del dedo índice—. ¿Podemos cambiar ya de tema?

—Porque tú no quieres saber nada de él, ¿no?

Levanto la vista hasta mi amigo. Parece preocupado.

—Claro que no.

—Y no hay riesgo de que, ya sabes, recaigas.

Recuerdo su rostro sorprendido. Su mandíbula marcada, ese pelo castaño, que ahora lleva más largo. El olor que ha conseguido alcanzarme durante una milésima de segundo y que ahora siento pegado a la piel.

Trago saliva. Siento los ojos de Lisa analizándome.

—Esa historia está acabada y hace tiempo que pasé página.

Capítulo 41

RIVER

Cole y Freddy ya están sentados cuando entro en el despacho de Jim. Me muevo de forma automática, desde que la he visto desaparecer tras el cristal de la puerta de ese bar.

—Tío, ¿estás bien? —me pregunta Freddy—. Parece que hayas visto un fantasma.

—Podría decirse así.

Frunce el ceño y me observa como si hubiera perdido el juicio. Y creo que eso es justo lo que estoy a punto de hacer. ¿Qué cojones acaba de pasar? ¿De verdad era Morgan o me lo he imaginado todo?

Sus ojos oscuros, incrédulos al cruzarse con los míos. Su pelo recogido en una coleta alta, que dejaba a la vista las mejillas salpicadas de pecas. Esos labios sedosos, abiertos por la sorpresa.

Joder, claro que era ella.

—¿No ibas a por un café al bar de al lado? —Cole se fija en mis manos vacías.

Bajo la vista. Me crujo los dedos.

—Acabo de ver a Morgan —suelto de golpe. Si lo digo en voz alta, quizá consiga creérmelo—. Llevaba un uniforme de camarera y ha entrado en el bar. He estado a punto de ir tras ella, pero los fotógrafos…

—Espera, espera. —Freddy se pone en pie y se coloca frente a mí —. ¿Morgan está ahora en el local de al lado? —Asiento—. ¡El destino, colega! ¿Qué cojones haces aún aquí?

Jim carraspea.

—Cumplir con su agenda —responde por mí, tajante—. Y por eso vamos a dejarnos de tonterías porque tenemos un *timing* para algo.

Freddy le lanza una mirada de odio, pero se sienta a mi lado otra vez. Cole parece demasiado serio y yo… Yo ni siquiera puedo concentrarme en lo que está diciendo nuestro representante. Mi

cabeza da vueltas, y siento un impulso creciente de levantarme, para ir a buscarla.

—Bueno, River, ¿qué me dices?

Dejo de mirar la ventana y enfoco la vista en Jim.

—¿Qué?

—Tú y Stephanie Mills —pronuncia con lentitud, como si se lo estuviera explicando a un niño de dos años—. La colaboración.

—Pues…

—¿Ahora vamos a hacer pop? —pregunta Cole.

—En realidad, es una propuesta solo para River. Y sería una única canción.

Mi amigo tensa la mandíbula.

—Entiendo.

Ahora sí, me centro en la conversación. Echo el cuerpo hacia delante y apoyo los codos en las rodillas.

—No voy a hacer nada que no los incluya a ellos dos. —Señalo con la cabeza a mis amigos.

Freddy ladea una sonrisa, pero Cole sigue con la vista fija en el frente, igual de serio. Jim me sostiene la mirada y, finalmente, suspira.

—Está bien. Hablaré con el agente de Stephanie y…

—Tampoco creo que tengamos nada que ver con Stephanie, la verdad. Sin ánimo de ofender, sé que es una gran estrella, pero nuestros estilos son muy diferentes.

—Pero llegaríais al público *mainstream*. ¿No queréis llenar estadios?

—Ya llenamos estadios.

—Me habéis entendido.

—Sí, pero eres tú el que parece no entendernos a nosotros —suelta Freddy—. Hay otras artistas con las que encajaríamos mejor, Jim. ¿Por qué obviarlas y dejarnos llevar solo por el nivel de popularidad que tengan?

El hombre se pasó la mano por la cara, exasperado.

—¿Y en quién estáis pensando?

Mi amigo me mira con una sonrisa de lo más misteriosa.

—Creo que ya es hora de arreglar algunas cosas, campeón.

Capítulo 42

MORGAN

Apenas soy consciente de lo que hago, mientras sirvo bebidas y recojo vasos vacíos. Atiendo a los clientes de forma automática, porque mi mente está en otro lugar desde hace más de una hora.

En otra época, en realidad. Una en la que aún sabía lo que era la inocencia y la ilusión.

Joder, qué deprimente sueno. Soy consciente, pero es que no puedo evitarlo. Siempre digo que tengo superado el pasado y todo eso, pero lo cierto es que a veces, en la soledad de la noche, me asaltan recuerdos como los que ahora me tienen dando vueltas la cabeza.

—Creo que ese vaso ya está seco.

Me tenso en el acto. Esa voz…

Comienzo a darme la vuelta poco a poco con el corazón acelerado. Dejo el vaso y el trapo sobre la barra, y me enfrento al chico que me observa con una sonrisa torcida. Se quita la gorra y se echa hacia atrás sus mechones rubios. Está guapo.

—Morgan Foster —dice. Se sienta sobre un taburete.

Alzo las cejas y asiento con la cabeza.

—Fred Anderson.

Su risa me estalla en el pecho.

—Dejémonos de formalismos. —Apoya los antebrazos en la barra y se da impulso—. ¿No vas a darme un abrazo?

De repente, me doy cuenta de que me muero de ganas de hacerlo. Si hay alguien a quien es imposible guardar rencor es a Freddy.

—Pero uno pequeño —digo, acercándome a él.

—Anda, ven aquí.

Y así, sin más, tira de mí y me envuelve entre sus brazos. Como si el tiempo no hubiera pasado entre nosotros. Algunos clientes

murmuran, sin dejar de mirarnos.

—¿No vienes con escolta?

—Es la ventaja de ser el batería —responde, aunque vuelve a colocarse la gorra antes de mirar por encima de su hombro—. La gente no suele reconocerme tanto.

No lo dice con amargura, sino como algo positivo de verdad. Con sinceridad, yo también lo creo. Valoro demasiado mi intimidad.

—Me alegro de verte.

—¿De verdad? ¿O solo intentas ser amable?

Suspiro. Me parece lógico su escepticismo.

—Las dos cosas. La verdad es que no debí enfadarme contigo.

—Entiendo que lo hicieras.

Niego con la cabeza.

—Solo estabas defendiendo a tu amigo.

Aunque no me gusta hablar de ese tema, empiezo a darme cuenta de cuánto he necesitado esta conversación.

—Tú también eras mi amiga… y dejé que las cosas quedaran así entre nosotros. No pretendo excusarme, pero se me juntaron muchas cosas. Pensé que no querías saber nada más de ninguno de nosotros y, además, estaba River…

Su nombre sigue acelerándome el corazón, maldita sea. Sé que es por rabia, nada más, pero me gustaría que solo me provocara indiferencia.

—Vale, déjalo ya. Eso es agua pasada.

—Tienes razón. Lo que importa es el presente. ¿Y si retomáramos lo nuestro?

—¿Me estás pidiendo que volvamos?

Una sonrisa preciosa se dibuja en su cara antes de ponerse intenso.

—Siento lo que pasó, de verdad.

—Yo también —confieso—. No fui una buena amiga contigo, Freddy. Dije que siempre estaría ahí para ti y… desaparecí.

Decirlo en voz alta, reconocerlo ante él, hace que el nudo de mi estómago se afloje un poco.

—Técnicamente, fuimos nosotros los que nos fuimos.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Su mano atrapa la mía.

—No tengo nada que perdonarte.

Con Freddy, las cosas siempre fueron fáciles. Los ojos se me humedecen, así que parpadeo varias veces y miro al techo.

—Joder, te he echado de menos.

—Yo a ti también, Morgan. —Me aprieta los dedos—. Y no soy el único.

Cierro los ojos con fuerza y me limpio la lágrima que se escapa de uno de ellos.

—No vayas por ahí.

Me suelta y alza las manos, enseñándome las palmas.

—Está bien, nada de River. ¿Qué es de tu vida?

Me señalo el uniforme.

—Ya ves, estoy cumpliendo un sueño.

Su sonrisa se torna triste.

—Ya. ¿Colburn…?

Sacudo la cabeza.

—Eso quedó atrás, como tantas otras cosas.

—Lo siento.

—Hace tiempo que lo asumí. —Me encojo de hombros—. Pero dime, ¿qué hay de ti? Radio, televisión, revistas… No hay nada que no hayas logrado.

—Bueno, siempre queda algo.

Sus ojos me dicen algo que sus labios no se atreven, así que yo tomo la iniciativa.

—¿Cole?

Inspira hondo.

—Ponme una cerveza, anda.

Hago lo que me pide, pero no pienso dejar el tema. La Morgan que era su amiga no lo habría hecho.

—¿Has hablado con él ya?

Se lleva el botellín a los labios y enarca una ceja.

—Cuando tú hables con River.

Suelto un bufido exasperado.

—No tengo nada que hablar con él, y lo sabes.

—Yo lo único que sé es que los dos me parecéis idiotas. —Otro

sorbo—. Y unos cobardes.

—¿Perdón?

—Tú no te atreves a volver a verlo, por miedo a remover el pasado, y él no tiene huevos a venir a preguntarte si quieres colaborar con nosotros porque…

—Espera, espera —lo interrumpo—. Más despacio. Uno, yo no tengo ningún miedo de remover nada. Es solo que no me apetece perder el tiempo con alguien que ya no me interesa. Y dos, ¿colaborar con vosotros?

—Voy a obviar tu punto número uno porque aún estás en fase de negación y…

—Yo no estoy en fase de nada. Simplemente, cada uno tiene su vida y no veo por qué tenemos que cruzarlas ahora.

Me mira como si no se creyera ni una sola de mis palabras. Apura la cerveza y se limpia los labios con el dorso de la mano.

—Como decía, Jim nos ha propuesto colaborar con una artista femenina y hemos pensado en ti.

—¿Qué?

—Que Jim nos ha propuesto…

—No. —Trago saliva—. No, no, no.

—¿Por qué no?

—Yo no soy ninguna artista. No soy nadie.

—Claro que sí, solo que eres demasiado cabezota para darte cuenta —insiste—. Venga, Morgan, podría ser un salto en tu carrera. Llámame loco, pero me parece que está un poco estancada.

—Vete a la mierda.

—Vale, perdona. No tenía derecho a decir eso, pero… ¿No crees que sería una buena oportunidad? Solo tus letras y tu voz en un estudio. Nadie tendría por qué verte la cara.

Entrecierro los ojos y lo observo.

—¿Todo esto ha sido una estrategia? ¿Has venido del rollo buen amigo arrepentido para que os ayude con otra canción? ¿En serio, Freddy?

¿Habíamos viajado en el tiempo o qué?

—He venido porque tenía ganas de verte. He pensado en hacerlo desde que aterrizamos ayer. Pero también quiero que hagas esto con

nosotros, Morgan. Porque eres la tía con más talento que he conocido en mi vida y, con sinceridad, creo que una cosa no quita la otra.

Su tono de voz y su mirada me dicen que habla en serio. Y él nunca me ha dado motivos para dudar de su palabra. No obstante…

—No puedo hacer lo que me pides.

—Sabía que dirías algo así, aunque imaginaba que con alguna palabrota entre medias —confiesa, haciéndome reír—. Pero no tienes que decidirlo ahora, ¿vale? Solo piénsatelo.

No respondo a eso. Me limito a observar cómo se mira el reloj.

—¿Esperas a alguien?

Su expresión cambia hasta adoptar la de un niño que acaba de cometer una travesura. La puerta del bar se abre en ese momento y yo reprimo las ganas de lanzarle a Freddy un vaso a la cabeza cuando veo quién entra.

—He quedado aquí con un par de amigos.

Capítulo 43

RIVER

Me va el pulso a mil por hora cuando cruzo la puerta del bar después de Cole. El local no es muy grande, pero tiene todo lo necesario para que los clientes lo pasen bien: dardos, un billar, una tarima para la música en directo…

—No sé qué hago aquí.

Cole me da una palmada en la espalda.

—Saludar a una vieja amiga.

«Vieja amiga…». Eso es simplificar demasiado. Desde que me fui hace tres años, he vuelto a Los Ángeles en ocasiones contadas, y siempre por trabajo o para pasar unas horas con Violet, procurando evitar los lugares que me recuerdan a ella.

Y eso ha sido difícil, porque el simple hecho de pisar esta ciudad ya me acercaba demasiado a todo lo que quería olvidar.

—Ya no somos amigos, y, por la cara que ha puesto al vernos, no parece que vayamos a serlo nunca más.

—Es pronto para sacar conclusiones, ¿no crees?

Morgan me taladra con la mirada y luego se gira.

Hago una mueca de fastidio.

—No, no lo creo.

Nos acercamos a la barra, donde parece que Freddy ha sido bien recibido. Morgan y él hablan y se ríen, y un *déjà vu* me asalta durante una milésima de segundo.

—Vaya, vaya… Morgan, te queda bien ese uniforme.

La chica pone los ojos en blanco.

—¿Eso es lo primero que se te ocurre decirme después de tres años, Cole?

Mi amigo sonríe ampliamente.

—Me alegro de verte. —Pone las dos manos sobre la barra—. ¿Pedirte un abrazo sería demasiado?

Ella sacude la cabeza, pero termina aceptando. ¿Por qué todos pueden acercarse menos yo? ¿No estaba también enfadada con ellos? A lo mejor, si yo también se lo pido…

Joder, soy patético. Se supone que yo también le guardo cierto rencor a ella, pero ahora mismo apenas recuerdo por qué.

—Creo que ya conoces a nuestro amigo —empieza a decir Freddy, sacándome de mis pensamientos. Me está señalando con una mano.

Ahora sí, Morgan me mira a los ojos, y el estómago me da una puta voltereta. Estoy a punto de acercarme, pero ella me ofrece la mano.

—Me suena —responde sin más.

Mis ojos se detienen en sus dedos extendidos un segundo antes de aceptar el saludo. Y el contacto con su piel suave… Joder. Es como una corriente de energía que me ha recorrido hasta los dedos de los pies. Verla, tocarla, está despertando en mí sensaciones que creía tener bajo control.

Trago saliva cuando retira la mano y finjo que el pulso no se me ha disparado.

—¡Mira a quiénes tenemos aquí!

Todos nos giramos para encontrarnos con una Lisa sonriente, tal como la recordaba. Apenas ha cambiado desde aquel mes de noviembre.

—Mi chica favorita —dice Cole, alzándola del suelo—. ¿Me has echado de menos?

—No tanto como a Freddy —responde ella.

A pesar de los sentimientos de Freddy hacia Cole, nunca pareció tener ningún problema personal con Lisa. De hecho, siempre se habían llevado bastante bien. Este momento no es una excepción, porque mi amigo la abraza con cariño.

—Estás aún más guapo, Freddy —indica ella.

—Tú también.

—Estamos impresionantes.

Cole suelta un bufido, frustrado por no ser el centro de atención de este reencuentro. Se me hace raro estar todos juntos y, a la vez, sentir que nos separa un abismo. Al menos, en lo que a Morgan y a mí se refiere. Ella sonríe e interactúa con los demás, pero evita

mirarme a toda costa.

Y, sin embargo, yo no puedo dejar de hacerlo.

Mi hermana tenía razón, está preciosa. Hay algo distinto en ella, pero no sabría concretar el qué. Sí, tiene el pelo un poco más corto y ya no lleva esas mechas de color rosa, pero no es eso. Quizá se trate de su mirada, que se ha endurecido. O serán sus sonrisas contenidas, que no terminan de llegar a sus ojos. Se muestra distante, como si estuviera protegiéndose.

—Ah, Josh, ya estás aquí —dice Lisa, mirando hacia la puerta.

Nos giramos para encontrarnos con un chico alto y delgado, con el pelo rapado y unos ojos como platos.

—¿Pero qué…? ¿Estos son…?

Lisa lo agarra de la camiseta y tira de él para que se acerque.

—Lo son.

Todos estrechamos la mano del tal Josh, que, al parecer, es amigo de Morgan y Lisa, porque esta última trabajó en la misma tienda que él hace casi un año.

—Qué pasada —repite sin cesar—. ¿De qué los conocéis? ¿Y por qué no me habíais dicho nada?

Lisa y Morgan intercambian una mirada, pero no responden.

—Es mono —susurra Freddy. Morgan trata de esconder una sonrisa que no sé interpretar. Un momento, ¿será este el chico con el que me dijo mi hermana que la vio? ¿Seguro que solo son amigos?

«¿Y a ti qué te importa, River?». Morgan habrá tenido sus líos, igual que yo.

El chico comienza a preguntarnos sobre nuestra música, a informarnos de cuáles son sus canciones favoritas y de que se ha quedado sin entradas para nuestro próximo concierto en la ciudad. Habla deprisa y entusiasmado, como si fuera un auténtico *fan*.

—Eso tiene solución, colega. —Cole le pasa el brazo por los hombros—. Siempre nos sobra alguna entrada para nuestros amigos.

Por la cara que pone, parece a punto de desmayarse.

Estoy asistiendo a este encuentro como un mero espectador, pero, aun así, es agradable ver que algunas cosas se parecen a como

fueron. Y digo, se parecen, porque no creo que puedan volver a ser iguales después de todo.

Un hombre de unos cincuenta años se acerca a Morgan con el ceño fruncido de preocupación y la aparta del grupo para decirle algo al oído.

Ella, al principio, niega con la cabeza. El otro junta las manos como si suplicara. La chica termina suspirando y asintiendo.

—Creo que a Morgan le toca actuar.

Miro a Lisa.

—¿Va a cantar?

Ella asiente.

—A veces lo hace, cuando falla algún artista de los que hemos contratado. O cuando Roger, nuestro jefe, quiere subir un poco el ánimo de la gente. Es un éxito.

Pues claro que es un éxito. ¿Por qué no iba a serlo, si es la chica con más talento que he visto en mi vida?

—Canta increíble —dice Josh—. Después de escucharla, vais a querer que se una a vuestro grupo.

Enarco una ceja. Estoy a punto de decirle que sé perfectamente cómo canta, pero Morgan ya está frente al micrófono, sobre la tarima. Un foco alumbra su rostro, mientras un tío con una guitarra toma posición.

Trago saliva y la miro, expectante. Ansioso por volver a sentir que mis pies se elevan del suelo, algo que solo puede conseguir ella. Y, cuando comienza a interpretar una versión acústica de *Genie in a bottle* de Christina Aguilera, la piel se me eriza al instante.

Cierro los ojos un segundo para asimilar esa imagen y, de pronto, me veo imaginando que, a pesar de estar en un bar lleno de gente, esa canción va dirigida a mí. En fin, soñar es gratis, ¿no?

—Creo que tienes competencia —susurra Freddy en mi oído. Al girarme, veo que señala con la barbilla hacia Josh—. No eres el único encandilado por Morgan.

El chico la observa con adoración, como si ella fuera una aparición divina. Como… la debo de estar mirando yo.

La punzada conocida de los celos me pilla por sorpresa, pero me la trago una vez más.

—Yo no estoy encandilado.

—Pues lo pareces —dice de pronto Lisa. ¿De dónde ha salido?—. Toma, anda, límpiate un poco la baba.

Deja caer una servilleta sobre mi regazo y yo la recojo, y la tiro sobre la barra, avergonzado y arrepentido por no haber sabido ocultarme mejor.

—Qué graciosa.

—Ya ves, hay cosas que nunca cambian, ¿verdad? —Me mira con una media sonrisa de lo más elocuente—. Deberíais venir a la playa más tarde. Tenemos que ponernos al día.

Capítulo 44

MORGAN

Observo el vaivén de las olas que rompen en la orilla. La espuma me lame los pies y luego vuelve a alejarse en una caricia efímera. Inspiro hondo y dejo que el olor a sal impregne mis fosas nasales y se me pegue a la lengua.

Esta noche estoy tan agitada como el mar que tengo delante.

—Hola, Ocean.

Me tenso de inmediato, como una respuesta obvia al tenerlo tan cerca.

—Morgan —le corrijo—. Me llamo Morgan.

Se coloca a mi lado, pero sigo sin mirarlo.

—Siempre me ha parecido un nombre precioso.

—¿Por eso me pusiste un apodo?

Por el rabillo del ojo veo que sonríe.

—Sabes que no. Es solo que para mí, ya no hay distinción entre tú y el océano.

La gravedad de su voz se funde con el silbido del viento. Se me ha erizado la piel, pero debe de ser por lo segundo.

Giro el cuello y esbozo una sonrisa cínica.

—Hoy estamos los dos igual de revueltos, así que yo evitaría alejarme de la orilla. No vayas a ahogarte.

Lisa se ha empeñado en invitar a los chicos a esta especie de fiestecita con hogueras y alcohol. La gente está desperdigada, y nosotros nos hemos quedado en un rincón más oscuro y apartado, por el bien de las superestrellas.

—Es la frase más larga que me has dicho en lo que va de noche, pero teniendo en cuenta que es una amenaza, no sé si tomármela como un avance.

No digo nada. Si cree que voy a seguirle el juego, va listo. De hecho, el único motivo por el que no me largo a casa es porque mi

madre aún estará despierta y con ganas de guerra.

—Me ha gustado tu actuación en el bar. —Lo miro fijamente. Carraspea—. Veo que ya has superado del todo lo del miedo escénico.

—He superado muchas cosas —respondo, con una intención muy clara. No quiero que crea que aún me afecta su presencia—. Pero el miedo escénico no es una de ellas; la clave está en saber esconderlo.

Me humedezco los labios y vuelvo a fijar la vista en el mar. Noto sus ojos puestos aún sobre mí, así que decido cambiar de rumbo la conversación. O lo que sea esto.

—¿Ahora siempre llevas gorra?

—Es más fácil pasar desapercibido así.

Se la quita el tiempo justo para echarse el pelo hacia atrás.

—Y eso es lo que quieres.

—Valoro mi privacidad.

—Y, sin embargo, has venido a esta playa llena de gente.

Su nuez sube y baja al tragar.

—He venido por…

Se calla de golpe. Suspiro y me enfrento a su mirada.

—¿Qué haces aquí, River? Han pasado tres años. ¿Por qué te molestas en hablarme ahora?

Se escuchan murmullos a nuestra espalda y algún que otro grito. Veo que él se tensa, antes de mirar por encima de su hombro. Ya no sabré si pensaba responder a mi pregunta.

—Mierda.

—Pillados —le digo al ver que un grupo de chicas ya se ha unido a nuestra hoguera, donde rodean a Cole y a Freddy.

Observa con anhelo el mar, y luego me mira a mí de la misma forma, como si esperara algo por mi parte.

—Supongo que no podemos… —Se interrumpe—. Que no tengo otra opción.

Sus ojos me lanzan una pregunta.

—Supongo que no. Ya te he dicho que el océano está demasiado revuelto esta noche.

Sé que ha entendido mi doble sentido cuando me aguanta la

mirada unos segundos más antes de suspirar y comenzar a andar en dirección contraria.

Me quedo mirando cómo los chicos atienden a sus *fans*. Cole parece encantado, como siempre que recibe atención; Freddy es amable, porque dudo que pueda ser de otra forma, y River… Él se muestra correcto, pero distingo en su sonrisa el cansancio de alguien que está harto de interpretar su papel.

Recuerdo lo que me ha dicho sobre que valora su privacidad y me pregunto si la frustración también puede alcanzarte al cumplir un sueño, y no solo al contrario.

Capítulo 45

RIVER

Los cabrones de mis amigos me han dejado solo.

Casi media hora después de que la gorra haya perdido su efecto de invisibilidad, puedo volver a sentarme por fin alrededor de nuestra hoguera.

Por lo que puedo ver a simple vista, Cole y Lisa han desaparecido. Me imagino lo que deben de estar haciendo, y no puedo evitar preguntarme cómo cojones consiguen que sus reencuentros no tengan nunca consecuencias catastróficas.

A Freddy lo localizo hablando con un chico, más allá de la última hoguera. Hace tiempo que parece haber superado lo de Cole, o al menos lo sobrelleva bastante bien. Creo que la última vez que intentó ahogar sus sentimientos por él en alcohol fue varios meses atrás.

Las chicas se han calmado un poco, aunque algunas han decidido quedarse alrededor de este fuego. Trato de ser amable cuando me hablan de lo mucho que se identifican con nuestras canciones o quieren saber cualquier detalle superficial, como cuál es mi color favorito. Recuerdo que, en la primera entrevista donde me lo preguntaron, pensé en los ojos castaños de Morgan, en el dorado que los salpica cuando les da el sol.

Dije que me gustaba el color del océano; fue una forma de decir la verdad.

Busco a Morgan con la mirada y siento una punzada en el estómago al descubrirla hablando con un tío que, en mi opinión, no está respetando su espacio personal. Pero a ella no parece importarle, a juzgar por la carcajada que suelta cuando el otro se acerca a su oído.

—¿Es eso cierto, River?

—Perdón, ¿qué?

Enfoco la vista en la chica que me mira con una sonrisa enorme. No tengo ni idea de qué me ha preguntado.

—Que Kate Miller y tú estuvisteis juntos.

—Pues claro que sí, salieron en todas las revistas.

Las dejo debatiendo porque, en el fondo, les importa bien poco mi respuesta. Ya se han formado una opinión, como todos los demás. He aprendido a que me importe entre poco y nada.

Siguen hablando cuando Josh se sienta a mi lado.

—¿Y de qué dices que os conocéis, Morgan y tú? Al final no me lo habéis contado.

No me pasa desapercibido el hecho de que no haya nombrado a Lisa. Confirmo las sospechas que me han surgido cuando Morgan ha actuado en el bar: este tío está colado por ella.

—Fuimos amigos hace tiempo.

—¿Fuisteis? ¿En pasado? —Lo miro con una ceja enarcada—. Perdona, sé que no es asunto mío.

—Tranquilo. —No parece un mal chaval, así que suavizo el tono—. Nuestra historia es… complicada.

Chica correcta, momento equivocado. Ese podría ser el resumen. Bueno, y que yo la cagué y fui un cobarde, pero acabo de conocer a este tío y no pienso decirle nada de esto.

—Me imagino que tuvo que serlo para no haber oído tu nombre de sus labios desde que la conozco.

Eso ha dolido. Suspiro porque no puedo hacer otra cosa.

—Ya.

Josh vuelve a desviar la vista hacia ella y, durante un instante, parece olvidar que estoy aquí.

—¿Le has dicho ya que te gusta?

Se gira de golpe, sobresaltado.

—Ella no me…

Me río por lo bajo.

—La primera fase es negarlo, eso me suena.

Traga saliva y frunce el ceño. Entonces, levanta las cejas, como si acabara de caer en algo.

—Tú eres… él.

—¿Quién?

—El que le rompió el corazón. —Me observa con dureza—. Por eso está tan tirante contigo. Nos ha dicho antes que se había reencontrado con alguien de su pasado en la puerta del bar; es evidente que hablaba de ti. No conozco los detalles, solo que eres el único ex del que nunca quiere hablar.

—No sé si puedo considerarme su ex, la verdad. —Bajo la vista al fuego—. ¿Sabes si ha tenido muchos?

Sé que es una pregunta estúpida e infantil, pero me da igual.

—Algunos. —Josh me mira fijamente—. Pero Morgan no es de las que se compromete con nadie.

El tono que ha utilizado me resulta extraño, como si quisiera provocarme. O advertirme.

—Esa no es la Morgan que recuerdo —confieso.

—La gente cambia.

—Sí, supongo que sí.

¿He cambiado yo? Porque aquí, con los celos quemándome como las llamas de esa hoguera, me siento igual que el River de hace tres años.

¿Por qué me afecta tanto ver que los labios de Morgan se acercan a los de ese imbécil? Vale, ¿por qué lo llamo imbécil si no me ha hecho nada?

Alguien me ofrece una guitarra que no sé de dónde ha salido. Un tío sentado junto a una hoguera cercana levanta la mano; debe de ser suya. Las chicas me piden que cante algo y yo no tardo en aceptar porque, de repente, me parece una gran idea entonar la letra de *Our time*.

Tal vez solo busque llamar la atención de Morgan y provocar en ella una reacción. O interrumpir lo que sea que tenga con ese tío. Me produce una satisfacción indescriptible ver que me busca con la mirada cuando escucha las primeras notas.

Puede que el océano esté revuelto esta noche, pero yo no dudaría en dejarme arrastrar por la corriente, si esos ojos oscuros me esperaran en el fondo.

Capítulo 46

MORGAN

No sé quién se cree que es para cantar esa canción ahora. Y peor aún, para hacerlo sin dejar de mirarme.

Sus dedos acarician las cuerdas despacio, con mimo, como si la guitarra fuera la chica de la que habla la letra.

—Eh, ¿estás bien?

Me giro para mirar a Graham. Casi había olvidado que seguía aquí.

—Sí, sí… Es solo que… —Me llevo la mano a la cabeza—. Estoy un poco cansada.

Ha estado a punto de besarme hace un momento, y yo aún no había decidido si iba a dejar que lo hiciera. Es mono y bastante dulce, pero quizá el motivo por el que pensaba hacerlo no habría sido justo para él.

Sé que River ha estado fijándose en nosotros y eso me ha dado alas para seguir. Así de niñata soy todavía, qué le vamos a hacer. Y de patética, porque estoy segura de que a él ni siquiera le habría importado. ¿Por qué iba a hacerlo?

Hace tiempo, le fue tan fácil pasar página, tan fácil dejar las cosas rotas entre nosotros y no volver a buscarme… Por eso no entiendo qué narices hace aquí, ni por qué ha elegido esa dichosa canción, pero, si quería llamar mi atención, lo ha conseguido.

Las chicas lo observan embelesadas, con las manos en el pecho, como si el corazón se les fuera a salir con cada nota que rasga su voz. Pongo los ojos en blanco cuando algunas suspiran en el momento en que River deja de tocar la guitarra, y decido que ya he tenido suficiente.

—¿Dónde vas? —pregunta Graham, al ver que me levanto.

—A darme un chapuzón. ¿Te apuntas?

—¿Ahora? Ni de coña.

—Vale, pues nos vemos luego.

O no. Quizá comience a nadar mar adentro y no me vuelva a ver el pelo nadie que esté en esa dichosa playa. Me desvisto cuando llego a la orilla, sin importarme que debajo solo lleve la ropa interior. Me zambullo deprisa, en busca del frescor del agua que consigue despejarme.

Me quedo flotando en mitad de la nada. El murmullo y las risas me llegan desde la orilla, pero yo sigo mirando la inmensidad del cielo negro.

—Siempre fuiste la más valiente de todos.

Levanto la cabeza. River se ha descalzado y la parte baja de los vaqueros está tan mojada como sus pies.

—Solo es agua.

—El océano nunca es solo agua. A saber lo que te está pasando por debajo, me da pánico imaginármelo.

—¿Intentas hacerme salir?

A pesar de la oscuridad, sé que está sonriendo.

—Solo quiero hablar contigo.

—Entonces entra tú —replico, porque no creo que lo haga.

—No llevo bañador.

—Una lástima, tendrás que volver a la hoguera.

Mis manos bailan sobre la superficie, a la espera de que dé media vuelta y se largue.

No obstante, River se saca la camiseta por la cabeza y se baja los vaqueros antes de adentrarse en el mar.

Lo miro, sorprendida.

—Creía que tenías miedo.

Tiene la cabeza agachada y observa el agua con cada paso. Pero todo está tan oscuro, que es imposible que distinga nada.

—Y lo tengo, pero si es el precio a pagar por hablar contigo… —Se zambulle de golpe y, al salir, se echa el pelo hacia atrás—. Lo pago con gusto.

Por Dios…, incluso con esta falta de iluminación puedo distinguir a la perfección las líneas de sus abdominales. Siempre ha sido un chico fuerte, pero ahora parece más… grande. Más hombre.

Mis ojos se fijan en el tatuaje de *La gran ola de Kanagawa* de su antebrazo y me pregunto si, después de todo este tiempo, se habrá

arrepentido de hacérselo.

Se da cuenta de a dónde estoy mirando.

—Tengo otros nuevos. —Se señala la llama que utilizan como logo del grupo sobre el pectoral derecho. A continuación, se da la vuelta para enseñarme una única línea enrevesada que se enrosca sobre sí misma para formar la silueta de una guitarra en la parte superior de su espalda. La palabra *Dreamer* está escrita encima de su codo. *Little butterfly* escrito en mayúscula en el interior del bíceps.

Sexi. Muy sexi. Sin embargo…

—¿Se puede saber de qué querías hablar? —mascullo de mala gana, como si ver esa tinta en su piel me hubiera dejado indiferente.

Baja la vista y juega con el agua.

—Ese chico de antes…

Enarco una ceja.

—¿Graham?

—Graham. —Repite su nombre con voz dura—. ¿Estáis saliendo?

—¿Por qué quieres saberlo?

Las gotas descienden por su frente, por sus pectorales, por la línea de su ombligo hasta…

—Por nada, solo quiero ponerme al día con una vieja amiga.

—Ni soy vieja, ni soy tu amiga, River —aclaro—. Pero no, Graham y yo no estamos saliendo. ¿Has deducido eso solo porque nos has visto hablar?

—Tontear —me corrige. Se muerde el labio como si no hubiera querido decir eso.

Me cruzo de brazos.

—¿Y por eso ya tiene que ser mi novio? El compromiso implica confianza, y yo no confío en las promesas de ningún tío.

«En gran parte, gracias a ti», podría añadir, pero me contengo.

—Entiendo.

—¿Qué me dices de ti? —pregunto con el mismo tono ácido—. ¿Con quién estás ahora? ¿Britney Spears?

—Britney está con Justin Timberlake.

—¿Britney? ¿Es que sois íntimos?

Él se ríe.

—No, la verdad es que no.

De repente, siento rabia. Porque crea que puede hablarme como si nada, porque se tome a risa este tema, porque… Bueno, porque se trata de River. Acaba de aparecer después de tres años y yo todavía estoy intentando gestionar mis emociones.

—¿A qué ha venido cantar esa canción? —me sorprendo preguntando.

Se encoge de hombros. Estamos a más de un metro de distancia, pero ya siento el agua más caliente.

—Me ha parecido un buen momento.

Justo cuando yo estaba a punto de comerme la boca con Graham. Ajá.

—Creía que ya no te gustaba.

—¿Por qué?

—Porque tengo entendido que no la incluiste en vuestro disco.

Ni esa ni ninguna otra en la que yo hubiera participado, a decir verdad.

—Ya… —Se pasa la mano por la cara para quitarse unas gotas de agua—. No era solo mía.

Lo miro fijamente.

—Si no recuerdo mal, firmé un papel.

—Y yo lo rompí en cuanto te fuiste.

La confesión me deja helada.

—¿Qué?

Da otro paso hacia mí. Y otro más. Escucho su respiración muy cerca.

—No me parecía bien cantarla sin ti, Ocean.

«No, nada de Ocean. Ahora no».

Tengo que aparentar que me importa una mierda todo aquello. Que tres años han sido más que suficientes para olvidarme del daño que me hizo.

Me encojo de hombros, pero no retrocedo. No quiero que piense que me afecta de forma alguna tenerlo tan cerca.

—A mí me habría dado igual que lo hicieras. Todo eso está olvidado.

—¿Lo está?

¿Por qué estoy recordando a qué saben sus labios justo en este

momento?

—¿Después de tres años? Por favor, River.

Me mira fijamente, sin decir nada, como si estuviera analizándome. Estoy a punto de zambullirme, cuando algo me roza la pierna. Me acerco más a él de forma inconsciente.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta. Su mano está apoyada en la parte baja de mi espalda.

—He notado un ligero… ¡Mierda! —Doy un bote y termino colgada de su cuello, con las piernas flotando para no tocar la arena.

—Cálmate, tiene que ser un alga.

—¿Y si es otra cosa?

Durante varios segundos, da vueltas conmigo todavía en plan koala, escudriñando la superficie.

—¿No decías que solo era agua?

Giro el cuello para mirarlo con rabia, pero entonces soy consciente de que estoy encima de él, de que mis pechos están tocando la piel de sus pectorales. ¿Pero qué coño…?

—Deberíamos salir —indico, apartándome de golpe. Tenía la nariz casi pegada a la suya, maldita sea.

Sus ojos me recorren la piel húmeda.

—Te digo que solo ha sido un alga.

—Eso no lo sabes.

El corazón me late deprisa. Soy terriblemente consciente de que mis dedos estaban sobre su espalda hace un momento.

—¿Quieres que te lleve en brazos hasta la orilla?

Arrugo el labio. ¿Quién se ha creído que es, Aquaman?

—Claro que no.

Avanza otra vez hacia mí, pero no retrocedo. Se acerca tanto que puedo escuchar su respiración.

—Sé que Freddy te ha dicho lo de la colaboración —dice de pronto, dando otro paso adelante. Su aliento me hace cosquillas en las mejillas. ¿Por qué me está mirando así?—. Canta esa canción conmigo, Ocean. Una vez más.

Parpadeo, como si acabara de despertar de un puñetero hechizo. ¿Todo su acercamiento tenía este propósito desde el principio? Una vez más, lo único que le interesa a este chico es la puñetera música.

—No me lo puedo creer.

—¿Qué?

—Después de tres años, volvemos al mismo punto.

Doy un paso atrás.

—Morgan…

—Pídeselo a Britney —espeto mientras me doy la vuelta. Ya ni siquiera me importa lo que haya bajo el agua—. Seguro que lleva lo del miedo escénico mejor que yo.

Capítulo 47

RIVER

Sigo golpeando el saco sin descanso, hasta que los nudillos me duelen y los músculos me arden. El sudor me recorre la espalda y la frente. Morgan había invadido mis pensamientos desde nuestro reencuentro, pero después de lo de anoche, se ha convertido en una obsesión.

La música del gimnasio no es suficiente para ahogar la conversación que se repite en mi cabeza, una y otra vez. Su aparente indiferencia, la frialdad en su expresión y en sus palabras, que pareció resquebrajarse cuando sus ojos se posaron en mis labios. Cuando sentí las yemas de sus dedos aferrándose a mi piel húmeda.

Tocarla, olerla… Joder, fue demasiado. Tardé un poco en salir del agua, después de que lo hiciera ella, porque mi cuerpo había manifestado de forma física cuánto me atraía. Aún se me contrae el estómago con el recuerdo de su piel suave.

Por eso, me he venido al gimnasio que tenemos en casa, sin apenas pegar ojo, porque necesitaba distraerme con lo que fuera.

VOY. A. VOLVERME. LOCO.

—Estás cargado de energía, ¿eh?

Abrazo el saco para detener el vaivén de los golpes y miro a Cole. Los hombros me suben y bajan por la respiración agitada.

—Creía que anoche habrías descargado un poco.

Pongo los ojos en blanco.

—No me digas.

—Hay rumores de cierto encuentro íntimo en el agua.

—¿Y desde cuándo los rumores son una fuente fiable de información?

Mi amigo me mira con los ojos entrecerrados.

—Entonces, ¿no pasó nada con Morgan?

Pasaron muchas cosas, pero no las que él cree.

—Solo estuvimos hablando.

—En ropa interior y mojados. —Niega con la cabeza, sin dejar de esbozar esa sonrisa socarrona que querría borrarle de un puñetazo —. Tío, ahora entiendo que estés aquí desde tan temprano. Tienen que dolerte los huevos.

—Vete a la mierda.

Cole se ríe y golpea el saco, que aún sujeto con ambas manos.

—Está guapa, ¿verdad?

Levanto la cabeza para mirarlo.

—Siempre ha sido guapa.

—Sí, pero tú ya me entiendes. Ahora tiene esa mirada de… puedo arruinarte la vida sin despeinarme.

Enarco una ceja. A Cole siempre le han gustado las chicas que se lo ponen difícil.

—¿Es que estás pensando en intentarlo con ella?

—Claro que no —asegura, girando el cuello para calentar—. La chica de un colega es intocable.

—No es mi chica.

—Pero te gustaría. —Da unos saltos y lanza puñetazos al aire. No sé por qué cojones no lo niego—. Creo que ya va siendo hora de que hables con ella.

—Ya te he dicho que estuvimos hablando.

Me da un golpe en el brazo que me pilla desprevenido. Suelto el aire por la nariz con fuerza.

—Hablar de verdad, River. —Puedo contar con los dedos de la mano las veces que he visto a Cole tan serio—. Mira, ya sé que no he dejado de repetirte durante estos años que te olvidaras de ella, pero ya que no me has hecho ni puto caso…

Golpeo el saco tres veces con fuerza. Él lo sujeta.

—Ella ya ha pasado página —rumio entre dientes. Otro golpe—. Y yo también.

Mi amigo no dice nada, pero me dedica una sonrisa que me deja bien claro que no me cree en absoluto.

***

Mi madre abre la puerta con una sonrisa contenida. Me estaba esperando.

—¿Está Violet lista?

—Le falta un poco. —Abre la puerta más—. ¿Quieres pasar?

—Eh… —Veo en su cara que espera que acepte. Me digo que solo serán unos minutos—. Vale.

No encuentro grandes diferencias en la casa, más allá del color de las cortinas o las fundas de los cojines, hasta que me percato de que la foto familiar, que siempre han tenido mis padres en una estantería, ya no está. En su lugar, hay una de Violet corriendo en la playa.

Supongo que no tenían ganas de recordar a su hijo muerto y al descarriado.

Si mi madre imagina lo que estoy pensando, no dice nada.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo va todo?

—Bien.

—¿Solo bien? Hijo, qué escueto.

Alzo las cejas. Llevamos más de nueve meses sin hablar, ¿de verdad quiere que nos pongamos al día como si nada?

—Tampoco creo que te interesen los detalles.

Se retuerce los dedos, nerviosa, pero no se atreve a negarlo.

—Te vi en una revista el otro día con esa actriz de *Dark Angel*.

—Jessica.

—Esa. ¿Es tu novia?

—No.

Fue cosa de Jim. La chica y yo habíamos compartido campaña, y a él le había parecido buena promoción insinuar que había algo entre nosotros.

—¿Y no hay nadie especial…? —insiste mi madre.

La hay, siempre la ha habido, pero no pienso hablar de esto con ella. De repente, ¿le interesa mi vida?

—No tengo tiempo para eso.

—Claro. La música.

La puerta de casa se abre y yo me envaro, como el maldito palo de una escoba.

Mi padre se queda paralizado, con la llave todavía en la cerradura.

—¿Qué hace él aquí?

Eso es todo lo que tiene que decir, y ni siquiera se ha dirigido a mí.

—Ya me iba —me apresuro a aclarar. Él termina de abrir la puerta y entra. Me giro para mirar a mi madre—. Dile a Violet que estoy fuera.

—Hijo, espera…

—Déjalo, Helen. Siempre ha sido un cobarde que huye.

Me detengo de golpe y me vuelvo.

—Yo no llamaría huir a que mis padres me echen de casa.

—Veo que sigues siendo incapaz de reconocer tus errores.

Formo dos puños con las manos y procuro respirar profundo.

—Supongo que ya somos dos.

La mirada de mi padre helaría la sangre a cualquiera, pero hace tiempo que decidí que no me vería agachar la cabeza.

—Te crees muy importante, pero no eres más que un egoísta que no ha sabido valorar el esfuerzo que su familia ha hecho por él.

—¿Que no, qué…? —Se me escapa una carcajada sin humor alguno—. ¿Qué esfuerzo exactamente es el que tengo que agradeceros? ¿El de haberme machacado por no estar a la altura de Jason y cumplir con vuestras expectativas? ¿O debería daros las gracias por vuestro apoyo inexistente desde que decidí salirme de vuestro puto camino marcado?

—No tienes ni idea de lo que es el respeto.

La rabia inunda ya todo mi campo de visión. El corazón se me estampa contra el pecho, una y otra vez.

—Yo lo único que sé es que la culpa de perder a vuestros hijos es solo vuestra.

Mi padre aprieta los puños y se acerca tanto a mí que su nariz se habría pegado a la mía de no ser porque yo soy más alto.

—Mira, desgraciado…

Levanta la mano.

—¿Es que ahora vas a pegarme? —pregunto para provocarle. Si

tiene huevos, que se atreva a tocarme—. Porque es lo único que te falta para coronarte como el padre del año.

—Robert…

La súplica de mi madre consigue que baje la mano, pero no retrocede ni un ápice.

Decido hacerlo yo, porque prefiero evitar la tentación de romperle la cara a este hombre que ya me cuesta reconocer como mi padre.

—Escúchame bien. —Levanto la barbilla—. No voy a estar toda la vida pidiendo perdón por ser quién soy o por las decisiones que he tomado. Si tu orgullo es más importante que la felicidad de tu hijo, entonces guárdale mi silla para Acción de Gracias. O puedes metértela por el culo, me da lo mismo, porque no pienso volver a pisar esta casa, ni a mirarte esa cara de amargado que tienes.

Violet ahoga un grito desde lo alto de la escalera.

Le pido disculpas con la mirada, porque odio que haya tenido que presenciar esto y tener que dejarla aquí, pero soy incapaz de permanecer bajo este techo ni un segundo más.

Veo a mi padre rojo de ira, antes de darme la vuelta y bajar los escalones del porche.

Escucho un gemido, seguido de un estruendo a mi espalda.

—¡Robert!

Me giro de golpe y, contra todo pronóstico, echo a correr de nuevo hacia la casa.

Capítulo 48

MORGAN

Estoy jodida. Hoy he soñado con River, y ya hacía tiempo que no me pasaba. He soñado que el acercamiento de anoche terminaba de una forma muy diferente, y me he despertado de golpe, entre sudores, y con el corazón a cien por hora. Ahora las imágenes reales se mezclan con las oníricas en un cóctel explosivo, que me tiene dando vueltas la cabeza.

Definitivamente, tengo que alejarme de él. No puedo volver a meterme en todo eso.

—Morgan, ¿me has oído?

Parpadeo varias veces y miro a Josh.

—¿Eh?

Lisa se ríe en mi cara.

—Déjala, tiene mucho en que pensar.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que sí.

La mirada de nuestro amigo pasa de una a otra.

—Me he perdido.

—Pues que el pasado de Morgan ayer la pasó por encima y…

—No, perdona —la interrumpo—. Aquí a la única que pasó por encima el pasado fue a ti.

Se muerde el labio.

—Eso es verdad. Y por debajo.

Su risa es contagiosa, por lo que no me queda otra que unirme a ella.

—No me puedo creer que conozcáis a The last flame. ¡Y yo convencido de que no te gustaban! —me acusa.

—Y no me gustan.

—No, no escuchas su música, que es muy distinto.

—Lisa, cállate ya. —Me pellizco el puente de la nariz—. Todo esto

es culpa tuya. ¿Para qué los invitaste a la dichosa playa?

—Ya era hora de enfrentarnos a las cuentas pendientes. Si el universo los ha vuelto a poner en nuestro camino, por algo será.

Suelto un bufido. A veces, razonar con ella es imposible.

Josh da vueltas a la pajita de su Pepsi.

—Cole Edwards y Lisa. River Hayes y… tú.

—No pasó nada entre nosotros, ni va a pasar. De hecho, tampoco tengo intención de volver a verlo.

Me mira de reojo, como si no se atreviera a enfrentarse a mí directamente.

—Os vi abrazados en el agua —comenta con la boca pequeña.

—Pues no fue lo que parecía. Algo me tocó el pie y yo…

—¡Venga ya, tía! —exclama Lisa—. Vaya mierda de excusa.

—Que es verdad.

Técnicamente, lo es. Pero también el hecho de que podría haber evitado rodear el cuello de River con mis brazos. O haberme quedado allí colgada, de su cuerpo y su mirada, durante más tiempo del que se consideraría lógico para un arrebato por temor a las criaturas marinas.

La puerta del bar se abre justo en el momento en el que acabo de lanzarle un trapo mojado a Lisa a la cara. Ella lo coge al vuelo y se gira hacia el recién llegado.

—Eh, guapo, ven a darme la razón. —Sale de la barra y se acerca a Freddy—. ¿Verdad que no nos creemos que…?

Mi amiga se detiene de golpe al ver la expresión del chico.

Me da un vuelco el estómago. Algo va mal.

—¿Freddy? —pregunto, sintiendo una angustia creciente en mi interior—. ¿Qué pasa?

Se le marca la mandíbula cuando aprieta los dientes y traga saliva.

—Al padre de River le ha dado un infarto.

—¿Está…?

—Creo que estable —responde—, pero le están haciendo pruebas. He creído que tenías que saberlo.

No le debo nada a River, acabo de asegurarles a mis amigos que no tengo intención de volver a verlo y, sin embargo, me veo quitándome el delantal antes de ser consciente de haber tomado

una decisión.

—Ve, tranquila —me dice Lisa cuando la miro, incapaz de articular palabra.

Me limito a sonreírle en agradecimiento y salir tras Freddy, con el miedo atenazándome el estómago.

No dejo de pensar en cómo estará River. Sé que siempre ha tenido una relación complicada con su familia, pero quizá, en estos tres años, se hayan acercado. No lo sé. En cualquier caso, debe de estar sufriendo, y yo, no sé por qué, necesito estar allí.

Una especie de tregua es posible en estos casos, ¿no? El rencor, los celos, las pullitas… Todo pasa a un segundo plano en este momento.

***

Ni siquiera me había planteado que podría haber fotógrafos en la puerta del hospital, esperando como buitres a que les caiga algún pedazo de carnaza. Lanzan preguntas y acercan sus micrófonos.

Freddy me pasa un brazo por los hombros en actitud protectora.

—Esto es…

—Horrible —dice—. Un puñetero circo.

—No sé cómo podéis soportarlo.

Me aprieta más contra él.

—¿Con sinceridad? Yo tampoco.

Su voz suena resignada, triste y apagada. Parece que el Freddy optimista y desenfadado que yo conocía ya no esté ahí. No del todo.

Ya en el ascensor, no dejo de estrujar el bajo de mi camiseta, nerviosa.

—A lo mejor no tendría que haber venido.

—Créeme, se va a alegrar de verte.

No estoy segura de eso, pero no me imagino saliendo de allí sin verlo. Puede que ya no seamos amigos, pero siento que tengo que estar aquí, y cualquier otra opción no es aceptable.

River está sentado en una de esas sillas de plástico tan

incómodas, con los codos sobre las rodillas y la vista fija en algún punto del suelo. Cole está a su lado, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados.

Me quedo rezagada cuando Freddy le da un toque en el hombro.

Siento que los ojos me escuecen cuando veo los suyos enrojecidos, su expresión descompuesta y su piel más pálida, ahora bajo la luz de los fluorescentes.

En el momento en que gira la cabeza y me ve, estoy tentada de echar a correr.

Pero no lo hago.

Sigo ahí clavada, sin avanzar ni un solo paso.

Él se pone en pie, despacio. Le da un toque en el brazo a Freddy y echa a andar hacia mí. Parece cabreado. Tiene los puños apretados y el ceño fruncido.

—River, yo…

Cierro la boca de golpe, en cuanto sus brazos me rodean con fuerza. Su cara busca refugio en el hueco de mi cuello.

—Has venido. —Su voz suena ronca, como si llevara tiempo sin hablar. Como si le faltaran fuerzas para hacerlo.

Le devuelvo el abrazo, incapaz de apartarme ahora.

—Siento mucho lo de tu padre.

Se me parte el alma cuando lo escucho sollozar.

Capítulo 49

RIVER

Freddy y Cole han ido a tomar café. O esa es la excusa que han dado para dejarme a solas con Morgan.

Aún no me puedo creer que esté aquí. No le he pedido a Freddy que le contara lo que había pasado con mi padre, pero me alegro de que lo haya hecho, porque, con ella a mi lado, todo es mucho más fácil.

Siempre lo ha sido.

Ha habido un momento ligeramente incómodo cuando nos hemos separado. Como si no supiéramos qué hacer con las manos, ella ha jugado con la cadena de su bolso y yo las he guardado en los bolsillos.

Me he limpiado las lágrimas; es la primera vez que lloro delante de ella.

Me dejo caer de nuevo en una silla, porque me siento completamente exhausto.

—Es buena señal que esté despierto —dice, rompiendo el silencio. Se sienta a mi lado.

—Sí, supongo.

—¿Violet está…?

—Con mis abuelos. —Alzo la cabeza para mirarla—. Quería venir, pero mi madre no la ha dejado.

—Debe de estar asustada.

Asiento.

—Ha sido tan repentino. —Me paso las manos por el pelo y suspiro—. No tenía que haber ido a su casa.

Su casa, porque ya no es la mía.

—No ha sido culpa tuya, River.

La miro, con la angustia desbordándose por cada poro de mi cuerpo.

—Estaba discutiendo conmigo. Le he dicho cosas que… —Trago saliva—. Claro que ha sido culpa mía.

No dice nada. Se limita a poner su mano en mi hombro. Me aferro con fuerza a las puntas de sus dedos.

—No pensaba que me importaría tanto si le pasaba algo —confieso en voz baja. En el silencio del pasillo, me parece que incluso sueno demasiado alto—. Pero no sé si el único motivo es que me siento culpable o que, en el fondo, a pesar de todo…

—Quieres a tu padre.

Niego con la cabeza.

—¿Qué sentido tiene?

—El amor no suele tener sentido. Si lo tuviera, no seguiríamos queriendo a las personas que nos han hecho daño. —La miro a los ojos, que brillan por la emoción contenida. Sus dedos han resbalado por mi hombro y se han entrelazado con los de su otra mano—. ¿Qué sentido tiene que tú quieras a tu padre o que yo quiera a mi madre? Pero hay algo ahí que…

—¿La sangre?

—No lo sé, pero son nuestros padres. Estamos programados para quererlos, aunque sean horribles.

—Creo que todo tiene un límite —confieso—. Uno al que ni siquiera la sangre es inmune.

—Entonces, supongo que aún no lo hemos atravesado, porque tú estás aquí y yo sigo viviendo con ella.

Esbozo media sonrisa, como reflejo de la suya.

—Pero debemos de estar cerca.

Su risa es como una caricia. Se le escapa una lágrima y yo ni siquiera lo pienso cuando extiendo la mano libre para atraparla con el pulgar. Ella se tensa, pero no se aparta. Mis ojos viajan a sus labios entreabiertos. El corazón me late en la garganta. Aparto la mano.

—¿Crees que aún podrían cambiar?

—No.

—No has tenido ni que pensártelo.

Se muerde el labio.

—Lo siento, pero para cambiar primero tendrían que reconocer

que tienen que hacerlo. Y no sé tu padre, pero mi madre no es de las que reconocen nada.

—Ya.

Trago saliva antes de hablar, pero la voz me sale un poco ronca, como si me faltaran fuerzas.

—¿Por qué has venido, Ocean? Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, no le encuentro…

—¿Sentido? —Sonríe. Late en mi pecho cierta esperanza. ¿Me está queriendo decir que…?

Quiero seguir preguntándole, pero la puerta de la habitación de mi padre se abre y mi madre sale con el rostro serio, demacrado. Me pongo en pie de golpe.

—Está bien —se apresura a decir—. Dentro de la gravedad, ha tenido suerte. Pero es mejor que no entres ahora, por si acaso.

Por si acaso la presencia de su hijo lo altera lo suficiente como para provocarle otro ataque al corazón.

Suspiro, aliviado también en parte por no tener que entrar, y me doy cuenta de que Morgan se ha levantado conmigo. Los ojos de mi madre se posan en ella.

Carraspeo, incómodo ante su escrutinio.

—Esta es Morgan. Es…

—Una amiga de River —dice ella, ofreciéndole a mi madre la mano. Aunque hace años se vieron, solo fue de lejos. Nunca llegué a presentarlas—. Lamento lo de su marido.

—Gracias por venir. —Mi madre acepta su saludo y sonríe con amabilidad.

Morgan recoge su bolso de la silla y se lo cuelga en el hombro.

—Les dejo tranquilos.

—No hace falta que te vayas —le indico, aunque casi parece una súplica. No quiero que me deje.

—Nos vemos otro día, ¿vale?

Suspiro. Supongo que debería hablar con mi madre, después de lo que ha pasado.

Morgan se despide de ella y me lanza una última mirada antes de desaparecer por el pasillo.

Me vuelvo hacia mi madre. Ella me indica que nos sentemos.

—Lo que le has dicho a tu padre…

—Ya sé que me he pasado.

—Tenías razón, hijo.

Alzo la vista, sorprendido.

—¿Qué?

—No hemos sido unos buenos padres. Y no sé ni por dónde empezar a pedirte perdón.

No puedo creer lo que oigo. Ni lo que veo, porque mi madre está… ¿llorando?

—Mamá…

—Déjame que te abrace primero, ¿vale? —Sorbe por la nariz—. Ya habrá tiempo para hablar después.

No tenía ni idea de que un abrazo de mi madre podría llegar a reconfortarme tanto.

Capítulo 50

MORGAN

Estoy cabreada con todo el mundo.

Con el gilipollas de la barra que no deja de silbar para llamarme.

Con Roger, por pedirme que cante esta noche otra vez, porque el solista que había contratado no puede venir.

Con el solista, por romperse una pierna justo hoy, que lo que menos me apetece es exponerme ante nadie.

Con Freddy, que me observa con una sonrisa acusadora en su bonita cara.

Con River, por aparecer de repente en mi vida y hacer que me dé vueltas la cabeza.

Y, sobre todo, conmigo, por no mantenerme todo lo firme que me prometí que me mantendría si alguna vez se volvían a cruzar nuestros caminos.

Tengo que guardar las distancias. Apenas lo he visto dos veces y ya nos hemos abrazado. ¿Qué me pasa?

—Pareces estar a punto de matar a alguien.

Fijo la vista en Freddy. Lleva una camiseta *tie dye* en tonos azules, que resalta el color de sus ojos.

—Me lo estoy planteando seriamente —digo, mirando de reojo al tipo que está a tres taburetes de él.

—Hazlo, yo confirmaré tu coartada.

Se me escapa una sonrisa.

—Ahora eres famoso, y tendrás contactos para cubrir mis huellas.

—Por supuesto. —Da un chasquido con los dedos—. Todo borrado de un plumazo.

Bromeamos un poco más y consigo relajarme un poco. Freddy tiene ese efecto calmante en la gente.

—¿River tiene algo que ver con ese ceño fruncido o es cosa mía?

—Podría mentirte y decirte que no.

—Y yo no te creería. —Se echa el pelo a un lado, en ese movimiento que vuelve locas a las adolescentes.

Suspiro.

—¿Cómo sigue su padre?

—Creo que van a darle el alta pronto. River ha estado ocupándose de su hermana, pero no ha ido al hospital, por petición expresa de su madre.

—¿Ha vuelto a su casa?

Niega con la cabeza.

—Se ha traído a la cría a la nuestra. —Sonríe como lo haría un hermano mayor—. Está como loca. En especial, por estar cerca de Cole.

Alzo las cejas.

—¿A Violet le gusta Cole?

—Ya, yo tampoco lo entiendo. ¿A quién puede gustarle ese bocazas arrogante?

Pongo mi mano sobre la suya.

—Un bocazas arrogante que todavía te tiene colgado, ¿no?

Me aprieta los dedos.

—Para mi desgracia —confiesa—. Al menos tú has tenido la suerte de no ver a River en este tiempo, y eso facilita las cosas. —Se arrepiente al segundo de esa última frase—. Perdona, Morgan, no quería decir eso. Lo tuyo fue una putada.

—Tranquilo, tienes razón —coincido—. No sé si habría podido olvidarlo de haberlo visto a diario.

Sus ojos inquietos me escudriñan.

—Claro, porque lo has olvidado por completo.

—Me iba muy bien hasta hace unos días —me limito a responder de mal humor—. Y no es que sienta algo por él, como lo que sentía. Es que… no me gusta remover el pasado. La mierda siempre termina salpicándote cuando lo haces.

—En el pasado también hay cosas buenas.

—Las malas las han sepultado.

—Claro que no, o no habrías ido a ese hospital hace dos días.

Me tapo la cara con las manos y gruño de frustración.

—¿Por qué habéis tenido que aparecer? No te ofendas.

—Venga, desahógate conmigo.

—Tampoco quiero aburrirte.

Apoya los codos sobre la barra.

—Empieza a hablar, preciosa.

Cojo aire. ¿Por qué con él es casi como si no hubieran transcurrido tres años?

—No quiero que los últimos acontecimientos le hagan creer que aquí no ha pasado nada.

—Entiendo. Necesitas que sepa que los niveles de rencor siguen en lo más alto.

—Pues sí. —Chasqueo la lengua—. Bueno, no. Lo que necesito es no volver a verlo más.

—Eso va a estar un poco complicado. —Se muerde el labio, culpable—. Hemos quedado aquí en diez minutos.

—¡Freddy!

—Lo siento, ¿vale? Él quería venir, ¿qué querías que le dijera?

—Que la camarera no piensa atenderlo.

—No creo que venga por la bebida.

Le lanzo una mirada de rencor.

—Sé lo que intentas hacer.

—Y yo no sé de qué hablas.

Lo apunto con el dedo.

—No te va a salir bien, ¿te enteras?

—Ya veremos —murmura contra el canto del vaso.

Lisa y Cole aparecen por fin. Se suponía que él la había acompañado al almacén para ayudarla, pero, por sus mejillas encendidas y el pelo medio revuelto, diría que han estado haciendo otra cosa.

Echo un vistazo a Freddy, que se encoge de hombros.

Odio ver resignación en sus ojos.

—¿Y el hielo? —pregunto cuando mi amiga se mete detrás de la barra.

—¡Mierda, el hielo! —Se da una palmada en la frente—. Sabía que se nos olvidaba algo.

—Era vuestra única tarea.

—Nos hemos entretenido colocando unas cajas.

Mi amiga está rara. Habla deprisa y sorbe por la nariz, igual que Cole. La observo fijamente.

—Unas cajas —repito.

—Exacto. —Evita el contacto visual.

La agarro del codo y la obligo a mirarme.

—¿Ahora vas a empezar a meterte mierda?

—¿Qué dices?

Me dirijo a Cole.

—¿Qué le has dado?

—Un poco de amor.

Freddy suelta un bufido.

—Límpiate la nariz, anda.

El bajista se pasa el dorso de la mano por esa zona y sonríe de medio lado.

—No va a colar si digo que me he caído sobre un saco de harina, ¿verdad?

Lisa y él rompen a reír. A mí no me hace ni puñetera gracia.

—Vamos, tía, solo ha sido una —explica mi amiga. Junta el pulgar y el índice hasta que casi se tocan—. Muy pequeñita.

—Estás trabajando, Lisa. No puedes dejarme aquí tirada para ir a drogarte al almacén.

—¿Por qué te pones así? Han sido quince minutos.

—Quince minutos a solas con este idiota y mírate, colocada en horas laborales.

—¡Eh! —se queja el idiota, pero cierra la boca en cuanto se encuentra con mi mirada asesina.

Lisa me pasa el brazo por los hombros.

—Relájate, Morgan. Es sábado por la noche, Cole solo quería animarme un poco.

Suspiro. No puedo cabrearme con ella cuando me mira con esos ojos suplicantes.

—Pues pídele que te cuente un chiste la próxima vez.

Los dos se ríen y, poco a poco, el ambiente se destensa.

No es que mi amiga vaya poniéndose hasta el culo cada fin de semana, pero no quiero que ahora que Cole está aquí…

En fin, todos somos mayorcitos. No puedo estar preocupándome

de eso ahora. Si de verdad ha sido algo puntual, supongo que debería dejarla en paz.

Los minutos pasan y los cuatro terminamos hablando de todo un poco. De música, conciertos, series de televisión… Por un momento, parecemos un grupo de amigos de lo más normal. Una parte de mí me dice que no debería estar divirtiéndome con ellos como si nada, pero otra… solo quiere que me deje llevar.

Hasta que llega el que faltaba y yo vuelvo a tensarme y a ponerme en guardia.

River va completamente de negro. Gorra, camiseta sin mangas y pantalones. Si lo que busca es pasar desapercibido, no lo consigue. No del todo. Varias chicas lo siguen con la mirada hasta que llega a la barra.

—Hola. —Echa un vistazo a todos y se detiene en mí con una sonrisa.

Bajo la vista, decidida a no mantener demasiado el contacto visual.

—¿Cómo está Violet? —pregunto.

—Tremendamente insoportable. —Bufa y se sienta sobre el taburete libre—. Esa cría no para hasta conseguir lo que quiere.

Freddy lo observa con los ojos entrecerrados.

—Te noto distinto. —Echa un vistazo a la parte trasera de su cabeza y abre mucho los ojos—. ¡No me lo puedo creer! ¿Te ha convencido?

El batería le quita la gorra sin preguntar, dejando su nuevo corte de pelo a la vista. Ahora lo lleva corto, muy corto para lo que nos tiene acostumbrados. Nada de mechones que le lleguen a los hombros o incluso a la barbilla, los más largos le llegan a la mejilla, pero se los aparta hacia un lado.

Joder, está guapísimo.

—Reconozco que me lo había planteado, pero la insistencia de mi hermana ha sido clave para tomar la decisión. Una tarde más de «deberías cortarte esas greñas» y me tiro por un puente.

—Te queda bien.

—A ver. —Cole se acerca y mete la mano entre los mechones cortos—. Una extensión decente para que las tías puedan agarrarte,

lo apruebo.

River lo aparta de un manotazo y se ríe.

—Déjame en paz.

—¿Lo sabe Jim?

—¿Que me he cortado el pelo? —Frunce el ceño—. ¿Qué más da?

—Eso díselo a la prensa mañana —añade Freddy—. El roquero salvaje se corta la melena, ¿qué opinarán las chicas? ¿Habrá perdido parte de su encanto?

Cole pone una mano en el hombro de cada uno de sus amigos.

—Vamos a preguntárselo. —Nos mira a Lisa y a mí—. Aquí tenemos a dos representantes del sector femenino. ¿Qué os parece el nuevo *look*?

Lisa me mira de reojo y sonríe.

—Le hace cara de niño bueno. Me gusta.

—¿Morgan?

Me permito fijarme en River unos segundos. Él me observa y se echa el pelo hacia atrás, en lo que a mí me parece cámara lenta.

Carraspeo.

—Está bien.

Me maldigo mil veces por ser la causante de esa sonrisa arrogante. Lo que le faltaba, como si no tuviera ya a bastantes chicas diciéndole lo increíblemente perfecto que es. Qué subidito se lo tiene.

Me limito a atender a clientes y a ignorarlo a partir de ese momento todo lo que puedo. Finjo que no me doy cuenta cuando pone sus ojos en mí. Me he alejado todo lo posible de los chicos, que hablan y beben e interactúan con Lisa.

Me giro para buscar unas botellas y, al volverme hacia la barra, me lo encuentro delante.

—¿Podemos hablar?

—Estoy trabajando.

Frunce el ceño.

—Solo será un minuto.

—No tengo un minuto, River.

—La chica es difícil, colega. —El gilipollas de los silbidos sigue ahí, mirándonos—. Le gusta hacerse de rogar.

River le lanza una mirada que le borra la sonrisa de golpe, pero más allá de eso, lo ignora para volverse hacia mí. Se inclina sobre la barra y habla más bajo para que el otro no le oiga.

—Quería agradecerte otra vez que vinieras al hospital.

—No fue nada, tranquilo.

—Fue mucho, Ocean. Y me gustaría que pudiéramos volver a…

—No sigas, por favor. —Alzo la mano—. No utilices el plural.

—Ni siquiera sabes lo que iba a decir.

—Es que no quiero saberlo —le espeto con la esperanza de que note la determinación en mi voz—. No puedes aparecer de repente y esperar que me parezca bien.

Su expresión se endurece.

—Creía que, después de tres años, ya lo habías olvidado.

Noto el rencor en su voz. Eso es lo que le dije la otra noche en la playa.

—Y está olvidado —afirmo—. Por eso, no quiero volver a recordarlo.

—Vale, en ese caso… —Otra vez se toca el pelo. ¿Quiere parar de una vez?—. ¿Y empezar de cero?

—¿Empezar de cero? ¿Tú y yo?

Este chico alucina.

—Claro. —Me ofrece la mano—. Hola, me llamo River. Soy amigo de Freddy y Cole.

—Esto es ridículo.

Suelta un bufido.

—Joder, Morgan.

—¡Eh, guapa! —Silbidito—. Ponme otra.

Cierro con fuerza los ojos un segundo y suspiro. Entre unos y otros, están acabando con mi paciencia.

—No soy un puñetero perro.

—¿Eh?

—Que dejes de silbarme o te tragas la botella. ¿Me has entendido?

Le pongo el vaso de *whisky* delante, con tanta fuerza que le salpica en la camiseta blanca. El tipo levanta las manos y arruga la nariz.

—¡Ten cuidado, joder! Serás manazas.

Estoy a punto de contestar, pero River se me adelanta. Gira el cuerpo y lo mira.

—Ten cuidado tú, y háblale con respeto o tendremos un problema.

—¿Y a ti qué cojones te importa cómo le hable a esta zorra?

No me da tiempo a contestar porque River se levanta de golpe, tirando el taburete hacia atrás, y se inclina sobre el otro.

—Mira, pedazo de mierda…

—Eh, tío, para. —Freddy le pone la mano en el brazo y echa un vistazo a su alrededor. Hay gente mirando—. No montes un espectáculo.

Nunca había visto a River así. El corte de pelo ya no es suficiente para hacerlo parecer un niño bueno.

—Haz el favor de sentarte —le exijo.

—Te estaba insultando.

—Sé defenderme sola, River. No necesito que hagas nada por mí.

Me mira fijamente, sin parpadear. Se le marca la mandíbula cuando aprieta los dientes y termina ignorando a ese idiota. Mark, uno de los de seguridad, ya se acercaba para echarlo. Al tipo no hay que repetírselo dos veces; se larga a toda prisa, lanzando una mirada a River por encima del hombro.

—¿Todo bien, chicas? —pregunta Mark.

—Sí, sí —me apresuro a aclarar.

Lisa me coge del codo.

—¿Segura?

—Solo era un gilipollas.

—Vale, pues… tu guitarra te espera.

Roger está junto al escenario haciéndome señas para que me acerque.

Ignoro las miradas de River y los demás, y me aproximo a los vestuarios para coger el instrumento. Me quito el delantal y la pinza del pelo, y respiro hondo antes de volver a salir.

Me siento sobre el taburete que hay en el centro del escenario. Esta noche estaremos solas mi guitarra y yo, como en los viejos tiempos.

Levanto la vista hacia el público cuando el foco me apunta de pleno.

No puedo evitar fijarme en un rostro en concreto.

El chico de los ojos verdes me observa en silencio, con los brazos cruzados y la expresión todavía taciturna. Trago saliva. No puedo negarme a mí misma que me he sentido bien al verlo defenderme, pero sí puedo negárselo a los demás.

Quiero que entienda que no le necesito. Y, por si todavía no le ha quedado claro, pienso decírselo ahora mismo de la forma que él mejor entiende.

Mis dedos comienzan a rasgar las cuerdas de la guitarra, pego los labios al micrófono y empiezo a cantar *Stronger* de Britney Spears.

Capítulo 51

RIVER

Tengo la mirada perdida en el océano oscuro, mientras Jim sigue taladrándome con su estrategia de la noche. Meter a toda esta gente en casa ha sido idea suya, y no puede apetecerme menos.

—Es una fiesta —dice Freddy—, ¿no podemos divertirnos sin más?

—Una fiesta nunca es solo una fiesta —responde nuestro representante—. Es la oportunidad perfecta para abrir y cerrar negocios, para seguir escalando en la pirámide.

—Yo es que estoy cómodo aquí.

—La ambición es una virtud, Freddy.

—O una tragedia, según se mire.

Jim se gira para mirarme.

—Rebecca ha venido para esto, River. Sabe lo que hay que hacer. Y vosotros no podéis hacer simplemente lo que os da la gana. Ya te has divertido jugando a los peluqueros, pero esto es otra cosa.

No le ha convencido mi nuevo *look*, pero me niego a que también controle eso.

—Creía que teníamos que aparentar ser libres y accesibles —digo con amargura—. ¿Ahora quieres que nos inventemos una relación?

—No tienes que casarte con ella, solo dejar que os vean juntos. ¿Sabes cuánto se multiplicará el interés cuando salga el videoclip, si la gente cree que hay algo entre vosotros?

Rebecca es modelo, y es la protagonista de nuestro último videoclip, que saldrá en un par de semanas. La chica es guapa, no lo niego, pero ya ha cumplido con su trabajo. Estas gilipolleces no van conmigo.

—La publicidad es lo más importante.

Lo miro desde la tumbona en la que estoy sentado.

—Nuestro sistema de prioridades es bastante diferente.

—Y por eso me pagáis. El talento musical no sirve de nada si no

tienes a alguien que sepa dirigirlo hacia algún sitio. —Aprieta los dientes—. Que no se os olvide.

Siempre dejándonos claro que no habríamos llegado donde estamos sin él. Probablemente, tiene razón, pero empiezo a cansarme de toda la mierda que nos exige a cambio.

Se da media vuelta y finge alegrarse muchísimo cuando se encuentra con Kevin McLean, un director de *castings* bastante impresentable, en mi opinión.

—¿Crees que podremos mandarlo a la mierda en algún momento?

Miro a Freddy. Tiene la nariz metida en otro vaso.

—¿Qué tal ahora? —propongo—. Odio cuando va de casamentero.

Mi amigo se ríe.

—Sí, aunque puede que tenga razón. No tienes que hacer nada con Rebecca, pero si os ven juntos, cómplices…

—Dios, hablas como él.

—Eh, tampoco hay que insultar.

Sonrío de medio lado y luego suspiro, con la vista puesta en la gente. No me esfuerzo por enfocar las caras, solo dejo que mis ojos vaguen por el recinto de la piscina. Las luces, la música, los bailes, las risas, el alcohol y las drogas corriendo sin control.

Todo aquello me resulta familiar y, a la vez, ajeno. Como si, aunque esté harto de verlo, siguiera sin formar parte de mí. De lo que soy.

La gente alza la mano para saludarnos. Nos guiñan un ojo, nos sonríen. Todos nos conocen, aunque en realidad solo creen hacerlo. Lo único que saben de nosotros es la idea que se les ha vendido.

Solo quiero que todos se vayan de aquí y nos dejen tranquilos.

—¿Era esto lo que querías cuando empezamos?

—¿Fama y falsedad? Por supuesto —suelta Freddy con sarcasmo.

—¿Y por qué lo hacemos?

Mi amigo me mira con… ¿lástima? No quiero darle lástima, joder. ¿Tan deprimente soy?

—Por las personas que hacen colas durante horas bajo el sol o la lluvia para vernos, por las que nos escriben cartas donde aseguran que nuestras canciones hacen su vida más llevadera…

Trago saliva.

—Ya.

—No habríamos llegado a todas ellas, si no fuera por el imbécil de Jim, por mucho que me joda admitirlo.

—Sí, pero ya estamos aquí. Lo hemos conseguido. ¿Cuánto más vamos a seguir tragando?

Suspira.

—No lo sé, River.

Veo la tristeza en sus ojos y me siento culpable por expresar mis quejas en voz alta. Porque, si hay alguien que tiene que estar harto de todo esto, es él. Le doy un apretón en la rodilla.

—Somos el alma de la fiesta, ¿eh?

Se ríe.

—Necesitamos un poco de alcohol para fingir que nos lo estamos pasando en grande.

Estoy a punto de darle la razón, cuando distingo a alguien buscando un hueco para pasar en medio de la gente. Alguien a quien no esperaba ver allí.

—O puede que lo que tú necesitas acabe de entrar por la puerta —dice mi amigo—. Te brillan los ojos, colega.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —Me pongo en pie, nervioso.

Está en nuestra casa. Morgan está en nuestra casa. Reprimo el impulso de acercarme y espero, impaciente, a que las chicas nos vean.

—¿Tú qué crees? Cole se lo comentó a Lisa. Y yo pensaba comentárselo a Morgan hasta que… Bueno, te mandó a paseo en el bar.

Ignoro eso último y lo miro fijamente.

—¿Sabías que iba a venir y no me has dicho nada?

—¿Y perderme tu cara ahora mismo? Ni de coña. —Me da una palmada en la espalda—. Además, no estaba seguro de si vendría.

Me peino con los dedos como puedo y me estiro la camiseta. Cole las ha encontrado y se ha puesto a besarlas y a presentarles a un montón de gente.

—Estás nervioso —observa Freddy, ocultando su sonrisa tras el vaso.

—No seas ridículo.

—Ya, y yo soy el ridículo… Acércate de una vez.

—Están hablando con… ¿No es ese el actor de *American Pie*?

—Chris Klein. —Freddy suspira—. ¡Qué bueno está!

Miro de reojo a mi amigo un segundo. El tal Chris no ha quitado la mano del hombro de Morgan desde que se la han presentado. Se acerca a decirle algo al oído y ella se ríe.

—¿Qué cojones le estará diciendo? Acaba de conocerla.

—Los tíos como él no necesitan mucho tiempo para ligar, River.

La euforia por ver a Morgan en la fiesta se está convirtiendo en otra cosa. No me apetece ver cómo se le echan encima los moscardones de Hollywood.

Suspiro aliviado cuando Cole las separa del grupo de idiotas descamisados y las trae hasta nosotros. Lisa me da un pequeño abrazo, pero Morgan se limita a darme la mano.

No la suelto enseguida. Si es el único contacto que va a ofrecerme, voy a disfrutarlo un poco.

—Estás preciosa —le digo. Me da igual que nuestros amigos estén delante.

—Eso le estaba diciendo Chris.

Miro a Lisa, molesto, y le suelto la mano a su amiga.

—Pues qué bien.

—Jim me ha dicho lo de Rebecca —comenta Cole. Nos sentamos en los sofás que hay alrededor de una de las mesitas de centro llenas de aperitivos—. ¿Hasta dónde tienes que llegar exactamente con ella?

Desvío la mirada un segundo hacia Morgan antes de fijarla en mi amigo. ¿Se quiere callar, el muy bocazas?

—Le basta con flirtear con ella —responde Freddy por mí—, pero no está por la labor.

Pongo los ojos en blanco. No tengo ganas de seguir con este tema.

—¿Por qué no me dejáis en paz y os vais a disfrutar de vuestra fiesta?

—Tiene razón, vamos a divertirnos.

Lisa tira de Freddy para sacarlo a bailar. Cole anuncia que va a por unas bebidas. Y Morgan está dando vueltas a un anillo dorado en su

dedo índice.

—Me ha sorprendido verte aquí —comento para romper el hielo. Me acerco un poco, pero dándole espacio—. Si hubiera sabido que querías venir, te habría invitado yo mismo.

—He venido por Lisa.

—Pues me alegro de que lo hayas hecho. —No me devuelve la sonrisa, y ya no puedo aguantar más—. ¿Puedo saber qué te pasa conmigo?

Alza la vista.

—¿Cómo?

—Me dices que has olvidado todo lo que pasó, tratas a Freddy y a Cole como siempre, pero yo…

—Tú eres un peligro, River.

Frunzo el ceño.

—¿Un peligro por qué?

Niega con la cabeza.

—Déjalo.

—No quiero dejarlo. No quiero que estemos así.

—¿Qué más te da? Te ha ido bien sin mí estos años.

Sonrío con amargura. «Bien» no es la palabra que yo utilizaría para describir el tiempo que hemos estado separados. Sí, he vivido momentos increíbles en mi carrera, pero nada ha sido lo mismo desde que la dejé atrás.

—Sigues guardándome rencor. Por eso no me das una oportunidad.

—He aprendido a protegerme, eso es todo.

—No necesitas protegerte de mí.

Sus ojos me dicen lo contrario.

—Lo que no necesito es que tú me digas lo que tengo que hacer. Acepta mi cordialidad y mi respeto, y sigue con tu vida, tu música y tus flirteos. —Señala con la cabeza a una chica que nos está mirando fijamente. Rebecca—. Te están esperando.

—No es tan fácil como crees.

—¿Flirtear? Pues la verdad es que creía que sí, teniendo en cuenta tus años de experiencia.

Fuerzo una sonrisa.

—A lo mejor debería pedirle unas clases a tu amigo Chris.

Nos sostenemos la mirada, como si retáramos al otro a ser el primero en apartarla. Me da igual lo increíblemente sexi que esté con ese vestido, no voy a caer en la tentación de bajar los ojos hasta sus piernas.

—¿Quieres que le pregunte por ti?

Tuerzo una sonrisa. Si me acerco un poco más…

—¿Intentas provocarme, Ocean?

Se humedece los labios y yo me pierdo en ellos por un momento. ¿Y si la beso ahora mismo? ¿Se apartaría? Porque sus palabras dicen una cosa, pero sus ojos… ¿Qué me quieren decir sus ojos?

Un carraspeo rompe nuestro contacto visual. Me giro y levanto la cabeza con fastidio.

—Hola, River.

Los labios rojos de Rebecca sonríen mientras se echa la melena castaña a un lado.

—Rebecca —saludo. Luego señalo a la chica que tengo al lado—. Esta es Morgan.

Se estrechan la mano. La modelo la mira de arriba abajo.

—¿También eres actriz?

—Soy camarera.

—Ah.

Estoy tentado de decir que también es compositora, porque es la verdad, pero no veo la necesidad de tener que demostrar nada, como si el hecho de trabajar detrás de la barra de un bar no fuera suficiente.

No quiero ser maleducado, pero no voy a hacer esta noche el paripé con Rebecca, por mucho que Jim esté mirándonos desde el otro lado de la piscina.

—Yo ya me iba.

Morgan se levanta y yo la sigo, sin importarme que la otra chica esté esperando.

—Ocean, quédate.

Su expresión ha vuelto a endurecerse.

—No sé qué pinto aquí.

—Yo tampoco.

Su sonrisa es de resignación.

—Tú eres la estrella, River. Igual que ella. —Miro por encima del hombro hacia donde señala y veo que Rebecca está de brazos cruzados, observándonos—. Este es tu mundo, no el mío.

¿Mi mundo?

Mi mundo me está dando la espalda justo en este momento.

Capítulo 52

MORGAN

Alguien me pone un cóctel en la cara. Alguien que lleva un anillo de plata en el pulgar que reconozco al instante. Sonrío y me giro.

—Me has leído el pensamiento. —Me llevo el vaso a los labios.

Freddy me guiña un ojo.

—Es uno de mis superpoderes.

—¿Tienes más de uno? ¿Qué más hay?

—Se me da bastante bien ocultarme.

Le paso la mano por la cintura y apoyo la cabeza en su hombro.

—Ay, Freddy…

—¿Tú también quieres largarte de esta fiesta?

Mis ojos me traicionan y buscan a River, que está hablando con Rebecca donde lo he dejado. Se han quedado de pie, a cierta distancia, pero ella acaba de tocarle el brazo y soltar una carcajada.

—No me importaría perdérmela, la verdad.

Freddy sigue la dirección de mi mirada y suspira.

—Es todo un *show*, Morgan. No es real.

—¿El qué? ¿Que esté hablando con una chica?

—Que le interese hablar con esa chica. Te aseguro que River tiene menos ganas que tú y que yo de estar aquí.

Me encojo de hombros.

—Se supone que no me importa.

—¿Se supone?

Lo miro. Acabo de cagarla.

—Quiero decir, que no me importa.

—Ya.

—No, no sonrías así.

Le doy un empujón, pero él se ríe en mi cara. Lisa se deja caer en un puf de color rojo que hay a nuestra izquierda. Coloca la copa en la mesa y gira la muñeca, poniendo una mueca de dolor.

—¿Qué te pasa?

—Es increíble lo que agota escribir tu número de teléfono sin parar. He hecho pleno con los de Jimmy Eat World.

Freddy se ríe.

—Si estás disfrutando de esta fiesta, te has equivocado de rincón. Este es el de los que estamos hartos.

—Ya estoy yo aquí para haceros cambiar de opinión.

—¿Y Cole?

—Estaba tonteando con una modelo de Victoria's Secret.

—¿Y te da igual?

Mi amiga se encoge de hombros.

—No es mi novio. Además, ¿has visto lo sexi que es ella? Estoy planteándome entrarle yo también.

Freddy alza las cejas.

—¿Ahora te van las tías?

Ella se encoge de hombros.

—No me cierro puertas. —Lisa da un sorbo—. ¿Y qué hay de ti, Freddy? ¿No te gusta nadie de esta fiesta?

El chico intercambia una mirada conmigo que es imposible que haya pasado desapercibida.

Lisa abre mucho los ojos y lo señala.

—¡Empieza a hablar! ¿Alguna actriz? ¿Cantante? ¿Una de las del *catering*?

—¿Por qué presupones que es una mujer?

Doy un respingo. Y ahí está, mi amigo quitándose otra capa.

—¡¿Te gustan los tíos?!

—¡Baja la voz!

—Lo siento —susurra ella. Me mira—. ¿Tú lo sabías?

—Morgan lo sabía, sí —responde Freddy por mí—. Y River, Cole y mis padres. Y ahora también tú.

Lisa se lleva la mano al pecho.

—Voy a pasar por alto que he sido la última en enterarme, porque ahora mismo me siento especial.

—Me alegro, porque no puedes decírselo a nadie.

Ella se cierra una cremallera invisible en los labios.

—Tienes mi palabra. —Se levanta y se acerca más a Freddy, como

si quisiera hacer una confidencia—. ¿Y no hay nadie aquí hoy que…? Ya sabes.

Freddy traga saliva.

—Eso da igual porque no va a pasar nada.

—¿Por qué? ¿Te lo ha dicho él?

—No hace falta.

—¿Es hetero?

Asiente. Lisa le pellizca la barbilla.

—Con estos ojos azules y ese pelo de anuncio de champú, quizá consigas que se cambie de acera.

Nuestro amigo se ríe y aparta la cara.

—Anda, cállate.

No dejo de sonreír al verlo así. Aunque no le ha dicho que se trata de Cole, se ha sincerado con Lisa y se nota que se ha quitado un peso de encima, porque ya no va a tener que fingir delante de ella.

—A mí hoy solo me vais a poder callar si me sacáis a bailar.

Nos coge a cada uno de la mano y tira de nosotros hasta la pista de baile.

Durante un rato, decido disfrutar con mis dos amigos y olvidarme de que no pinto nada en esta fiesta, y de que River sigue hablando con Rebecca.

Prefiero no fijarme en sus hombros anchos, al descubierto, gracias a esas camisetas sin mangas que nunca ha dejado de usar, en la forma que tiene de apartarse el pelo oscuro de la cara o de llevarse la bebida a los labios. En lo jodidamente bien que le quedan esos vaqueros grises.

Y, por supuesto, prefiero no pensar en que este es su hábitat natural, rodeado de modelos, cantantes y actrices preciosas que parecen conocerlo bien.

Las canciones se van sucediendo. Madonna, Michael Jackson, The Rolling Stones. El *DJ* que han contratado no discrimina ningún género. Sigo bebiendo, bailando y riendo. Freddy y Lisa se han tirado a la piscina, con ropa incluida. Yo me he librado por los pelos en el último momento.

—Parece que te lo estás pasando bien.

Me giro y me encuentro con un hombre de unos treinta y pocos,

con el pelo engominado y una camisa blanca impoluta.

—Austin —dice al ver que no respondo—. ¿Vas a… decirme tu nombre?

Su sonrisa es agradable.

—Morgan.

—Nunca te había visto por aquí.

—Ni me vas a volver a ver —le indico—. Conozco a los que organizan la fiesta, pero no tengo nada que ver con todo esto.

—¿Ah, no? Habría jurado que eras modelo.

Enarco una ceja.

—Muy buena.

—Lo digo en serio. —Me ofrece la mano—. Un placer conocerte, Morgan.

Cuando se la estrecho, sus ojos avispados se fijan en mis dedos. Me roza con el pulgar de una forma que me hace retirar la mano.

—¿Tocas la guitarra?

—¿Cómo lo sabes?

—He visto muchas manos como las tuyas —informa—. Soy productor.

De repente, no sé cómo, estoy aceptando una copa y entablando una conversación sobre composición musical. Austin me parece inteligente y divertido, y muestra un verdadero interés cuando le digo que siempre he querido entrar en Colburn.

—Conozco a alguien allí. Podría conseguirte una prueba, si quieres.

—¿Qué? Oh, no, no… No tengo tiempo para eso.

Ese sueño quedó aparcado hace mucho y no puedo retomarlo como si nada.

—¿Por qué no? Tienes talento, solo hace falta pulirlo.

—Ni siquiera has escuchado mis canciones como para afirmar que tengo talento.

Se toca la nariz.

—Tengo buen olfato, pero si te apetece, podrías venir un día a mi despacho y enseñarme lo que tienes escrito. De hecho… —Se lleva la mano al oído—, ¿y si vamos adentro para hablar más tranquilos?

Me parece una buena idea y una buena oportunidad. No pierdo

nada por escucharlo, ¿no? ¿Y si…?

Dejo la copa en una de las mesitas y me propongo seguirlo, pero cierto vocalista aparece en la puerta y nos impide el paso.

—Morgan, te estaba buscando. —Le dirige una mirada de pocos amigos a Austin, pero lo ignora para fijarse de nuevo en mí—. ¿Podemos hablar?

—Ponte a la cola, tío —bromea el productor—. Tenemos negocios entre manos.

—No le interesan.

Me cruzo de brazos. ¿Quién se cree que es para hablar por mí?

—Eso lo decidiré yo.

El hombre sonríe con socarronería y rodea a River, antes de guiñarme un ojo.

—Te espero dentro.

River aprieta los puños, los dientes y diría que hasta el culo. Lo miro, cabreada.

—¿Se puede saber qué haces?

—No te conviene ir a ningún sitio con ese gilipollas.

—Te dije que ya soy mayorcita para cuidarme sola, River.

—Solo me preocupo por ti.

—¿No me digas? Me pregunto cómo habré sobrevivido estos tres años sin tu protección.

Le doy la espalda y, cuando ya tengo un pie en el interior, me agarra del brazo. Giro el cuello.

—Ocean, por favor.

Me sacudo para que me suelte.

—Vuelve con Rebecca y olvídate de que estoy aquí.

Capítulo 53

RIVER

Hace al menos veinte minutos que Morgan se ha ido con ese desgraciado y todavía no ha regresado. No dejo de mirar hacia la puerta y reprimir mis impulsos de traerla de vuelta.

Rebecca ha vuelto a acercarse a entablar conversación, aunque me parece que esta noche ella quiere llegar un paso más allá. Si es por deseo propio o por estrategia, la verdad es que me da igual. No estoy interesado en lo más mínimo.

—¿Me estás escuchando?

Giro el cuello y la miro. Tengo que acabar con esto.

—Perdona, Rebecca, pero hoy no estoy muy centrado.

—Es por esa chica, ¿no?

¿Tan evidente soy? Suspiro.

—Es por todo.

Se pone de puntillas y me da un beso en la mejilla.

—Avísame cuando quieras quedar.

Asiento por cortesía, pero sé, desde ya, que eso no va a pasar.

Cojo una copa y saludo a algunas personas de camino a las tumbonas.

Al cabo de unos minutos, Freddy y Cole se unen a mí, con cara de pocos amigos. Jim les va taladrando justo un paso por detrás. Por su cara, no está nada contento.

—¿Se puede saber qué cojones creéis que estáis haciendo los tres? —espeta en cuanto llegan donde estoy, dando la espalda al resto de la gente—. Esta fiesta no era un puto pasatiempo, tenía un objetivo muy concreto.

Freddy está muy serio. Tiene los ojos clavados en la piscina y la punta de sus dedos está blanca de tanto apretar el cristal que tiene en la mano.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto, hastiado. Solo quiero irme a la

puta cama de una vez.

—Pasa que Rebecca acaba de decirme que has pasado de ella. Pasa que no sé qué se ha metido este capullo —dice, señalando a Cole—, pero apenas puede mantenerse en pie.

Se saca una bolsita del pantalón y se la ofrece. Sin abrir la boca, Cole echa un poco de polvo blanco sobre la mano y aspira. Clavo las uñas en el cojín de la tumbona ante ese sonido.

—Y en cuanto a ti… —Jim chasquea los dedos frente a la cara de Freddy para que lo mire—. Mañana toda la ciudad sabrá que el batería de The last flame es un maricón que no sabe estarse quieto. ¿Con el del bar, en serio? Al menos, haber elegido a un actor, joder.

Me levanto de golpe y lo encaro.

—Controla tus palabras. —Miro de reojo a Freddy—. Él puede hacer lo que le dé la puta gana, no tiene que pedirte permiso. Ninguno tenemos que hacerlo.

Jim alza la barbilla y se estira la camisa.

—Muy bien, luego no me pidáis que limpie vuestro estropicio. —Se da la vuelta, pero antes de irse, me mira por encima del hombro—. Al final resulta que tu amiguita la camarera es la única que ha entendido de qué va esto.

Frunzo el ceño. ¿Qué coño ha querido decir? Las palabras se quedan rebotando en mi cabeza.

Miro a mis amigos.

—¿Se puede saber qué ha pasado?

Cole se deja caer en la tumbona de al lado.

—Le he tirado la copa por encima a un guaperas de Hollywood sin querer y me he caído sobre unas bandejas de canapés.

Me fijo en su camiseta manchada antes de mirar a Freddy.

—¿Y tú…?

Da un sorbo a su bebida y se encoge de hombros.

—El de los cócteles me ha parecido guapo.

—¿Y no tenías habitaciones de sobra como para tener que enrollarte con él en la cocina? —le increpa Cole—. Jim tiene razón, tío. Deberías haber tenido más cuidado. ¿En qué estabas pensando?

Me pregunto si mi amigo lo habrá hecho a propósito. Podría haberse escondido y, sin embargo, se ha dejado llevar en un lugar

por el que pasa mucha gente.

Tengo un dolor punzante en la cabeza.

—¿No estáis hartos de toda esta mierda? —suelto a bocajarro. Miro a Cole—. Tú te drogas casi cada día para sobrellevar, entre otras cosas, que tus padres no te hagan ni puto caso. —Giro el cuello hacia Freddy—. Tú ahogas tus penas en alcohol y te vas en brazos de cualquiera, buscando un refugio que, a la mañana siguiente, ya no está ahí. Y yo…

Me callo de golpe. Tengo un vacío en el centro del pecho que no sé cómo cojones llenar. No aguanto más, tengo que buscar a Morgan.

—¿Y tú…? —pregunta Freddy.

Me echo el pelo hacia atrás antes de ponerme en pie.

—Yo… voy de rompecorazones, pero el único corazón roto que hay aquí es el mío.

Cruzo el recinto de la piscina a grandes zancadas y entro en la casa. Hay gente enrollándose en el sofá del salón, en las escaleras y hasta en el cuarto de baño. Voy abriendo puertas, cada vez más desesperado. Solo espero que Morgan no se haya subido al coche de ese imbécil y todavía esté aquí.

Sigo por el pasillo hasta una de las salas de estar. La imagen que me encuentro me va a perseguir en mis pesadillas. La música ha ahogado los gritos que está profiriendo Morgan sobre el sofá, mientras intenta quitarse de encima a Austin.

Entro a toda prisa y lo agarro por la camisa para apartarlo. Cae sobre una silla y yo me abalanzo sobre él sin darle tiempo a levantarse. No hago preguntas; estampo mi puño en su cara una y otra vez. No veo ni oigo nada. Todo rojo. Todo rabia.

Voy a matar a este hijo de puta.

—¡River, para!

La voz de Morgan se abre paso a través de la neblina que invade mi mente. Debe de estar gritándome al oído, pero para mí es un eco lejano. Tira de mi camiseta con fuerza y, al final, se coloca frente a mí para cogerme la cara.

—¡Mírame! ¡River, mírame!

Parpadeo varias veces. Me duele la mandíbula de tanto apretar los

dientes. Los hombros me suben y bajan con violencia, tengo la respiración entrecortada. Reconozco esos ojos oscuros que parecen suplicarme.

Las lágrimas le han arrastrado el maquillaje. Tiene el vestido arrugado en el escote y su melena luce despeinada. Me giro de nuevo hacia la escoria humana a la que todavía sujeto con una mano. Tiene la nariz reventada y uno de los ojos cerrado por mis golpes. Bajo la vista hasta mis nudillos manchados con su sangre.

—Por favor… —Morgan me tranquiliza, sus dedos aferrándose a los míos para que afloje el amarre—. Vámonos de aquí.

Trago saliva y respiro hondo. Suelto a ese cabrón y me pongo en pie antes de envolverla con un brazo.

—Estás acabado —masculla Austin desde el suelo.

—Y si vuelves a acercarte a ella, tú estás muerto.

Saco a Morgan de esa sala. De esa casa. Y la ayudo a subir al coche, antes de rodearlo, para entrar yo también. Le indico al chófer su dirección y me quedo en silencio mientras arranca.

Observo a Morgan con preocupación. Las lágrimas le caen por las mejillas, se retuerce los dedos temblorosos. No es mi intención incomodarla, pero quiero que sepa que estoy aquí. Que no está sola. Así que atrapo sus dedos y ella se aferra a mí antes de mirarme con el rostro descompuesto. Esos ojos marrones me atraviesan como un rayo.

Las ganas de volver para rematar a ese cabrón son casi tan grandes como las de consolarla. La envuelvo con mi brazo y la aprieto contra mí, cuando esconde su cara en mi pecho, para que sepa que no voy a dejar que vuelvan a hacerle daño.

Capítulo 54

MORGAN

No he abierto la boca en todo el camino, pero he dejado que River me abrazara, mientras las lágrimas seguían brotando sin control.

Una mezcla de vergüenza e ira me revuelve el estómago. Todavía siento los dedos de ese cerdo sobre mi piel, abriéndose paso a través de la falda, ignorando mis gritos y mis esfuerzos por quitármelo de encima.

El coche aparca frente a mi casa.

—Ocean, si necesitas…

Niego con la cabeza y abro la puerta para salir. No soy capaz de hablar, pero espero que vea el agradecimiento en mis ojos antes de darme la vuelta para entrar en casa.

Cuando lo hago, apoyo la espalda en la puerta y me vuelvo a echar a llorar. Entonces, la luz del pasillo se enciende y, aunque intento limpiarme la cara, sé que es inútil.

—¿Morgan?

—Me voy a la cama. —Mi voz suena como un graznido.

—¿Estás bien?

Me abalanzo sobre ella para abrazarla. Da igual lo que haya pasado entre nosotras, necesito a mi madre esta noche.

Ella me acaricia el pelo, como cuando era pequeña y tenía una pesadilla, y me pide que le cuente por qué estoy así. Aunque no entro en detalles, le hablo de Austin y de cómo ha utilizado mis sueños para aprovecharse de mí. Le digo que, si no llega a ser por River, no sé qué habría podido pasar, y es entonces cuando se separa para mirarme a los ojos.

—Ay, cariño… —Me aparta un mechón de la cara y lo pone tras mi oreja—. Así es como funciona ese mundo. Las oportunidades no surgen a cambio de nada.

—Pues entonces prefiero no tener oportunidades.

—¿Y qué quieres, quedarte tras la barra de un bar toda tu vida? —Su tono se endurece—. No seas estúpida.

La miro, sin poder creer lo que me está diciendo.

—¿Te digo que han estado a punto de…? —Me callo de golpe, ni siquiera puedo pronunciar esa palabra. Doy un paso atrás—. ¿Qué cojones te pasa? ¡Eres mi madre!

—No seas ingenua, Morgan. ¿Creías que te iba a ofrecer un contrato por tu gran talento musical? Baja a la tierra, haz el favor.

—Yo no…

—Has estado en una fiesta con la élite y has perdido la ocasión. —Saca el paquete de tabaco y el mechero del bolsillo de su pantalón, y se enciende un pitillo—. Ya podrías haberle hablado a alguien de tu madre. Si no fueras tan mojigata, mañana las dos podríamos haber tenido una oportunidad encima de la mesa. Deberías llamar a River para pedirle el teléfono de ese hombre. A lo mejor aún puedes arreglarlo.

Creo que voy a vomitar.

—¿Ahora te parece bien que hable con River? —pregunto, en cambio. Si me centro en la otra parte de la frase, voy a ponerme a romper cosas.

—Ahora River es alguien. Alguien de verdad. Ya que sigues empeñada en dejarlo entrar, cada vez que vuelve, al menos podrías sacar tajada.

Creo que veo de cerca el límite del que me habló River. Ese que separa el hecho de querer a una madre con el deseo de que desaparezca para siempre de tu vida.

Echo a andar y la esquivo para subir las escaleras.

—¿Adónde vas? ¿No te gusta que te digan las verdades a la cara? ¡La vida es dura, cariño! —grita desde abajo—. ¡Empieza a aceptarlo!

Entro en mi habitación y cierro de un portazo. Tiro el bolso al suelo y me dejo caer sobre la cama, boca abajo. Grito y lloro contra la almohada. ¿La vida es dura? Lo duro es tener una madre como ella, joder.

Me doy la vuelta y me quedo mirando el techo. Las lágrimas descienden por mis mejillas y mi pecho sube y baja, en una

respiración que cada vez controlo menos.

«Esto no va a poder contigo, Morgan».

El primer golpe en la ventana me hace incorporarme. El segundo me obliga a levantarme de la cama.

River está subido al árbol, a la espera de que abra el cristal.

—¿Qué haces ahí?

—Como en los viejos tiempos, Ocean. ¿No te parece emocionante?

Me ha salvado esta noche. Ese chico de ojos verdes y sonrisa canalla me ha salvado.

—Pasa, anda.

Salta hasta el alféizar y se cuela en mi habitación. Observa las paredes llenas de dibujos y libros. Da un pellizco en el pico al pingüino rosa que me consiguió en la feria hace ya tanto tiempo. De repente, me avergüenza que él sepa que todavía lo conservo.

—Veo que todo sigue igual.

—Bueno, no todo.

Me mira a los ojos.

—Pero sí lo importante. —Se fija en los pantalones que hay sobre el respaldo de la silla, los que me regaló Lisa hace años—. ¿Siguen siendo tus vaqueros favoritos?

—No creo que ningún pantalón pueda superarlos nunca.

Sonríe.

—A lo mejor, uno de esos que diseñas tú misma. —Al ver que no respondo, frunce el ceño—. ¿Sigues diseñando, no?

Echa un nuevo vistazo a la habitación, como si buscara cualquier indicio de que continúo haciéndolo. Pinceles, algún bote de pintura, un lienzo en blanco.

Ya no hay nada.

—No.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—La vida.

No sé si lo que distingo en sus ojos es rabia, tristeza o tal vez las dos cosas.

—¿Sigues escribiendo? ¿Has vuelto a intentar…?

Se calla de golpe. Sé que ahora mismo ambos estamos pensando

en mi desastrosa prueba para entrar en Colburn, en la culpa que arrojé sobre él cuando nos despedimos.

—Tengo otras cosas más importantes de las que preocuparme ahora, River.

Me siento a los pies de la cama y le hago una señal para que me acompañe. Deja cierta distancia entre nosotros y espera, paciente.

—Mi madre cree que debería haber aprovechado la oportunidad que me ha ofrecido Austin.

Me mira horrorizado.

—Estás de broma.

Niego con la cabeza y sonrío, cínica.

—Es una mujer práctica.

Veo que se le marca la mandíbula. Está haciendo serios esfuerzos por controlarse.

—De verdad, qué mierda de padres tenemos.

Se me escapa una risa al principio, pero termina convirtiéndose en más lágrimas.

—Eh… —musita, atrapando una con su pulgar.

Cierro los ojos un segundo, antes de mirarlo.

—Gracias por lo que has hecho esta noche.

Su expresión se endurece.

—Tenía que haber llegado antes. Sabía que ese tío no era de fiar, pero no esperaba…

—He sido una estúpida —reconozco. Me limpio una lágrima de un manotazo, cabreada conmigo misma—. Nos hemos alejado un poco para hablar más tranquilos, pero no ha tardado en desviarse del tema y… —Trago saliva, pero el nudo de la garganta sigue ahí—. Debería haberte hecho caso. Lo siento.

—Aquí el único que tiene que sentirlo es él, pero no lo hará, porque ese tipo de escoria nunca se arrepiente de nada. —Me atrapa la mano—. Si quieres denunciarlo, iré contigo.

Niego con la cabeza. Sé que es lo que ese tipo se merece, pero no creo que sirva de mucho. Ahora mismo, lo único que deseo es olvidarlo cuanto antes.

—Prefiero dejar las cosas como están. Ya te va a salpicar bastante todo esto.

—¿Crees que me importa?

—Pero la prensa…

—A la mierda la prensa.

—¿Y Jim?

—A la mierda Jim también. A la mierda todos, Ocean. A mí solo me importa que tú estés bien.

Sus ojos se suavizan cuando se le escapa media sonrisa con timidez.

Bajo la vista hasta nuestras manos y acaricio sus nudillos manchados. Se aparta, avergonzado, y se queda mirando la pared.

—Te he asustado.

Niego con la cabeza.

—No te preocupes por eso.

—Quería matarlo, Morgan —confiesa con un hilo de voz—. Quería hacerle pagar por lo que te había hecho. Nunca… Nunca había sentido que mis impulsos me controlaran hasta ese punto. Lo siento.

Vuelvo a buscar su mano.

—No me preocupaba lo que le pasara a él, sino a ti.

Las nubes vuelven a despejar su rostro y veo un pequeño rayo de sol.

Me levanto y tiro de él para que me acompañe al lavabo. Le indico que se siente sobre la taza. Se deja hacer, cuando abro el grifo y meto su mano bajo el chorro de agua, que arrastra la sangre seca, conforme la froto con los dedos.

Lo seco despacio y le limpio sus propias heridas con un poco de alcohol.

Alza la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Te duele? —le pregunto.

—Me duele verte así —susurra, pero en este espacio tan pequeño, su voz resuena. O eso me parece a mí.

Me encojo de hombros y sigo acariciando su piel con el algodón. Las heridas del alma cicatrizan más lentamente que las de la piel, pero terminan haciéndolo. Al menos, casi todas.

—Se me pasará.

Pone su mano sobre la mía para que me detenga.

—Ocean, sé que no me quieres cerca, pero… yo estoy aquí, ¿vale?

Siempre que lo necesites, estoy aquí.

Me tiembla la barbilla un segundo, antes de pasarle los brazos por encima y abrazarlo. Su mejilla se pega a mi pecho y sus brazos me envuelven mientras lloro otra vez.

Tras varios segundos, se aparta y me acaricia un mechón de pelo, mientras me mira a los ojos. Estamos tan cerca, que siento su aliento en mis mejillas. Unos centímetros más y…

—¿Por qué haces esto, River? ¿Por qué intentas que vuelva a confiar en ti, después de tanto tiempo?

Se humedece los labios.

—Creo que conoces la respuesta a esa pregunta. —Bajo la cara un poco más, las puntas de nuestras narices se rozan. Yo aguanto la respiración y me preparo para recibirlo, pero entonces él agacha la cabeza. Sus manos sujetan mis brazos y me aparta con delicadeza —. Debería irme.

Me quedo paralizada, mientras lo escucho suspirar y salir por la puerta del baño. No quiero que se vaya, pero sé que es lo mejor. Y agradezco que haya sido él quien haya puesto el freno, porque yo ya había perdido la batalla contra mí misma.

Vuelvo a la habitación. Ya tiene un pie en el alféizar de la ventana, pero se gira para mirarme una última vez.

—Descansa un poco. —Sonríe—. Y avísame si necesitas algo.

Observo cómo salta hasta el árbol y se pierde en la oscuridad. Y, por primera vez en mucho tiempo, me permito abrir la caja de metal que guardo bajo la cama. Esa en la que un día oculté fotos, postales, cartas y trozos de papel con estrofas sueltas, con la esperanza de dejar todo eso atrás, pero sin el valor suficiente para tirarlo a la basura.

Esa en la que escondí una púa que ahora quiero volver a acariciar.

Capítulo 55

RIVER

Es el segundo día que salgo a correr a las cinco de la mañana por Griffith Park y llego hasta Mount Hollywood. En parte, porque me cuesta dormir por la noche, pero sobre todo porque así evito encontrarme con gente.

Subo el volumen del reproductor de MP3 cuando empieza a sonar *Broken Home* de Papa Roach, y aprieto el ritmo, sin dejar de pensar en lo que pasó la otra noche. Intento no darle vueltas a lo de Austin, aunque las marcas que aún me quedan en los nudillos me lo recuerdan constantemente. Cada vez que me viene a la cabeza la imagen de Morgan en ese sofá… Joder, es que vuelven las ganas de reventarlo.

Me dolió verla sufrir, pero también me alivió que se apoyara en mí. Y el momento en el baño, cuando me estaba limpiando la mano de sangre… ¿Es raro que me pareciera de lo más sexi?

Casi la beso. Juro que no hacerlo es de las cosas más difíciles que he tenido que hacer nunca. Pero ella estaba en un momento vulnerable… ¿En qué me habría convertido aprovecharme de eso?

Llego a casa empapado en sudor, pero más despejado. Necesito una ducha y comer algo, antes de ponerme a trabajar, así que mi intención es ir directo al cuarto de baño en cuanto entro por la puerta.

Pero parece que no va a ser posible.

—Aquí viene el caballero andante.

Jim se levanta del sofá en el que están sentados Freddy y Cole, con cara de acabarse de despertar, y no por voluntad propia.

—¿Y eso a qué viene?

Me tira una revista a la cara y la cojo al vuelo. En portada, hay una foto del elenco de *Friends*, pero más abajo, en una esquina…

Alzo la vista.

—River Hayes con una chica misteriosa. ¿Quién es ella? —pregunta Jim, con un tono agudo impostado—. ¿Qué pasa con Rebecca? ¿Han roto? ¿Fue todo un montaje?

Lanzo la revista a la barra de la cocina y saco agua del frigorífico.

—¿No se supone que soy un picaflor? No veo el problema.

—El problema es que tu chica misteriosa no es más que una camarera que no pinta nada en todo esto.

—Claro que pinta, y además en sentido literal.

Freddy se ríe ante mi comentario, pero Jim sigue de morros.

—Muy gracioso, pero ¿has visto tu mano en la foto?

Trago saliva. Cole y Freddy se inclinan sobre la revista.

—¿Eso es sangre? —pregunta el primero.

—¿De quién? —sigue el segundo.

—Vuestro amigo le ha partido la cara a Austin White.

—¿Perdón?

—¡No te creo!

Entrecierro los ojos. Aprieto la botella de agua al hablar, provocando un crujido en el plástico.

—¿Y sabes por qué, Jim?

—Porque tu amiguita le calentó la bragueta y en el último momento se arrepintió.

Suelto la botella despacio y respiro hondo. No puedo romperle la cara a Jim, no voy a convertirme en ese tío ahora.

—Ese hijo de puta intentó… —Me atraganto con la rabia—. Tuve que quitárselo de encima.

—¡¿Qué?! —Freddy se pone en pie—. ¿Está bien?

Asiento para que se tranquilice.

—No saquemos las cosas de contexto —sigue Jim—. Fueron unos besos y poco más. La chica sabía muy bien lo que hacía al irse con él.

Cole arruga la nariz.

—¿Estás defendiendo a ese cabrón?

—Ese cabrón ha hecho que se os caiga un puto contrato, después del Picasso que le ha hecho River en la cara. —Se gira hacia mí—. Tu amiguita te va a costar la carrera. Creía que ya habíamos superado todo eso.

Llevo casi tres años sin ver a Morgan. Sin hablar con ella. Sé que para Jim fue lo mejor que me pudo pasar, pero yo no he logrado nunca verlo así. Y solo quiero mandarlo a la mierda ahora mismo.

—Dile que no le tengo miedo, y que si vuelve a amenazarnos a Morgan o a cualquiera de nosotros, voy a contarle al mundo la clase de mierda que es.

Jim chasquea la lengua con fastidio mientras se dirige a la puerta.

—Vosotros dos, espero que lo hagáis entrar en razón. Una disculpa a Austin a tiempo puede evitar cosas peores.

Se larga y nosotros nos quedamos en un silencio que se me antoja tenso.

—River…

—Como se os ocurra decirme que le pida perdón a ese desgraciado…

—¿Pedirle perdón? —Cole se pone en pie—. Yo solo iba a decir que contaras conmigo si querías rematarlo.

Le dedico media sonrisa. Freddy se acerca a nosotros y me pone un brazo en el hombro.

—¿Vas a decírselo a Morgan? —pregunta, preocupado—. Lo de la revista.

Suspiro.

—Estamos en Los Ángeles. Estoy seguro de que ya lo sabe.

***

Cruzo la puerta del bar después de esquivar a varios fotógrafos y periodistas que me han intentado meter el micrófono en la boca. Max, el tipo de seguridad del otro día, impide que entren detrás.

Hago un gesto con la cabeza para darle las gracias y me dirijo directamente a la barra, donde Morgan está hablando con su jefe.

—Es mejor que te tomes unos días libres, preciosa. —Oigo que le dice—. Hasta que se calmen un poco las aguas.

Ella se quita el delantal y lo deja sobre la barra con un bufido.

—Hola —la saludo en cuanto me ve. Trato de sonreír, pero su

gesto me dice que no va a servir de nada—. ¿Podemos hablar?

Percibo el destello de un *flash* desde una de las mesas.

—¡Eh, nada de fotos aquí dentro! —exclama Roger, haciéndole un gesto a Max para que saque al infiltrado.

Un grupo de chicas nos observa y no deja de murmurar.

Morgan me agarra del codo y tira de mí hasta los vestuarios. Cierra la puerta y comienza a dar vueltas como un león enjaulado.

Creo que así es justo como se siente.

—¿Qué está pasando, River?

—¿No has visto la revista?

—¿Todo esto por una foto? —pregunta, aturdida—. Llevan siguiéndome desde esta mañana.

Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en una taquilla.

—Joder.

Se detiene y me mira.

—¿Cuánto va a durar esto? —La desesperación es tan evidente en su voz, que solo quiero abrazarla y mentirle.

Pero no puedo.

—No lo sé. Unos días, unas semanas…

—¿Semanas?

Trago saliva.

—Ya sé que es una mierda.

—Yo no formo parte de nada de esto, River. Tienes que decírselo.

—Eso ahora da igual, Morgan. Con seguridad, en los próximos días, vas a ver cosas que no te gusten. Pero se pasará, te lo prometo. Siempre se pasa. Llega otra foto, otra pareja, otra…

—Ni siquiera somos pareja.

—Para ellos sí.

Se echa el pelo hacia atrás.

—No tenía que haber ido a esa estúpida fiesta. —Cierra los ojos con fuerza un segundo—. ¡Sabía que tenía que mantenerme alejada de ti!

No digo nada, porque sé que tiene razón. La entiendo, pero no por eso me duele menos su reacción. Esta parte de la fama es la peor, un peaje del que yo no puedo librarme.

No sé si ella está a tiempo de hacerlo más adelante. Por el

momento, está claro que no.

—Perdona —suelta de pronto, sentándose en un banco—. Tú no tienes la culpa.

—En realidad, sí.

Niega con la cabeza.

—No sé cómo puedes vivir con esa… invasión.

—Intento no salir mucho.

Me mira con tristeza.

—Supongo que incluso la luz de los sueños tiene que proyectar alguna sombra.

—Esa frase podría ser parte de una canción.

—Toda tuya.

Me siento a su lado y observo su perfil. Se ha quedado mirando la pared de enfrente.

—¿Estás mejor? ¿Has vuelto a hablar con tu madre del tema?

Gira el cuello. Tener esos ojos oscuros tan cerca me acelera el pulso.

—No he vuelto a hablar con ella, en general. Ayer se fue con un tío y solo me dejó una nota.

—Quizá se avergüence de lo que te dijo y no tenga valor para hablarte cara a cara.

—O quizá le dé todo igual porque es una egoísta de mierda.

—Es otra posibilidad.

Una comisura de la boca se le eleva.

—¿Y tu padre?

—Le han dado el alta. Violet lleva un par de días con mis abuelos, pero volverá a casa mañana también.

—Todo vuelve a su lugar poco a poco, ¿no?

—Supongo.

Suspira con lentitud.

—River.

—¿Hum?

—Creo que es mejor que no nos veamos en un tiempo.

Espero que no se me note el daño que me acaba de hacer con ese golpe.

—Entiendo.

—Si no nos ven juntos, a lo mejor se cansan antes. Tiene sentido, ¿no?

No verla, nunca ha tenido sentido para mí, pero asiento y me pongo en pie.

—Me voy ya. Solo quería ver cómo estabas.

Me coge de la mano antes de que pueda salir por la puerta.

—Lo siento.

Le aprieto los dedos un segundo, antes de soltarla.

—No, Ocean. Soy yo el que lo siente. —No pensaba añadir nada más, pero hay algo que no he podido quitarme de la cabeza desde que me lo dijo—. Y no solo por esto. Siento haber estropeado tu audición para Colburn, siento que la vida se te haya complicado tanto, como para que ya no pintes o escribas. Siento… no haberlo hecho mejor.

Las últimas palabras casi me rompen la voz.

Ella aprieta los labios, como si estuviera esforzándose por no llorar, pero entonces levanta la barbilla.

—No te creas tan importante, *rockstar*, todos mis desastres no son mérito tuyo.

Se le escapa la sonrisa. Y a mí también, aunque estoy seguro de que no me llega a los ojos.

Capítulo 56

MORGAN

Las cosas no se han calmado después de dos días. De hecho, empiezo a plantearme la posibilidad de esconderme en un búnker durante una temporada.

El remate de toda esta locura ocurre cuando llego a casa una tarde. Mejor dicho, cuando lo intento, porque hay un montón de fotógrafos en mi puñetero jardín y no sé por dónde entrar. Ya estoy planteándome subirme al árbol para colarme por la ventana de mi habitación, cuando escucho la voz de mi madre.

Me da un vuelco el estómago al distinguir mi nombre.

Me cuelo entre los intrusos con cámara; me importa ya bien poco que me vean. Total, ¿qué más da? La mujer que parece haber ido a la peluquería, para dar una rueda de prensa delante de su casa, está gritando a los cuatro vientos detalles de mi vida personal.

—River fue el primer amor de mi hija. —Se acerca más a los micrófonos, como si buscara intimidad para hacer una confidencia. Qué peliculera es—. El primero… en todos los sentidos. No sé si me entendéis.

Guiña un ojo. La muy impresentable guiña un puto ojo.

Abro la boca tanto, que creo que la mandíbula se me va a descolgar de un momento a otro. Ni siquiera puedo parpadear. ¿Qué narices está diciendo esta mujer?

—¡Es ella! —grita alguien.

Los micrófonos y las cámaras apuntan ahora hacia mí.

—Morgan, ¿lo tuyo con River va en serio?

—¿Es verdad que perdiste la virginidad con él?

—¿De quién era la sangre de su mano? ¿Se peleó con alguien en la fiesta?

—¿Vas a dejar tu trabajo ahora que estás con un cantante famoso?

Las preguntas vuelan como balas que me esfuerzo por esquivar.

Mi madre va respondiendo por mí, como si tuviera idea alguna de lo que pasa por mi mente. Menuda hipócrita de mierda.

Me concentro en llegar hasta ella. Solo necesito agarrarla y…

—También te vieron bailando con Freddy Rogers. Ya llevas dos de tres.

—¿Cómo termina una camarera en casa de The last flame?

Un zumbido incesante a mi alrededor. El aire no entra en mis pulmones. El corazón me late en los oídos. Las manos me tiemblan cuando agarro a mi madre del codo.

—Mamá, entra en casa.

—Suéltam… —Se calla en cuanto me ve la cara. Podría estrangularla ahora mismo.

La arrastro hasta el interior y cierro de un portazo. Respiro con dificultad todavía. Me tapo los oídos para no escuchar las voces de fuera y cierro los ojos. Necesito calmarme o las náuseas que me retuercen el estómago terminarán ganando la batalla.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta mi madre, enfadada—. No estaba diciéndoles nada que no pudieran averiguar por su cuenta.

Levanto los párpados. ¿Cuánto te puede caer de cárcel si matas a tu madre?

—¿Cómo has podido venderme?

—¿Venderte? No he cobrado nada —se justifica—. Yo no he pedido que mi jardín se llene de periodistas, pero si tú no quieres aprovechar la oportunidad, lo haré yo.

Está encantada. Sus quince minutos de gloria son más importantes que su propia hija. ¿De qué me sorprendo?

—No voy a perdonarte por esto, ¿me oyes? —Noto las lágrimas en la garganta—. Se acabó.

—¿Perdonarme? Te he hecho un favor. ¿Prefieres dejar que otros controlen la narrativa de tu vida? De acuerdo, pero yo soy tu madre y no puedo permitirlo. No eres una cualquiera, que ese niñato se haya tirado una noche en una fiesta. Tú le ayudaste a llegar a donde está.

Niego con la cabeza y suelto una carcajada amarga.

—Mi madre… Una madre no ofrecería pedazos de su hija a los

buitres, a cambio de un poco de atención. —Me acerco a ella con lentitud—. No tenías ningún derecho a hablar de mí.

—Eres una estúpida si dejas pasar este tren para convertirte en alguien.

—¡Yo ya soy alguien!

Eleva el labio con arrogancia.

—Sí, una cría ingenua sin ambición alguna.

No sé si me duelen más sus palabras o la ausencia de arrepentimiento en su mirada. Después de todo, ¿se atreve a echarme en cara mi comportamiento? Esto ya es demasiado.

—Y tú no eres más que una mujer triste y desesperada, incapaz de aceptar su mediocridad.

No veo venir el bofetón. Parpadeo varias veces. La mejilla empieza a arderme, pero no tanto por el golpe como por la vergüenza. Tengo veinte años y estoy sacando esta casa adelante yo sola, ¿por qué me siento como una cría inútil ahora mismo?

Suaviza la expresión. Incluso ella es consciente de que ha traspasado un límite.

—¿Por qué te empeñas en sacarme de quicio? Me obligas a hacer cosas que no quiero hacer.

Una lágrima desciende por mi mejilla caliente.

—Eres una madre de mierda —le espeto a bocajarro—. No sé qué hago en esta casa todavía.

Su máscara de amabilidad se deshace y sale a la luz la crueldad que conozco muy bien.

—Si no fuera por mí, aún seguirías lloriqueando por tu querido River.

—¿Qué?

—Todas las llamadas, todas las cartas… —dice con rabia—. ¡Todo lo hice por ti!

—¿De qué estás hablando? ¿Qué llamadas? —No contesta, así que sigo levantando la voz—. ¡¿Qué cartas?!

Alza la barbilla. No se avergüenza de lo que sea que haya hecho.

—Los primeros meses siguió llamando, pero le colgaba. Llegaban cartas al buzón, pero las tiraba. Todo con tal de protegerte.

No me lo puedo creer.

—¿Protegerme? ¡Estaba sufriendo! ¡Me escuchaste llorar cada noche!

—¡Te hice más fuerte! Niñata desagradecida…

—¿Por qué tengo que darte las gracias, exactamente? ¿Por mentirme? ¿Por ocultarme que el chico que creía que me había abandonado, en realidad seguía buscándome? ¿Por tener que dejar mis sueños a un lado para pagar las putas facturas? Venga, dime, ¡¿por qué tengo que darte las gracias, mamá?! —La veo acercarse con el puño apretado—. ¿Y ahora qué? ¿Vas a volver a pegarme?

Su rostro se deforma por la rabia.

—El mundo es cruel, Morgan. Un páramo frío y despiadado. ¡Te he hecho una superviviente!

Una ola de fuego me recorre de la cabeza a los pies.

—¡Te he sobrevivido a ti! —estallo.

No lo pienso cuando abro la puerta y salgo de nuevo. Solo quiero alejarme todo lo posible de ella, aunque eso signifique volver a adentrarme en la jungla de cámaras y micrófonos que me esperan al otro lado.

Tengo que buscar a River.

Al chico que no se rindió conmigo. Que siguió escribiéndome cartas, a pesar de que yo no las respondiera. Que siguió llamándome, a pesar de que mi madre le colgara el teléfono.

Esto lo cambia todo.

Capítulo 57

RIVER

Saco la *pizza* del horno y me dispongo a cortarla, cuando escucho el timbre. La lluvia cae con fuerza sobre los cristales, pero es un sonido que siempre me ha gustado.

No me molesto en ponerme las zapatillas o una camiseta, y camino descalzo hasta la puerta. Estoy seguro de que se trata de Cole.

—¿Ya te has vuelto a olvidar las lla…? —Me callo de golpe cuando veo quién está al otro lado de la puerta—. ¿Morgan?

Está empapada. Se está abrazando a sí misma y tiene el pelo pegado a la cara. Lleva una camiseta de tirantes blanca que deja a la vista un sujetador rosa.

—Hola —dice con la voz tomada.

Me aparto para dejarla entrar de inmediato.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupado—. ¿Ha ocurrido algo?

Se fija en las huellas que sus zapatillas dejan sobre el suelo.

—Mierda, lo siento.

—Ni te preocupes por eso. —Cierro la puerta tras ella—. ¿Qué necesitas? ¿Quieres darte una ducha?

—¿Te pillo mal?

Sus ojos se posan en mi torso desnudo y en las bermudas de algodón. Me encojo de hombros.

—Estaba a punto de irme a la ópera, como puedes ver.

Su risa me tranquiliza un poco. Sus ojos vuelan por encima de mi hombro.

—¿*Pizza*?

—*Pizza*. ¿Te apetece?

—La verdad es que sí. —Se mira la ropa mojada—. ¿Te importaría…?

—Claro.

La acompaño por el pasillo, en busca del cuarto de baño, y, por el camino, veo cómo lanza una mirada de soslayo hacia una sala determinada. Diría que incluso aprieta el paso para pasar de largo cuanto antes.

Es la habitación donde Austin… Se me revuelven las tripas solo de recordarlo.

—Quemaré el sofá —aseguro—. La habitación. Quemaré la casa entera, si quieres.

Se ríe un poco y niega con la cabeza.

—Tus muebles no tienen la culpa de lo que pasó.

—No son mis muebles. No es nuestra casa, en realidad. Solo un sitio donde nos quedamos cuando estamos en la ciudad. —Le señalo el cuarto de baño—. Y, aunque lo fuera, le prendería fuego, si con eso consigo que no vuelvas a encogerte así nunca más.

Traga saliva.

—Está bien, River. De verdad.

La sonrisa que me dedica, antes de cerrar la puerta del baño, pretende tranquilizarme, y, aunque la sombra de lo que hizo el cabrón de Austin es difícil de ignorar, ahora mismo lo único que quiero es que ella se sienta mejor.

—Tienes toallas en el armario. ¡Sírvete! —Echo a correr por el pasillo hasta mi habitación y cojo una de mis camisetas y unas bermudas. Vuelvo sobre mis pasos y toco a la puerta. Abre una rendija y saca la mano para aceptar las prendas—. Avísame si necesitas algo más.

—Gracias.

La espero en la mesa pequeña del salón, frente al televisor apagado. Me he puesto una camiseta para cenar porque no quiero incomodarla. Cuando sale y la veo con mi ropa, algo me revolotea en el estómago.

Se estira la camiseta.

—Me vale de vestido, así que he dejado las bermudas en el lavabo.

—Te queda mejor que a mí —suelto, mirándola de arriba abajo. Carraspeo—. Venga, que se te enfría la *pizza*.

Se sienta a mi lado en el sofá. Atrapamos un pedazo y damos un

primer bocado, y yo no puedo evitar recordar la última vez en que compartimos un momento así, justo antes de…

Ella suelta un gemido de satisfacción que a mí me eriza la piel.

—Está increíble, River. ¿De dónde es?

—La he hecho yo.

Deja de masticar y me mira con las cejas levantadas.

—¿En serio? ¿La masa también?

—Estás alucinando, lo sé.

—¿Desde cuándo te va la cocina?

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

Esa sonrisa tan preciosa… Joder, lo que yo daría porque me dedicara una así cada día de mi vida.

Durante los próximos minutos, seguimos comiendo y hablando, hasta que no puedo aguantar más.

—Morgan, no me malinterpretes, porque me alegro de que hayas venido, pero… ¿qué haces aquí? Creía que querías guardar las distancias.

Suelta el borde de la *pizza* y se sacude las manos.

—Necesitaba hablar contigo.

Por una vez, es ella la que quiere hablar. Pero, cuando gira la cara, la luz me permite distinguir a la perfección la marca que tiene en la mejilla y que yo no había visto hasta ahora, porque se ha esforzado en ocultarla con el pelo.

—¿Qué te ha pasado? —Señalo su rostro. El gesto se le contrae, y entiendo que esa herida no ha sido ningún accidente. Cierro la mano en un puño—. ¿Quién…?

Por un momento, temo que haya sido cosa del cabrón de Austin. Si es así, soy capaz de salir corriendo descalzo bajo la lluvia para encontrarlo.

—Mi madre —indica con un hilo de voz—. Ni siquiera me he dado cuenta de que me había abierto la piel, hasta que me he mirado en tu espejo. Debe de haberme dado con un anillo.

Le cojo la mano, antes de que pueda ocultarse otra vez.

—Es ella la que debería avergonzarse. —Atrapo su mejilla para que me mire—. Sé que no es fácil salir de ahí, pero no deberías aguantarlo más.

Suspira.

—Ya lo sé. —Se le escapa una lágrima—. Pero esta noche no he venido a hablarte de eso. No, exactamente.

—¿Entonces?

Traga saliva. Suelta mi mano y se frota las suyas, inquieta.

—¿Es verdad que me escribiste cartas y me llamaste? Cuando nos separamos.

Frunzo el ceño. ¿Por qué me pregunta esto ahora?

—No entiendo…

—Nunca me llegaron, River —confiesa—. Me acabo de enterar de que mi madre las tiraba, y nunca me habló de tus llamadas.

Se me acelera el pulso. Me pasé meses marcando el número de su casa, pero su madre me decía que ella no estaba, que le daría el recado. A veces, hacia el final de mis intentos, directamente me colgaba. Creí que se debía a que Morgan no quería hablar conmigo. Aun así, le escribí decenas de cartas, con la esperanza de que me diera otra oportunidad.

Le pedí que me perdonara mil veces, pero nunca obtuve respuesta.

—Creía que te habías olvidado de mí —musita—. Al principio, me convencí de que era lo mejor dejarlo estar, pero un día no pude aguantar más. Pensaba probar suerte y llamar al teléfono de Jim después del instituto, entonces te vi en una revista con esa actriz y…

Trago saliva.

—Fue todo mentira. Una estrategia de *marketing*.

—Eso díselo a la Morgan de diecisiete años. —Aún noto el rencor en su voz—. Además, no fue solo ella. Luego vinieron muchas más. ¿También eran estrategias de *marketing*?

¿Qué quiere que le diga? ¿Que nunca he estado con ninguna chica después de ella?

—Tenía dieciocho años, Morgan. Y tú no querías saber nada de mí.

—Ya.

—He tenido mis líos, como imagino que tú habrás tenido los tuyos.

—Sí, claro.

¿Por qué se me revuelve el estómago al escucharla decir eso? Sé que es normal que haya estado con otros tíos, pero mi imaginación

me está jugando una mala pasada y, francamente, no es el mejor momento para que lo haga.

—Pero me niego a dejar que sigas creyendo que me olvidé de ti —afirmo con firmeza—. Tardé mucho en poder… estar con alguien, ¿sabes?

—No hace falta que me des explicaciones.

—Por fin me dejas dártelas, tengo que aprovechar. —Sonrío—. He estado con chicas, pero no con tantas como el mundo cree. Eso es parte del personaje.

Me siento ridículo diciéndolo en voz alta, pero es la verdad.

Morgan coge aire y lo expulsa con lentitud.

—Lo siento, River.

—¿Por qué?

—Por no haber respondido tus cartas. Por irme así aquel día. Por desconfiar de ti.

El nudo de la garganta se está haciendo más grande. Llevo mucho tiempo pensando en que decepcioné a la chica que tengo delante y escucharla ahora decir esto es… Joder, ¿liberador? ¿Triste? Porque siento alivio, sí, pero también me jode todo el tiempo que hemos perdido.

—Tengo que reconocerlo —comienzo a decir. Necesito abrirme del todo—. Pasé por una fase de cierto rencor hacia ti. Sabía que la había cagado, pero no entendía cómo podías ignorar cada una de mis cartas y llamadas. Cómo te era tan fácil pasar página, después de todo. Y entonces un día, simplemente, dejé de llamar. De escribirte, al menos directamente. —Suspiro con profundidad—. Yo también lo siento, Morgan. Por hacer que desconfiaras de mí, pero sobre todo por rendirme.

—No te rendiste, River. Tú no.

—Yo sí —insisto—. Porque la primera vez que volví a Los Ángeles, tendría que haber trepado por el árbol que lleva a tu ventana.

Se pasa un mechón de pelo tras la oreja y deja al descubierto la mejilla magullada.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque tenía miedo, supongo. Porque pensé… que ya era tarde.

El silencio nos envuelve, solo interrumpido por el repiqueteo

incesante de la lluvia en los cristales. Los ojos de Morgan brillantes por las lágrimas, como un reflejo de la humedad del exterior. O quizá de los míos, porque siento que ya no puedo retener más esta emoción que me pellizca el pecho.

—¿Todavía lo piensas? —pregunta—. Que es tarde.

—No lo sé, ¿lo piensas tú?

Niega con la cabeza, pero sonríe.

—Estamos aquí, ¿no?

—Estamos aquí, Ocean. —Le aprieto la mano—. Estoy aquí.

Necesito que entienda que puede contar conmigo. Que no importa todo lo que haya pasado entre nosotros, porque voy a estar a su lado si ella así lo quiere.

Es extraño que, en apenas unos minutos, tu forma de ver el mundo cambie drásticamente. Que la melancolía y la frustración den paso a la esperanza, con tan solo unas palabras.

Con la certeza de que las cosas pueden ser diferentes.

Seguimos hablando un poco más, mientras acabamos con la *pizza* y, como si fuera algo natural en nosotros, la conversación evoluciona hacia la música.

La propia y la ajena. Hablamos de canciones que nos hacen vibrar, de grupos a los que nos gustaría ver en directo.

—¿Conoces a Linkin Park? —pregunta, impresionada.

—Sí, y son bastante majos.

—¡Dios mío! —Se lleva la mano al pecho—. Perdona por el momento *fan*.

Sonrío.

—Podría presentártelos algún día.

Me mira fijamente.

—A veces se me olvida que tú eres uno de ellos —comenta—. De la élite.

—Tampoco diría tanto.

—River, has ido al *Late Night* de Conan O'Brien. Tus canciones suenan en todo el país, llenas estadios y tienes una horda de paparazis siguiendo todo lo que haces.

Me revuelvo, incómodo.

—Sigo siendo… yo. O, al menos, todo lo que puedo. —La

resignación se hace palpable cuando hablo. Es algo que me pasa cada vez más a menudo.

—Sin sacrificio no hay victoria, ¿no?

La miro a los ojos. Esa frase podría resumir toda mi vida.

—Exacto.

Tengo ganas de borrar su sonrisa triste con mis labios. Se acerca a mí en el sofá.

—¿Puedo darte un abrazo?

—¿Estás de coña? No necesitas ni preguntarlo. —Cierro los ojos mientras la aprieto contra mí.

Durante el momento en que dura el contacto, siento como si una grieta se soldara bajo mi pecho, impidiendo que entre el frío.

Cuando nos separamos, lucho contra las ganas de besarla y procuro darle espacio. Está siendo una noche de muchas emociones, de nuevos comienzos, y no quiero cagarla por dejarme llevar por mis deseos más profundos.

Encendemos la tele y, como un par de amigos normales, comentamos *The Real World* hasta que, al hacer *zapping*, damos con una película en concreto: *Armaggedon*.

Giro el cuello. Por cómo me está mirando, sé que piensa lo mismo que yo.

—Nunca supe cómo acaba exactamente —confieso.

—Yo tampoco.

Alzo las cejas varias veces y ella responde acomodándose en el sofá.

Apago la luz y me siento, un poco nervioso, por estar a oscuras con ella, compartiendo algo tan cotidiano, pero que a mí me parece también íntimo.

La película avanza, y me doy cuenta de que hace rato que Morgan no comenta nada. Cuando la miro, veo que tiene los ojos cerrados y no puedo evitar sonreír. Le pongo la mano en el hombro.

—Morgan, te va a doler el cuello.

—Hum —murmura, sin despegar los párpados.

Y entonces, se mueve de forma inconsciente hasta que su cabeza queda apoyada en mis piernas. Me tenso en el acto, sin saber qué hacer. La película ha perdido todo mi interés, pues ahora tengo a

una chica preciosa durmiendo en mi regazo y no puedo más que mirarla a ella. Le aparto el pelo de la cara y paso la yema de los dedos por su mejilla magullada, con cuidado de no despertarla.

Morgan no se merece todos los golpes que ha recibido en sus veinte años. Aquí, en la oscuridad de mi casa, pienso en que ojalá pudiera protegerla de todo.

Tras un rato, intento despertarla, sin demasiado éxito. Me paso uno de sus brazos por los hombros y la cojo de la cintura para tirar de ella.

—Venga, a la cama.

Gruñe, incapaz de abrir los ojos.

—¿Ya ha acabado la peli?

—¿Qué más da? Si no has visto ni la primera mitad.

—Claro que sí.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ocurría?

—Un meteorito.

Me río por lo bajo.

—Excelente reseña.

Sonríe y levanta los párpados. Me observa con esos ojos oscuros, somnolientos.

—Debería irme a casa.

—Tenemos habitaciones de sobra, Ocean. Hoy ya no vas a ningún sitio.

No protesta, se limita a seguirme por el pasillo, arrastrando las zapatillas con cansancio. Estoy casi seguro de que sería capaz de quedarse dormida de pie, hasta que se detiene para asomarse por la puerta abierta de mi habitación favorita.

Ha abierto los ojos de golpe.

—Guau.

Sonrío; sabía que le gustaría. De hecho, pensaba enseñársela mañana. Entro y enciendo la luz. Me apoyo en el marco de la puerta, de brazos cruzados, y espero a que admire cada una de las guitarras de las paredes.

—¿Las has usado todas?

—Sí, aunque tengo mis favoritas.

Le bajo la Gibson de caoba en color negro, con las clavijas de

afinación doradas.

—¿Puedo?

—Por favor.

Sus dedos acarician las cuerdas. Le ofrezco sentarse y la dejo tocar todo lo que quiera. Esto es mejor que cualquier película.

—La acústica de esta habitación es buena.

—Por eso la elegí —explico—. Me gusta componer aquí dentro, y probar distintos sonidos.

—Creo que es la guitarra más bonita que he visto —señala, acariciando la que todavía sostiene—. Bueno, hace un tiempo vi una que… —Se muerde el labio—. Una pasada.

—¿Guitarra acústica?

—En realidad, no era una guitarra real. Era de cristal, tenía flores dentro y… una puñetera obra de arte, River. Te lo juro.

Sonrío al ver la pasión en su mirada. Joder, ella sí que es una obra de arte.

—¿Dónde la viste?

—En una galería. Era de una artista local, Felicity… —Se esfuerza por recordar—. No caigo en el apellido.

—Una galería… —murmuro—. Así que sigues en contacto con el mundo del arte, entonces.

—A veces.

—Siempre me ha fascinado que seas buena en tantas cosas.

—Sí, sobre todo poniendo copas.

Me siento a su lado.

—Es otra forma de arte, y no todo el mundo sirve para eso.

—Ya…

—Pero no es tarde para hacer algo más.

Sacude la cabeza y me devuelve la guitarra.

—Para mí, sí.

Se encamina hacia la puerta y espera a que cuelgue el instrumento en la pared. Me acerco a ella.

—La chica que conocí nunca se rendía.

La sonrisa que dibujan sus labios es preciosa, pero también triste. No me gusta ver esa resignación en su mirada.

—Esa chica ya no existe, River.

Trago saliva y salgo de la habitación tras ella.

La acompaño hasta la de invitados y la observo, mientras se sienta en la cama. Sé que necesita descansar, pero no puedo evitar añadir algo antes de dejarla a solas.

—Esa chica sigue aquí, Ocean —susurro—. La veo en tus ojos cada vez que me miras.

Capítulo 58

MORGAN

Salgo de la habitación de puntillas para no hacer ruido. Es temprano y no quiero despertar a River o a los chicos, si es que están en casa. Anoche caí rendida y he dormido del tirón.

Voy al cuarto de baño para coger mi ropa, que sigue un poco húmeda, y me cambio. Tengo que enfrentarme a la realidad y volver a casa, a pesar de que es lo último que me apetece. La brecha que había entre mi madre y yo ahora es un puñetero abismo, que ya no vamos a poder salvar. Y, de alguna forma, me siento aliviada. Como si hubiera sabido desde el principio que llegaríamos a este punto, en el que caes tan bajo, que ya solo queda subir.

Pero subir por separado.

A la luz del día, me resulta más evidente el tamaño considerable de esta casa. Hay pocos muebles, como si acabaran de mudarse y no hubieran tenido tiempo todavía de comprarlos. Paso junto al sofá, en el que anoche me tumbé al lado de River, y noto un cosquilleo en el estómago.

¿Qué estoy haciendo exactamente? Puede que River me escribiera cartas o me llamara por teléfono, pero eso no cambia el motivo por el que me alejé de él. Nuestra pelea en el estudio de grabación, todo lo que nos dijimos… Por no hablar de la cantidad de veces que lo he visto en revistas con otras chicas. Y ya sé que era libre y todo eso, pero no dejo de pensar en lo diferentes que son nuestros mundos.

Hay café y tortitas en la barra de la cocina, junto a una nota.

Buenos días, bella durmiente. No te vayas sin desayunar (y sin despedirte). Vuelvo enseguida.

Sonrío y doblo el papel, antes de dejarlo donde estaba.

—Uy, esa sonrisa… Alguien ha pasado una buena noche.

Freddy aparece por el pasillo, en pijama. No he escuchado sus pasos, porque va descalzo.

—Si yo te contara.

—Pues cuenta. —Se sienta en el sofá y da un toquecito a su lado —. ¿Por fin os habéis reconciliado?

—Más o menos… Eh, no me mires así. No ha sido como te estás imaginando.

—¿No? Oh. —Hace un puchero—. ¿Entonces?

—Estuvimos hablando y aclarando algunas cosas.

—¿Y…?

—Quizá podamos volver a ser amigos.

La mueca que pone me hace reír.

—¿Amigos?

—Sí, amigos.

Se apoya en el respaldo y cierra los ojos.

—Supongo que tendré que conformarme. De momento.

Niego con la cabeza y lo imito. Se está bien aquí, en medio de esta tranquilidad. Siento que Freddy se mueve. Abro los ojos y lo encuentro escudriñándome. Me giro, sin acordarme de la marca que tengo en la mejilla, justo donde su mirada se acaba de posar.

—¿Qué…?

Suspiro.

—Tengo un desastre de madre.

—Joder, Morgan.

—Estoy bien. —Sonrío—. De verdad.

Por primera vez en mucho tiempo, soy sincera cuando pronuncio esas palabras. Sé que él lo nota, porque no insiste en el tema.

—Vale, pero si necesitas algo…

—Lo sé. Y tú…

—También lo sé. —Tira de mí—. Anda, ven aquí.

Freddy es ese amigo refugio que nunca te abandona. Ese que

siempre está dispuesto a reconfortarte con sus palabras y sus gestos. River y Cole tienen suerte de tenerlo.

Y ahora, después de estos años, yo también.

Freddy parece percibir algo al otro lado del cristal, se levanta del sofá y abre la puerta corredera que da al jardín.

—La madre que… —Se gira hacia mí—. Este tío es idiota.

Me asomo y veo a Cole durmiendo en una tumbona, vestido con la ropa con la que imagino que saldría anoche.

Freddy intenta despertarlo, sin éxito. Después de varios zarandeos, masculla algo por lo bajo y mete la mano en la piscina para salpicarlo.

—¡Mierda! —exclama el otro, sobresaltado. Cuando abre los ojos, se encara con Freddy—. ¿Qué cojones haces?

—No, qué cojones haces tú. —Le sacude la ropa, veo restos de polvo saltando por los aires—. Me habías asustado, imbécil.

—¿Y eso por qué?

—Porque no te despertabas. Porque toda esa mierda que te metes algún día te pasará factura.

Hay un silencio extraño. Una preocupación real en la voz de Freddy.

Cole está a punto de contestarle, pero entonces me ve.

—¿Morgan?

—Buenos días, Cole.

Intenta ponerse de pie, pero trastabilla y Freddy tiene que ayudarlo a recuperar el equilibrio.

—¿Acabas de llegar? No he escuchado el timbre.

—Ha dormido aquí, capullo.

La sorpresa en la cara de Cole se transforma en una sonrisilla traviesa.

—¿No me digas?

—En la habitación de invitados —especifico—. Sola.

Veo la decepción en su cara.

—Pues vaya. ¿Dónde coño se ha metido River?

—Ha hecho el desayuno y se ha ido, no sé a dónde.

Me aparto de la puerta para dejarlos entrar en la casa.

Cole husmea por la cocina y descubre la nota. La coge entre sus

dedos.

—No ha hecho el desayuno, te lo ha hecho a ti, bella durmiente —se burla—. Tía, tres años y lo tienes comiendo de tu mano todavía.

Freddy se ríe por lo bajo.

—Eh, que hay café para todos —me defiendo—. No te montes películas.

—Demasiado tarde —indica, robando una tortita del plato.

La puerta de casa se abre entonces y entra un River sin camiseta, con bermudas deportivas y sudado de la cabeza a los pies.

Dios de mi vida. Qué espectáculo.

Se fija en la tortita que se está comiendo Cole, y se quita uno de los auriculares.

—Eso no era para ti.

Cole me mira con una sonrisa triunfal.

—¿Qué te había dicho?

Le lanzo un cojín al idiota con resaca y él se parte, mientras roba otra tortita.

River bufa y se acerca a mí.

—Te preparo más en cuanto me duche.

—No hace falta, de verdad —me apresuro a decir—. Tengo de sobra con lo que queda.

Su mirada se suaviza.

—¿Has dormido bien?

—Sí, gracias. ¿Y tú? No sabía que madrugabas tanto.

—Me gusta salir a correr temprano. Empiezo el día más despejado.

Mis ojos me traicionan y bajan hasta sus pectorales húmedos. Encuentran una gota de sudor que desciende hacia el ombligo…

El carraspeo de Freddy me hace volver en mí. Cuando lo miro, me está observando con una sonrisa acusadora en la cara. Me arde hasta el nacimiento del pelo ahora mismo.

—Bueno, os dejo con el… desayuno. Morgan parece hambrienta.

Lo fulmino con la mirada, pero él se limita a soltar una carcajada y largarse.

Me giro hacia River, abochornada.

—Creo que debería irme.

—¿Tan pronto? No tienes que trabajar, ¿no? Tu jefe te ha dado

unos días libres.

—Sí, pero…

—Entonces desayuna tranquila, mientras me ducho. —Echa a andar hacia el cuarto de baño—. Me gustaría que me acompañaras a un sitio.

—¿A qué sitio?

Me guiña un ojo.

—Es una sorpresa.

***

River en un Jeep Wrangler negro, descapotable. Esta imagen va a perseguirme en mis sueños, en serio. Con sus gafas de sol, el pelo revuelto y esa curva en la comisura de sus labios durante todo el camino.

Avanzamos por una carretera estrecha, que no deja de serpentear, mientras trato de sonsacarle información, sin éxito alguno.

—Estás disfrutando con esto.

—Sí, lo reconozco. —Su brazo bronceado se extiende hasta alcanzar los botones de la radio—. No voy a decirte nada, así que disfruta del trayecto.

Suspiro, pero apoyo la cabeza en el respaldo y me centro en hacer lo que me dice. En la sensación de libertad, cuando mi pelo vuela libre, y en las cosquillas que el viento me hace entre los dedos cuando saco la mano del coche.

Me giro y lo miro.

—¿Piensas alguna vez en acelerar y no mirar atrás?

Un tic en su mandíbula.

—Demasiadas.

Suspiro.

—Yo suelo fantasear con ello, ¿sabes? Con subirme a un autobús y largarme sin un destino fijo.

—Suena tentador.

—Puede que algún día lo haga.

Se baja un momento las gafas de sol y me mira.

—Puede que yo también.

Compartimos una sonrisa cómplice que me eriza la piel.

En la radio suena *Fallin* de Alicia Keys y yo canturreo sin apenas darme cuenta.

—¿Qué música escuchas ahora?

—No sé, de todo un poco.

—Menos la nuestra.

Cuando lo miro, no se le ve enfadado, más bien parece que se está divirtiendo.

—Bueno, a ver… —¿Qué quiere que le diga? ¿Que me dolía demasiado escuchar su voz? ¿Que quise borrarlo de todas las partes que pudiera, ya que de mi cabeza era imposible?—. No es que no me guste vuestra música.

—¿Entonces?

—Me recuerda tiempos que preferiría olvidar.

Frunce el ceño.

—Ya.

Podría intentar suavizar la situación, pero es que es la verdad. Puede que estemos limando asperezas, pero no se me va a olvidar de un plumazo todo lo que he pasado durante estos años.

Cuesta más borrar el rencor que una mancha de sangre.

No volvemos a hablar en todo el camino.

Por suerte, no pasan más de quince minutos hasta que River detiene el coche frente a una casa, en lo alto de una colina.

Me quedo mirando la fachada. Los tablones de madera están recién pintados de blanco, y la rodea un jardín algo descuidado, pero con unas vistas al mar que dejan sin respiración.

—¿Esto es…?

—Mi casa —responde, orgulloso—. O va a serlo, mejor dicho. Aún no vivo aquí.

Veo la ilusión en sus ojos y me acuerdo del River que conocí aquel día en la playa.

—No es muy grande, pero no necesito más. —Se baja del coche y lo rodea para abrirme la puerta.

—Es perfecta.

La sonrisa que se dibuja en sus labios es genuina.

La casa está bastante aislada, pues las viviendas más cercanas se encuentran a varias millas de allí. Aquí tendrá la intimidad que tanto busca. Se saca una llave del bolsillo trasero del pantalón y abre la puerta. Me indica con un brazo que pase.

—Bienvenida a mi dulce hogar.

Me enamoro del sitio nada más cruzar el umbral. De sus muebles sencillos, del enorme ventanal que llega hasta el suelo, con vistas al mar. Hay una pequeña chimenea y una barra que separa la cocina del salón.

—River, es preciosa. —Me giro para mirarlo—. Es lo que siempre quisiste.

Sus ojos se ven más verdes aquí, cuando la luz dorada del sol se refleja en el blanco de las paredes. Bajan un momento a mis labios, antes de adelantarse para encender la luz de una habitación.

—Aquí será donde componga.

El espacio está vacío, pero es lo suficientemente grande como para albergar todas las guitarras que vi anoche.

Termina de enseñarme cada rincón y, al final, salimos al jardín de nuevo. Las olas del mar lamen la orilla más abajo; el viento nos refresca las mejillas, encendidas por el sol.

Se me desborda la sonrisa, mientras me pierdo en el horizonte.

—¿En qué estás pensando?

Giro el cuello y lo miro.

—En aquella tarde, delante de las mansiones de las estrellas de Hollywood —confieso—. Dijiste que una casa sencilla, junto al mar, era todo lo que necesitabas. Ya está, ya lo tienes todo.

Me da la sensación de que suspira, antes de que sus ojos me busquen. El brillo que veo en ellos, la seriedad repentina en su rictus… ¿Qué le pasa?

—Me falta lo más importante.

Trago saliva. ¿A qué se refiere? ¿Y por qué sigue mirándome con esa intensidad? Me están dando taquicardias.

—¿El perro?

Su risa me pilla desprevenida.

—Cuando esté más asentado y deje de viajar tanto, puede que me

lo plantee.

Vuelve a perderse contemplando el mar, pero yo no puedo dejar de observarlo, con la sensación de que está ocultando algo.

—Todo llega, River.

Mis palabras se quedan alrededor de nosotros unos segundos. Hay una energía extraña en el ambiente, como si estuviera cargado de electricidad.

—Podríamos celebrar aquí tu cumpleaños la semana que viene, si quieres.

—¿Todavía te acuerdas de la fecha?

Su hombro roza el mío un segundo.

—Yo me acuerdo de todo, Ocean.

Capítulo 59

RIVER

—Déjame aquí —me pide Morgan cuando estamos a tres casas de la suya—. Es mejor que no te vea. No quiero que te suelte cualquier gilipollez.

—No me importa lo que me diga —le aseguro—. ¿No prefieres que te acompañe?

—Es mejor que haga esto sola. Al fin y al cabo, tengo que volver a casa en algún momento, por poco que me apetezca.

La idea que lleva rondándome toda la mañana se verbaliza sin darme tiempo a pensar demasiado.

—O podrías quedarte con nosotros.

—¿Qué?

—Nos sobra espacio, Morgan, ya lo has visto. —Me encojo de hombros—. No tienes por qué aguantar ahí dentro ni un minuto más.

—No sé si es buena idea, River.

—¿Por qué? Volvemos a ser amigos, ¿no?

Enarca una ceja.

—Aún no está claro.

Alzo la cabeza y miro al cielo.

—Venga ya, Ocean. Puedes mudarte hasta que las cosas se calmen un poco. O para siempre, eso ya como tú veas.

Su risa me contagia, y no creo que haya nada más bonito en el mundo que esa esperanza que veo en sus ojos.

—Tal vez… Solo unos días…

Le guiño un ojo y acelero para dejarla justo en la entrada. Me la pela si su madre me ve.

—Te espero aquí. —Me inclino sobre ella y le abro la puerta para que salga.

Tamborileo con los dedos en el volante, mientras la observo

caminar hasta la casa. Estoy nervioso, por lo que pueda pasar ahí dentro, no voy a mentir. Juro que, como esa mujer le vuelva a poner una mano encima, la denuncio a la policía.

No he consultado con Freddy o Cole, pero no creo que les importe que la haya invitado. El primero adora a Morgan, y el segundo pisa poco la casa.

Yo estoy que no me lo creo. ¿Cómo puede cambiarte la vida en apenas veinticuatro horas? Morgan y yo compartiendo techo. Casi espero despertarme de golpe, con el corazón acelerado.

Un Chevrolet Cavalier plateado se detiene detrás de mí y, cuando veo quién baja del asiento del copiloto, me tenso en el acto. La madre de Morgan camina segura, con ese aspecto impecable que tanto se esmera en mantener. Si se esforzara así por cuidar su interior, las cosas serían muy diferentes.

Un tipo con camiseta de tirantes y tupé engominado se baja del vehículo y se apoya en la puerta. La atrapa por la cintura y le da un beso de lo más explícito. Veo sus lenguas desde aquí.

Ya creo que me he librado, cuando la mujer se percata de mi presencia.

—Pasa de largo, pasa de largo… —murmuro para mí mismo, calándome la gorra con las dos manos. Una cosa es enfrentarme a esa mujer en su casa, por acompañar a su hija, y otra que me asalte con su ligue de esta semana, mientras Morgan recoge sus cosas.

Era mucho pedir. Da unos pasos hasta mi coche y se agacha para asomarse por la ventanilla.

—Vaya, vaya…, River.

—Susan —la saludo, pero no pienso ofrecerle ni una mísera sonrisa. No después de lo que le ha hecho a Morgan.

—¿Qué haces aquí? ¿Vienes a joderle la vida a mi hija otra vez?

Los nudillos se me ponen blancos al apretar el volante.

—Me parece que eso ya lo haces tú.

—No sé lo que te ha contado esa desagradecida, pero yo solo he intentado protegerla, desde que la dejaste tirada.

La miro fijamente.

—Puede que yo no haya sido el mejor amigo, y créeme que lo lamento, pero me parece que no eres la más indicada para decirme

eso.

—Soy su madre.

—Eso no te da carta blanca para dirigir su vida. Para romper sus cartas —añado. El rencor que siento hacia esta mujer, por haberme privado de la posibilidad de arreglar las cosas con su hija, es demasiado grande para controlarme.

Se saca un cigarrillo y lo enciende, con la indiferencia pintada en su cara.

—Claro que sí —insiste sin remordimiento alguno—. Si no la cuidaba yo, ¿quién iba a hacerlo? ¿Tú?

—No me diste la oportunidad.

—Oh, tuviste tu oportunidad —responde—. Y decidiste que había cosas más importantes que ella.

No voy a perder ni un minuto más con esta mujer, aunque algo dentro de mí me grite que tiene parte de razón.

—Mira, Susan, si lo que quieres es que la única persona que todavía te quiere se aleje de ti, vas por buen camino.

Su rostro se deforma por la rabia.

—La estás poniendo en mi contra. Si te importa tanto como dices…

—Claro que me importa —la interrumpo—, y la única que la está poniendo en tu contra eres tú misma.

La puerta de la casa se abre y Morgan se queda quieta un segundo, cuando ve a su madre junto a mi coche. Percibo cómo se endurece su expresión, al echar a andar, sin perder el contacto visual conmigo.

—Ah, hija, estás aquí.

—¿Esa es tu hija? —pregunta de pronto el hombre del tupé—. Joder.

Inspiro hondo, armándome de paciencia.

Morgan los ignora a los dos y abre la puerta del copiloto. Lanza la mochila al asiento de atrás y se pone el cinturón.

—Morgan, no seas cría —le espeta su madre—. Vamos a hablar dentro.

Pero ella se gira y me mira con decisión.

—¿Nos vamos?

Sonrío, orgulloso, y le cojo la mano antes de acelerar.

Capítulo 60

MORGAN

Josh casi se atraganta con el batido.

—¿Que ahora vives dónde? —pregunta con un hilo de voz, después de romper a toser.

Lisa suelta una carcajada.

—Ya te lo ha dicho: en casa del grupo más famoso del país.

Hemos venido a nuestra cafetería favorita a merendar, como solemos hacer de vez en cuando, y acabo de ponerlos al día de mi situación.

Bajo la mirada ante el escrutinio de mi amigo.

—Alejarme de mi madre es justo lo que necesito ahora mismo.

—Podrías haberte quedado con alguno de nosotros —indica con lo que me parece rencor.

—Así es mucho más fácil, Josh. Lisa y tú vivís con vuestros padres, pero los chicos apenas están en casa.

—¿No decías que no querías saber nada de River?

—Las cosas cambian.

—Ya te digo si cambian —añade mi amiga, que parece muy contenta con mi decisión—. No puedo creer que tu madre no te dijera nada de las cartas y las llamadas. ¿Qué habrías hecho de haberlo sabido? ¿Crees que lo habrías arreglado con él?

—Ya nunca lo sabremos, ¿no?

—Es verdad. —Me coge la mano—. Pero da igual, porque lo que importa es que ahora estáis juntos otra vez.

—No estamos… juntos.

—No es eso lo que dice la prensa —murmura Josh.

Enarco una ceja.

—¿Es que ahora hacemos caso de todo lo que dice la prensa?

—Yo solo sé que no te van a dejar en paz a partir de ahora, ¿lo has pensado?

Me muerdo el labio. No lo pensé en el momento de aceptar la ayuda de River. Me limité a aferrarme al salvavidas que me ofrecía, justo cuando el agua me llegaba al cuello.

—Solo serán unos días.

—Creía que ibas a guardar las distancias después de la foto de la fiesta.

Inspiro hondo. Todo mi mundo está patas arriba ahora mismo. Josh tiene razón, esto se está complicando demasiado.

Lisa suelta un bufido.

—¿Quieres dejarla en paz ya? La estás agobiando.

—Solo me preocupo por ella y por su futuro. Lo siento, pero que yo me calle ahora no cambia el hecho de que River Hayes sea River Hayes. —Me mira fijamente y da golpes en la mesa con el índice, para dar más énfasis a sus palabras—. Si estás con él, ya sabes lo que hay. Toda esa fama, esa atención, esa falta de intimidad que le persiguen, también te perseguirán a ti.

—Yo no…

—Por no hablar de que volverá a largarse —continúa, implacable —. ¿Qué vas a hacer cuando eso ocurra? ¿Vas a perseguirlo por todo el país? ¿Por Europa? ¿O te quedarás aquí, con el corazón roto otra vez?

Lisa le da un pequeño empujón.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? Te estás pasando.

Se me ha acelerado el pulso. Intento respirar con normalidad, pero el aire no entra en mis pulmones con la misma facilidad que hace un momento.

Trago saliva y aprieto el tenedor, que aún tiene un bocado de gofre en el extremo.

Los ojos de Josh se suavizan cuando se percatan de cuánto me han afectado sus palabras. Nunca lo había visto tener un arrebato así.

—Morgan, lo siento. No quería…

—Yo no voy a perseguir a nadie —afirmo con rotundidad—. Solo estoy intentando decidir cuál es mi siguiente paso, nada más. Sé muy bien quién es él y quién soy yo. Conozco mi lugar más que de sobra.

Lisa le da un codazo a Josh y murmura por lo bajo:

—Bébete el batido y cállate de una vez.

***

Los chicos tienen una entrevista en la radio, así que me he quedado sola. Se me hace raro estar aquí, la verdad. River ha insistido en que me sienta como en casa, pero no dejo de pensar en las palabras de Josh. Este no es mi sitio. Estar aquí supone un riesgo que quizás aún esté a tiempo de evitar.

El timbre suena a eso de las siete de la tarde. No sé si debería abrir la puerta de una casa que no es mía. Probablemente, no. Pero quienquiera que sea la persona que está ahí fuera, parece que no va a rendirse.

—Ah, Jim, eres tú —digo al reconocer al representante del grupo que, obviamente, no se alegra de verme.

—Así que es verdad —suelta, entrando en la casa sin pedir permiso. Quizá no lo necesite. El mío no, desde luego.

—¿Qué es verdad?

—Que vives aquí.

Más que un comentario, parece una acusación.

—Solo de forma temporal.

Su risa deja ver su frustración.

—Tres años y no hay manera de librarme de ti, ¿eh?

Me cruzo de brazos, en un intento por protegerme de este hombre del que nunca me he fiado. Me hace sentir… pequeña, insignificante, como un insecto molesto.

—¿Por qué tendrías que librarte de mí, exactamente?

—No te hagas la tonta, guapa. Hace años casi me cuestas al líder de mi banda.

¿*Su* banda?

—Creo que estás exagerando un poco.

—Bueno, se acabó. Vamos al grano, Morgan. —Se saca un boli y un talonario del bolsillo interior de su chaqueta—. ¿Cuánto quieres?

—¿Cuánto quiero para qué?

—Para desaparecer de una vez. River necesita pasar página y está claro que no va a poder hacerlo si tú estás cerca.

—¿Estás intentando comprarme?

—Seguro que una camarera con una madre en el paro no puede permitirse ir a Colburn, ¿me equivoco?

Siento un ardor en la cara. ¿Por qué sabe todo eso sobre mí?

—Eso no es asunto tuyo.

—Tienes razón, pero ¿sabes lo que sí es asunto mío? La carrera de esos chicos, y tú estás poniéndola en peligro, una y otra vez. Aún estoy intentando arreglar tu estropicio con Austin.

Abro mucho los ojos.

—¿Mi estropicio? ¿Me estás culpando a mí de lo que pasó?

—Nadie te obligó a irte con él, ¿no?

Menea el talón delante de mi cara, impaciente. Sonríe con satisfacción cuando lo acepto, y me mira como si le hubiera confirmado una sospecha.

La sospecha de que yo solo estaba cerca de River por interés.

—Es la segunda vez que me ofreces dinero —le digo mientras doy vueltas al cheque entre los dedos. Levanto la cabeza y lo miro fijamente, procurando no temblar—. Y es la segunda vez que lo rechazo.

Rompo el papel y dejo que los pedazos caigan a nuestros pies. La expresión de chulería que había mantenido hasta ahora se le escurre y deja a la vista una frialdad que me parece que representa mucho mejor su verdadera cara.

—Conozco a las chicas como tú, Morgan. Egoístas, manipuladoras, dependientes… —Sus ojos me traspasan con odio—. Vas a joderle la carrera.

—No sé lo que crees saber de mí —le espeto—, pero no me conoces. Y te agradecería que te fueras, Jim.

Tuerce una sonrisa cruel.

—Mírate, ya te crees con derecho a echarme de su casa.

Durante unos segundos, me planteo la posibilidad de largarme yo, si él no lo hace. Estoy inquieta y un poco asustada, la verdad. No me gusta la amenaza que veo en su mirada.

Aprieto los puños. No puedo dejar que me vea como una cría débil, incapaz de defenderse.

—Si tienes algún problema con que yo esté aquí, es con River, con quien deberías hablar, y no conmigo.

Alza la barbilla con soberbia y se guarda de nuevo el bolígrafo y el talonario en el bolsillo.

—Puedes estar segura de que lo haré.

Siento un alivio repentino inundándome todo el cuerpo cuando lo veo salir por la puerta.

Capítulo 61

RIVER

Hoy es el cumpleaños de Morgan y estoy de los nervios.

Desde hace unos días, mi prioridad ha sido adecentar lo suficiente la casa, como para poder celebrar aquí una fiesta en su honor. Le he mentido casi todas las veces que le he dicho que tenía que ir a alguna entrevista o sesión de fotos, porque lo cierto es que he aplazado todo para hacer esto.

Jim me ha estado llamando para reunirse conmigo, pero le he dejado claro que cualquier cosa puede esperar un puñetero fin de semana.

No he podido celebrar con Morgan este día los dos últimos años y pienso aprovecharlo. Llevo varias horas pendiente de cada detalle porque ella se merece que esto salga bien, y por eso no voy a contarle hoy lo que acabo de averiguar. Tiene derecho a saberlo, pero también a que nadie le estropee este día.

—¿Cómo vais? —pregunto a mis amigos al entrar en el salón. Freddy se ha sentado en el sofá y está rodeado de un montón de globos dorados y blancos, que ha ido hinchando, al parecer, él solo —. ¿Dónde está Cole?

—Se ha escaqueado hace un rato.

—Joder, no se le puede pedir nada.

Voy de un lado a otro, asegurándome de que todo está en orden. La comida, las bebidas, la mesa en el jardín… Freddy me encuentra alineando los cubiertos.

—Tío, relájate, has hecho un buen trabajo.

—Solo quiero que todo salga bien.

—Y va a salir bien. —Me pone una mano en el hombro—. Vas a ganar muchos puntos después de esta noche.

—¿Crees que lo hago por eso?

Alza las cejas.

—No *solo* por eso.

Se me eleva una comisura del labio casi sin darme cuenta.

—Morgan está pasando por mucho ahora mismo. —Suspiro—. Quiero que sepa que no está sola. Que nos tiene a su lado, pase lo que pase.

—Mírate, te brillan los ojos cuando hablas de ella.

Lo empujo medio de broma.

—Cierra la boca.

Justo en ese momento, Cole aparece en el jardín con una sonrisa triunfal y un hinchador de ruedas en la mano.

—¡Ajá! —celebra—. Se acabó el soplar, tíos.

Freddy pone los ojos en blanco, pero sonríe.

—A buenas horas.

—Mira a quién le brillan los ojos ahora —comento por lo bajo.

Mi amigo me da un codazo y yo reprimo una carcajada. Hay cosas que no se pueden ocultar, por mucho que lo intentes, porque, a través de esa capa de indiferencia con la que te tapas, siempre acaba colándose un resquicio de lo que sientes en realidad.

***

Morgan se lleva las manos a la boca cuando pasa al salón y se gira a buscarme.

—Esto es…

Trago saliva. ¿Por qué me late el corazón tan deprisa?

—¿Te gusta?

Observa las guirnaldas, los globos y la pancarta de feliz cumpleaños. Los ojos le brillan de pura felicidad cuando me dedica la sonrisa más preciosa que he visto en mi vida.

—¡Me encanta!

Me pilla desprevenido que se lance a abrazarme, así que tardo un segundo en apretarla contra mí. Dios… ese olor a vainilla.

—Eh, que nosotros también hemos colaborado —indica Cole, jodiéndome el momento—. Casi me desmayo soplando.

—¡Tendrás morro! —le suelta Freddy—. Si los hemos hinchado casi todos, River y yo.

—Tío, es el cumpleaños de Morgan, no es momento de echarte flores.

La chica, que tenía sus manos sobre mis hombros hasta hace un segundo, suelta una carcajada y los abraza a los dos.

—Gracias, chicos. Sois geniales.

Lisa y Josh, que se habían quedado un paso por detrás, nos saludan a todos. El amigo de Morgan parece tenso cuando estrecho su mano, pero tampoco es algo que me extrañe. Creo que no le caigo muy bien.

En realidad, él a mí tampoco, pero voy a fingir que no me supone un problema su presencia aquí, por el bien de nuestra amiga en común.

No tardamos en salir al jardín de la parte trasera, donde la barbacoa está lista para usar. Todos se sientan alrededor de la mesa de madera, decorada con velas, y comienzan a beber y a picar, mientras yo me dedico a asar la carne.

Pronto, me noto la piel ardiendo y una gota de sudor que me cae por la frente, así que me quito la camiseta y me la limpio con ella. Cuando levanto la vista, Morgan me está observando.

Para mi absoluta satisfacción, ella me devuelve la sonrisa que le dedico. Está increíble esta noche, con ese vestido blanco, que resalta aún más su piel morena, y el pelo recogido en una trenza.

Cole se acerca con un par de cervezas en las manos y me ofrece una.

—Lo de la camiseta ha sido inteligente.

—¿El qué?

—Quitártela —responde, como si fuera evidente a qué se refiere —. Me apuesto lo que sea a que Morgan ha estado contando tus abdominales.

Me río y doy un sorbo al botellín.

—Cierra el pico, anda.

—Hablo en serio. ¿No has visto cómo te mira?

Desvío la vista hacia ella.

—No me está mirando a mí, sino a Freddy.

—Porque están hablando, pero te aseguro que no te ha quitado ojo durante tu numerito.

—No era un numerito, capullo. Tenía calor de verdad.

—Y más que vas a tener. Ese vestido es un puto pecado, tío. —Enarco una ceja y él alza las manos—. Solo era una observación. No te pongas celoso.

—Siéntate de una puta vez, la carne ya está.

El bocazas hace lo que le pido, no sin dedicarme gestos obscenos, todavía de espaldas a los demás.

Suelto un bufido y termino de sacar la cena de la barbacoa. Me siento en el hueco que queda libre al lado de Morgan. No sé si mis amigos lo han hecho a propósito, pero no pienso quejarme.

—Un vestido blanco para comer chuletas de cerdo y salsa barbacoa… —comenta ella, risueña—. Creo que no ha sido una buena decisión.

Los ojos me traicionan y se posan sobre sus muslos.

—Pues a mí me parece la mejor decisión que has tomado nunca.

¿Por qué? ¿Por qué he tenido que decir eso? Morgan alza las cejas sin perder la sonrisa.

—¿Ah, sí?

Carraspeo y finjo estar ocupado, colocándome la servilleta sobre las piernas.

—Bueno, es que el vestido me parece bonito.

—¿El vestido o Morgan? —pregunta Lisa.

Voy a tener que tirarme a la piscina para que me baje la maldita temperatura ahora mismo. Todos me están mirando con ciertas acusaciones escritas en la cara, excepto Josh. Él lo hace como si me quisiera clavar el tenedor en el ojo.

—Los dos —respondo al fin, atreviéndome a mirarla.

Se pasa por detrás de la oreja un mechón que se le ha soltado de la trenza y a mí se me olvida de qué estábamos hablando.

—Bueno, ¿qué tal si empezamos a comer? —propone Josh de mala gana—. Después del esfuerzo que ha hecho River, no vamos a dejar que esto se enfríe.

Me dedica una sonrisa tensa y alcanza una chuleta con el tenedor. Los demás lo seguimos y, en apenas unos segundos, el ambiente se

relaja. Los minutos van pasando. Los platos y los vasos se van vaciando. Hemos puesto música de fondo y no dejamos de reír.

—Tienes un poco de… —Morgan se señala el esternón.

Bajo la vista y encuentro la mancha de salsa barbacoa en mi piel. La arrastro con el dedo índice y luego me lo meto en la boca.

—¿Ya está?

Ella traga saliva y se fija en mi pecho. Se me acelera el corazón cuando extiende la mano.

—Casi —murmura, arrastrando el resto de la mancha con su dedo. Por un segundo, fantaseo con que se lo lleve a la boca, pero se limpia en la servilleta.

—River, no sabía que estabas en el menú, o habría dejado algo de hueco —suelta Lisa.

Joder, esta chica no se corta nunca. Morgan se ríe por lo bajo y yo, en lugar de mostrarme avergonzado, me encojo de hombros.

—Creo que he quedado un poco crudo.

—¿Estás seguro? —sigue Freddy, que parece estar pasándoselo en grande—. Porque yo diría que debes de estar ardiendo.

—Bueno, ya vale —les digo, incapaz de seguirles el rollo más—. Creo que ha llegado la hora del postre.

Me levanto y voy a la cocina a preparar la tarta. La he encargado en una pastelería que sé que a Morgan le encanta, así que espero haber acertado. Enciendo un par de bengalas y le hago un gesto a Lisa, que está en la puerta, preparada para empezar a cantar.

Mi mente registra la imagen que tengo delante y la archiva en el compartimento de recuerdos inolvidables: Morgan con las manos juntas, pegadas a su mejilla y una sonrisa de oreja a oreja mientras todos entonamos la canción. Su mirada brilla por la emoción y las luces de las bengalas cuando pongo el pastel frente a ella.

—Pide un deseo, Ocean.

Me observa fijamente un segundo, antes de cerrar los ojos y soplar. Aplaudimos, silbamos y la abrazamos otra vez para desearle que los veintiuno le traigan cosas tan maravillosas como ella.

Nos comemos la tarta, nos lanzamos algún que otro trozo porque, en el fondo, no somos más que unos críos que disfrutan de las cosas de siempre. Aumentamos el volumen de la música y salimos a bailar.

Todos, menos Josh, que ha decidido observarnos desde la mesa.

Reprimo las ganas de soltarle lo que necesito decirle y me centro en la cumpleañera, que se mueve con los brazos en alto con total libertad.

—Me encanta verte así —le indico al oído.

Se gira y me sonríe.

—¿Así cómo?

—Feliz.

—Es difícil no estarlo con lo que habéis preparado.

Le ofrezco mi mano y, cuando la acepta, la hago girar sobre sí misma y luego la vuelvo a atraer hacia mí. Mis dedos sobre su espalda rozan la punta de la trenza. Tiro de ella con suavidad.

Su nariz roza la mía. Por un momento, el tiempo se detiene. El pulso disparado, la respiración acelerada, todo ahora mismo en mi cuerpo va a cien por hora. Me encantaría cruzar los dos centímetros que separan nuestros labios y besarla.

Y puede que sean imaginaciones mías, pero, por cómo me está mirando, creería que ella también…

—Eh, Morgan, ¿no quieres abrir tus regalos?

Josh otra vez. ¿Cuándo se ha levantado de la mesa?

Me aparto con un suspiro y aviso a los demás para volver a la mesa. Seguimos bebiendo, aunque yo me he pasado al agua porque de verdad que me estoy derritiendo esta noche.

Ropa, CDs de música, un reproductor MP3, un curso de pintura… Morgan abre paquete tras paquete y nos da las gracias a todos.

—Tengo otro regalo para ti —dice Freddy.

Todos lo miramos, expectantes. No tiene nada en las manos.

—¿Vas a hacer que aparezca por arte de magia? —pregunta Lisa.

Él sonríe con misterio.

—Le he dado a la prensa algo de lo que hablar —anuncia—. Creo que tu foto con River quedará en un segundo plano pronto.

—¿Qué has hecho? —pregunta Morgan.

—Digamos que mi salida del armario va a ser a lo grande.

—Tío… —empieza a decir Cole.

—¿Qué? —El tono de Freddy es cortante, como si lo retara a juzgarlo.

—Que estoy muy orgulloso de ti, joder.

Cole lo abraza con fuerza y yo no puedo reprimir las ganas de unirme a ellos dos.

—Todos lo estamos, Fred —le indico—. Pero el que más tendría que estarlo eres tú mismo.

Las chicas se nos unen en el abrazo. Por un momento, me siento mal por Josh, porque se queda algo apartado. Pero, a continuación, recuerdo por qué no me cae bien y se me pasa.

A Freddy se le escapa una lágrima traicionera cuando se separa de nosotros.

—Joder, ahora me siento mal por no haberte regalado un escándalo para que te dejaran en paz, Morgan —suelta Cole. Luego mira a Lisa—. ¿Crees que podríamos hacer algo al respecto, bombón?

—¿Algo como qué?

—No sé, montárnoslo en público o algo así.

—No estoy segura de que eso le sorprendiera a nadie viniendo de ti.

La carcajada es general, antes de que Freddy se percate de algo.

—Falta el regalo de River.

Se me acelera el pulso sin control cuando le entrego el paquete y ella me mira, curiosa. Arranca el papel de regalo y destapa la caja, dejando al descubierto la que espero que sea la guitarra de la que me habló.

Ahoga un grito.

—¡River! ¿Cómo…? ¿Cuándo…?

Sus dedos acarician el cristal ondulado que esconde flores de colores en su interior. La apoya sobre sus piernas, como si estuviera a punto de tocar una canción.

—Pregunté en todas las galerías de arte hasta que encontré a Felicity Holland.

Los ojos se le empañan por las lágrimas y yo tengo que tragar saliva porque el nudo de la garganta se está haciendo más grande.

—Esto es…

—Una puta pasada —comenta Lisa—. Joder, River.

—Es verdad, tío. —Cole me da un toque en la espalda—. Menuda

obra de arte.

—Bueno, eso es mérito de la autora, no mío.

—Pero es un detallazo, que la hayas buscado, colega —indica Freddy.

Morgan frunce el ceño de repente, preocupada.

—Ha debido de costarte una fortuna.

—Nada comparado con lo que te mereces, Ocean.

Extiende el brazo y me estrecha con fuerza. Su otra mano sigue en la guitarra.

—Gracias.

La aprieto contra mí y aspiro su aroma.

—Lo que sea, con tal de ver esa sonrisa.

Escucho un bufido a mi espalda. Sé que es de Josh, sin necesidad de girarme, pero lo ignoro. Dejo a Morgan con sus regalos y empiezo a recoger la mesa. Cuando estoy colocando los vasos sobre la encimera de la cocina, escucho unos pasos cerca.

—¿Puedo saber qué pretendes?

Al darme la vuelta, me encuentro a Josh con cara de pocos amigos.

—¿Perdón?

—Lo de pedirle a Morgan que viva contigo, la fiesta, la maldita guitarra… ¿Por qué lo haces?

—Porque es mi amiga y me importa, no sé si tú entiendes ese concepto.

Veo la confusión en su rostro.

—Claro que lo entiendo, y precisamente porque a mí sí me importa, no quiero que vuelvas a hacerle daño.

Respiro hondo.

—Mira, Josh, no tengo por qué darte explicaciones de nada. Morgan es mayorcita y tiene criterio de sobra para tomar sus propias decisiones.

—No cuando se trata de ti.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que no ves cómo te mira? —Aprieta los puños—. La estás ilusionando para, tarde o temprano, volver a decepcionarla.

—¿Quieres que hablemos de decepciones, Josh? Porque resulta que hoy me he enterado de algo, ¿sabes? Algo relacionado con la foto que salió en prensa hace poco y que nos relacionaba a Morgan y a mí.

Traga saliva. Veo el pánico en sus ojos.

—No sé qué tiene que ver eso conmigo.

—Claro que sí. —Doy un paso hacia él—. Lo sabes perfectamente.

—Yo no…

—Tú sí, y si no te echo de aquí ahora mismo es porque ella te considera su amigo.

—No lo entiendes.

—Tienes razón, no lo entiendo —admito—. No entiendo cómo puedes mirarla a la cara después de lo que le has hecho. La pregunta es… ¿piensas decírselo?

Su voz es apenas un susurro.

—No quiero perderla.

Cierro los ojos con fuerza un segundo. Joder, no puedo empatizar con este imbécil ahora.

—Te estoy dando la oportunidad de dar la cara, Josh. Pero, si no se lo dices tú a Morgan, lo haré yo —le advierto.

—¿Decirme qué?

La chica del cumpleaños lleva en las manos unos platos y nos mira con el ceño fruncido a los dos.

¡A la mierda lo de no joderle su gran día!

Capítulo 62

MORGAN

Miro a River y a Josh de forma intermitente.

—¿Va a explicarme alguien lo que está pasando?

River parece estar amenazando en silencio a Josh, que ha bajado la vista al suelo. Una sensación de incertidumbre repta por mi estómago.

—Morgan, yo… Tengo que… Necesito decirte…

—Os dejo a solas —anuncia River. Me dirige una mirada de preocupación y sale al jardín de nuevo.

Dejo los platos sobre la encimera y observo a mi amigo.

—Josh, ¿qué ocurre?

Lo veo derrumbarse incluso antes de empezar a hablar. Los ojos se le empañan por las lágrimas contenidas y yo me lanzo a abrazarlo sin dudar.

—Lo siento mucho, Morgan —balbucea junto a mi oído.

—Me estás asustando. —Me aparto y lo miro—. ¿Qué es lo que sientes? Venga, Josh, soy yo. Puedes decirme lo que sea.

—La foto.

—¿Qué foto?

—La foto en la que salías de la fiesta con River. La que salió en la prensa.

—¿Qué pasa con ella?

—La hice yo.

Es como si me acabara de dar una bofetada. Parpadeo varias veces.

—¿Cómo?

Se toca las manos compulsivamente y evita mi mirada mientras habla.

—Creía que si veías todo lo que te esperaba a su lado, podrías dar marcha atrás antes de que fuera demasiado tarde.

Una rabia repentina crece en mi estómago y se va extendiendo al resto del cuerpo, hasta el punto de hacerme apretar las manos y los dientes, mientras trato de controlarme para no ponerme a gritar.

—¿Estabas agazapado en la oscuridad, esperándonos con tu cámara? ¿Eres un puto acosador o solo un aprovechado? Creía que eras mi amigo.

—Y lo soy. Por eso mismo lo he hecho.

—Un amigo no me vendería de esa forma. Porque habrás cobrado por la foto, ¿no? —Su silencio es respuesta suficiente. Suelto una carcajada amarga—. Madre mía.

—Necesitaba el dinero para una cámara nueva, pero la devolveré y te lo daré.

—¿Crees que quiero tu dinero? ¿En serio?

—Morgan, de verdad que lo siento. —Intenta tocarme, pero me aparto, asqueada—. El dinero ha sido algo secundario, creía que era la única forma de abrirte los ojos.

—Ahora entiendo tu discursito del otro día en la cafetería, lo de que esta es la vida que me espera si tengo cerca a River.

—Es que eso es verdad. Él no merece que pases por todo eso.

—Porque tú eres mejor, ¿no? Un verdadero amigo.

—Yo… te quiero, Morgan. Te quiero desde hace mucho.

Su confesión me pilla por sorpresa. Nunca habría dicho que Josh… Joder, lo había ocultado muy bien. En otras circunstancias, me habría gustado tener una conversación sincera con él. Decirle que yo no siento lo mismo, pero que no deseo perderlo como amigo.

Ahora ni siquiera sé si alguna vez lo ha sido de verdad.

—¿Y así es como demuestras tú querer a alguien? —pregunto con el rencor impregnando cada una de mis palabras.

Esta conversación me recuerda a la última vez que hablé con mi madre. Al parecer, la gente que asegura quererme se cree con derecho a decidir por mí y luego me tira en cara que no lo valore.

—Todo lo he hecho porque me preocupo por ti, tienes mi palabra.

—Tu palabra no vale nada para mí ahora mismo —respondo con un hilo de voz. Una lágrima se me escapa y me apresuro a limpiarla con rabia—. Finges preocuparte por lo que es mejor para mí, pero en realidad solo piensas en lo que es mejor para ti. Aunque eso

significue clavarme un puñal por la espalda.

—Morgan, yo nunca…

—¿Qué? ¿Me traicionarías? Creo que es justo lo que has hecho.

—Solo quería alejarte de él, evitar que pudiera volver a hacerte daño… ¿O ya has olvidado todo lo que has pasado?

Una sonrisa amarga se me dibuja en los labios. ¿Va a seguir por ahí? Después de todo, ¿piensa continuar justificándose?

—Creo que es mejor que te vayas, Josh.

Abre la boca para protestar, pero debe de ver algo en mi cara que le impide añadir nada más. He tenido suficiente. No quiero más excusas de mierda. No quiero que siga intentando convencerme de que, prácticamente, yo lo he obligado a traicionarme para protegerme.

—Lo siento —musita por última vez.

Se da la vuelta y me deja allí, con el corazón agrietado y las mejillas cubiertas por las lágrimas.

***

La fiesta ha llegado a su fin de forma abrupta. Hace una media hora que Josh se ha ido y que yo he tenido que disculparme con mis amigos porque necesitaba tomarme un momento. La noche había empezado muy bien y ahora…

Suspiro al sentarme en el sillón de River, frente a tres guitarras, y cierro los ojos. ¿Cómo ha podido Josh hacerme algo así? ¿Todo esto porque estaba celoso?

Unos golpes en la puerta me obligan a despegar los párpados e incorporarme.

—¿Sí?

La cabeza de River se asoma.

—¿Puedo pasar?

Me encojo de hombros.

—Es tu habitación.

—Esta noche es tuya.

Sonrío con tristeza.

—Gracias.

Se acerca hasta el sillón y se sienta en un reposabrazos, de cara a mí. Se ha puesto una de sus camisetas sin mangas.

—Siento mucho lo de Josh.

—Ya, yo también.

—No quería que te enteraras así —confiesa—. Te he jodido el cumpleaños.

Pongo mi mano sobre la suya.

—El cumpleaños ha sido increíble, River. De verdad.

Su caricia en mi mejilla consigue erizarme la piel.

—No soporto verte llorar.

Está tan guapo que duele. Con su pelo oscuro despeinado, esos ojos que bajo esta luz se ven más grisáceos que verdes, la piel bronceada y cálida tan cerca de la mía…

Estoy cansada de resistirme a esto que siento. Necesito dejarme llevar. Necesito sentirme mejor esta noche.

Lo necesito a él.

Arrugo su camiseta bajo mi puño y tiro para que se acerque. Veo la sorpresa en sus ojos, pero no se aparta. Traga saliva. Me bebo su aliento, me estremezco cuando sus dedos se cuelan a través de mi pelo. Se humedece los labios, antes de hablar.

—Ocean…

Rozo sus labios con los míos un segundo y es todo lo que necesita para lanzarse a devorarme. Su mano atrapa mi nuca y su boca encuentra la mía, con un hambre solo comparable al que yo también tengo.

En cuanto nuestras lenguas se rozan, siento una descarga entre las piernas. Me levanto del sillón y lo hago sentarse para ponerme encima. Sus manos atrapan mis nalgas y aprietan, antes de que una comience a subir por la espalda hasta la nuca, para agarrarme del pelo con suavidad. Tira un poco hacia atrás y a mí se me escapa un gemido cuando su lengua recorre mi cuello.

Me pego más a él cuando noto lo duro que está. Él gruñe ante mi fricción y me besa más deprisa. No cabría ni un hilo entre nuestros cuerpos y, aun así, sigo queriéndolo más cerca.

Sus manos aprietan mis pechos y yo me apresuro a llevarme las mías a la espalda para desabrocharme el vestido. Me deshago también del sujetador y quedo desnuda de cintura para arriba. Los ojos de River ya no se ven grises, se ven prácticamente negros.

—Eres preciosa —susurra, acariciando mis pezones con las yemas calientes de sus dedos.

Echo la cabeza hacia atrás cuando atrapa uno con sus labios. Apenas puedo controlar la respiración y los temblores de mis manos cuando las deslizo bajo su camiseta. Él se la quita en medio segundo y yo busco el botón de sus pantalones.

Deja de besar mi piel y levanta la vista hacia mí.

—¿Estás segura?

Cuelo la mano por su bragueta y a él se le escapa un jadeo.

—¿Responde esto a tu pregunta?

Me aparto para que pueda bajarse del todo los pantalones y observo con impaciencia cómo saca un preservativo de la cartera y se lo pone.

Me deshago de la ropa interior, pero no me quito el vestido porque tengo demasiada prisa por volver a estar encima de él. Coloco mis rodillas a sus costados y me permito un segundo para admirar lo increíblemente atractivo que es.

Sus manos rodean mi cintura mientras yo bajo despacio. Me observa con veneración, como si yo fuera una aparición divina, como si no se creyera que esté aquí. Me siento poderosa cuando lo tengo en mi interior por fin, y lo veo poner los ojos en blanco. Un gruñido se le escapa de la garganta y yo vuelvo a subir y a bajar.

—Joder, Ocean.

Me muevo encima de él, primero despacio, pero no tardo en aumentar el ritmo porque lo que siento es demasiado increíble como para contenerlo.

—Nos van a oír —balbuceo entre gemidos.

Con una mano me rodea la cintura, con la otra me tapa la boca entre risas. Me aferro al respaldo del sillón y cierro los ojos sin dejar de moverme. Sus labios encuentran mis pechos.

—No te contengas —me pide—. A la mierda si nos oyen.

—River…

—No pares —me ruega. La desesperación en su voz me pone a cien.

—Estoy a punto. —Los jadeos apenas me dejan respirar.

—Mírame. —Sus manos enmarcan mi rostro—. Mírame a los ojos, Morgan.

Pego mi frente a la suya y hago lo que me pide. Me pierdo en él y en todo lo que me hace sentir. Me dejo ir cuando el orgasmo me arrasa como un tsunami.

Abro los ojos, aunque no sé cuándo los he cerrado. River sonríe con dulzura, pero todavía veo el hambre en su mirada. Sigo moviéndome mientras los últimos coletazos de placer se van fundiendo con los nuevos. Su respiración se acelera otra vez, sus dedos se clavan en mis caderas. Lo veo apretar con fuerza los ojos, la mandíbula, todo su cuerpo. Los músculos de sus brazos se le marcan cada vez que me ayuda a levantarme para, a continuación, volver a bajar. Apoyo las manos en sus pectorales, que están duros como dos piedras, y lo araño un poco cuando noto que estoy a punto de dejarme ir otra vez.

Él aumenta el ritmo por mí, pues me estoy quedando sin fuerzas. Sus jadeos se intensifican y, de repente, un gemido se escapa de mi garganta sin poderlo controlar. Unos movimientos más y River se clava contra mí con más fuerza. Una vez. Y otra. Otra más. Nuestros orgasmos se mezclan y yo apenas puedo mantenerme erguida.

Me dejo caer sobre él. Nuestros pechos suben y bajan sonoramente, siento los latidos desbocados de su corazón contra el mío.

Me aparto la trenza medio deshecha. Él deja un beso en mi hombro.

—Ha sido… —comienza a decir, pero se interrumpe para juntar sus labios con los míos.

Sonrío abiertamente.

—El mejor cumpleaños de mi vida.

Capítulo 63

RIVER

Si esto es un sueño, no quiero despertarme. Quiero seguir acariciando su espalda, oliendo su pelo, sintiendo su calor pegándose a mi piel.

—Deberíamos levantarnos en algún momento —susurra mientras traza círculos en mi brazo con su dedo. No sé cuánto tiempo llevamos en esta posición, pero tampoco me importa.

—O podríamos quedarnos a vivir en este sillón.

Su risa rebota contra mi pecho.

—Hemos mancillado tu habitación.

—¿Estás de coña? Es lo mejor que hemos compuesto juntos.

Vuelve a reírse y yo siento que el corazón va a estallarme de un momento a otro. Los minutos transcurren en un silencio tranquilo, cómodo, de esos que compartes con las personas en las que más confías.

—¿En qué piensas? —pregunto al cabo de un rato, curioso. Me he dado cuenta de que tiene la mirada perdida en las guitarras.

—En la música —confiesa—. En la que compartimos, pero también en toda la que pudo ser y no fue. En que te he echado de menos.

Beso su frente.

—Yo a ti también, Ocean.

—Siento lo de mi madre. Si hubiera recibido tus cartas…

—Tú no tienes la culpa. Y, de todas formas, ahora ya da igual, ¿no?

—Sí, supongo.

—Eh. —Sujeto su barbilla y la obligo a mirarme—. Lo único que me importa ahora es que estamos aquí. Y siento si no fui claro contigo hace años o si sentiste que te traicionaba al cantar tu canción en el estudio.

Me sabe amarga la saliva al tragar cuando veo que aparta la vista

otra vez.

—No quiero hablar de eso ahora, River.

—Necesito decirte que me arrepiento cada día de no haber ido a tu casa a buscarte, Morgan. De haberme largado al día siguiente, dejando las cosas rotas entre nosotros. Lamento no haberlo sabido gestionar mejor.

—Yo también —admite—. Creo que me convencí de que no iba a salir bien antes incluso de intentarlo. Me dejé llevar por el miedo a perderte y preferí adelantarme a ese momento, porque así podría empezar a superarlo cuanto antes.

Esa confesión me deja sin habla por un instante.

Quiero pedirle que me perdone, quiero explicarle que solo era un crío lleno de sueños, de miedo y de mil dudas.

—Morgan, todas las canciones que escribimos… —Trago saliva—. El único motivo de que nunca las haya cantado en público fue que dolía demasiado hacerlo sin ti.

Tiene los ojos vidriosos y los labios hinchados de tanto besarme. Los acaricio despacio con el pulgar.

—Esa colaboración… No entiendo por qué me lo habéis propuesto a mí, River. Hay docenas de chicas que cantan increíble y con una carrera importante.

—No es con ellas con las que me apetece cantar, Ocean. No me importa si lo que hago es comercial o no, solo que sea algo que me nace de dentro.

Se le escapa una sonrisa.

—Podría pensármelo.

—No tienes por qué hacerlo —me apresuro a aclarar, a pesar de que estoy seguro de que ha prendido una chispa de esperanza en mi mirada—. No me debes nada.

Se sube a horcajadas sobre mí. Mis ojos vuelan hacia sus pechos un momento, pues sigue con el vestido bajado hasta la cintura. Me acaricia el rostro y baja por mi cuello, el pecho y sigue la línea de vello bajo mi ombligo.

—Puede ser interesante volver a trabajar contigo, *rockstar*.

Una sonrisa lobuna brota de mi boca antes de lanzarme a atrapar la suya.

***

Abro los ojos cuando unos dedos me acarician el pelo despacio. Después de nuestro encuentro apasionado en el sillón, hemos terminado repitiendo en mi habitación.

—Hola —susurro.

—Sigue durmiendo.

—Demasiado tarde.

La envuelvo con un brazo y la atraigo hacia mí para besarla despacio. No tardo en sentir que la temperatura del cuerpo se me vuelve a disparar. Mi mano sube por su pierna hasta la cara interna de su muslo y baja hasta casi la ingle, arrancándole un jadeo.

Estoy a punto de abandonarme de nuevo a lo que esta chica me hace sentir, cuando alguien da varios golpes a la puerta.

—¿Morgan? —Más golpes—. ¿Va todo bien?

—¿Cómo no va a ir bien, Lis? —Ese es Cole—. ¿No has oído los gemidos?

Morgan se tapa la cara con ambas manos y yo me río por lo bajo. Se incorpora deprisa y comienza a vestirse con lo primero que pilla: mi camiseta.

—Solo quiero hablar contigo un minuto, y luego puedes retomar el sexo desenfrenado.

Morgan se peina con los dedos y abre la puerta. Estira el bajo de la camiseta, que le llega a la mitad del muslo.

—Qué sexi está una tía con nuestra ropa.

—Gracias por tu aportación, Cole —refunfuña—. ¿Qué pasa?

Su amiga la mira de arriba abajo.

—¿Cómo que qué pasa? Josh se ha largado hecho polvo, hace un rato, y no sé por qué. Te he dejado follar tranquila, pero entenderás que necesite una explicación. ¿Te va bien ahora? —Su cabeza se asoma por la rendija de la puerta—. Perdona la intromisión, River.

—Tranquila.

Morgan me mira con gesto de disculpa y abre la puerta del todo para salir, pero nuestros amigos se adelantan y pasan a la habitación.

—¿No podemos hablar en el salón?

—Eh, ¿hay reunión? —Freddy entra también y se fija en nuestra ropa interior tirada por el suelo—. Vaya, vaya…

Morgan lanza las bragas de una patada bajo la cama. Yo abro las sábanas y tiro de ella para que vuelva conmigo.

—Si no os importa, nos gustaría guardar un poco las distancias —comento, pasándole un brazo por los hombros—, por lo de estar desnudos y todo eso.

—Estamos entre amigos —dice Cole—. De hecho, podríamos…

—Me parece que no.

El bajista se ríe.

—Tenía que intentarlo.

Lisa le da un pequeño empujón.

—Déjate de guarradas. Esto es importante. —Se queda mirando a su amiga, de brazos cruzados—. ¿Y bien?

Ella inspira hondo y le cuenta todo lo de la foto, la conversación que ha tenido con Josh, y la confesión de que siente algo por ella.

—Sabía que le gustabas, pero no me imaginaba que hasta ese punto.

—¿Tú lo sabías?

—Creo que la única que no se había dado cuenta eras tú.

Me mira y me encojo de hombros. Para mí también era evidente.

—Bueno, eso ahora da igual. Se acabó —sentencia.

—No me puedo creer que haya sido capaz de algo así… —Lisa frunce el ceño—. Nunca lo habría imaginado de él.

—Yo tampoco, y por eso duele más.

Le dedica una mirada compasiva.

—Lo siento, Morgan. Y encima en la noche de tu cumpleaños.

—Bueno, tampoco ha terminado tan mal —señala Freddy—. ¿No ves cómo le brilla la piel? Eso es la prueba definitiva de que ha sido una noche memorable.

—Esa y la cara de idiota de River.

—Vete a tomar por culo, Cole.

Acaricio la parte baja de la espalda de Morgan. Su piel se eriza en respuesta. Ella carraspea y se yergue para hablar.

—Quería daros las gracias a todos otra vez por la fiesta y los

regalos. Todo esto me ha hecho pensar en el último cumpleaños que pasamos juntos y en lo que compartimos… En que nada de lo que pasó después puede borrar eso. —Traga saliva—. Llorar después del sexo no estaba en mis planes, pero allá voy.

—Ay, Morgan… —Lisa la abraza con fuerza.

Sorbe por la nariz y se limpia las lágrimas.

—Perdonad, estoy un poco sensible.

La beso en el hombro desde atrás. Freddy se pone en pie.

—Venga, estos tienen que recuperar el tiempo perdido.

—¿Más? —pregunta Cole—. He contado tres orgasmos en menos de una hora.

Le lanzo un cojín a la cara.

—Eres un puto cerdo.

Los demás se ríen, y creo que Morgan está tentada de meter la cabeza bajo las sábanas, pero en lugar de esconderse, alza la mano.

—Por cierto, quiero que sepáis que pienso hacer esa colaboración con vosotros.

—¿En serio? —pregunta Freddy, gratamente sorprendido—. ¡Esa es mi chica!

Se tira sobre ella y la abraza por encima de la sábana, mientras le da un beso sonoro en la mejilla. Cole, sin embargo, me hace un saludo militar y asiente con orgullo.

—Tío, has tenido que hacérselo de puta madre para convencerla.

Abro la boca para protestar, pero Morgan se me adelanta y le dedica una sonrisa socarrona.

—Ni te lo imaginas.

Capítulo 64

MORGAN

Me quedo mirando el perfil de River mientras observa la fachada de la casa un tiempo indeterminado.

—¿Estás bien?

Se lleva mi mano a los labios y me besa los nudillos. Luego acaricia la púa que llevo colgada al cuello y sonríe.

—Contigo siempre, Ocean.

Ese gesto me calma los nervios, aunque sea un poco. No he dejado de darle vueltas a la cabeza desde que nos subimos al coche.

—Solo es una cena —le recuerdo.

Asiente y procura aparentar tranquilidad, pero debo decir que no lo consigue.

—Gracias por acompañarme —dice al llegar a la puerta—. Si alguna vez quieres que vayamos a cenar con tu madre…

—Si eso ocurre, llévame al hospital porque, con seguridad, me habré golpeado fuerte la cabeza.

Se ríe y fija la vista en la madera. Inspira hondo y llama al timbre. Me concentro en el movimiento circular de mi pulgar sobre el dorso de su mano. Él no está convencido de que haya sido buena idea aceptar la invitación de su madre, pero no ha podido negarse cuando Violet se ha puesto al teléfono y le ha suplicado que viniera.

Su madre nos recibe con amabilidad y cariño. Abraza a su hijo y me da un beso en la mejilla con una familiaridad que me pilla por sorpresa, pero me gusta.

—Me alegro de que hayas podido venir, Morgan. —El tono de su voz es sereno, su sonrisa comedida y su aspecto de lo más elegante.

—Gracias por la invitación, señora Hayes.

—Por favor, llámame Helen.

Sonrío.

—De acuerdo, Helen.

La casa es amplia, con muebles de madera oscura, porcelana y plantas decorativas. Alguien baja corriendo las escaleras.

—¡Morgan! —exclama Violet, al verme. Se lanza a mis brazos tan de golpe, que tengo que sujetarme en la pared para no caerme hacia atrás.

—Vaya, yo también me alegro de verte.

La niña, que me ha rodeado la cintura con fuerza, levanta la cabeza para mirarme. Aunque ha crecido, sigo viendo en sus ojos la misma inocencia que cuando la conocí el primer día.

—Me he puesto tu pulsera —anuncia, levantando la muñeca. La mariposa azul tintinea cuando la sacude.

Sonrío, encantada, y levanto la mía.

—Yo también.

Ella abre mucho los ojos.

—¿Aún la tienes?

—Pues claro.

Acaricia las bolitas de colores y tira un poco de la goma.

—Creo que tendría que hacerte otra de tu talla.

—¿Por qué? ¿No te gusta el color morado de mi piel?

Su risa es contagiosa. Miro a River, que nos observa con una sonrisa.

—También ha venido tu hermano, por si no te has dado cuenta —le susurro al oído a Violet.

Ella se gira y él enarca una ceja.

—Entiendo que Morgan es mucho más interesante que yo.

—No te pongas celoso, River —dice la pequeña, abrazándolo—. Es la primera vez que viene a casa.

—Tranquila, pequeña mariposa.

Pequeña mariposa. *Little butterfly*. El tatuaje que lleva en el bíceps es por su hermana. ¿Y ese mote es por la pulsera que yo le regalé?

Helen se dispone a enseñarme la planta de abajo, pero apenas hemos entrado en un par de habitaciones, cuando su marido baja las escaleras muy despacio. Busco a River con la mirada y veo que se tensa. Me acerco a él para recordarle que estoy aquí, que no va a pasar por esto solo.

El señor Hayes nos mira fijamente, con aparente indiferencia.

Cuando su mujer me lo presenta, extiendo la mano y sonrío. Él tarda un poco, pero me devuelve el saludo. Lo de la sonrisa era mucho pedir.

—Bueno, todo el mundo a la mesa. La cena ya está. —La madre de River aparta la silla para ayudar a su marido a sentarse, pero él no acepta la mano que le ofrece. Está claro que es un tipo orgulloso.

Comienzo a hablar con Violet, que es un soplo de aire fresco entre tanta tensión, y pruebo la comida bajo la atenta mirada de la cocinera.

—El pollo está delicioso, Helen.

—Muchas gracias, Morgan. —La mujer sonríe, complacida, y cruza las manos sobre la mesa—. Bueno, River, ¿cómo va el negocio de la música?

Su marido tensa la mandíbula, pero no levanta la vista de su plato mientras sigue comiendo.

—Pues… bien, supongo. Estamos bastante liados.

—Sí, ya lo hemos visto.

River se gira hacia su padre.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú y tus amigos sois recurrentes en la prensa, y no precisamente por vuestra música. —Alza la vista por fin—. ¿Ya se te ha curado la mano?

No sé si me sorprende más que este hombre esté pendiente de la prensa rosa o que se atreva a provocar a su hijo otra vez.

River gira la muñeca y extiende los dedos.

—Ya ves que sí.

El señor Hayes suelta los cubiertos.

—Y luego lo de tu amigo…

—¿Qué amigo?

—El maricón que ha salido montando el circo con otro en un club —suelta, dejándome de piedra—. Sus padres deben de estar muy orgullosos.

El sarcasmo no le sienta bien a este hombre, definitivamente. River aprieta el puño sobre la mesa.

—Pues resulta que sus padres son personas decentes que quieren y respetan a su hijo.

—River. —El tono de su madre es de advertencia, pero no creo que él pueda aguantar mucho más.

A decir verdad, yo tampoco, pero me veo empujada a hablar.

—Helen, ¿es comino lo que noto en la salsa? —pregunto, por decir algo.

—Efectivamente. —Ella me sonríe, agradecida—. Tienes buen paladar.

—Mi abuela solía preparar una parecida. Lástima que mi madre no haya heredado su don para la cocina —bromeo—. Ella es más de *nuggets* congelados.

—Me encantan los *nuggets* —anuncia Violet.

—Entonces te invito a cenar a casa cuando quieras.

Las chicas nos reímos, pero los chicos siguen lanzándose miradas de reproche y con las armas en alto. O con los cubiertos, en realidad.

—Así que vives sola con tu madre —comenta Helen—. ¿A qué dices que se dedica?

—Mamá…

—Solo es una pregunta, River, relájate.

Le hago un gesto para que vea que no pasa nada.

—Era camarera, pero actualmente se dedica a buscar suerte como actriz.

El señor Hayes ni siquiera disimula el bufido. River lo atraviesa con la mirada.

—¿Qué?

—Una camarera, hija de camarera —comenta el hombre—. Qué ojo tienes, hijo.

—¿Perdón? —pregunto, incrédula.

—Robert. —Helen le dirige una mirada afilada a su marido.

—Oh, querida, no pretendía ofenderte —asegura, aunque está claro que sí lo pretendía—. Al menos tú sí has seguido con la tradición familiar.

—Se acabó.

River arrastra la silla hacia atrás y se pone en pie.

—¿Adónde vas? —pregunta su madre.

—No quiero que le dé otro infarto, y es justo lo que va a pasar si

sigo aquí y le digo lo que pienso de él.

—No sé ni por qué te has molestado en venir —le recrimina su padre con dureza—. Creía que no ibas a volver a ocupar esa silla.

River ni siquiera lo mira. Me ofrece la mano.

—Vámonos de aquí.

Me levanto y lo sigo.

—Hijo, espera…

—Lo siento, mamá. Sé que querías intentarlo, pero hay cosas que no pueden ser.

—Déjalo que se vaya, Helen. Ya no pinta nada aquí.

Tengo la sensación de que la mujer se muerde la lengua para no decir algo que pueda alterar a su marido. Imagino que el miedo a que tenga una recaída debe de ser una constante para ella.

Por un momento, River parece estar contando mentalmente para no lanzarse sobre su padre. Le da un beso en la cabeza a su hermana y tira de mí hasta la puerta.

—Gracias por la cena, Helen —me limito a decir desde la distancia, con la mano en alto. La mujer me mira con una disculpa en sus ojos y sonríe—. Violet, te veo pronto.

—Te haré la pulsera —me asegura la niña.

Noto un nudo en el pecho cuando me sonríe con tristeza, pero River tiene prisa por largarse, así que lo sigo hasta la calle otra vez.

—No sé ni qué decir —suelta en cuanto subimos al coche—. Te pido perdón por haberte hecho pasar por esto.

—River, no pasa nada.

—Sí que pasa. ¡Claro que pasa! —Da un golpe en el volante—. Es un puto gilipollas. Lo que te ha dicho… La forma en que te lo ha dicho…

Atrapo sus mejillas con una misma mano y le obligo a mirarme.

—Me da igual lo que él piense de mí. Solo he venido por ti y por Violet.

Su mirada se suaviza. Apoya su frente en la mía.

—Eres maravillosa, ¿lo sabías?

—Algo había oído.

Se ríe contra mi boca antes de darme un beso y arrancar el motor para alejarnos de allí.

—Por cierto, pequeña mariposa… —recuerdo de pronto—. ¿Desde cuándo llamas así a tu hermana?

—Desde que le regalaste esa pulsera que guarda como un tesoro.

De repente, se me ha formado un pequeño nudo en la garganta.

—Esa niña sí que es un tesoro.

Me coge la mano y besa la palma.

—Tengo mucha suerte de teneros a las dos.

***

Apoyo la cabeza en el hombro de River y observo el horizonte. Desde aquí arriba, las luces de la ciudad no son más que puntitos dorados que salpican la oscuridad. El cartel de Hollywood está solo a unos metros bajo nosotros.

—Bonitas vistas —reconozco.

—Lástima que no se vean las estrellas por la contaminación lumínica.

—¿Te encuentras bien? —pregunto, preocupada. Llevaba un rato sin despegar los labios.

—Esta ciudad consigue asfixiarme. —Su voz es un susurro ronco, pero en el silencio de la noche suena muy clara. Gira el cuello y me mira—. Creo que Violet y tú sois lo único bueno que tengo aquí.

—River…

Su mano se desliza hasta mi nuca y me atrae para buscar mis labios.

—Eres como una burbuja de oxígeno para mí, Ocean —musita, todavía con los ojos cerrados.

Paso mis dedos por su pelo.

—¿Es por tu padre?

—Es por todo. Mi padre, la prensa, los productores, las fiestas… Aquí es difícil estar tranquilo.

—Ya.

—A veces, echo de menos nuestro garaje.

Sonrío al recordarlo.

—Yo también.

Suspira.

—Es tarde para volver atrás, ¿no?

—Me temo que sí. —Paso mi brazo por su cintura—. Pero no te olvides de lo bueno. De la música, de la conexión con tu público, de los niños imitando tu corte de pelo, de la emoción en los ojos de la gente cuando escuchan una de vuestras canciones por primera vez. —Alzo la vista para mirarlo—. Puede que las luces de este lugar nos impidan ver las estrellas, pero te aseguro que siguen ahí.

Me atrae hacia él y deposita un beso en mi cabeza. Luego en el cuello. Y luego… Me estremezco sin poderlo evitar. Sus dedos marcan un camino que continúa su lengua. Sus dientes atrapan mi labio inferior y me arrancan un gemido.

Me aparto un segundo al ver su intención.

—¿Aquí?

Tuerce una sonrisa con chulería.

—Ahora sí que vas a ver las estrellas, Ocean.

Capítulo 65

RIVER

Me parece un puto sueño estar en un estudio de grabación con Morgan. Sobre todo, teniendo en cuenta cómo terminó todo la última vez.

Diría que está mejor, o eso quiero pensar. La traición de Josh la ha afectado mucho, y no me extraña. Al fin y al cabo, ella lo consideraba uno de sus mejores amigos. Me consta que él ha intentado ponerse en contacto con ella a través de Lisa, pero no ha tenido suerte. Sé por propia experiencia que no va a perdonarlo con facilidad. Si es que lo perdona.

Ya tenemos la lista de canciones para el último concierto, que es en un par de semanas, y hemos decidido incluir algunas de las que ella y yo compusimos hace tiempo. Pero no quiero interpretarlas una única vez, quiero grabarlas. Quiero lanzarlas como un regalo a nuestro público, antes de hacer el parón que todos necesitamos. Material inédito para ellos; recuerdos increíbles para mí. Vale, quizá el regalo no sea solo para nuestros *fans*.

Ryan, que está al otro lado del cristal, alza el pulgar cuando terminamos de cantar *Dreamer*.

—¿Dónde habías estado escondida? —le pregunta a Morgan con la admiración tiñendo su voz.

Ella sonríe con timidez.

—Poniendo copas a unas calles de aquí.

—Pues qué desperdicio de talento. No te ofendas.

—No me ofendo, pero tendrías que verme lanzando las botellas al aire. —Morgan se sacude el polvo imaginario del hombro—. Soy una malabarista espectacular.

Ryan tuerce una sonrisa.

—Me lo imagino.

Enarco una ceja y lo miro. Él baja la vista, avergonzado, y vuelve a

lo suyo. Yo paso el brazo por los hombros de Morgan y dejo un beso bajo el lóbulo de su oreja izquierda, antes de que vuelva a la cabina.

—¿Marcando territorio? —murmura Freddy.

—¿Qué?

Mi amigo se ríe por lo bajo.

—Tío, has acojonado al chaval.

—No he dicho nada.

—No ha hecho falta.

Suelto un bufido y me acerco a Ryan para darle una palmada amistosa. No quiero darle mal rollo.

—¿Crees que tendríamos que cambiar algo de esta? —pregunto, refiriéndome a la canción que acabamos de cantar.

—Es perfecta —responde. No se me escapa que desvía la vista hacia Morgan y tengo que esforzarme por no chasquear la lengua.

Le guiño un ojo.

—Sí, yo también lo creo.

Las risas de Morgan y Cole se escuchan desde aquí. El bajista se ha puesto tras la batería, pero es un inútil, no nos vamos a engañar. Morgan se tapa los oídos.

—Voy a entrar antes de que ese manazas rompa algo —anuncia Freddy.

Espero, antes de seguirlo, porque quiero quedarme aquí un momento, disfrutando de la imagen que tengo delante. El grupo al completo, como tuvo que ser desde el principio. Freddy arrebata las baquetas a Cole y lo amenaza con ellas. Cole usa a Morgan de escudo y le tira al otro una púa a la cara. Ver a Morgan reír, cantar y tocar con esos dos idiotas, a los que quiero como si fueran mis hermanos, es una sensación demasiado increíble. Con los cascos puestos, sus labios cerca del micrófono y esos pantalones de cintura baja que le regaló Lisa está tan sexi que, por un segundo, me planteo la posibilidad de echar a todo el mundo del estudio para montárnoslo sobre la maldita mesa de mezclas de Ryan.

No puedo dejar que mis pensamientos vayan por esa línea, o toda la sangre de mi cuerpo se concentrará en un único punto.

Cuando termina su aportación, Morgan se sienta junto a Ryan y observa a través del cristal cómo nosotros discutimos sobre algunos

arreglos en dos de nuestras canciones. No sé en qué momento ocurre, pero cuando vuelvo a mirar en su dirección, Jim está en la cabina junto a ella, y no parece contento.

Frunzo el ceño. Freddy y Cole siguen discutiendo sobre un *riff* del que tienen opiniones opuestas, pero yo ya no los escucho. Morgan se ha cruzado de brazos como si quisiera protegerse, y creo que Jim está inclinado demasiado sobre ella.

Dejo la guitarra apoyada en la pared y entro.

—Eh, Jim, ¿pasa algo?

Lanzo una mirada de soslayo a Morgan, que ha dado un paso atrás. Nuestro representante se yergue y estira su camisa.

—¿Qué hace ella aquí?

—Te he dejado un mensaje esta tarde. Va a grabar unas canciones con nosotros.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no? Tú querías una colaboración, si no recuerdo mal.

—Sí, con Stephanie Mills.

—Ya hemos hablado de eso, Stephanie no encaja con nosotros.

—¿Y esta camarera muerta de hambre, sí?

Algo prende en mi estómago. Entrecierro los ojos y doy un paso adelante.

—¿Qué has dicho?

Freddy y Cole han entrado también, pero no me giro a mirarlos. Tengo la vista fija en Jim y no pienso apartarla hasta que responda.

—River, joder, colaborar con ella es como colaborar con mi puñetera abuela. ¡A nadie le importa!

—¿De qué va esto? —pregunta Freddy con el gesto serio.

—Tú mejor cierra el pico, que ya has hecho bastante.

—Eh, Jim, no te pases —lo defiende Cole—. No ha sido para tanto.

—¿Ah, no? ¿Es que no veis la tele? ¿No leéis las revistas?

—A la mierda todo eso. A nuestros *fans* no les importa.

—Hay un montón de jovencitas con el corazón roto ahora mismo porque su batería favorito preferiría tirarse a sus hermanos mayores que a ellas.

—Eres un miserable.

Nos giramos hacia Morgan, sorprendidos por su arrebato. No ha

abierto la boca para defenderse, pero no ha dudado en hacerlo para defender a Freddy. Tiene los puños apretados y mira a Jim como si quisiera arrancarle la cabeza.

—Solo digo la verdad —suelta él—. Te la dije el otro día y te la repito de nuevo: vas a joderles la puta carrera. Han perdido dos contratos por tu culpa, y hay otro pendiendo de un hilo.

—Espera, espera… —intervengo—. ¿El otro día? ¿Has ido a hablar con ella sin decírmelo? —Jim no responde, así que me giro hacia la chica—. ¿Morgan?

Se limita a tragar saliva y apartarme la mirada. Está claro que me ha ocultado algunas cosas.

—¿Es que no lo entiendes, River? Todo lo que busca es atención para salir de la cloaca en la que vive. Si ya se os ha metido en casa, ¡por el amor de Dios!

Los hombros me suben y bajan demasiado rápido mientras intento controlarme. Voy a contar hasta diez interiormente para no hacer ninguna tontería.

Uno.

—Yo no busco atención —asegura ella—. Nunca he querido nada de esto.

Dos.

—¿Y por qué estás aquí, bonita?

Tres.

—Porque se lo hemos pedido nosotros —dice Freddy—. Porque le da la puta gana.

Cuatro.

—Así no funcionan las cosas —continúa Jim—. Puede que vosotros seáis las caras reconocibles, pero este grupo es tan vuestro como mío. No seríais nada sin mí. ¡Nada!

Cinco.

—Te juro que no aguanto más —suelta Freddy, dirigiéndose a Cole, mientras se estira el pelo hacia atrás.

Seis.

—No sois más que unos niñatos mimados y desagradecidos con complejo de estrellas de *rock*. Podría hundiros con la misma rapidez con la que os he hecho ascender. —Clava sus ojos en Morgan—. Y

acabaríais tocando en bares de mala muerte con esta zorra, si es lo que tanto deseáis.

Se acabó. Me lanzo a por él, pero dos brazos me atrapan por detrás. Consigo soltarme. Cuatro brazos. La rabia me consume, trato de zafarme, pero la voz de Morgan se abre paso entre el caos.

—¡River, ya basta! —Su mano sobre mi pecho. La oscuridad de sus ojos… El mar. Me acuerdo del mar en mitad de la noche—. Respira.

Hago lo que me pide y, cuando he conseguido calmarme lo suficiente, me sacudo para que me suelten de una vez. Miro a mis amigos con una pregunta escrita en la cara. Los dos asienten, y no necesito nada más.

Me vuelvo hacia el hombre que, a pesar de habernos ayudado a triunfar, nos ha hundido en la puta miseria estos años.

—Jim, estás despedido.

—No sabes lo que haces, River.

—No, lo que no sé es por qué no lo hemos hecho antes. Nos has manejado como te ha dado la gana, nos has explotado como a un puñetero producto y has disfrazado tu avaricia con preocupación por nuestro futuro.

—Yo os he creado la imagen que todo el mundo adora. Yo soy el artífice de todo esto —señala, abarcando con el brazo la sala—. Cuando la gente vea vuestra verdadera cara, dejarán de seguiros.

Me encojo de hombros. Por primera vez en mucho tiempo, eso ahora me da igual.

—Entonces, volveremos a nuestro garaje.

Sin decir nada más, pero con una clara amenaza en la cara, Jim sale del estudio.

En cuanto desaparece, la tensión se disipa un poco. El ambiente aún es extraño, y me gustaría que Ryan no hubiera estado presente en nada de esto, pero el alivio es la sensación que predomina ahora mismo.

Cole me pone una mano en el hombro. Freddy me abraza un segundo. Y Morgan… Me acerco a ella.

—¿Estás bien?

Se muerde las uñas, nerviosa. Hacía tiempo que no la veía hacerlo.

—No debería haber venido.

—Eh. —Pongo un par de dedos bajo su barbilla y la obligo a levantar la cabeza para que me mire—. No lo hagas.

—¿Que no haga qué?

—Culparte por esto. No ha tenido nada que ver contigo.

Tuerce una mueca.

—No es por ser egocéntrica, pero yo diría que un poco sí.

Elevo una comisura de mis labios.

—La situación con Jim era una bomba a punto de estallar. Nosotros estábamos impregnados de gasolina y él no dejaba de jugar con un mechero a nuestro alrededor. Era cuestión de tiempo. —Trago saliva—. Me habría gustado que me contaras que había hablado contigo.

Me mira con arrepentimiento.

—Vino a vuestra casa el otro día y me ofreció dinero para desaparecer de vuestras vidas. Rompí el cheque y lo eché de allí. —Se muerde el labio—. Sé que no era mi casa, pero…

Aprieto los dientes. ¿Cuánto habrá conspirado ese desgraciado a nuestra espalda?

—Claro que es tu casa. No importa lo que haya dicho Jim, Morgan. Tú formas parte de esto. Siempre lo has hecho.

Siento un alivio instantáneo cuando la veo sonreír un poco. En un mundo tan superficial como el nuestro, la integridad de Morgan, el saber que de verdad le importamos, tiene más valor para mí que todo el dinero del mundo.

—Pero lo que ha dicho… Lo de que no deberíais cantar conmigo… —Parpadea para ahuyentar las lágrimas—. Tiene razón, chicos. Yo no soy nadie, y no debería haberme metido en esto.

Sé que está a punto de darme la espalda, pero la atrapo por la muñeca. Sin embargo, no me da tiempo a decir nada, porque Freddy se me adelanta.

—¿Estás de coña? Eres su Ocean, la culpable de casi todas sus letras.

Me mira, confusa.

—¿Qué?

Cole chasquea la lengua.

—Creo que es hora de que escuches algunas de nuestras canciones, preciosa.

Capítulo 66

MORGAN

Miro a través de la ventana, pero en realidad no veo nada. No sé cuántos cruces hemos pasado ni cuántas casas hemos dejado atrás. Ni siquiera soy consciente de qué música estaba sonando en la radio antes de que Cole la silencie.

—Eh, ¿estás bien?

Me giro para mirarlo. Tiene el pelo oscuro echado hacia atrás, aunque se le ha escapado un mechón que le baila sobre la ceja derecha. Me sorprende ver preocupación en sus ojos.

—Todas esas canciones… —comienzo a decir—. No tenía ni idea.

—Ya. —Vuelve a fijar la vista en la carretera—. Es lo que tiene apagar la radio cada vez que sonábamos.

Suelto un bufido.

—Tampoco es que os hayan faltado las *fans*.

—No, la verdad es que no.

A veces me gustaría borrarle esa sonrisa arrogante de un guantazo.

—Además, ¿quién me garantiza que de verdad River estuviera pensando en mí al escribirlas?

Enarca una ceja.

—*Pink*, *Ocean*, *Painting dreams*… —dice, nombrando algunos títulos de las canciones que acabo de escuchar en su casa—. ¿En serio, Morgan?

—Vale, esas tres quizá sean más evidentes, pero…

—Pero vas a seguir buscando motivos para no creer a River.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es? ¿De qué tienes miedo?

Trago saliva y vuelvo al cristal. No tengo pensado responder, pero entonces mis labios se abren sin pedir permiso.

—De hacerme ilusiones.

Ya, qué absurdo, ¿no? Porque eso es justamente lo que ya he hecho.

—¿Qué hay de malo en hacerse ilusiones?

—Que suelen terminar en decepciones.

—Aun así, lo malo no puede borrar lo demás, ¿no?

Me encojo de hombros.

—Pero distorsiona la imagen que tienes de lo bueno.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos. ¿Cole está reflexionando? ¿En serio?

—Mira, quizá yo nunca haya podido entender a River y esa obsesión contigo. Con escribirte canciones, cartas o lo que sea. Con la cantidad de chicas que había ahí fuera, me parecía una pérdida de tiempo. —Me mira de reojo—. No te ofendas.

—Tranquilo.

—Pero veo cómo se le ilumina la cara cuando te ve y…, yo qué sé. A veces pienso que, a lo mejor, sentir algo así por alguien sea una suerte en lugar de una maldición.

Frunzo el ceño.

—¿Crees que soy una maldición?

Se ríe por lo bajo.

—Bueno, ya no.

—¿Y eso por qué?

—Porque veo a mi colega feliz después de mucho tiempo.

Se mueve para chocar su hombro con el mío y yo me veo obligada a sonreír. Cole no es tan insensible como parece, qué sorpresa.

Y, aunque me encantaría creer todo lo que dice, hay algo en mi interior que me advierte de que no lo haga. No tan rápido. Una voz que me susurra «ve con cuidado y no te precipites» cada vez que el estómago se me contrae al pensar en River. Cada vez que repito en mi cabeza las letras de las canciones que he escuchado en su casa. Esas que escribió pensando en mí, mientras yo me limitaba a odiarlo.

—Gracias por llevarme al bar —digo, para acabar con el silencio—. Tardaré poco.

Roger ha insistido en que me tome un par de días libres más, pues aún se cuela algún que otro fotógrafo y pregunta por mí de vez en

cuando. Pero quiero recoger varias pertenencias de mi taquilla, así que Cole se ha ofrecido a acercarme antes de ir a buscar unas *pizzas* para la cena.

—No hay problema —responde—. ¿Te importa si paramos en un sitio de camino? Será solo un momento.

—Claro.

Detiene el coche en una calle estrecha, con apenas un par de farolas destartaladas. Frunzo el ceño, porque no parece el mejor barrio para venir a estas horas.

—Vuelvo enseguida —anuncia al bajar del vehículo.

Asiento y lo observo, hasta que la oscuridad de un callejón lo engulle por completo. Escucho una puerta metálica cerrarse de golpe.

La intranquilidad empieza a devorarme el estómago cuando pasan los minutos y él sigue sin aparecer. Un idiota da una palmada en el cristal de mi ventana y se ríe al ver que me sobresalto. Me estoy poniendo nerviosa. ¿Por qué Cole tarda tanto? ¿Qué coño está haciendo?

En contra de lo que me advierte el instinto, salgo del coche. La ansiedad me palpita en el pecho y el miedo me muerde la nuca, pero avanzo hacia el callejón, abrazándome a mí misma, como si así pudiera protegerme. No sé muy bien por qué me escondo tras un contenedor cuando escucho que una puerta se abre de golpe.

—Lárgate de aquí —gruñe un tipo—. Tienes suerte de que Jordan no esté. Con todo lo que nos debes, no sales de aquí andando.

—Solo un poco, Billy. —La voz de Cole suena desesperada—. Os lo pagaré todo la semana que viene.

—No te lo voy a repetir más veces.

Asomo la cabeza con cuidado. Cole se mesa el pelo con las manos sin parar. Saca del bolsillo un billete arrugado y se lo ofrece al tipo delgado de pelo rapado.

—¿Qué me puedes dar por esto? ¿Un poco de heroína?

Me tenso al escuchar el nombre de la droga. A estas alturas, no es que pensara que había venido aquí a comprar piruletas, pero… joder.

El tal Billy baja las escaleras y se acerca a Cole. Le da un empujón.

—Que te pires.

Cole sigue insistiendo. El camello parece harto, le hace un gesto a un tipo enorme que hay junto a la puerta y que no duda en estamparle el puño en la cara a mi amigo.

—¡No! —Me llevo la mano a la boca, pero ya es tarde.

—¿Quién ha dicho eso?

Cole se levanta a duras penas, se frota la cara magullada y alza las manos.

—Ya me voy.

El corazón me va a mil por hora cuando los ojos del tipo de pelo rapado encuentran los míos.

—¿Quién coño es esa zorra? ¿Ha venido contigo?

—No es nadie —se apresura a aclarar Cole. Me lanza una mirada de advertencia—. Vuelve al coche.

Quiero echar a correr, pero los pies no me responden. Además, aunque yo no sea de gran ayuda, no me parece bien dejar a Cole a merced de esos dos.

—Si no lo soltáis, llamaré a la policía —se me ocurre decir.

Cole cierra los ojos con fuerza al escucharme. Con seguridad, esté empeorando la situación, pero el miedo ha tomado el control, hace rato.

—¿No me digas, encanto?

Billy, alias el camello de Cole, se acerca a mí a pasos lentos, como un animal acechando a su presa.

—Dejadlo en paz —exijo, aunque la voz me tiembla al hablar. Aprieto los puños—. Nos vamos ya.

El tipo esboza una sonrisa asquerosa y me mira de arriba abajo. Alarga la mano y yo aparto la cara, pero me agarra con fuerza de las mejillas.

—¿No prefieres divertirte un rato con nosotros?

Cole intenta acercarse, pero el otro matón lo sujeta con fuerza.

—No la toques —masculla con rabia.

Sin soltarme, Billy gira la cara para mirarlo. Sopeso la opción de clavarle la rodilla en la entrepierna, pero no quiero que Cole pague las consecuencias.

—¿Es una de tus *groupies*? Creía que a las estrellas de *rock* no les

importaba compartir. —Me dirige una mirada afilada—. ¿Qué me dices, cariño?

—Prefiero comerme lo que hay en el contenedor.

Su carcajada me hace llegar un aliento de alcohol que me revuelve el estómago.

—Tienes huevos.

Las yemas de sus dedos en mi piel me provocan náuseas. Trago saliva cuando lo veo meter la mano libre en el bolsillo y sacar una navaja. Se me va a salir el corazón por la garganta de un momento a otro.

—¡Suéltala! —exclama Cole, revolviéndose.

El psicópata de Billy acaricia mis labios con la punta de la navaja hasta terminar en mi cuello. Noto un pequeño pinchazo en la piel cuando ejerce presión bajo mi mandíbula. Se acabó, voy a morir esta noche a manos de este desgraciado. Quizá podría intentar lo del rodillazo, tampoco tengo nada que perder, llegados a este punto.

Casi me he convencido de hacerlo, cuando guarda la navaja y sus dedos me sueltan. Se da media vuelta sin volver a mirarme y le lanza un puñetazo a Cole en el estómago. El quejido me revuelve por dentro.

—Tienes una semana.

Acto seguido, le quita el billete que aún tenía entre los dedos y desaparece tras la puerta con el otro tipo. Dejo escapar el aire que había estado reteniendo y me acerco a Cole para comprobar cómo está.

—Vamos —lo apremio, aferrándome a su brazo para tirar de él.

Cuando nos subimos al coche, espero unas disculpas por su parte, pero, en cambio, me encuentro con una mirada llena de rabia.

—No tendrías que haber bajado del coche.

—Y tú no tendrías que relacionarte con gente como esa. ¿Y todo para qué? ¿Para seguir destrozándote poco a poco?

Sus nudillos se vuelven blancos sobre el volante. Su mandíbula se tensa mientras arranca el coche.

—¿Es que aún no te has dado cuenta, Morgan? Yo ya estoy destrozado.

Capítulo 67

RIVER

Aún estoy intentando asimilar la mirada que me ha dedicado Morgan cuando ha salido de la habitación, después de escuchar varias de nuestras canciones. Sigo dándole vueltas a sus ojos vidriosos, a las mejillas encendidas, al ceño fruncido. No tengo ni idea de cómo interpretar el largo suspiro que ha dado antes de anunciar que había terminado.

—No sé si ha sido buena idea —le digo a Freddy, mientras esperamos a que ella y Cole vuelvan—. Parecía… enfadada, o molesta, o…

—Abrumada, River. La palabra es abrumada.

Me paso la mano por la cara.

—Sí, pero no sé si en el buen sentido.

—Le has dedicado un montón de canciones, no puede haber un mal sentido.

Miro a mi amigo.

—¿Y si cree que no tenía derecho a escribir sobre ella y sobre lo que vivimos después de dejarla aquí?

Me pone la mano en la rodilla para que pare de menear la pierna.

—No saques conclusiones precipitadas. Habla con ella cuando vuelva.

Echo un ojo al reloj de la cocina y frunzo el ceño.

—¿No tardan mucho?

Como invocados al hablar de ellos, la puerta de casa se abre en ese momento. Freddy y yo nos levantamos del sofá.

—Ya era hora —dice mi amigo, frotándose las manos—. Me muero de ham…

Se interrumpe de golpe cuando levanta la vista. Yo me he quedado paralizado también. Cole tiene un ojo cerrado y restos de sangre en la nariz. Y Morgan… Su gesto está descompuesto.

Se encienden todas mis alarmas. Cruzo la distancia que nos separa en unas zancadas y la tomo con cuidado del brazo.

—¿Estás bien? —Busco heridas en su piel, pero solo encuentro rastros de lágrimas y un dolor oscureciendo aún más sus ojos, antes de que los aparte y oculte la mitad de su cara—. ¿Qué os ha pasado?

Ella mira de reojo a Cole. Me giro hacia mi amigo, sin soltarla todavía.

—¿Cole? ¿Necesitas que te llevemos al hospital?

No es la primera vez que lo vemos llegar en circunstancias similares, pero hay algo en su expresión que me aprieta más el nudo del estómago.

—Nos han atracado.

—¡Joder! —exclama Freddy, que ya le ha traído un montón de hielo envuelto en un trapo para que se lo ponga en la cara—. ¿Dónde? ¿Cómo ha sido? Voy a llamar a la policía.

Mis ojos van de Morgan a Cole alternativamente. Tengo la impresión de que hablan entre ellos sin decir ni una palabra. Ella ha apretado los puños con fuerza. Aquí pasa algo más, estoy seguro.

—Sentaos —les digo—. Y contádnoslo todo.

Terminamos los cuatro en el sofá, pero cuando Freddy se dispone a marcar el número en el teléfono, Cole se lo impide. Intercambia otra misteriosa mirada con Morgan. Ella asiente y él suspira.

—No llames a nadie, Freddy —empieza a decir—. No es verdad lo del atraco.

El batería y yo nos miramos, confundidos.

—¿Entonces? ¿Te has metido en una pelea?

—¿Se puede considerar pelea cuando solo recibes?

—Cole, habla de una puta vez —le pido. No dejo de lanzar miradas de preocupación a Morgan, pero ella las esquiva.

Baja los hombros, abatido, y se mira las manos durante todo su relato.

Un barrio peligroso.

Un callejón oscuro.

Morgan en el coche.

Un puto camello.

Morgan tras un contenedor.

Una navaja en su cuello.

Me pitan los oídos. El corazón se me ha subido a la garganta. No me doy cuenta de que estoy apretando el cojín del sofá hasta que Freddy me pone una mano en el hombro y me hace un gesto para que me tranquilice.

Me levanto de golpe y me acerco a Morgan. Atrapo su barbilla y le giro el cuello para ver la parte que me he perdido. Un hilo de sangre seca le mancha la piel y yo siento que la rabia que crece en mi interior podría tirarme de espaldas.

Ella frunce el ceño al verme y se lleva la mano al cuello. Apuesto a que ni siquiera es consciente de que ha sangrado por culpa del imbécil de Cole.

—River, yo…

—¿La has llevado a pillar droga? —pregunto, estupefacto. Cabreado. Consumido por la ira y el miedo—. ¿Se puede saber qué tienes en la puta cabeza?

—¡Solo era un momento! —se excusa—. Le dije que se quedara en el coche.

Morgan suelta un bufido y, por fin, abre la boca.

—¡Estaba preocupada por ti, idiota!

—Lo tenía todo controlado hasta que has aparecido.

—¡¿Cómo se puede ser tan desagradecido?!

—Ah, sí, Morgan, gracias por el recuerdo inolvidable —suelta Cole, gesticulando dramáticamente para señalarse la cara.

Dejo de escucharlos mientras discuten. Me froto la cara y camino de un lado a otro del salón, procurando controlarme para no dejarle a mi amigo el otro ojo a juego.

—¡Callaos de una vez! —grita Freddy al final. Obedecen y yo detengo mi paseo para mirarlos. El batería mira al inconsciente del bajista, con la decepción escrita en su rostro—. ¿Por qué te han partido la cara, Cole?

Ni siquiera me había planteado esa pregunta.

—Porque han descubierto a Morgan allí.

La aludida suelta una exclamación, indignada, porque siga culpándola.

—Cole —insiste Freddy, implacable, con un tono paternal y firme.

El otro termina rindiéndose ante el escrutinio.

—Les debo pasta.

—¿Cuánta?

—Demasiada.

—¿Y por qué no nos lo habías dicho? Podríamos haberte ayudado.

—Porque no quería que nada de esto os salpicara. —Baja la vista, avergonzado—. No es vuestro problema.

Freddy chasquea la lengua. Yo me crujo los nudillos y cuento mentalmente hasta diez. Hasta veinte. Pero la calma no llega, así que me limito a abrir la puerta de cristal que da al jardín y a salir en busca de un poco de aire.

La imagen de Morgan y su herida del cuello me persigue, y empiezo a pensar que voy a tener que tirarme a la piscina para conseguir que el fuego que siento empiece a apagarse.

***

No sé cuánto tiempo llevo aquí, cuando Morgan sale al jardín. La sigo con la mirada hasta que se sienta a mi lado. Había conseguido ralentizar los latidos de mi corazón, pero vuelven a dispararse cuando la tengo tan cerca.

—¿Estás bien? —pregunta.

La miro a los ojos. Lo único que me importa es que esté bien ella.

—Siento haberme ido así —confieso—. Necesitaba un momento.

—Ya.

—Es que no entiendo cómo se le ha ocurrido llevarte a ese sitio. —Mis ojos vuelan hasta la sangre de su cuello—. Si te llega a pasar algo peor…

Niega con la cabeza.

—Cole tiene un problema, River —sentencia—. Y no va a acabar bien si sigue así.

—Sé que está enganchado a esas mierdas, pero, cuando intentamos hablar con él, siempre dice que lo tiene controlado y que

nos metamos en nuestros asuntos. —Trago saliva—. Me recuerda demasiado a mi hermano y quizá por ese motivo… he estado mirando a otro lado. Porque no soporto pensar en todo eso. No soporto la culpa que me carcome por dentro cuando lo hago.

Mierda. No esperaba confesar eso en voz alta. Ni ponerme a llorar justo ahora. Aprieto los dientes con fuerza y parpadeo para espantar las lágrimas, pero es demasiado tarde. Una de ellas consigue escapar y bajar por mi mejilla.

Morgan es quien la arrastra con su pulgar.

—Jason eligió sus pasos, River. No es culpa tuya lo que le pasó.

—Pero yo le puse más presión encima. Era el hermano mayor, y Violet lo necesitaba. —Trago saliva—. Yo lo necesitaba.

Me acaricia la espalda con la mano.

—No tenemos derecho a asumir la responsabilidad de las decisiones de otros porque solo les pertenecen a ellos.

Movido por un impulso, giro el cuerpo y la abrazo con fuerza. Al separarnos, veo que tiene los ojos brillantes.

—¿De verdad estás bien? —vuelvo a preguntarle.

—¿Estás de broma? Hoy me he enterado de que uno de los grupos más famosos del país me ha compuesto varias canciones.

Mis labios se curvan un poco.

—Entonces, ¿te han gustado?

Me peina hacia atrás y me estremezco un poco cuando sus uñas acarician mi cuero cabelludo.

—Siempre escribiste canciones preciosas.

Quiero besarla ahora mismo. A la mierda Cole, a la mierda su puto camello, a la mierda todo.

Pero, antes de que pueda acercar mi rostro al suyo, la puerta vuelve a abrirse y mis dos amigos la cruzan. Freddy va primero, una avanzadilla para reconocer el terreno, como un padre que quiere proteger a su hijo. Se sienta junto a nosotros, pero Cole permanece de pie.

—River, lo siento —suelta de pronto. El ojo que aún tiene abierto me mira, avergonzado—. No quería que nada de esto pasase.

—No es conmigo con quien tienes que disculparte.

—Tienes razón. —Se pone de cuclillas frente a Morgan y la coge

de las manos—. Perdóname por haberte puesto en peligro. No hay excusa que valga, he sido un inconsciente.

—No pasa nada, Cole.

—No, sí que pasa. No me habría perdonado si… —Se detiene para tragar saliva—. Lamento haberte puesto en una situación así. Y lo de tu cuello…

—No es más que un arañazo —responde, para quitarle importancia—. Tú te has llevado la peor parte.

—Me lo merezco.

—No, Cole. No te lo mereces. —Morgan le aprieta las manos—. Y estamos aquí para ayudarte, ¿entendido?

Nuestro amigo le sonríe, agradecido, con la emoción desbordándose por sus ojos.

—Eres demasiado buena para nosotros.

Su confesión me pilla desprevenido. Él nunca ha sido especialmente alabador con Morgan.

—Eso ya lo sé —bromea ella, alzando la barbilla—. Pero os quiero, y ningún camello gilipollas va a cambiar eso.

Cole se lanza a sus brazos de tal forma que Freddy y yo damos un respingo.

Nos miramos, sorprendidos por esa muestra de afecto. Cole, el tío que siempre está de buen humor, listo para la fiesta. El que no aparenta tener sentimientos profundos y se viste con un traje de indiferencia todas las mañanas.

No parece el mismo Cole que está llorando sobre el hombro de Morgan ahora mismo. Y, sin embargo, nunca me ha parecido tan real como en este momento.

No vamos a dejarlo tirado. Le guste o no, vamos a ayudarlo con esto.

—Eh, yo también quiero —anuncia Freddy, uniéndose al abrazo.

Siento las mejillas tirantes de tanto sonreír. Morgan suelta un brazo entonces y estira la mano hacia mí.

—Tú no te libras.

Me uno al abrazo grupal, que termina con varias carcajadas y bromas. La tensión del pecho se me ha diluido casi por completo cuando nos separamos.

—Creo que tengo que cancelar la sesión de fotos de mañana —anuncia Cole—. Diría que no soy el mejor modelo ahora mismo.

Freddy tuerce la cabeza y lo observa.

—Picasso no opinaría lo mismo.

El otro le da un empujón y se ríe. Entonces, nos mira uno a uno durante un instante.

—Gracias, chicos. Sé que no es fácil perdonarme a veces.

Freddy le pone la mano en el hombro y lo observa con una intensidad desbordante, como si estuviera a punto de decir algo importante.

—Yo lo único que no puedo perdonarte es que no hayas traído las *pizzas*.

Volvemos a reír, y yo vuelvo a mirar a la chica que tengo a mi lado, mientras doy las gracias porque haya vuelto con este grupo de idiotas.

Capítulo 68

MORGAN

El ruido es ensordecedor, incluso desde el interior del camerino de River. Ahí fuera, unas veinte mil personas corean el nombre de los chicos que tengo delante de mí, con la adrenalina a punto de desbordarse.

Freddy no deja de jugar con las baquetas entre los dedos, como si eso le ayudara a mantener a raya sus nervios. Reconozco viejos tics y sonrío.

Cole ha desaparecido tras la puerta del baño hace más de cinco minutos.

—Todos sabemos qué está haciendo ahí dentro, ¿no?

—Esta noche no, River —suplica el batería, deteniendo el lanzamiento de baquetas de golpe—. Salgamos ahí a darlo todo y mañana será otro día.

El vocalista de The last flame se pellizca el puente de la nariz, pero asiente. Las adicciones de Cole están sobre la mesa desde el incidente con el camello, y todos estamos más pendientes de lo que hace. Quizá, por eso, él se esfuerza por controlarlas más.

O es que las oculta mejor.

En cualquier caso, esta noche la banda va a despedirse de una gira de dos años por el país y no parece el momento idóneo para reproches. Han ensayado mucho. Han cuidado cada detalle de su actuación. Todavía me impresiona el enorme equipo con el que trabajan. Sonido, producción, vestuario… Esto es una maldita locura.

—Perdón —digo cuando choco con un chico de *catering* que retira una bandeja.

Él me sonríe en respuesta y yo doy una vuelta sobre mí misma, abrumada.

—Eh, Ocean.

Miro a River.

—Creo que yo no debería estar aquí.

—Sí, si quieres que este concierto se celebre.

Se acerca despacio y me envuelve la cintura con sus brazos para acercarme a él.

—¿Y eso por qué?

—Porque, como salgas por esa puerta, me voy contigo. —Un mordisquito en el cuello me hace cosquillas. Alzo los brazos y cruzo mis manos tras su nuca.

—No puedes hacer eso, tus *fans* ya me odian bastante.

Hemos empezado a dejarnos ver juntos en público. No ha sido algo intencionado, pero no queríamos seguir escondiéndonos. Tampoco es que hayamos puesto nombre a lo que tenemos, aunque la prensa se decanta sobre todo por «aventura pasajera».

No es algo en lo que quiera pensar, así que evito hacer caso a cualquier noticia que se publica al respecto. Es agotador leer las numerosas razones por las que mi relación con River no puede durar.

—Entonces, no te muevas de aquí. Quiero mirarte a los ojos cuando cante.

Me besa despacio y luego deja su nariz pegada a la mía.

—No juegas limpio —murmuro.

Su risa contra mi boca me provoca un aleteo en el estómago.

A los pocos segundos, Cole sale del baño, echándose el pelo húmedo hacia atrás, como si nada. Da igual lo mucho que intente disimular, la forma de mover la boca y sorber por la nariz nos da una idea muy clara de lo que ha estado haciendo. Todos tratamos de ignorarlo, aunque percibo que el cuerpo de River se ha puesto tenso. Le paso una mano por el pecho y lo miro a los ojos.

—Respira —susurro.

Asiente y me da otro beso, esta vez en la mandíbula, y se separa de mí.

—Bueno, ¿estáis listos?

Estira el brazo y, automáticamente, los otros dos ponen sus manos sobre la de él. Sonrío, porque son adorables, pero entonces los tres se giran hacia mí.

—Ocean, ¿a qué esperas?

—¿Eh?

—La mano, Morgan —dice Freddy—. Venga.

Cole me guiña un ojo, antes de cogérmela él mismo, para ponerla encima de la suya.

—A la de tres, decimos el nombre del grupo.

Trago saliva. No sé si voy a ser capaz de hablar ahora mismo. Estoy demasiado emocionada por estar aquí, compartiendo este momento tan íntimo, tan familiar.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que eso es justo lo que ellos son para mí: familia.

—¡The last flame! —exclamamos a la vez. Bueno, yo apenas he pronunciado las últimas sílabas, pero qué más da.

Para terminar de rematarme, Freddy saca de un armario tres chaquetas que conozco muy bien. Boqueo como un pez, sin ser capaz de decir nada coherente.

—¿Qué…?

River me dedica una sonrisa tan increíble, que creo que la habitación se ilumina un poco más.

Y, entonces, sin añadir nada, se ponen las chaquetas que yo misma pinté hace años para un grupo de adolescentes que soñaban con volar muy alto.

Me parece alucinante estar aquí, siendo testigo de cómo despliegan las alas.

***

La energía en el Staples Center es electrizante. No puedo dejar de aplaudir y cantar, de gritar, con las manos ahuecadas alrededor de mi boca y el corazón acelerado. El público se sabe todas las canciones. La gente salta tanto y tan fuerte, que parece que el estadio se vaya a venir abajo. A mi lado, Lisa no deja de abrazarme, histérica.

—Esto es increíble, Morgan. ¡Una puta pasada!

Me río a carcajadas. Los focos juegan alrededor de los chicos, que tocan sus instrumentos con esa destreza que tan bien conozco.

Freddy está imparable. La velocidad con la que mueve los brazos sobre la batería es de otro planeta. Unas llamas se encienden a su alrededor, provocando que yo ahogue un grito.

Cole rezuma seguridad, como siempre. Se aferra a su bajo con rabia, y a veces se muerde el labio, provocando que Lisa se abanique con la mano.

Y River… joder. Se desgarra la voz, con los labios pegados al micrófono. Cierra los ojos cuando la baja hasta casi convertirla en un susurro. Lanza miradas al lateral del escenario, buscándome, y yo siento que se me contrae el pecho, el estómago y el cuerpo entero cuando lo hace.

Siempre he pensado que River Hayes hace el amor a la guitarra, no se limita a tocarla sin más. La acaricia y se aferra a ella, como si fuera una amante a la que deseara transmitir todo lo que siente por ella. El pelo húmedo se le pega a la frente. La piel de los brazos le brilla por el sudor. Se le marcan las venas de los brazos al tocar, las del cuello al cantar. Me fijo en sus músculos, en la parte de sus pectorales, que deja ver esa camiseta sin mangas estúpidamente sexi.

Rasga las cuerdas deprisa, se mueve sobre el escenario, como si no fuera lo suficiente grande para él. Roza las manos de la gente que hay en primera fila y, entonces, lanza la guitarra hacia atrás. La banda de tela con la que la sujeta a su cuerpo permite que vuelva a su posición tras darle la vuelta.

—¡Guau! —exclama Lisa a mi lado—. ¿No te ha puesto a cien con eso?

Mi respuesta es abanicarme con la mano, como lleva haciendo ella toda la noche. Se ríe y me pasa un brazo por el hombro.

—Esta noche vais a echar el polvo de vuestras vidas.

Por un momento, me imagino que el movimiento de la púa de River sobre las cuerdas de la guitarra es en realidad otra cosa y, madre mía, qué calor me está entrando.

Luces. Humo. El suelo vibra. Su voz me pone la piel de gallina. ¿Voy a tener que darme una ducha fría en su camerino antes de que todo esto termine o qué?

La canción llega a su fin y ellos aprovechan los segundos de

descanso para acercarse a nosotras. Están eufóricos, sudados, felices. Y guapísimos, la verdad.

—Eso ha sido increíble —le digo a River cuando me levanta del suelo—. Esa forma de tocar la guitarra, de sentirla…

Sus labios en mi oído.

—Imagina que todo lo que le hago, en realidad quiero hacértelo a ti.

—No me digas eso o no voy a poder concentrarme en una sola letra.

Se ríe contra mi cuello y luego me besa.

—¿Y si sales a cantar con nosotros, Morgan?

—Sí, claro.

—Lo digo en serio. Y ellos también —indica, señalando con la cabeza a sus amigos, que asienten—. Cuando empiece a sonar *Our time*, te estaré esperando. Si no sales, no pasa nada, no quiero presionarte. Pero si sales…

—¿Me moriré de vergüenza?

—Me harás el tío más feliz del mundo.

Me da un beso rápido en los labios y se apresura a seguir a los otros dos integrantes del grupo hasta el escenario de nuevo. El concierto continúa, pero yo ya no puedo disfrutarlo como antes.

No, con las palabras de River repitiéndose en mi cabeza.

No, con Lisa a mi lado, asegurándome una y otra vez que voy a arrepentirme si no salgo ahí fuera.

Recuerdo lo que se siente al compartir escenario con ellos. Cuando el pánico da paso a un abanico de sensaciones que se reúnen en mi pecho cuando fluye la electricidad a su alrededor. La adrenalina. El éxtasis.

Our time empieza a sonar y, automáticamente, River se gira para mirarme. Veo lo mucho que desea que lo haga, que me acerque a él.

Trago saliva y trato de controlar la respiración. Exponerme de esta forma no estaba en mis planes, pero hay algo que tira de mí hacia River. Una fuerza invisible que me atrapa y que se adueña de mis piernas sin pedir permiso.

No sé en qué momento ocurre, pero de repente estoy dando un

paso adelante y pisando ese escenario.

Capítulo 69

RIVER

Se me para el corazón cuando la veo dar un paso adelante. Por un segundo, me olvido de qué acordes tengo que tocar y soy incapaz de dejar de mirarla.

Morgan ha subido al escenario.

Morgan ha subido al escenario.

Morgan ha subido al escenario.

Me lo repito tantas veces, porque no puedo creer que sea verdad. Si alguien me hubiese asegurado hace unos meses que este momento llegaría, me habría reído de una ocurrencia tan absurda.

Y, sin embargo, aquí está, caminando hacia mí.

—¡Vamos, Ocean, ven aquí! —grito por el micrófono, con la emoción desbordándose por cada uno de mis poros—. ¡Un aplauso para Morgan Foster, gente!

Responden con una energía increíble, mientras se acerca al teclado, dándole una calurosa bienvenida.

Normalmente, utilizamos ese instrumento muy poco. Suelo ser yo el que toca unas pocas notas en algunos fragmentos de nuestras canciones, pero nada comparado con lo que hace ella cuando sus dedos se deslizan por las teclas.

Morgan levanta la mano para saludar antes de sentarse. Me permito ocupar un sitio junto a ella en el teclado. Le tiemblan las manos, así que se las cojo con fuerza.

—No te contengas —le susurro al oído, antes de dejar un suave beso en su hombro—. Muéstrales de qué eres capaz.

Mi pecho se expande ante la satisfacción de ver cómo se aferra a la púa que le regalé, que cuelga de su cuello, como si pudiera infundirle valor. Su voz es esa ola poderosa que se alza inmensa hacia el cielo, hermosa y temible, con una fuerza descomunal.

Sus ojos oscuros reflejan el miedo y los nervios, pero sé que

puede hacerlo. Sé que todo esto quedará sepultado por lo que está a punto de ocurrir aquí. El público aún no tiene ni idea de lo afortunado que es de poder presenciar la magia de Morgan.

Vuelvo a mi sitio y ella coloca sus labios sobre el micrófono. Cierra los ojos para empezar a cantar y, unos segundos más tarde, reproduce las primeras notas con sus dedos.

Y yo siento que los pies se elevan del puto suelo.

Cole se une el primero. Freddy y yo lo seguimos a los pocos segundos. Los focos pasan de Morgan a los demás cuando aumenta el ritmo de la melodía y todos nuestros instrumentos se entrelazan.

Tocar esta canción otra vez es increíble, pero hacerlo con Morgan es ya un jodido sueño.

El pelo le cae lacio hasta casi la cintura. Distingo los hoyuelos que se le marcan en la parte baja de la espalda. Su top brilla bajo los focos, pero ella lo hace mucho más.

De repente, me siento ese chico de diecisiete años lleno de sueños. Ese que componía canciones en una libreta desgastada e imaginaba que un garaje era un estadio como este. Cuando la ilusión y la pasión por la música eran lo único que importaba, y la fama o la presión no existían.

Se me eriza la piel cuando la voz de Morgan se derrama sobre el teclado, justo antes de levantarse y acercarse a mí para compartir el micrófono. Por un momento, solo existen para mí esos ojos castaños. Esa boca llena, preciosa, por la que sale una voz suave y sexi que termina desgarrándose y llevándome al nirvana.

Me acerco con rapidez al lateral del escenario y pido una guitarra para ella. Se sorprende cuando se la entregan, pero sonríe de una forma que nunca voy a poder olvidar. Se mueve por el escenario en busca de Freddy y Cole, que tocan con pasión, casi con rabia, mientras sus voces se unen a mí para cantar el estribillo.

Morgan baila, levanta los brazos, rasga las cuerdas de su guitarra y canta como si no hubiera miles de personas observándola.

La gente grita su nombre.

El sudor brilla en su piel. El pelo se le ondula junto a las mejillas. Se muerde el labio cuando escucha mi *riff* y siento una maldita descarga eléctrica de la cabeza a los pies.

Me encanta verla así. Tan despreocupada. Ha dejado fuera todos sus problemas, todas sus preocupaciones. Su madre, Josh, la prensa… Nada de eso existe sobre este escenario.

No es la única canción que se atreve a cantar. La gente pide más, nosotros también. Comenzamos a tocar *Lost in the woods*. Le hago un gesto para que no se vaya todavía.

My compass, my north, my roots
You found me here lost in the woods
Lost in the woods
You found me here lost in the woods

Tal como indica la canción, ella es mi luz. Mi norte. Mi brújula. Aquí, en medio de este bosque de luces, me siento menos perdido que nunca.

Cuando terminamos de interpretar *Dreamer*, tengo el corazón a punto de estallar de tantas cosas buenas, que ni siquiera puedo hablar.

Así que hago lo único que soy capaz de hacer en este momento: atrapar la cara de mi chica océano y besarla como si el mundo estuviera a punto de acabar.

Capítulo 70

MORGAN

La adrenalina no me ha abandonado del todo cuando entramos al club para celebrar el éxito del concierto. Me duelen las mejillas de tanto sonreír, y tengo los labios hinchados de todos los besos que River me ha dado desde que se han apagado las luces.

—Este sitio es increíble —observa Lisa tras emitir un silbido.

Tiene razón. Las innumerables lámparas de diseño, los espejos de marcos dorados, el suelo de madera, los sofás blancos… Solo falta la palabra «exclusivo» en mayúsculas y luces de neón sobre la barra.

—Nos han acondicionado una zona privada —informa Cole. Echa un vistazo a un grupo de chicas que parecen estar de despedida de soltera—. Aunque me están dando ganas de quedarme en esta planta.

Freddy suelta un bufido y se acerca a Lisa.

—¿No te molesta que diga cosas como esas delante de ti? Podría cortarse un poco, joder.

Ella enarca una ceja.

—Parece que a ti te molesta más que a mí. —Freddy tensa la mandíbula, pero ella se engancha a su brazo como si nada—. Relájate, nosotros podemos pasárnoslo bien sin él.

El tono que ha utilizado hace que Freddy carraspee.

—¿Nosotros dos…?

—Era broma —se apresura a aclarar ella con un guiño—. Sé que no soy tu tipo, por desgracia.

Él traga saliva. Ella se echa a reír.

Subimos junto a parte del equipo de sonido al piso de arriba y ocupamos unos sofás más apartados del resto. Pronto, la mesa se llena de bebidas y risas sin control. River tiene su mano sobre mi muslo, mientras habla con una compañera sobre los amplificadores que han utilizado. No parece percatarse de lo que me está

provocando sentir el roce de sus dedos en la piel.

Las copas pasan de mano en mano, de boca en boca. Todos nos estamos divirtiendo, desinhibidos, felices. Hasta que Cole tiene la brillante idea de esparcir sobre la superficie de la mesa un poco de cocaína.

Algunos del equipo de sonido lo celebran y se unen a su fiesta particular. Freddy suspira, resignado, y niega con la cabeza antes de acercarse a la barra.

River aprieta la copa que sujeta.

—Dame eso —le pido, quitándosela de la mano—. Vas a reventar el cristal.

—Podría haberse escondido en el cuarto de baño, por lo menos.

—Está relajado, y es su forma de celebrar lo de esta noche.

—Por favor, no lo defiendas.

—No lo hago, pero seguramente para él esto sea de lo más normal.

—Eso es lo que más me preocupa. —Me mira, angustiado—. No soy idiota, sé que se mete mierda desde hace tiempo, pero supongo que era más sencillo dejarlo correr cuando no lo hacía en mi puta cara. Hasta hace poco, se cuidaba bastante de que yo no lo viera. Pero ahora… creo que ha perdido el control por completo.

—¿Has hablado con él de esto?

Traga saliva y baja la cabeza.

—No es fácil.

No, desde luego que no. En especial, si hablamos de River. Después de todo, esto tiene que ser como revivir lo que le pasó a su hermano.

Entrelazo mis dedos con los suyos.

—Podemos hacerlo todos juntos, si quieres.

Esboza media sonrisa.

—¿Como un grupo?

Sacudo la cabeza.

—No seas manipulador. Que haya salido a cantar con vosotros esta noche no quiere decir que yo forme parte de esto.

Chasquea la lengua.

—Eres exasperante.

—Solo digo la verdad.

—Me parece que el público lo ha visto de otra manera.

Sonrío.

—Sigo prefiriendo estar detrás de los focos con un papel y un lápiz.

Se acerca tanto, que noto su aliento en mi mejilla. Me da un beso en la punta de la nariz.

—Mientras estés, me vale.

Atrapo su rostro con las manos y lo beso despacio. Justo cuando la punta de su lengua roza la mía, mi amiga tira de mí y me obliga a levantarme.

—Lo siento, River, pero ya la has tenido mucho rato. Hay que compartir.

Lo miro y me encojo de hombros, antes de seguir a Lisa a la pista de baile. Saltamos, cantamos, nos reímos, damos vueltas en una de nuestras coreografías alocadas. Pronto, invitamos a unirse a nosotras a Freddy, que acaba de volver con una botella de champán.

El corcho se estrella contra el techo y él nos da de beber, pringándonos de burbujas mientras seguimos divirtiéndonos.

—Ahora vengo —anuncia Lisa, después de intercambiar miradas con un chico muy mono que no deja de mirarla.

—Me encantaría ser como ella —confiesa Freddy, observando cómo se aleja—. Cero preocupaciones. Ya puede estar Cole enrollándose con medio club, que ella no pierde la sonrisa.

—Eso es porque le da igual de verdad.

—¿Y cómo se hace eso?

—No queriendo a la otra persona, Freddy.

Chasquea la lengua.

—Mierda.

Suelto una carcajada y lo obligo a beber de la botella.

—Esta noche es para no pensar, ¿vale? Solo dejarse llevar.

—¿Como tú con River?

Echo un vistazo a su amigo, que me está sonriendo de esa manera que me provoca ganas de echarme encima de él, sin importarme la gente que haya alrededor.

—Créeme, si me dejase llevar con River, no estaríamos aquí.

Freddy me guiña un ojo, travieso.

—Me gusta esta Morgan que no tiene pelos en la lengua. —Levanta las cejas varias veces—. Bueno, aún.

Me llevo la mano a la boca para ahogar la risa.

—¡No seas cerdo!

Mi amigo me pasa un brazo por los hombros y yo rodeo su cintura. Bailamos y hablamos, nos reímos y bromeamos. ¿Es cosa mía, o la botella de champán pesa ya la mitad que al principio?

—Voy a hacerlo —anuncia, decidido.

—¿Hacer el qué?

Dejo que me dé una vuelta sobre mí misma y luego me atraiga hacia él.

—Voy a decírselo a Cole.

Abro los ojos de par en par.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Has dicho que tenía que dejarme llevar, ¿no?

Sonrío con admiración y un profundo cariño.

—Sí, eso he dicho.

De repente, me viene a la mente el probable rechazo de Cole y el estómago me da un vuelco.

—Relaja ese ceño. —Freddy pasa su dedo por esa zona de mi cara —. Estoy preparado para lo que sea, no te preocupes por mí.

—Yo no…

Su sonrisa es generosa, amplia y tranquila. ¿No está nervioso? Es como si hubiera aceptado de antemano lo que fuera a pasar.

—Eres una buena amiga, Morgan. —Me atrae hacia él y me da un beso en la frente—. Siempre lo has sido.

—Y tú eres el mejor amigo que podría tener. —Lo abrazo con fuerza—. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer? No quiero que te hagan daño.

Se aparta y me mira a los ojos, que le brillan por el alcohol y la emoción.

—La vida es muy corta como para guardarnos nada. A veces se gana, y otras se pierde, pero siempre que juegas, debes arriesgarlo todo.

No puedes ahorrarles el sufrimiento a las personas a las que

quieres, pero puedes estar junto a ellas para que no lo atraviesen solas.

Lo cojo de la mano.

—Y yo estoy aquí para jugar contigo.

Capítulo 71

RIVER

Estoy en una puta nube ahora mismo. El concierto tiene mucho que ver, pero sospecho que la mayor culpable de esto es Morgan. Las noches como esta, cuando terminábamos el concierto, solían ser borrosas, opacas y distantes, pero con ella a mi lado todo parece adquirir un color más brillante, más nítido.

—River… —sisea entre dientes como una advertencia—. Si sigues metiéndome mano bajo la falda, voy a tener que llevarte a algún sitio más íntimo.

Siento la piel de su muslo erizarse bajo las yemas de mis dedos cuando ascienden despacio.

—¿Eso es una amenaza o una promesa?

Coloca su mano tras mi nuca y cuela sus dedos entre mi pelo.

—Ambas.

Le doy un pequeño mordisco en el labio inferior y reprimo un gruñido.

—Has estado increíble esta noche, Ocean. —Cierro los ojos un momento—. Cada vez que te recuerdo encima del escenario, me pongo como una moto.

Su risa junto a mi oído es como una caricia. Tiro de ella y la siento sobre mí. Aparto un mechón de pelo que le roza la mejilla y lo sustituyo por mi pulgar.

—Hablo en serio. Eres… extraordinaria.

Junto mis labios con los suyos despacio, pero pronto el beso se vuelve más intenso. Mi mano baja por su espalda y encuentra una de sus nalgas, la suya baja por mi esternón hasta la cintura de mis pantalones.

Un carraspeo a mi izquierda.

—Siento interrumpir —dice Freddy—, pero necesito las llaves del coche para ir a… un sitio.

Después del concierto, hemos pasado por casa un segundo a por mi coche, porque queríamos darle la noche libre al chófer, que nos ha llevado hasta el estadio. No nos parecía bien que ese hombre tuviera que estar esperando a que a nosotros nos diera la gana terminar con la fiesta para poder irse a su casa.

—¿Vas tú solo? —le pregunta Morgan. Comparten una mirada cómplice, como si esa pregunta escondiera algo más.

—¿Por qué parece que ocultáis algo?

Saco las llaves del bolsillo trasero de mi vaquero y Freddy me las quita con rapidez.

—Tú tienes a tu Ocean, amigo —me dice—. Me toca a mí decirle al menos algo al mío.

Alzo las cejas.

—¿Esta noche?

—Esta noche es lo único seguro que tenemos —confirma él—. No sabemos lo que nos deparará el mañana.

—Tío, estás de lo más filosófico.

Él se ríe y nos guiña un ojo, haciendo tintinear las llaves.

—Dame un segundo —le pido a Morgan, ayudándola a levantarse de mis piernas.

Voy tras los pasos de Freddy y lo detengo.

—Te lo devolveré enseguida —me dice antes de que pueda hablar —. Solo necesito alejarme un poco de aquí con él.

—No es eso, Fred.

Mi amigo me mira, extrañado. Sé que lo que va a hacer esta noche es importante, arriesgado y, seguramente, una completa locura que no va a terminar como quiere, pero estoy orgulloso de él. De su valentía.

Lo pillo por sorpresa con el abrazo.

—Suerte.

Me aprieta con fuerza en cuanto puede reaccionar.

—Gracias, River. —Su voz contiene una emoción que está empezando a contagiarme—. Quiero que sepas que, pase lo que pase esta noche, no voy a permitir que afecte al grupo.

Me aparto y lo miro con el ceño fruncido.

—No es eso lo que me preocupa, Freddy. Solo quiero que seas

feliz.

—Soy feliz, hermano. Solo necesito quitarme esta carga por fin.

Vuelvo a abrazarlo.

—Te quiero, tío.

—Pero bueno, ¿a qué viene tanto abrazo? —espeta de pronto Cole, subiendo las escaleras hasta nosotros—. ¿No tenías prisa por ir a recoger a tus colegas, Freddy? Espabila o me largo con esa pelirroja de la barra.

Suelto un bufido exasperado. Freddy pone los ojos en blanco.

—Va a ser de cuento de hadas —se burla, y yo me echo a reír mientras lo veo bajar las escaleras tras el chico al que quiere.

Tengo un nudo en el pecho cuando vuelvo con Morgan. Ella lo nota en cuanto me mira.

—¿Pasa algo?

—A lo mejor debería haber ido con ellos.

—Creo que Freddy buscaba intimidad.

—Ya.

Su mano atrapa la mía.

—Esto es algo que necesita hacer para pasar página de una vez.

Suspiro.

—Espero que tengas razón.

—Claro que la tengo. —Sonríe de una forma que me obliga a tragar saliva. Pega su pecho al mío—. Y lo que tú necesitas es distraerte un rato.

Cuando su boca toca la mía, me olvido de Freddy, Cole y todo lo demás. Es lo que Morgan consigue cada vez que me toca. El mundo fuera de nuestra órbita deja de existir.

Se separa un segundo y me mira a los ojos con un hambre que solo puede equipararse al que yo siento. Respiro con dificultad, pero necesito volver a besarla, a pesar de la falta de oxígeno. Entonces, me coge de la mano y tira de mí hacia el cuarto de baño de las chicas. La sigo al interior, que, por suerte, está vacío.

Se sube al lavabo y me atrae para que me coloque entre sus piernas antes de besarme, como si no hubiera posibilidad de que nadie nos descubriera allí. Deslizo la mano desde su rodilla hasta el interior de su muslo. Sigo subiendo hasta encontrar la tela de su

ropa interior. La rozo por encima con los dedos y ella gime contra mi boca. Me muerde el labio y nuestras lenguas se enzarzan en un baile salvaje que me roba el poco raciocinio que me queda.

La agarro del culo y la levanto para que me rodee el cuerpo con sus piernas. Entro en uno de los cubículos y cierro la puerta. Me quedo mirándola. Mejillas encendidas, pupilas dilatadas, labios hinchados. La falda a medio subir. Es tan jodidamente preciosa que podría admirarla durante horas.

Nuestros hombros suben y bajan por la respiración agitada, pero también por la excitación contenida. Vuelvo a besarla con ganas, devorándola, saboreándola. Sus manos se dirigen a mi cinturón. Es un alivio cuando me libera del pantalón, que ya me apretaba demasiado. Me roza por encima del bóxer y yo siento que podría correrme en segundos.

Pero no quiero que esto acabe tan rápido. No quiero que salgamos de este cuarto de baño todavía. Con toda la fuerza de voluntad que soy capaz de reunir, atrapo sus muñecas para apartarla de mí y le levanto los brazos sobre su cabeza. Acaricio su piel, bajo por su pecho, su cadera, y entonces me arrodillo delante de ella.

—¿Qué haces? —jadea, cerrando los ojos cuando arrastro con el dedo la tira de sus bragas hacia abajo. Verla levantar el pie para que se las saque por el tobillo me parece de lo más sexi.

Mi respuesta no llega con palabras. Cuelo la cabeza bajo su falda y lamo de abajo arriba su centro. El gemido que se escapa de sus labios envía una descarga directa al mío. La acaricio despacio. Está tan húmeda que los dedos se me resbalan. La otra mano está fuera de esa falda, pero busca su pecho y aprieta cuando nota el pezón erecto.

—River…

Escucharla decir mi nombre está a punto de hacerme perder la cabeza. Levanto una de sus piernas para que apoye el pie en el lavabo y así tener mejor acceso. Introduzco un dedo en su interior despacio. Luego otro. Sigo lamiendo. Ella sigue jadeando.

Juro que no me queda ni una gota de sangre en la cabeza.

Me levanto sin dejar de tocarla. Mi boca está cubierta con su sabor.

Tengo que sujetarla cuando estalla sobre mí porque le flojean las piernas. Se deshace como la espuma del agua tras chocar con las rocas. Hoy no es el océano calmado que siempre me recuerda a ella, hoy es el embravecido tras una tormenta. Ese que puede acabar con la vida de un hombre con solo arrastrarlo hasta su interior.

Y yo hoy estoy más que dispuesto a ahogarme en sus aguas.

***

Apoyo la cabeza en el pecho de Morgan y me esfuerzo por respirar. Todavía estoy dentro de ella, todavía la siento en todas partes.

—Supongo que tendríamos que salir de aquí en algún momento —dice sobre mi cabeza.

Sonrío con los ojos cerrados y la abrazo.

—¿Estás segura? Yo le he cogido cariño a este sitio.

La música suena amortiguada a través de la pared de azulejos. Mis pantalones están en el suelo junto al retrete y nuestra ropa interior.

—Vamos a pillar una infección —señala—. No pienso ponerme las bragas ni de coña.

—Esa imagen no ayuda en lo de que salga de aquí, Ocean.

Se ríe y se levanta despacio. Yo me quito el condón, le hago un nudo y lo envuelvo en un poco de papel. Me pongo los pantalones y me guardo los calzoncillos en un bolsillo. Y, antes de que Morgan quite el pestillo, la detengo y vuelvo a besarla.

—No voy a poder mirar un retrete de la misma manera a partir de ahora.

Sonríe contra mi boca.

—Ni yo.

Hay dos chicas retocándose frente al espejo. Bajo la vista de inmediato, avergonzado. ¿Cuánto tiempo llevan ahí? Morgan les sonríe y tira de mi mano para salir. Apenas queda la mitad de la gente con la que estábamos. Se han debido de ir marchando poco a

poco en este tiempo indefinido en el que yo he estado en el cielo.

De repente, soy consciente de que algo no va bien. Los murmullos crecen, las miradas de reojo.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué está todo el mundo tan alterado? —pregunta Morgan.

—No lo sé.

Mandy, una chica de sonido, llega hasta mí.

—River, estás aquí. —Traga saliva y me mira con una lástima infinita—. No sé cómo decirte esto…

—¿Decirme el qué?

La veo coger aire antes de hablar.

—Son Freddy y Cole. —Los ojos le brillan por las lágrimas contenidas. ¿Qué cojones ha pasado?—. Han tenido un accidente.

Capítulo 72

MORGAN

Nos ha costado un poco llegar al hospital por culpa de la prensa. Hay fotógrafos en la puerta cuando bajamos del coche. Me enfurece que no tengan ni un mínimo de respeto en un momento así, pero me limito a esquivarlos y a seguir a River hasta el interior.

Al llegar a la planta en la que están nuestros amigos, detengo mis pasos de golpe. La madre de Freddy se echa a llorar, desconsolada, mientras un doctor da un paso atrás para dejarle espacio. El lamento desgarrador que emite me parte el alma en dos.

—Mi niño… —repite sin cesar entre sollozos, abrazada a su marido, que parece ser el único motivo por el que no cae al suelo.

—No, no, no… —susurra River a mi lado. Se ha lavado la cara en el club. Todavía puedo ver gotas de agua en su pelo.

Intento tragar el nudo de mi garganta, pero es imposible. Esto no puede estar pasando. Freddy no puede estar…

River tiene la expresión desencajada. Se suelta de mi mano y se acerca al matrimonio. Cuando la mujer lo descubre, se lanza a sus brazos.

—Se ha ido, River. Se ha ido.

Mis sollozos se unen a los suyos. Me abrazo a mí misma, incapaz de moverme. No sé qué hacer ahora. No sé cómo asimilar lo que está pasando.

Freddy no puede estar muerto.

Me obligo a avanzar hasta ellos. El padre me mira con los ojos destrozados.

—Morgan —me saluda con amabilidad.

—Lo siento muchísimo. —Me sale la voz estrangulada, apenas puedo pronunciar las palabras.

Me aprieta el hombro para reconfortarme. Él, que acaba de perder a su hijo. Su mujer se suelta entonces de River y me atrae hacia

ella. Recuerdo las tardes en las que nos traía la merienda al garaje, su infinita generosidad, el cariño con el que hablaba siempre del talento musical de su hijo.

Dios mío, no puedo con esto.

Nos abrazamos con fuerza. Es como si una sostuviera a la otra. Se aferra a mi camiseta con desesperación y la empapa con sus lágrimas. Quisiera decir algo que la consolara, pero no hay consuelo posible.

Y tampoco hay palabras. Solo lágrimas. Solo dolor y sufrimiento, y una grieta en el centro del pecho que amenaza con absorber todo lo demás.

—Estaba tan feliz sobre el escenario esta noche… —comenta de repente. Me sorprende escuchar su voz y entender lo que dice en medio del llanto—. Todos reunidos por última vez, después de tanto tiempo.

Voy a ahogarme. Será por la falta de oxígeno o por el exceso de lágrimas. O tal vez por las dos cosas. Pero voy a dejar de respirar en cualquier momento. No puedo abrir los ojos, no puedo moverme. Solo puedo abrazar a esta mujer que ha perdido lo que más quería en el mundo.

No sé cuánto tiempo llevamos así cuando por fin nos separamos. Me acaricia la mejilla, mientras me pierdo en la desesperanza de sus ojos enrojecidos, del mismo color que los de su hijo. Su marido la coge por los hombros y se la lleva de allí, y yo dejo los brazos inertes a los lados mientras los observo marcharse.

Mientras pienso en Freddy y en las últimas palabras que he compartido esta noche con él.

La mano de River me devuelve al presente. Me giro para mirarlo. Nunca lo había visto tan destrozado. Ha llorado, pero sé que está intentando aguantar el tipo.

—Deberíamos entrar a ver a Cole.

Me obligo a mover las piernas.

—Sí, por supuesto. Vamos.

Trago saliva y lo sigo. Cuando cruzamos la puerta de la habitación, suspiro de puro alivio. Al menos, Cole está bien. O todo lo bien que puede estar después de un accidente de coche. Pero respira, y eso

es lo único que importa ahora.

Está mirando el techo con el ojo que puede abrir. El otro está demasiado hinchado y morado como para levantar el párpado.

—River, Morgan… —dice al vernos. Intenta incorporarse en la cama, pero el dolor se lo impide.

River se acerca a toda prisa y le pone una mano en el pecho.

—No hagas esfuerzos. —Desvía la vista hasta el gotero y el monitor donde el pulso de nuestro amigo late con fuerza—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si acabara de tener un accidente de coche —indica con la voz rasposa—. ¿Dónde está Freddy?

Rodeo la cama y cojo su mano. Estoy a punto de hablar, pero River se me adelanta.

—En la habitación de al lado.

No da más datos. Intercambiamos una mirada y entiendo que no quiere contarle nada a Cole ahora, para no alterarlo.

—¿Y cómo está? ¿Puedo verlo? Lo último que recuerdo fue su cara llena de sangre…

Se me escapa un sollozo. Cole se interrumpe y frunce el ceño.

—¿Morgan? ¿Freddy está bien?

Yo miro a River.

—Lo siento —susurro.

Él niega con la cabeza, tratando de que no me sienta culpable por derrumbarme delante de nuestro amigo. Entonces traga saliva y coge aire.

—Cole…

El ojo que tiene abierto se le empaña. La mandíbula se le tensa al tratar de contenerse.

—No, River.

Una lágrima desciende ya por la mejilla de este. Yo siento el corazón a punto de estallar de dolor. Aprieto la mano de Cole.

—No han podido hacer nada por él —me sorprendo diciendo con un hilo de voz. El único que me queda—. Sus padres están fuera y…

—¡No! —Me suelta la mano de golpe. Se incorpora y sisea debido al dolor—. ¡Tengo que verlo! ¡Quitadme esta mierda!

Trata de arrancarse la vía del brazo, pero River se lo impide justo

a tiempo.

—¡Para de una vez! —Lo abraza fuerte para sujetarlo y, finalmente, Cole se derrumba sobre él—. ¡Hacerte más daño, no lo va a traer de vuelta!

La voz se le desgarra al final, incapaz ya de controlar las emociones. Los labios me saben a sal por las lágrimas, amargos por la pena.

Cole llora sobre el hombro de su amigo sin dejar de repetir que todo esto es culpa suya.

—Ha sido un accidente —le digo—. Esto no es culpa de nadie.

—Yo era el que conducía, Morgan. —Me mira con rabia, aunque sé que no va dirigida a mí, en realidad—. Le quité las llaves y lo amenacé con irme sin él, si no se subía al coche. Estaba puesto y no… no sabía bien lo que hacía. Así que sí, la culpa de que Freddy esté muerto es solo mía.

Esa confesión nos pilla por sorpresa.

—Lo siento, River —solloza su amigo—. Lo siento…

—Freddy también había bebido —responde él con dureza—. Soy yo el que no tenía que haberle dado las putas llaves.

Niego con la cabeza.

—No podías saber…

—No, no podía —me espeta—. Porque estaba más preocupado de otras cosas que de pensar en la seguridad de mis amigos.

No me gusta el tono en el que me lo dice. La forma en que me mira. Como si, en cierta manera, me culpara a mí de lo que ha pasado. Como si haberse escondido en el cuarto de baño conmigo le hubiera impedido estar pendiente de ellos.

No digo nada. Sé que ahora mismo la rabia, la impotencia y la culpa son las que hablan por él. Gestionarlas no es fácil, y tiene que soltar todo lo que lleva dentro. Si lo que necesita ahora es dirigirlas hacia mí, no me importa.

No me importa, si así consigue mantenerse en pie.

Capítulo 73

RIVER

El sacerdote sigue moviendo los labios, pero no tengo ni idea de qué está diciendo. Sus palabras me parecen tan vacías como el hueco que hay abierto en la tierra, justo delante de mí. El hueco donde pronto descansará el cuerpo sin vida del mejor amigo que he tenido nunca.

Todo son sollozos y murmullos. La madre de Freddy está completamente devastada. Creo que, si no fuera porque su marido la sujeta, se habría caído al suelo hace rato. El resto de la familia los acompaña, a pesar de que sé que muchos de sus parientes lo juzgaron duramente cuando dejó de esconder la parte de él que solo conocíamos unos pocos.

Algunos compañeros de profesión han venido a mostrar su cariño y respeto. Los *fans* esperan fuera. Traen pancartas y fotos de nuestro amigo, y lloran su pérdida como los demás.

El sol me seca las lágrimas deprisa, así que ni me molesto en limpiármelas. A un lado, tengo a mi madre, que ha entrelazado su brazo con el mío; al otro, Violet me coge de la mano mientras le tiembla la barbilla.

Agradezco que estén aquí, acompañándome, y que a mi padre no se le haya ocurrido venir. Tampoco es que lo hubiera esperado, la verdad.

Observo por encima de la cabeza de mi hermana a Morgan, que tiene la vista fija en el ataúd. Parece ausente, como si solo su cuerpo estuviera aquí y su mente hubiera volado a otra parte. Lisa la ha rodeado con un brazo.

Aparto la vista cuando me descubre mirándola. Me siento un desgraciado por cómo la estoy tratando, pero no sé actuar de otra forma. La evito porque, aunque sé que no tiene la culpa, aunque la añoro cada segundo que no estoy con ella, cuando la miro recuerdo

lo que pasó esa noche. Lo mal amigo que fui. Lo distinto que habría sido todo, si yo me hubiera preocupado de algo más que de dejarme llevar por mis propios deseos.

No me ha echado en cara mi actitud. Se ha limitado a darme espacio, a dejarme ver que sigue a mi lado, a estar con Cole en el hospital cuando yo rehuía su compañía. A ser la Morgan que siempre he conocido: generosa, fuerte y comprensiva.

Esa que nunca he merecido.

Cole… Él no ha podido asistir al funeral porque sigue ingresado, aunque no estoy seguro de que hubiera querido hacerlo, de haber tenido la posibilidad. Lo suyo ahora es culparse sin descanso por todo lo que ha pasado.

Lo mío también, para qué mentir. Ni siquiera puedo apoyarlo como sé que necesita.

Algo se me desgarra por dentro cuando el ataúd toca el suelo. Me imagino a Freddy ahí dentro, con sus inseparables baquetas en la mano, con esa camiseta roja con llamas negras que tanto le gusta.

Le *gustaba*.

Creo que estoy a punto de vomitar. El agujero del pecho se hace más grande con cada palada de tierra que impacta contra la madera. Yo sigo aquí arriba, pero siento que me hundo con él en la oscuridad.

Me suelto de mi madre y mi hermana y doy un paso adelante. Los labios se me despegan solos, sin pedir permiso.

—Hasta siempre, colega. Destroza el silencio allí arriba.

El olor a vainilla me indica que es Morgan quien se pone a mi lado. Giro el cuello y la miro. Incluso así, tan rota, con esa mirada tan triste, está preciosa. El marrón de sus ojos brilla por las lágrimas que no ha dejado de derramar. Su pelo ondea con furia debido al viento.

De repente, me gustaría encontrar refugio en sus brazos y no abandonarlos jamás.

Estiro la mano y busco la suya. Siento un alivio inmediato cuando sus dedos se aferran a los míos sin titubear. Cojo aire y reúno el valor para mirar una última vez el ataúd de Freddy. La tierra húmeda casi lo cubre por completo.

Hoy entierro a otro hermano.

Hoy entierro otra parte de mí que no volverá a ver el sol.

Capítulo 74

MORGAN

El mundo se ha vuelto gris.

El cielo ya no me parece tan azul, y el sol ya no calienta tanto como cuando Freddy estaba aquí. Él se ha llevado parte de su brillo y no sé si alguna vez volveremos a verlo como antes. Tengo la sensación de que, por mucho que me mueva, el paisaje será igual de desolador.

Todo el país llora su muerte. No hay forma de escapar a la nostalgia. Está ahí cuando enciendo la tele o la radio, cuando veo a alguien leyendo un periódico o una revista, cuando paso por el lugar del accidente y me encuentro con las fotos, las velas y los peluches.

Pero sobre todo, está en el fondo del agujero que se me ha abierto en el pecho.

Es difícil aceptarlo, pero la vida continúa. La gente ríe, pasea, va a trabajar… La rueda sigue girando, pero yo siento que no avanzo, que cada paso que doy me trae al mismo lugar.

Todos lo estamos intentando, o eso creo. Cada uno a nuestra manera. Juntos, bajo el mismo techo, unidos por una pena que parece estar separándonos cada vez más.

River se encierra casi todo el tiempo en su estudio. A veces, cuando lo escucho rasgar las cuerdas de la guitarra o tararear bajito, me encantaría cruzar su puerta. Pero sé que necesita espacio y que componer siempre ha sido su forma de sanar, así que lo dejo en paz, aunque me duela que no me busque en su soledad.

Cole es más de quedarse en su habitación descansando. O fustigándose en silencio. Sus padres lo trajeron hace un par de días, cuando le dieron el alta del hospital, porque él rechazó su oferta de volver a la casa familiar para recuperarse. Desde entonces, apenas ha pronunciado un par de frases.

Yo no sé muy bien lo que hago aquí. Esta no es mi casa, y está

claro que los chicos necesitan su espacio, pero hay algo que me impide salir por la puerta y dejarlos solos. Quizá su falta de preocupación por ingerir alimento, por ejemplo. No soy una gran cocinera, pero me siento útil haciendo algo por ellos.

Llamo a la puerta de Cole con los nudillos y, al cabo de unos segundos, la abro. No espero confirmación porque sé que no va a llegar.

La imagen es deprimente. El chico está mirando al techo con los ojos febriles, las mejillas húmedas por las lágrimas y un vaso de *whisky* en el regazo. Ni siquiera da señales de haber percibido mi presencia.

—Cole. —Gira el cuello y me mira. Se fija en la bandeja que llevo en las manos—. Tienes que comer algo.

Vuelve a mirar el techo.

—No tengo hambre.

Suspiro, a la vez que dejo la bandeja a los pies de la cama, y me siento a su lado.

—Pues come sin hambre —insisto—. Y deja de beber de una puñetera vez.

—¿Por qué?

—Porque te estás medicando. Porque el alcohol solo va a conseguir que te hundas en la mierda.

Me dedica una sonrisa cínica.

—¿Más?

—Joder, Cole…

—Deja de mirarme así.

—¿Así, cómo?

—Con pena.

—Es que me da pena que hayas decidido convertirte en… esto. ¿Cuál es el plan, exactamente? ¿Emborracharte cada noche hasta perder el conocimiento?

Veo un tic en su mandíbula apretada.

—La realidad es demasiado difícil para transitar ahora, Morgan. Necesito un poco de ayuda.

Se acabó. Le quito el vaso.

—No de este tipo.

Entrecierra los ojos y me observa.

—Siempre tan perfecta, ¿verdad?

—¿Qué?

—Siempre sabes cómo reaccionar. Siempre sabes lo que es mejor para los demás. —Apoya las manos en el colchón y se incorpora—. Morgan, la chica empática y paciente.

—Yo no…

—Da igual que trabaje detrás de una simple barra, que tenga una madre de mierda o que haya renunciado a sus sueños. —Va levantando la voz con cada frase, la rabia lo está empezando a consumir. Recupera el vaso de alcohol de mi mano—. Da igual que acabe de perder a uno de sus mejores amigos, ¡porque ella siempre encontrará suficiente bondad en su alma para hacerte unos putos huevos revueltos!

Estira de las sábanas y yo me pongo en pie de golpe, a la vez que la bandeja cae al suelo con estrépito. Cole apura el vaso y lo lanza contra la pared, haciéndolo añicos.

El corazón me late muy rápido cuando la puerta de la habitación, que había dejado entornada, se abre de golpe.

—¿Qué pasa? —Los ojos de River saltan de Cole y su estropicio a mí—. ¿Estás bien?

Lo esquivo para salir de allí a toda prisa antes de que se me derramen las primeras lágrimas. Escucho a mi espalda un «¿qué cojones has hecho?», pero no me detengo. Abro una de las puertas correderas que dan al jardín y cojo una bocanada de aire mientras mis pies descalzos rozan el césped.

Cuento mentalmente para calmarme y, cuando por fin puedo respirar con normalidad, se me viene todo encima. La muerte de Freddy, la indiferencia de River, la rabia de Cole.

La tristeza. El vacío. La maldita oscuridad.

No sé el tiempo que llevo ahí fuera cuando River se coloca a mi lado. El simple roce de su hombro con el mío me eriza la piel, aunque haya sido un contacto casual.

—Lo siento, Morgan.

Trago saliva y evito mirarlo.

—Tú no has hecho nada.

—Exacto.

Ahora sí, me giro para enfrentarlo. Tiene la piel pálida, ojeras marcadas y el pelo revuelto. Y sus ojos se ven oscuros esta noche.

Me limpia una lágrima con los nudillos. Estoy a punto de echarme a llorar por su contacto. Hace días que ni siquiera me toca.

—No debería haberte dejado a ti toda la responsabilidad de cuidarlo. —Suspira—. De cuidarnos.

—Lo hago porque quiero, River. Porque no sé hacer otra cosa.

—Tú también has perdido a Freddy. —Contrae el gesto como si le doliera pronunciar su nombre—. Tienes derecho a tomarte tu tiempo.

—¿Mi tiempo para qué? ¿Para emborracharme hasta perder el conocimiento? ¿Para transformar mi pena en canciones cuando apenas me sale la voz? —Niego con la cabeza—. Esa es vuestra forma de llevar el duelo, River, pero no la mía.

No sé bien cuál es la mía, en realidad. Solo… no quedarme quieta. Seguir moviéndome para que el tsunami de dolor no llegue a atraparme.

—¿Y qué necesitas?

«A ti. Te necesito a ti».

—No lo sé. Una máquina del tiempo estaría bien.

Apenas es un esbozo de sonrisa lo que le curva los labios antes de desaparecer. Nos quedamos un rato callados, pero me resulta reconfortante tenerlo a mi lado.

—Ya he hablado con Cole —dice de pronto—. No pretendo excusarlo, pero está sufriendo mucho y no sabe hacerlo de otra forma.

—¿Y tú, River?

—¿Qué pasa conmigo?

—Eso me gustaría saber —admito—. Sé que la música es el mejor refugio para ti, pero apenas me miras o me hablas, y yo no sé… No entiendo… qué he hecho mal.

Pone su mano sobre la mía y me observa con un dolor infinito.

—No has hecho nada mal, Morgan.

Hace mucho que no me llama Ocean. Estoy empezando a odiar mi nombre otra vez.

—Entonces, ¿por qué me evitas?

—Es solo que… —Se interrumpe y aparta la mirada. Deja caer su mano y mi piel se queda fría tras su contacto—. Cada vez que te miro, me siento culpable.

—¿Culpable por darle las llaves a Freddy? Tú también habías bebido. Todos lo habíamos hecho. Nos estábamos divirtiendo, despreocupados, nadie podía pensar…

—Culpable por poder ser feliz cuando él ya nunca tendrá la posibilidad de serlo —me interrumpe, más serio esta vez—. Por darle las llaves, por no pensar, por centrarme tanto en ti, que lo que pasara más allá de tus labios me importara una mierda.

Trago saliva.

—No sé qué responder a eso.

—No hace falta tener una respuesta siempre. —Se encoge de hombros—. Lo siento, Morgan, pero… no puedo. Ahora no.

Son las últimas palabras que me dedica antes de volver al interior de la casa. Yo me quedo allí un rato más, repitiéndolas una y otra vez en mi cabeza hasta que tomo una decisión.

No puedo seguir aquí ni un día más. No, mientras cada uno necesite su parcela de soledad para digerir lo que ha pasado. Para aceptar que Freddy no va a volver, que no vamos a escuchar su risa o a mirar sus ojos azules, que ya no vamos a poder abrazarlo.

A la mañana siguiente, cojo una maleta y me subo a un autobús junto a Lisa, con el único deseo de que todos consigamos encontrar algo de paz.

Capítulo 75

RIVER

Tumbado en el suelo, doy vueltas sin parar a una de las baquetas de Freddy con la mente muy lejos de la habitación en la que estoy. Sentir la madera entre los dedos tiene algo de apacible y doloroso a la vez.

La nostalgia me está comiendo por dentro. Los recuerdos llevan horas asaltándome en oleadas, y yo no soy más que un puto náufrago en mitad de un mar nada amable, ahogándome poco a poco.

Siento la ausencia de Freddy a todas horas, incluso en las pocas en las que consigo conciliar el sueño, donde no obtengo ningún descanso. Pienso en la última conversación que tuvimos, en el último abrazo. En lo diferentes que serían las cosas si lo hubiera retenido o me hubiera negado a dejarle el coche. En cualquier detalle que podría haber hecho diferente y no hice.

Dejo de reprimir las lágrimas. Aquí dentro no tengo que esconderme, no tengo que mostrarme fuerte. Puedo romperme una y otra vez porque solo mis guitarras están de testigo.

Dios… cómo añoro a Morgan. Hace una semana que está en casa de los abuelos de Lisa y no hemos vuelto a hablar desde entonces. Nunca he querido que se marchara, pero, después de todo, no podía pedirle que se quedara para seguir huyendo de ella.

No tenía ningún derecho a decirle que, aunque necesitara aislarme, me calmaba saber que ella estaba bajo el mismo techo que yo. Me daba vergüenza que viera al puto egoísta que soy en realidad.

Así que aquí estoy, tirado junto a un montón de papeles arrugados, con las letras más deprimentes que he escrito nunca, rodeado de mi autocompasión. El mejor plan para salir de un agujero, sin duda.

Giro el cuello cuando la puerta se abre. Cole entra sin decir nada y avanza con las muletas hasta tumbarse a mi lado despacio, con cuidado de no hacerse daño en la pierna. Sus ojos vuelan a las baquetas que todavía sujeto. Durante un rato, ninguno de los dos abre la boca. Nos limitamos a mirar al techo y respirar. Solo respirar. Supongo que eso ya es algo, ¿no?

—Era el mejor de nosotros. —Su voz no es más que un susurro, pero aquí dentro suena como un grito.

—Lo sé.

—Lo echo mucho de menos, River.

Le paso las baquetas.

—Yo también.

—¿Qué crees que diría si nos viera ahora mismo?

—Que nos afeitáramos y nos ducháramos.

Mi amigo ríe por lo bajo. Es la primera vez que lo hace desde hace semanas, así que me lo tomo como una buena señal. No solo he perdido a Freddy; hasta hace un segundo, era como si Cole tampoco estuviera aquí.

Y Morgan… Joder, nunca me he sentido tan solo.

—Quizá deberíamos hacerlo, ¿no? —propone—. Asearnos un poco, comer algo.

Me incorporo sobre los codos y lo miro.

—¿Tienes hambre?

—No demasiada, aunque no me importaría comerme uno de los sándwiches de Morgan. No se lo digas, pero están increíbles.

Mi sonrisa se vuelve triste.

—Te guardaré el secreto. —Suspiro—. Total, tampoco es como si pudiera contárselo.

Cole se apoya en la pared y me mira.

—Fui un capullo con ella.

—Yo también.

—Deberías llamarla.

—Se supone que me dio el teléfono para emergencias.

—¿Decirle que necesitamos sus sándwiches para subsistir no te parece una emergencia?

Enarco una ceja.

—¿Quieres que le pida que venga solo para cocinarnos?

Niega con la cabeza.

—Claro que no. En realidad, la echo de menos.

—¿Perdón?

—No me mires así, Morgan también es mi amiga. Y una de puta madre, de hecho.

—Estaría bien que se lo dijeras a ella —indico, muy serio—. Tendríamos que decirles a las personas que queremos lo mucho que nos importan mientras tengamos oportunidad.

Observo a Cole. No se me ha olvidado por qué Freddy quiso irse con él aquella noche, la confesión que pensaba hacerle. Así que estudio la expresión de mi amigo con la esperanza de que me diga que lo sabe todo. Que el batería consiguió por fin soltar todo lo que llevaba dentro.

Pero solo encuentro una cara de póker, una mirada perdida y un ligero tic en la mandíbula. Nada más.

—Llámala, River —suelta con la voz ronca—. Dile lo que sientes de una maldita vez.

—No se merece cargar conmigo. Yo… no puedo darle lo que merece ahora mismo.

Veo compasión en sus ojos, pero pronto vuelve a colocarse la máscara de indiferencia.

—¿Sabes? Todo este tiempo has tenido razón. Esa chica es demasiado buena para ti.

—Dime algo que no sepa.

Me pide la mano para que lo ayude a levantarse.

—Venga, vamos.

—¿Adónde?

—A afeitarnos, para empezar.

***

No sé muy bien qué hacemos en este bar. No tenía ganas de venir, pero me ha parecido que debía aprovechar la oportunidad de sacar a

Cole de casa. No sé cuánto le va a durar lo de querer salir de su habitación para tomar un poco el aire.

Al menos, el local no está abarrotado, y el encargado, al que conocemos de hace tiempo, nos ha buscado un sitio apartado y algo más discreto. No me apetece que me hagan preguntas esta noche.

Veo trapichear a Cole con un tío en una esquina y me doy cuenta de que no era aire precisamente lo que buscaba tomar.

—No deberías haber hecho eso —le indico cuando vuelve unos minutos después, sorbiendo por la nariz—. Creía que los medicamentos que te estabas tomando ya eran suficiente para anestesiarte.

—Hoy no busco anestesia, River. Busco otra cosa.

—Vas a acabar…

Me interrumpo. No quiero decirlo.

—¿Qué? ¿Palmando? —Se encoge de hombros—. Que pase lo que tenga que pasar.

No tengo fuerzas para pedirle que tenga cuidado. Para decirle que no podría soportar perder a otro amigo.

Bebo de mi vaso y me apoyo en el respaldo de mi asiento, agotado. Ha estado bien la fantasía de hablar, arreglarnos y salir, pero ahora que estoy aquí, no le encuentro el sentido.

Me gustaría echar a correr y encerrarme otra vez en mi estudio.

La coca hace que Cole quiera levantarse continuamente. Está a punto de caerse con las muletas varias veces, pero parece que le da igual. Se ha acercado a una chica, y le susurra algo en el oído que la hace sonreír.

No puedo dejar de pensar en Morgan. En lo injusto que he sido con ella. En las ganas de ir a buscarla.

—Vaya, vaya.

El recuerdo que tenía en la cabeza se disuelve y alzo la vista. Jim me está mirando con una sonrisa torcida. Su aspecto es tan impecable como siempre.

—Qué sorpresa tan agradable, River.

Vuelven a mí todas las putadas que este tío nos ha hecho y siento que la rabia me recorre de arriba abajo.

—No puedo decir lo mismo.

—Vamos, creía que ya habíamos superado todo eso. —Se toma la libertad de sentarse a mi lado—. Siento mucho lo de Freddy.

Al menos, tiene la decencia de borrar la sonrisa de capullo para nombrarlo. Sus ojos parecen decir que lo lamenta de verdad. No sé si puedo creerlo, después de todo.

—Ya.

—Estuve en el funeral —me informa. Alzo las cejas—. No me acerqué a vosotros porque no quería molestar.

Mejor. Porque eso es justo lo que habría hecho.

—Bien.

No sé qué espera de mí. ¿Que volvamos a hablar como si nada? Apenas me quedan unas gotas de paciencia en el cuerpo.

—Freddy era un chico fantástico. Tan sensible, con tanto talento…

Esto sí que me cabrea.

—Habría estado bien que se lo dijeras cuando estaba vivo. —Cada palabra es como un cuchillo que se me hunde en la carne—. No tienes derecho a hablar de él ahora.

No puedo olvidar que este hombre fue uno de los culpables de que mi amigo se sintiera miserable durante todos estos años, teniendo que ocultarse por el supuesto bien del negocio.

Me odio por haberlo permitido.

—Claro, por supuesto. —Suspira con dramatismo—. Pero yo lo apreciaba, de verdad.

—Nunca lo dejaste ser él mismo —lo acuso—. A ninguno de nosotros, en realidad. No me vengas ahora con que te preocupabas por nosotros.

—Eso es justo lo que hacía, preocuparme. Erais solo unos críos y yo…

—Y tú te encargaste de manejarnos a tu antojo. Morgan fue la única que no siguió tus órdenes, que se unió a nosotros a pesar de tus tácticas rastreras para evitarlo.

—¿Y dónde está Morgan ahora? —pregunta con malicia, planchándose la camisa con las manos al ponerse en pie. El tono de su voz me hace plantearme si sabe exactamente dónde está.

—Eso no es asunto tuyo.

—Ni tuyo, al parecer. ¿Ya te ha dejado tirado? ¿En un momento

como este?

Es un gilipollas. No entiendo cómo aguantamos tanto con él.

—Lárgate, Jim. —Aprieto los puños—. No es buen momento para cabrearme.

No es un farol, solo una advertencia. Casi una súplica. Me encuentro al borde de mi límite, a punto de perder el control. Y no quiero hacerlo. Joder, no quiero picar el anzuelo. Sé cómo funciona su mente. Se ha acercado con la excusa de ser buena persona, pero solo intenta provocarme, exponerme. Busca una reacción para luego obtener una recompensa.

Alza las manos y da un paso atrás.

—Cuídate, River.

No sé si es un deseo o una amenaza. A mí me suena más a lo segundo. Alargo la mano y me hago con el vaso que había dejado en la mesa para acabarme su contenido de un trago.

La música me agobia. La gente me asfixia. Cole ha desaparecido. ¿Qué cojones hago todavía aquí? Estoy a punto de levantarme cuando una chica se sienta a mi lado. Tiene una sonrisa bonita, pero no me interesa lo que tenga que decirme.

No sé cuánto he bebido, pero ha sido bastante. Y, aunque mi mente solo aspira a distraerse esta noche, a darme unas horas de desconexión de la realidad de mierda en la que habito ahora, no pienso ceder al deseo evidente de mi acompañante.

—Lo siento, pero ya me iba —le digo.

—¿Tan pronto?

Lo del espacio personal parece que no va con ella. Se inclina sobre mí, con sus manos en mis hombros. Tengo que apartar la cara en el último momento para impedir que me bese.

—Te equivocas conmigo —indico con firmeza—. No estoy buscando compañía.

En el pasado, traté de encontrar consuelo en otros brazos con la intención de olvidar a Morgan, aun sabiendo que eso era algo imposible.

Pero ahora no quiero olvidarla. Prefiero mil veces estar solo con mi guitarra, que besar otros labios que no me sepan a nada. No tengo ni idea de qué somos exactamente, pero no pienso traicionarla.

No pienso traicionarme a mí mismo.

Capítulo 76

MORGAN

Los abuelos de Lisa son encantadores. Se nota que quieren a su nieta y que disfrutan de su tiempo con ella. A decir verdad, también parecen alegrarse de que yo esté aquí, a juzgar por la forma en que me tratan. Había oído hablar de ellos, pero no los había conocido personalmente hasta ahora. Me sabe mal que haya sido en estas circunstancias en las que me cuesta un mundo esbozar una sonrisa, aunque me esfuerzo porque ellos no merecen menos.

Me recuerdan a mis propios abuelos, lo que aumenta mis niveles de nostalgia, justo lo que intento evitar, pero no puedo más que estarles agradecida por acogerme y cuidar de mí, como si también formara parte de su familia.

Saben lo que le ha pasado a Freddy. Que estamos tristes y rotas. Que he huido de la ciudad en la que todo me recuerda lo que he perdido. Pero no hacen preguntas, y eso es un auténtico alivio.

Llevo aquí dos semanas y noto que empiezo a respirar mejor. El dolor sigue patente cada segundo del día, pero el cariño y los dulces de estos dos ancianos están haciendo más por mí de lo que cabría esperar. Tardes de juegos de mesa, amaneceres en el jardín, paseos sin rumbo fijo, noches de películas antiguas… Este lugar es como una burbuja donde empiezo a sentirme a salvo.

Pero en mi vida he aprendido que lo bueno no dura demasiado tiempo, y que lo malo siempre encuentra la forma de romper la burbuja y llegar hasta ti.

Es un mediodía tranquilo. El abuelo de Lisa está preparando una ensalada mientras su abuela saca la lasaña del horno. Aquí huele a hogar, a tranquilidad, a familia. Me siento junto a Lisa, que no deja de cambiar de canal, como si buscara algo en concreto.

—¿Y si la apagas? —sugiero. No soy *fan* últimamente de saber lo que pasa en el mundo.

—Creía que emitían un capítulo de *Dawson crece* —se queja, pero no deja de apretar botones—. Juraría que… No me jodas.

La miro, extrañada. Abre la boca con incredulidad.

—Tenías razón, era mejor apagarla.

Al girarme hacia la pantalla, siento que el corazón se me para. Es un programa de cotilleos, pero ni siquiera entiendo lo que dicen, solo puedo fijarme en la foto que hay en la esquina de una portada de revista.

River. Es River sentado en el sofá de un bar. Con una chica sobre él.

Una chica que parece estar besándolo.

—¡A comer! —exclama la abuela de Lisa, poniendo la lasaña en el centro de la mesa.

—Discúlpenme —balbuceo, poniéndome en pie con torpeza.

Corro hasta el jardín y me concentro en respirar. Me duele el pecho y no sé dónde narices meterme ahora mismo.

—Morgan.

Miro a mi amiga furiosa.

—Se estaban liando, Lisa. Y yo aquí echándolo de menos como una idiota.

—No sabemos lo que ha pasado exactamente.

—No necesito detalles, gracias.

Mi amiga resopla.

—No me puedo creer que te haga esto.

Niego con la cabeza y miro al cielo. Otra puta lágrima derramada por culpa de River Hayes.

—Nunca debí creerle de nuevo. No tendría ni que haberme acercado a él.

—Vale, para. —Sus manos sobre mis hombros—. Respira hondo y cálmate. Vamos a aclararlo todo.

Me dejo caer sobre el césped y me tapo la cara con las manos.

—¿Era esto lo que necesitaba para superar lo de Freddy? ¿Emborracharse y enrollarse con una desconocida?

—A lo mejor sí —responde mi amiga—. Alguien que no supiera por lo que está pasando, alguien a quien no pudiera hacer daño.

—Lo estás defendiendo.

—No es eso. Solo digo que todos estamos jodidos en este momento y no sabemos bien lo que hacemos. Estoy segura de que River está arrepentido de lo que fuera… eso —dice, señalando hacia el interior de la casa—. Y si no, es que es un gilipollas que no te merece.

No sé qué pensar. Sé que River está pasando por mucho ahora mismo, pero encontrarme con esta mierda a traición es demasiado. Me fui de su casa porque quería darle espacio. Nada más. No porque quisiera romper con él.

Si es que había algo que romper, porque quizá él no lo viera de la misma forma. Al fin y al cabo, no es que fuéramos pareja oficial, ¿no? No habíamos hablado de ello.

Aunque creí que no hacía falta.

—No te precipites. Deberías tener toda la información antes de tomar cualquier decisión.

Se me escapa una sonrisa.

—Eso es algo que diría Freddy.

Me pasa un brazo por los hombros y apoya su cabeza sobre la mía.

—Porque era tan sabio como yo.

La bola de emociones que se me acumulan en la garganta empieza a ser demasiado grande para poderla tragar. Estoy triste, enfadada y decepcionada. Ahora mismo no veo la luz por ningún puñetero sitio.

La puerta se abre y el abuelo de Lisa me hace un gesto.

—Morgan, tienes una llamada.

El corazón se me salta un latido. Le he dado este número a una única persona, y solo para emergencias. ¿Se considera emergencia lo que acabo de ver por la tele? Porque imagino que por eso me llama, ¿no? Al menos, piensa dar la cara.

—¿No vas a contestar? —me pregunta Lisa. Al ver el pánico en mi cara, suspira y se pone en pie—. Ya voy yo.

—¿Qué vas a decirle?

—Que has salido para allá con la intención de arrancarle los huevos.

—Lisa.

—Veamos qué tiene que decir él primero, ¿vale? Paso a paso.

Asiento y la sigo al interior. Coge el teléfono que cuelga de la pared y responde con sequedad. Sin embargo, a los pocos segundos, se lleva una mano a la boca.

—¿Qué pasa? —pregunto, angustiada.

Los ojos de mi amiga están muy abiertos, vidriosos. Ni siquiera puede hablar, así que le quito el teléfono y me lo pongo en la oreja.

—¿Hola? ¿River?

—Morgan. —Noto el alivio en su voz, aunque también algo más. ¿Desesperación?—. Siento llamarte, pero necesito que vuelvas. Que volváis las dos.

—¿Ha pasado algo?

Tiene la voz rota, la respiración agitada.

—Cole ha sufrido una sobredosis. Casi se muere. Casi… lo pierdo también a él.

Algo se me desgarra por dentro al procesar esas palabras.

—Te necesito, Ocean. —Está llorando. River Hayes está llorando al otro lado del teléfono—. Por favor.

Capítulo 77

RIVER

No me puedo creer que esté otra vez aquí. No hace ni tres semanas, me enteré en un pasillo idéntico a este de que Freddy había muerto. Me sube la bilis hasta la garganta cada vez que lo pienso.

Cuando he encontrado a Cole esta mañana, tirado en el baño, me he cagado de miedo. La jeringuilla le colgaba todavía del brazo, y estaba casi tan pálido como el retrete.

Al principio, no he sido capaz de encontrarle el pulso por los nervios; lo he terminado notando, aunque muy débil. Le he echado agua en la cara, lo he zarandeado y no he dejado de gritarle que se despertara.

Media hora más tarde, la ambulancia se lo llevaba al hospital, sin que nadie fuera capaz de decirme si iba a recuperarse.

No he tenido valor para llamar a sus padres todavía. El doctor acaba de salir para informarme de que Cole está fuera de peligro, y no he podido hacer otra cosa que echarme a llorar. Bueno, eso, y llamar a Morgan. Ella es la primera persona que me ha venido a la mente cuando he tenido la capacidad de pensar otra vez. La única a la que yo habría necesitado en ese momento, cogiéndome la mano.

La llamada ha sido breve. Yo apenas podía hablar y ella se ha limitado a prometer que salía hacia aquí enseguida. Echo un vistazo al reloj y me pregunto si le quedará mucho para llegar.

¿Habrá visto la puñetera foto que alguien me sacó a traición? Esa en la que parece que me esté enrollando con la chica del bar. Justo después de encontrarme con Jim, quien obviamente no estaba allí por casualidad.

El mensaje que me ha enviado esta mañana temprano no deja lugar a dudas.

«Parece que te lo pasaste bien la otra noche. Seguro que a Morgan le va a encantar la foto de recuerdo».

No me extrañaría que incluso hubiera sido cosa suya lo de que la chica se me acercara.

No sé cómo se lo voy a explicar a Morgan. Aunque la verdad es que ahora tampoco puedo pensar demasiado en ello, pues una enfermera acaba de indicarme que puedo pasar a ver a Cole.

Verlo en esa cama, inmóvil, intubado hasta las cejas, me provoca ganas de echarme a llorar. Qué cerca he estado de perderlo a él también. Pero, lo peor de todo, es que sé que esto puede volver a pasar.

—No te voy a perdonar por el susto que me has dado, capullo —murmuro. Pongo una mano sobre su pecho, como si ver que sube con la respiración no fuera suficiente. Necesito sentir los latidos de su corazón en mis dedos—. Voy a matarte cuando te despiertes.

Apoyo la frente en el borde de la cama y cierro los ojos mientras dejo que los sollozos me consuman. Ojalá, Freddy, estuviera aquí, cogiéndole la otra mano. Ojalá todo fuera diferente.

Alguien toca a la puerta y, cuando veo de quién se trata, me incorporo de golpe. Me lanzo a abrazarla sin preguntar.

—Por fin. —Suspiro.

Ella me devuelve el abrazo, aunque se separa demasiado pronto.

—¿Cómo está?

Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano.

—Vivo.

Una pequeña sonrisa en sus labios es como un rayo de sol en un día de tormenta.

—Eso ya es mucho.

La cabeza de Lisa se asoma.

—¿Puedo pasar?

Termino de abrir la puerta y le hago un gesto para que avance.

—Por favor.

Cada una de las chicas toman a Cole de una mano. Lloran en silencio.

—¿Te han dicho qué…? —Morgan se interrumpe.

Trago saliva.

—Al parecer, una mezcla de cocaína con heroína. Todavía tenía la jeringuilla…

Tengo que cerrar la boca para no ceder a las náuseas en este momento. Las putas drogas me han quitado demasiado en la vida.

El rostro de Morgan se muestra impertérrito, decidido.

—¿Podemos hablar? —me pregunta antes de intercambiar una mirada con Lisa, quien asiente y acaricia el pelo de Cole.

—Yo me quedo con él.

Salimos de la habitación. Ya en el pasillo, me fijo en los ojos enrojecidos de Morgan, pero también en su ceño fruncido, en los temblores de sus manos, en la mandíbula marcada por la tensión.

—¿Estás bien? —le pregunto, aunque sé la respuesta. Claro que no está bien, ninguno lo estamos.

—Me fui para dejaros tranquilos, pero quizá me equivoqué. Tendría que haber estado contigo para cuidar de Cole.

—No eres nuestra madre, Morgan. No somos tu responsabilidad.

Intento tomarle la mano, pero la aparta antes.

—Tenemos que hacer algo, River. No podemos permitir que siga así. Hoy ha tenido suerte, pero va a terminar matándose.

Me pellizco el puente de la nariz.

—Ya lo sé.

Aprieta los puños.

—Tiene que dejar esa mierda. Aunque sea a la fuerza.

—¿Qué propones?

—Que no nos separemos de él hasta que lo consiga.

—¿Vuelves a casa? —Mi voz suena ridículamente esperanzada.

—No creo que sea buena idea. —¿Por qué evita mirarme?—. Podemos hacer turnos. Iré y vendré desde casa de mi madre.

—No tienes por qué volver con ella. —Se queda callada. Esto no me parece bien—. Morgan, sé que últimamente mi actitud ha dejado que desear, pero, por favor, quédate con nosotros. Quédate conmigo.

—¿Ahora me quieres a tu lado?

—Yo siempre te quiero a mi lado.

Esboza una sonrisa amarga.

—No para tomar copas en un bar, supongo.

Una bofetada me habría dolido menos.

—Has visto la foto.

—Todo el mundo la ha visto, para variar. «River Hayes busca consuelo en unos brazos nuevos. ¿Qué tendrá que decir Morgan Foster al respecto?».

Está dolida, y lo entiendo. Cree que la he engañado, humillado delante de todo el país. Que la he olvidado con cualquier desconocida.

—Nada de eso es real.

—¿Me estás diciendo que es un montaje? ¿No estaba allí esa chica en ese sofá contigo?

—Pues… sí, pero…

Alza la mano.

—Estoy agotada, River. —Su voz es un susurro ronco—. Vamos a dejarlo por hoy, por favor. He venido por Cole. Él es lo único que importa ahora.

Capítulo 78

MORGAN

Supongo que en algún momento tenía que cruzar esta puerta de nuevo. No puedo ignorar para siempre que tengo una madre. Sobre todo, cuando soy yo la que se hace cargo de los gastos de la casa.

Ya en el pasillo, noto un intenso olor a humo. Me imagino que durante este tiempo, el menú de mi madre ha consistido sobre todo en tabaco, alcohol y pastillas. Los cojines del sofá están en el suelo, y hay platos con restos de comida en la mesita frente a la tele. Arrugo la nariz y espanto una mosca con la mano en mi camino hacia la ventana. Esto necesita ventilación con urgencia.

Bueno, y limpieza. Hay una capa de polvo considerable en los muebles y me cuesta correr el cristal de la ventana; seguramente hace días que no se abre.

Me dirijo a la habitación de mi madre. Por un momento, temo encontrármela tirada sobre el colchón, inconsciente o algo peor. Pero solo hay oscuridad y una cama deshecha.

Dejo la maleta en mi habitación. Me fijo en las fotos, en la guitarra de mi abuela, en el pingüino rosa que River me consiguió en el parque de atracciones… Me dejo caer sobre la cama y suspiro. No quiero estar aquí. Me siento estancada, perdida, triste… Ni siquiera entre estas cuatro paredes, que han sido mi refugio durante años, encuentro un poco de paz.

Durante las siguientes horas, abro ventanas, lavo sábanas y limpio la casa. En parte, porque lo necesita, pero también porque lo necesito yo. Necesito estar ocupada o acabaré por volverme loca.

La muerte de Freddy.

La sobredosis de Cole.

La foto de River.

El puñetero desastre de madre que tengo.

La traición de Josh, que todavía duele.

Tengo que pedirle a Roger que me deje volver al bar. Me dijo que me tomara el tiempo que necesitara cuando pasó lo de Freddy, pero creo que ya es momento de retomar la rutina. Puedo ir a cuidar de Cole desde allí y no llegar a casa hasta la noche. O hasta la mañana siguiente. Cuanto menos tiempo pase con mi madre, mejor.

Pensar en Cole me revuelve el estómago.

No dejo de repetirme la suerte que hemos tenido de no asistir al funeral de otro amigo, pero eso no me tranquiliza. Perder a Freddy nos ha afectado a todos, pero Cole es el que parece llevarlo peor. No es lo suficientemente fuerte como para salir del hoyo en el que está por él mismo, y vamos a tener que ayudarlo a salir entre todos.

Quizá no sea posible ofrecerle la mano y hacerlo subir a la superficie como si nada, pero podemos bajar al abismo con él y acompañarlo en cada uno de sus pasos.

Acabo de ducharme cuando escucho la puerta de casa. Me pongo un vaquero y una camiseta y salgo de mi habitación para enfrentarme a lo inevitable. Bajo las escaleras haciendo ruido para que sepa que estoy aquí.

No sé qué esperaba de mi reencuentro con mi madre, pero desde luego no se parecía en nada a esto.

—¡Morgan! —exclama con una sonrisa radiante.

La casa estaba hecha una mierda, pero ella se ve impecable. O eso es lo que parece, bajo todo ese maquillaje con el que siempre ha ocultado su infelicidad.

—Hola, mamá.

Me abraza como si no hubiera pasado nada entre nosotras.

—¿Cómo estás? Me enteré de lo de tu amigo, el batería.

No había tenido forma de comunicarse conmigo en este tiempo, pero supongo que se enteró por la prensa. La muerte de Freddy había ocupado portadas durante más de una semana, y aún se seguía hablando del futuro del grupo y de cómo estaba llevando el duelo cada integrante.

Por ejemplo, en un club enrollándose con desconocidas.

—Estoy bien —miento. No pienso hablar de esto con ella. Que finja que le preocupan mis sentimientos no me impresiona—. He venido a por unas cosas. Puede que me quede unos días.

—Esta es tu casa.

—Ya… Respecto a eso… —Trago saliva.

—Nena, ¿dónde dejo esto?

Frunzo el ceño.

—¿Quién es ese?

Mi madre se muerde el labio y tira de mí hacia la cocina. Hay un hombre de unos treinta y tantos sujetando dos bolsas del supermercado. Tiene la piel tostada y el pelo oscuro, aunque las canas han empezado a apoderarse de sus sienes, y lleva una barba de dos o tres días.

—Charlie —lo llama mi madre.

El tal Charlie se gira y abre mucho los ojos al verme.

—¿Es ella? ¿Es Morgan?

Mi madre asiente y me mira con una ilusión que no le había visto… ¿nunca?

—Cariño, te presento a tu padre.

Mi cerebro tarda varios segundos en procesar la información.

—A mi…, ¿qué?

El hombre deja las bolsas sobre la encimera y se peina con los dedos antes de ofrecerme una mano que no soy capaz de estrecharle. La retira y carraspea.

—Siento que nos hayamos conocido así. No sabíamos que ibas a estar en casa.

Habla como si él también viviera aquí. ¿Qué cojones ha pasado en mi ausencia? De repente, se me escapa una carcajada sin previo aviso. Esto tiene que ser una puñetera broma. Como si no tuviera ya bastante con toda la mierda que tengo encima.

Los dos me observan con preocupación.

—Está en *shock* —opina mi madre. Me coge la mano—. Cariño, Charlie ha… —Se interrumpe—. Tu padre ha venido a conocerte. ¿No te alegras?

Se me corta la risa de golpe. La miro, incrédula.

—¿Alegrarme de qué exactamente? —Me suelto de su mano—. Llevas veintiún años sin querer hablarme de él, ¿a qué viene esto ahora? —Me encaro hacia el puñetero Charlie, que tiene los ojos de un castaño que me es muy familiar, para mi desgracia—. ¿De dónde

cojones has salido?

—Háblale con más respeto. —El tono de mi madre es frío y cortante. Ahora sí la reconozco.

Me echo el pelo hacia atrás y bufo.

—Esto es increíble.

—Lo sé, yo tampoco me lo podía creer al principio, pero nos vio en un programa y decidió buscarnos. ¡Y tú que no querías que hablara con la prensa!

Lo dice como si fuera algo positivo que este tío se haya plantado aquí después de vernos en la tele.

—A ver si lo he entendido. —Lo miro, desafiante—. A la hija que abandonaste antes de nacer la relacionan con una estrella de la música y, de repente, te entran ganas de conocerla. ¿Es un buen resumen?

—Entiendo que me guardes rencor, pero si me dejas explicártelo…

Miro a mi madre.

—¿No era un desgraciado que te dejó tirada cuando se enteró de que estabas embarazada? ¿Qué ha cambiado?

—Yo —responde él—. Yo he cambiado. He tardado en darme cuenta, pero aquí estoy.

—Llegas más de veinte años tarde.

Es la verdad. Siempre he tenido sentimientos encontrados hacia mi padre. He querido conocerlo, saber quién era y de dónde venía, pero también preguntarle por qué me había abandonado sin mirar atrás. Tirarle en cara que fuera capaz de hacerlo.

Ahora creo que ni siquiera me importa nada de eso.

—Si me dieras una oportunidad de demostrarte…

Me llevo las manos a la cabeza.

—No puedo hacer esto ahora.

Voy a reventar. Estoy a punto de saltar por los aires.

—Morgan, cielo…

—No me llames cielo. De hecho, no me llames nada. —Le doy la espalda—. Esta conversación ha terminado. Voy a recoger mis cosas otra vez.

—Morgan, no seas maleducada. —Mi madre me persigue, implacable. Me atrapa por el codo con fuerza—. Toda la vida

lloriqueando por no tener un padre y ahora que está delante de ti, ¿te comportas como una cría insufrible que monta un berrinche?

Me detengo de golpe.

—¿Que yo soy insufrible?

—Tu padre se equivocó, hija, pero está arrepentido. —Me zarandea, clavándome las uñas en la piel—. Nos separaste una vez, no vas a hacerlo una segunda. No pienso permitir que me cuestes mi felicidad de nuevo. ¿Te queda claro?

Sus ojos emiten un destello de locura. Su amenaza silenciosa me duele más que un bofetón. Está claro que prefiere a ese gilipollas antes que a su hija.

—Tranquila, no voy a darte a elegir —respondo con amargura. Nunca se me habría ocurrido hacerlo. ¿Para qué?

—Morgan, espera. Las cosas van a ser diferentes a partir de ahora.

Noto la desesperación en su voz. En sus ojos. No quiero verla sufrir. Después de todo, es mi madre. Necesito alejarme de ella, pero quiero que esté bien.

La abrazo con fuerza porque sé que, probablemente, sea la última vez que lo haga.

—Espero que por fin seas feliz, mamá.

***

He salido de casa tras recoger solo mis pertenencias más importantes, porque era incapaz de permanecer mucho más bajo el mismo techo que mis padres.

Mis padres. En plural. ¿Se supone que tendría que alegrarme de que estén juntos de nuevo? Porque siento la bilis subirme a través del esófago cada vez que pienso en ellos.

Si mi madre quiere perdonar a ese hombre y rehacer su vida con él, es cosa suya, pero yo no puedo dejarlo entrar en la mía ahora. Ha tenido muchos años para buscarme. He vivido en la misma casa hasta los dieciséis y nunca apareció.

La Morgan que lo necesitaba ya no existe.

Tampoco la que necesitaba a su madre.

Nos empeñamos en mantener relaciones con personas que no nos convienen solo porque compartimos sangre con ellas, pero el momento de inflexión en el que cortas lazos por simple supervivencia termina llegando.

Se acabó. Que sean muy felices juntos, pero yo no pienso estar ahí para verlo.

Dejo la guitarra junto a la puerta y llamo al timbre. River abre y se fija en la maleta.

—¿Vuelves a casa?

Ese tono esperanzado… No, no puedo dejar que me afecte.

—Esta no es mi casa. —Parpadeo rápido para evitar echarme a llorar y me río, histérica—. De hecho, creo que ya no tengo ninguna.

—¿Qué ha pasado?

Se aparta para que entre.

—Lo inevitable —me limito a responder. Arrastro la maleta y la dejo en la entrada.

—Ocean…

—¿Cómo está Cole? —Nada de Ocean. Puedo hablar de cualquier cosa, excepto del motivo por el que estoy aquí.

—Durmiendo.

—Genial, porque creo que tenemos que hablar de cómo vamos a hacer esto.

—¿No quieres deshacer la maleta primero?

—No vengo para quedarme.

Frunce el ceño.

—¿Entonces?

—Te dije que te ayudaría con él, pero no que fuera a trasladarme otra vez.

—Aún tienes cosas tuyas aquí.

—Las recogeré más tarde.

—No quiero que te vayas.

Veo en sus ojos verdes que está sufriendo, pero no creo que sea motivo para quedarme. Los dos hemos perdido a Freddy, a los dos nos duele Cole, pero eso es lo único que nos une ahora.

—Y yo lo único que quiero es irme —confieso—. De esta ciudad. De este estado. Si no lo he hecho, ha sido por Cole. Por nadie más.

Traga saliva.

—Entiendo.

Me dejo caer en el sofá y me inclino hacia delante, con los antebrazos apoyados sobre las rodillas.

—¿Qué vamos a hacer?

Se sienta a mi lado, aunque deja un espacio considerable entre nosotros. Un espacio que, aunque me jode admitirlo, duele.

—He estado hablando con él. Necesitaba saber si todo esto había sido algo intencionado.

El corazón me late con fuerza. Pensar en la posibilidad de que Cole haya intentado… No, no puedo.

—¿Y?

—Solo me ha dicho que se le fue la mano. Que quería perder el conocimiento para dejar de pensar.

Siento un ligero alivio, aunque el pecho me sigue doliendo. Me encuentro al borde de mis fuerzas ahora mismo. Por los hombros caídos y la mirada perdida de River, sé que él también. Siento el impulso de abrazarlo, pero me contengo.

—Esto no va a ser fácil.

—Lo sé.

—Quizá deberíamos buscar algún centro.

—Se lo he propuesto, pero se niega a ir —dice—. Ha reconocido que tiene un problema, pero no quiere salir de aquí.

Asiento.

—Es cosa nuestra, entonces.

—No tienes por qué quedarte, Morgan. Cole no es tu responsabilidad.

—¿Y la tuya sí? Es mi amigo —respondo con fiereza—. No pienso dejarlo tirado. Y a ti tampoco.

Su mirada se suaviza. Los ojos se le empañan. Estoy a punto de tocarlo cuando el timbre suena. Él parpadea rápido y se pone en pie.

Lisa está en el umbral de la puerta, y no viene sola. Me levanto yo también. ¿Es que hoy es el día oficial de las visitas inesperadas y yo no me había enterado?

—¿Qué hace él aquí?

Josh apenas es capaz de mirarme, pero entra en la casa junto a Lisa cuando River le hace un gesto.

Todos los ojos puestos en mí. El anfitrión da un paso adelante.

—Necesitamos toda la ayuda posible. La hermana de Josh es enfermera, y puede echarnos una mano con la recuperación de Cole.

Vale, eso es un buen punto. ¿Cómo voy a negarme?

—Y además, Josh quería hablar contigo —indica mi amiga, que me observa con cautela. Sabe que puedo tomarme esto como una traición por su parte—. Dale solo cinco minutos y, si decides que tiene que irse, seré yo misma la que lo eche de una patada.

Dejo caer los hombros, rendida. No tengo fuerzas para seguir peleando. Vuelvo al sofá y hago una señal a Josh para que se siente.

River y Lisa se dan la vuelta, pero mi examigo les pide que se queden.

—Quiero pediros perdón a todos —comienza a decir—. He sido un egoísta y un gilipollas.

No se le puede negar que empieza bien.

Está nervioso. Se le nota por cómo evita mirarnos a los ojos directamente, por la forma en que se toca las manos, por el movimiento repetitivo de su pie derecho sobre el parqué.

—He sentido algo por ti desde el principio, Morgan —confiesa. Sigue sin mirarme—. Siempre me he convencido de que ser tu amigo era más que suficiente porque tenerte cerca era lo más importante, pero cuando te vi con River…, me volví loco.

—Ya me habías visto con chicos.

—Con él era distinto.

Intercambio una mirada con River y trago saliva.

—Sigo sin entender cómo pudiste hacer algo así.

—Lo sé, y lo siento, de verdad. No sé lo que me pasó. La rabia, los celos… Me convencí de que lo hacía por protegerte, pero la verdad es que solo quería que te dieras cuenta de lo difícil que iba a ser estar a su lado. Solo quería… alejarte de él. Porque tú no ibas a hacerlo.

River no dice nada, pero veo sus nudillos blancos por la presión que ejerce sobre el respaldo del sofá.

—Y decidiste hacerlo tú por mí —concluyo—. No es la primera vez que alguien que asegura quererme me miente con la excusa de que es lo mejor para mí. Pero soy mayorcita, ¿sabes? Y si me equivoco, al menos será por haber tomado una decisión por mí misma.

—Tienes razón, y no sé si alguna vez llegarás a perdonarme, pero quiero que sepas que yo no lo haré. No me perdonaré a mí mismo por lo que te he hecho. —Ahora sí, levanta la cabeza y me mira—. Y lo mínimo que puedo hacer para compensar mi error es ofreceros mi ayuda ahora.

Miro al chico que tengo delante. Hay que ser valiente para mostrar tu vulnerabilidad, para reconocer que te has equivocado, para querer hacer las cosas mejor.

El rostro de Lisa me dice que ella ya lo ha perdonado, pero que todo está en mis manos ahora. El de River… no sé cómo descifrarlo. Veo agotamiento y resignación, aunque también cierta empatía. No se le ha olvidado el sufrimiento que Josh me ha causado, pero sabe lo que es meter la pata y decepcionar a alguien que te importa.

—No voy a olvidarme de todo sin más, Josh.

Asiente, abatido.

—Lo entiendo.

—Pero no puedo ser egoísta ahora mismo. Cole nos necesita a todos, y te agradezco de todo corazón tu ayuda. También tu sinceridad. —Cojo aire y lo expulso despacio—. No puedo prometerte que las cosas vayan a volver a ser como antes, pero… te perdono.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿De verdad?

No me queda espacio en el cuerpo para más rencor.

—De verdad. Aunque necesitaré tiempo para volver a confiar en ti.

Al terminar la frase, mis ojos me traicionan y se encuentran con los de River. Esas palabras podrían estar dirigidas también a él, y creo que lo sabe.

—Voy a hacer que no te arrepientas, Morgan.

—¿Qué tal un abrazo? —propone Lisa.

Josh ve la duda en mi cara, así que extiende la mano.

—No vamos a forzar las cosas.

Se la estrecho mientras una ligera sonrisa me curva los labios.

Capítulo 79

RIVER

Morgan llega con el uniforme del trabajo. Ayer se pasó el día entre el bar y esta casa, aunque apenas intercambiamos alguna frase aislada, y siempre relacionadas con el estado de Cole. Lleva el pelo recogido en un moño, del que se le han salido varios mechones, y tiene unas ojeras importantes, pero a mí me sigue pareciendo una diosa con delantal.

—Hola.

—No hacía falta que vinieras esta noche —le indico mientras la dejo entrar—. Necesitas descansar.

—Tú también —contraataca. Deja el bolso sobre la mesa del salón y se cruje el cuello—. ¿No tienes una reunión mañana en la discográfica? Deberías estar fresco.

—No sé si voy a ir.

Me mira fijamente.

—¿Por qué?

—Ya no hay banda. Ya no hay nada de qué hablar.

—Se trata de ti y de la música, River. Siempre habrá algo de qué hablar.

Me encantaría abrazarla, buscar consuelo en el hueco de su cuello, dejarme llevar por sus caricias y sus besos, y no pensar en nada.

Carraspeo.

—Bueno, ¿has cenado?

—He comido algo en el bar.

—¿Te quedas a dormir hoy?

Se encoge de hombros.

—Quizá eche una cabezada en el sofá.

—Sabes que tienes una habitación, si la quieres.

—No, gracias.

—Sería mucho más fácil que vivieras aquí mientras cuidas de él.

—Fácil… —Se ríe por lo bajo—. Seguro que sí.

—¿Me vas a contar al menos por qué no puedes volver a tu casa? ¿Qué ha pasado con tu madre?

Hace un ademán con la mano.

—Nada importante. Solo ha aparecido mi padre después de más de dos décadas y ahora son una pareja feliz.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Nos vio en la tele y de repente se acordó de que tenía una hija. Qué cosas, ¿eh?

—Joder.

—Sí, joder. Por eso, no pienso volver por allí. Prefiero dormir debajo de un puente. —Alza la mano—. Que sí, que ya sé que puedo quedarme aquí, pero no quiero. Gracias por la oferta.

—No te cortes yéndote por las ramas, tranquila.

Se le escapa media sonrisa.

—Lo siento, pero es que no creo que sea buena idea. Nada más. Necesito estar sola, aclarar mi cabeza y respirar hondo.

Hablando de ideas… Se me acaba de ocurrir una.

—¿Y si te dejo mi casa y te largas de ese hostal horrendo en el que dormiste anoche?

—No es tan horrendo.

—Venga ya, Morgan. —Saco las llaves que llevo en el bolsillo y se las ofrezco—. Sé que te sobra orgullo, pero no dinero. Haz el favor de aceptarlas y deja de malgastarlo.

—No necesito tu ayuda.

—Todos necesitamos ayuda. —La miro a los ojos—. Por favor, coge las llaves.

Veo la contradicción en su cara, en la forma en que se muerde el labio. Al final, suspira y las acepta.

—Apenas estaré allí.

—Vale.

—Y me iré pronto.

—Como quieras.

Juega con el llavero entre los dedos y, finalmente, me mira.

—Gracias.

—No, Morgan, gracias a ti por no dejarme solo en esto. Y sí —me adelanto antes de que abra la boca—, ya sé que lo haces por Cole, pero, aun así, te estoy agradecido. Y si te apetece hablar sobre lo de tu padre o cualquier otra cosa…

—No —se apresura a interrumpirme con determinación y se encamina hacia la habitación de Cole—. No quiero hablar de nada, River.

La veo desaparecer por la puerta y yo dejo escapar el aire contenido en un suspiro largo y exasperado. Cada vez que creo que damos un paso en la dirección correcta, ella me recuerda que no va a ser tan fácil.

Añoro a esos dos adolescentes que compartían sus miedos y sus preocupaciones, que confiaban a ciegas el uno en el otro. He vuelto a perderla, sin ni siquiera haberla tenido, y, sin embargo, solo el hecho de verla cada día es una especie de bálsamo para mí.

Escucho un ruido fuerte proveniente de la habitación y entro a toda prisa. Morgan está encogida, pegada a la pared, y Cole se coge la cabeza con las manos mientras respira agitadamente, cubierto por completo de sudor.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —le pregunto a ella, que asiente y comienza a recoger los pedazos de cerámica de la lámpara rota a sus pies.

—Tengo que salir de aquí. ¡Dejadme salir! —Cole está fuera de sí. Se mueve por la habitación como un león enjaulado.

—Puedes salir hasta el jardín, si quieres. O a pasear, pero con nosotros.

—No quiero pasear. No quiero salir al puto jardín. ¡No quiero estar con vosotros! No necesito una puta niñera, River. ¡No necesito a nadie!

Se lleva la mano al pecho y murmura sin dejar de dar vueltas. Está desquiciado, y yo en tensión, y en medio de él y Morgan.

Pero la chica me rodea y se acerca con las manos en alto.

—Tienes que calmarte.

—Me va a explotar el puto pecho.

—Cole, respira. —Da un paso hacia él. Yo me muevo también—. Mírame. Respira hondo, ¿vale? Conmigo. Lentamente.

Por increíble que parezca, él obedece. El tono de voz de Morgan es calmado, pero firme. No aparta sus ojos de los de Cole.

—Morgan… Me duele… Muchísimo.

Tengo el pecho contraído. El pulso acelerado. El estómago del revés.

—Lo sé, y por eso tienes que tranquilizarte. Siéntate en la cama, voy a traerte agua.

—No quiero agua. Quiero un puto *whisky*.

—Ya hemos hablado de eso, Cole. Sé que es difícil, pero vas a recuperarte.

—Tú no sabes una mierda.

Ella lo coge por los hombros y lo obliga a mirarla.

—Sé que no estoy dispuesta a perderte a ti también, ¿te enteras? Así que, puedes insultarme o mandarme a la mierda las veces que quieras, porque no voy a moverme de tu maldito lado hasta que esté segura de que eso no va a pasar.

Por un momento, parece que Cole baja la guardia y se vuelve a mostrar vulnerable. Que se relaja, que entiende que no vamos a dejar que siga haciéndose daño, pero entonces…

—Voy a dejarlo, de verdad que sí, pero no puedo hacerlo de golpe. Solo un poco, Morgan. Para que deje de dolerme el pecho, para poder dormir después. —La coge por los brazos con desesperación —. Cocaína, heroína… Aunque sea un poco de hierba o alcohol. Cualquier cosa me vale. ¿De verdad quieres hacerme esto? Dices que eres mi amiga, pero me estás viendo sufrir, y sé que tú no quieres verme así.

—Cole…

En los ojos de Morgan ve que no hay nada que hacer, así que el chantaje emocional se disuelve en sus rasgos, deformados ahora por la rabia. La suelta y se sienta en la cama.

—River, ¿por qué no le echas un polvo y le quitas la cara de amargada que lleva de una vez?

—Sé que estás jodido, pero no te pases.

—Vamos, colega, llevas años lloriqueando por esta tía. ¿Por qué pierdes el tiempo conmigo, en vez de estar metido entre sus piernas ahora mismo? Os dejo solos.

Se dirige a la puerta, pero le corto el paso. No es él quien habla, sino el síndrome de abstinencia, pero me está tocando los huevos.

—No vas a salir de esta puta casa, ¿me has oído? Has rechazado ir a una clínica y esto es lo que hay. Si no te gusta, me importa una mierda, pero esta es la ayuda que necesitas.

Chasquea la lengua y se aparta.

—Tío, ¿así era como ayudabas a Jason? Porque tampoco es que sirviera de mucho al final, así que, ¿para qué molestarte conmigo ahora?

Escucho la exclamación ahogada de Morgan a mi izquierda, y un pitido en mis oídos, como si acabaran de darme un golpe.

Bueno, eso es justo lo que Cole acaba de hacer.

—River…

Niego con la cabeza hacia Morgan para que no se preocupe. Las palabras han dolido, pero he soportado cosas peores de parte de mi hermano. La crueldad, la indiferencia y la violencia del adicto que solo piensa en meterse una nueva dosis, sin importar el daño que haga en el proceso.

—Freddy se avergonzaría de ti.

Las palabras se me han escapado antes de pensarlas con detenimiento. No sé si por rabia o como medida desesperada para provocar una reacción en él. Quizá por las dos cosas. Pero necesito que algo lo remueva lo suficiente como para plantearse seguir adelante con esto.

—¿Qué has dicho?

—Él confiaba en que algún día saldrías de toda esta mierda. Creía que eras lo suficientemente fuerte para dejarla atrás, pero está claro que se equivocaba. —Lo miro con dureza—. Yo también lo echo de menos, pero sé que lo único que él querría es que los dos siguiéramos adelante.

Me mira con un odio latente en sus ojos enrojecidos.

—¿Eso es lo que te dices cuando hablas con la discográfica a mis espaldas?

—¿Qué?

—Sé que mañana tienes una reunión.

—Es para hablar del grupo.

—No hay grupo, River.

—Aún estamos tú y yo.

Se levanta despacio y se acerca hasta que su nariz casi se pega a la mía.

—Aquí ya solo estás tú, el niño bonito de las canciones tristes. ¿Ya te ha dado suficiente material la muerte de tu amigo? ¿Vas a hablarles de las nuevas letras que han salido del fondo de tu alma atormentada? —escupe con ira y rencor.

—Si no te han convocado, es solo porque no eres más que un puto yonqui que no está en condiciones de hablar con nadie.

La saliva me sabe amarga después de pronunciar esas palabras, pero apenas tengo tiempo de arrepentirme antes de que vuelva al ataque.

—Entonces, ¿por qué no me dejas morir a mí también? Ya te has quitado un obstáculo de en medio, solo te falta el otro.

No lo pienso cuando le lanzo el puño a la cara. Me quedo mirándolo, tirado en el suelo. Desde aquí arriba, parece más indefenso que nunca.

Pum, pum. Pum, pum. El corazón golpea contra mis costillas. La respiración acelerada provoca que apenas me llegue oxígeno a los pulmones.

Me ahogo.

Tengo que salir de aquí.

Ni siquiera soy capaz de mirar a Morgan cuando me doy la vuelta y cruzo la puerta.

Capítulo 80

MORGAN

Sigo pegada a la pared cuando escucho la puerta de la casa cerrarse de golpe. River se ha ido hecho una furia, y no es de extrañar. Es demasiado duro lo que le ha dicho Cole, aunque estoy segura de que no lo piensa de verdad.

Todos tenemos las emociones a flor de piel. A veces, la rabia y la tristeza nos llevan al silencio, pero otras solo nos hacen sacar a la luz reproches que no benefician a nadie.

Voy a la cocina a por un poco de hielo y vuelvo a la habitación. Me acerco despacio a Cole, que sigue tirado en el suelo. Le pongo una mano en el hombro y me doy cuenta de que está llorando en silencio.

—Levanta, vamos.

—Déjame, Morgan. —Sorbe por la nariz—. Mejor vete detrás de tu querido River, que es el que de verdad te importa.

—¿No vas a parar hasta que te quedes completamente solo?

Me mira a los ojos. Los suyos están tan rojos, que apenas se distingue el color castaño del iris.

—Es lo único que me merezco.

—Nadie merece estar solo, Cole.

Le pongo en el pómulo el hielo, que he envuelto con un trapo, y él se aparta ante mi contacto.

—No necesito tu lástima.

Chasqueo la lengua y me siento en el suelo, junto a él.

—¿Quieres que avisemos a tus padres? Quizá con ellos…

Levanta la cabeza de golpe y se arrastra para ponerse más cerca. Me señala con el dedo.

—Ni se te ocurra.

Tengo que reprimir la sonrisa. Sabía que así obtendría una reacción, más allá de la autocompasión por la que ahora navega.

—Nunca hablas de ellos —comento, después de un rato en silencio. Me mira—. De tus padres.

—No hay nada que decir. Apenas los conozco.

—¿Y… te gustaría conocerlos más? Aunque sea ahora, que ya eres adulto.

Entrecierra los ojos.

—¿Me estás psicoanalizando o solo quieres distraerme?

—Un poco de las dos cosas —confieso—. En realidad, soy nueva en lo de tener padres, en plural. Y me preguntaba si es normal no querer saber nada de ellos.

Apenas se percibe con la luz tenue de la habitación, pero juraría que abre los ojos por la sorpresa.

—¿Tu padre…?

—Ha recordado que tiene una hija. Así, de repente, después de veintiún años. ¿No es fantástico? Y solo porque vio a mi madre por la tele hablando con la prensa.

—Menudo capullo.

—Eso creo yo. ¿Estoy loca por no querer saber nada de él?

—Qué le jodan.

Sonrío un poco y, para mi alivio, veo que él también. Apoyo la cabeza en la pared.

—Pues sí, que le jodan.

—A lo mejor…, me vendría bien un poco de ese hielo.

Se lo ofrezco y observo cómo se lo coloca en la cara con un siseo.

—Eso ha tenido que doler.

—Se ha contenido, pero sí. El cabrón pega duro.

—Deberías hablar con él.

Suspira.

—Tiene razón, ¿sabes? Solo soy un yonqui de mierda. Me merezco el puñetazo y todo lo malo que me pase.

—Deja de hablar así de una puñetera vez.

—¿Por qué? Es la verdad, Morgan. Yo… —Traga saliva, sonoramente, como si intentara deshacerse de un nudo en su garganta—. Yo tengo la culpa de que Freddy se haya ido.

—No tienes la culpa de que ese coche invadiera tu carril.

Se lleva las manos a la cabeza.

—Dejad de hacer eso. Dejad de disculparme. Iba puesto de todo. Si hubiera ido más despacio o hubiera tenido mejores reflejos, es probable que Freddy siguiera aquí.

La voz se le rompe en las últimas palabras. Le paso un brazo por encima y lo atraigo hacia mí. Esta vez no se aleja. Su mano se aferra a la camisa de mi uniforme y su rostro se esconde en el hueco entre mi cuello y mi hombro.

Cole Edwards se echa a llorar sin contenciones, con una desesperación desgarradora, y permite por primera vez que lo vean vulnerable. Con seguridad, no por decisión propia, pero lo tomo como algo positivo. Detrás de esa apariencia de tipo duro, siempre ha habido un niño con unas carencias afectivas demasiado grandes. La coraza que se ha puesto durante tanto tiempo no le estaba protegiendo de nada, más bien al contrario.

Acaricio su espalda arriba y abajo mientras dejo que se desahogue.

—Todos encontramos algo de culpa, si la buscamos, Cole. Está bien admitir los errores, pero de nada sirve si no intentamos aprender de ellos.

—Lo echo mucho de menos…

Ahogo un sollozo. Esta situación es insoportable.

—Yo también.

—Si le hubiera puesto las cosas más fáciles, no habría tenido que inventarse una excusa para subirme a ese coche.

Me aparto un poco para mirarlo a la cara.

—¿A qué te refieres?

—Sé perfectamente lo que quería decirme esa noche. Lo que quería decirme desde hace tiempo.

Alzo las cejas.

—¿Lo sabes? ¿Llegó a decírtelo?

Niega con la cabeza y un dolor terrible asoma en sus ojos.

—No le dio tiempo, pero yo… lo vi en su cara. Lo sabía. Sabía lo que sentía por mí desde hacía meses, y permití que siguiera sufriendo en silencio.

—¿Por qué?

—Porque yo no podía corresponderle, y no quería perder a mi

amigo. Fui un cobarde, Morgan. —Las lágrimas cubren ya sus mejillas al completo—. Fui un maldito cobarde, y ahora Freddy se ha muerto sin haber tenido la oportunidad de decírmelo.

Vuelvo a abrazarlo. Me cuesta varios segundos reunir las palabras y la voz para poder responderle.

—Él te quería, Cole. Te quería desde hace mucho, y no querría verte así por nada del mundo. No te guardaría rencor por nada. Llora, patalea, cabréate con nosotros, con el mundo o contigo mismo, pero tienes que seguir adelante, ¿me oyes? Si no lo haces por ti, hazlo por Freddy. Vive por los dos. No hay mayor homenaje que puedas hacerle.

La barbilla le tiembla, pero asiente. Está sudando y temblando a la vez. El síndrome de abstinencia lo está machacando, pero es un paso necesario para salir del agujero.

—Te debo una disculpa, Morgan.

Frunzo el ceño.

—¿A mí, por qué?

—Porque me he portado como un gilipollas contigo.

—Tampoco es para tanto.

Niega con la cabeza.

—Hay cosas que no sabes.

—¿Qué cosas?

Sus ojos evitan mi mirada y se dirigen a sus manos.

—No he apoyado demasiado lo tuyo con River. Cuando nos contó que acababa de cruzarse contigo en la puerta del bar, después de tres malditos años, la culpa me vino encima de golpe. Ni siquiera pude alegrarme en ese momento, Morgan.

—No te preocupes por eso ahora.

—No, déjame decírtelo. Déjame soltar toda la mierda de una vez.

—Está bien, te escucho.

Se humedece los labios y fija la mirada en un punto indeterminado de la pared de enfrente.

—Durante la primera gira de aquel verano, cuando River y tú os enviabais cartas como dos idiotas enamorados… —Para un segundo, como si estuviera cogiendo aire—. Yo le robé las dos últimas que le enviaste y las tiré a la basura. —Aprieto los puños, pero no digo

nada—. Por eso no te respondió, porque pensó que no había nada a lo que responder.

—Cole…

—Hay más —me interrumpe—. La primera noche en la que estuvisteis juntos, le dije a Lisa algo que sabía que te diría a ti. Algo que era mentira.

—¿Cómo?

Ahora sí, se gira y se enfrenta a mi posible juicio con todas las consecuencias.

—River no estuvo tonteando con chicas durante el verano que estuvisteis separados, Morgan. No dejó de pensar en ti, de escribirte canciones y cartas, de taladrarnos continuamente con las ganas que tenía de verte.

No sé ni qué pensar ahora mismo. Ya es tarde para esto, ¿no? Han pasado muchas cosas entre River y yo. Esta información no cambia nada.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque tenía miedo de que lo dejara todo por ti, si seguíais así. Fui un imbécil egoísta, como Jim, y un puto mentiroso.

—Eso ahora da igual, Cole. Ha pasado mucho tiempo.

No sé si lo digo más para él o para mí misma. Ha pasado tiempo. No debe importarme, no puedo quedarme anclada en lo que podría haber sido y no fue. Mi madre, Jim, Cole… Tantas personas metiéndose entre nosotros y habíamos conseguido superarlo.

O eso pensaba hasta que vi esa maldita foto.

—Pero todo podría haber sido muy diferente —continúa Cole—. Lo siento mucho. No te merecías todo el daño que te he causado. Y River tampoco.

Sacudo la cabeza.

—No sirve de nada echar la vista atrás ahora.

—He sido un amigo de mierda. Entendería perfectamente que te levantaras y te fueras.

Enarco una ceja.

—Buen intento, pero tendrás que esforzarte más para echarme de aquí.

—Yo… —La mirada se le empaña. Traga saliva—. No quiero que te

vayas, Morgan. No quiero que me dejes tú también.

Lo abrazo con fuerza, una vez más.

—Entonces, me quedaré en este suelo contigo el tiempo que haga falta.

Capítulo 81

RIVER

El mar está tan revuelto como mi estómago. La brisa se ha convertido en un aire furibundo, una metáfora muy acertada de mi respiración hasta hace un momento.

La rabia se ha ido diluyendo poco a poco en mi pecho y ahora solo queda tristeza y vergüenza. Tengo que volver a casa pronto, aunque solo sea por Morgan. La he dejado con un Cole inestable, a pesar de asegurarle que no era responsabilidad suya.

Las lágrimas me queman la piel, pero destensan un poco el nudo de la garganta. Clavo la vista en el lienzo anaranjado del atardecer y suspiro.

—Ojalá estuvieras aquí, colega —susurro. No escucho mi voz por culpa del viento, pero siento esas palabras clavándose como puñales en el corazón.

No sé cómo vamos a superar la muerte de Freddy. No sé cómo vamos a superar el resto de mierda sin él. Era el pegamento que nos unía, y ahora Cole y yo solo somos dos piezas sueltas que no saben encajar.

Me ha dolido lo que me ha dicho de Jason, pero sobre todo lo que ha insinuado sobre Freddy. Como si yo fuera un cabrón egoísta que quiere quitarse a sus amigos de encima por sus propios intereses.

Quizá alguna vez me haya imaginado cómo sería ir por libre, dentro de muchos años. Pero de ahí a querer deshacerme de ellos como de unos trastos viejos… Me cabreo solo de recordar sus palabras.

En cualquier caso, no tendría que haberle pegado. Debería haber sido más fuerte, haberme controlado, haber entendido que él estaba en una posición mucho más vulnerable que la mía. Y, encima, con Morgan delante. Seguro que piensa que soy una bestia insensible.

Hundo las manos en la arena y agarro un puñado. Dejo que se

escape entre mis dedos y observo cómo se aleja con el viento. Rápida. Inalcanzable. Inevitable.

Ojalá el tiempo, ahora, pasara así de deprisa. Ojalá pudiéramos saltarnos este momento, deslizarnos como la arena y aterrizar en el futuro, donde las cosas fueran mejor.

Porque todo va a ir mejor, ¿verdad? Vamos a salir de esta.

Me pongo en pie y me sacudo los pantalones. Es hora de volver.

***

Cuando entro en casa, solo me recibe el silencio. Suspiro de alivio porque el delantal de Morgan sigue en el mismo sitio. Me reconforta que no se haya ido todavía. Camino despacio por el pasillo y acerco la oreja a la puerta entornada. Más silencio. Asomo la cabeza por el hueco y me encuentro con una imagen del todo inesperada: Cole está durmiendo sobre las piernas de Morgan, en el suelo, mientras ella le acaricia el pelo. Mi amigo tiene los párpados hinchados y el pómulo enrojecido por mi golpe, pero respira tranquilo, sumido en un sueño profundo.

Como si se sintiera a salvo.

Hay un trapo húmedo, del que salen algunos cubitos a medio derretir, tirado junto a sus pies.

—Hola —susurro.

Ella esboza media sonrisa cansada.

—Hola.

—Siento haberme ido así…

Se lleva un dedo a los labios y, acto seguido, me hace un gesto para que le pase una almohada. Con cuidado, sustituye sus piernas por ella y apoya la cabeza de Cole despacio. Le echa la sábana por encima y sale de la habitación de puntillas.

Cierra la puerta a su espalda y suspira.

—¿Cómo ha ido? —pregunto.

Me indica que la siga y eso hago. Me siento en el sofá junto a ella.

—Se siente culpable por la muerte de Freddy.

—Ya, como todos.

Tiene razón. Todos hemos encontrado motivos para culparnos por las decisiones que tomamos aquella noche. Todos hemos deseado hacer mejor las cosas.

—Sí, pero él conducía ese coche, River. Para Cole es más difícil aceptar todo esto. Cree que se merece que lo dejemos tirado.

Me echo el pelo hacia atrás y suspiro.

—Es un imbécil, pero no pienso rendirme con él. No debería haberle pegado.

—Pues no.

—Lo siento.

—Eso deberías decírselo a él. Te necesita. Y sé que ha estado mal lo que te ha dicho, pero tenéis que encontrar la forma de apoyaros el uno en el otro.

Me inclino hacia ella.

—¿Y qué pasa contigo, Ocean?

No me corrige. No me pide que la llame por su nombre real.

—¿Qué pasa conmigo?

—Vives preocupada por los demás, pero sé que por dentro…

Niega con la cabeza.

—Yo estoy bien.

—Freddy era tu amigo también. Tu padre ha aparecido. Tú y yo…

—No necesito que me hagas una lista de todas las putadas que me han pasado, River. Soy muy consciente de todas ellas. Simplemente, he decidido seguir adelante, aunque la mochila pese cada vez más. Aunque me duela cada maldito paso que doy con ella a cuestas.

Esta chica y su increíble fortaleza. Podríamos derrumbarnos todos y cada uno de los que tiene a su alrededor, y ella seguiría luchando por sujetarnos solo con sus brazos.

—No deberías cargar con tanto peso tú sola.

Se encoge de hombros, quitándole importancia.

—Tengo una mochila grande.

—Terminará por romperse, Ocean. Yo podría guardarte unas cuantas cosas en la mía, si me dejaras.

—¿En serio? —Alza las cejas y tuerce una sonrisa—. Pero si a la

tuya se le han saltado hasta las costuras de lo que le has metido.

Nos reímos, como si no estuviéramos los dos destrozados por dentro. Es como un pequeño oasis en mitad del desierto asfixiante.

—Has estado en la playa —dice de pronto.

—¿Cómo lo sabes?

Alarga el brazo y toma un mechón de mi pelo. Me enseña las yemas de sus dedos, cubiertas de arena.

—Solo hay que seguir las evidencias, querido Watson.

Me sacudo la arena y luego limpio sus dedos, pero no aparto la mano al terminar. Me aferro a la suya.

—Tenemos que hablar.

—Estamos hablando —dice tranquila, pero se suelta como si le quemara.

—Hablar de nosotros. De esa foto. De lo mucho que te echo de menos.

—River… —Niega con la cabeza—. Ahora no.

—¿Cuándo? —Sé que sueno desesperado, pero no me importa. Ya no es momento de ocultar o fingir lo que siento.

Se pone en pie. Recoge el delantal y me dedica una última mirada exhausta.

—Cuando vacíe algún bolsillo de la mochila.

***

Horas más tarde, mientras escucho música en los cascos, sobre una tumbona del jardín, pienso en todo lo que habría querido decirle a Morgan y no le he dicho. En los errores del pasado y del presente. En la seguridad absoluta de que cometeré más en el futuro, sea cual sea.

Un toque en el hombro consigue sobresaltarme. Giro el cuello y me encuentro a Cole con las manos en alto.

—No quería asustarte.

—Tranquilo. —Me incorporo—. No te he oído llegar.

—¿Dónde está Morgan?

Noto inquietud en su voz.

—Le he dejado las llaves de mi casa. Volverá mañana. —Asiente y me mira de reojo, indeciso, así que me pongo en pie—. Siento haberte pegado.

Se rasca la nuca y suspira.

—Tenías todo el derecho del mundo a hacerlo.

—No, claro que no.

—No debería haberte dicho nada de eso. No sé ni por dónde empezar a pedirte perdón.

—Te perdono porque sé que estás en la mierda y no eres dueño de tus actos.

Se ríe.

—El comodín del yonqui, entiendo. —Me mira, dubitativo—. Gracias, tío.

—¿Me perdonas tú a mí?

—Eso ni se pregunta. —Me da una palmada en la espalda. Pretendemos aparentar normalidad, pero se nos da de pena. Está claro que tenemos que hablar en profundidad, pero, por ahora, esto tendrá que servir—. Somos colegas, ¿no?

La sonrisa le tiembla en los labios. El pómulo se le ha hinchado casi tanto como los ojos. Tiene un aspecto lamentable.

—Nada de colegas. —Tiro de él y lo atraigo para abrazarlo con fuerza—. Tú y yo somos hermanos.

Capítulo 82

MORGAN

Los días pasan y todo parece haberse estancado. Seguimos una rutina más o menos tranquila, aunque siempre con la sensación de que puede saltar por los aires al menor descuido.

Cole ha pasado por todos los estados de ánimo posibles. El síndrome de abstinencia le está dando algún que otro respiro, al menos en cuanto a síntomas físicos. Las palpitaciones y las náuseas no se han ido del todo, pero empiezan a espaciarse en el tiempo.

No he vuelto a hablar con mi madre ni con el tal Charlie. He decidido no referirme a él como mi padre porque la verdad es que nunca lo ha sido. Me importa una mierda lo que diga la biología; ser padre es mucho más que poner un poco de esperma, como quien espolvorea unos gramos de azúcar para hacer un bizcocho.

River no ha vuelto a intentar hablar conmigo sobre nuestra relación. Está volcado con la recuperación de Cole. Han hablado mucho estos días, y ahora ya sabe que, aunque Freddy no logró llevar a cabo su confesión aquella fatídica noche, Cole ya conocía su secreto. Es un pequeño consuelo, de alguna manera. El último propósito en la tierra de nuestro amigo se cumplió, aunque él se fuera sin saberlo.

El vocalista de The last flame también está bastante liado resolviendo asuntos con la discográfica. He notado que se encierra a menudo a componer, y que cada mañana sale de casa temprano, vestido con una ropa deportiva que le queda demasiado bien.

Lo sé, porque nos cruzamos en la entrada cuando le hago el relevo.

Se ha empeñado en regalarme un teléfono móvil para que podamos estar en contacto, en caso de alguna emergencia. No soy muy amiga de este cacharro, pero admito que es útil. Sobre todo, teniendo en cuenta nuestra situación actual.

Hoy es mi día libre, así que he aprovechado para quedar con Lisa y Josh. Las cosas entre los tres se parecen a lo que fueron, pero todavía nos queda camino por recorrer.

—Este helado está increíble —dice Lisa. Su forma de chupar la cuchara es casi obscena.

—Estás poniendo a cien a media heladería —observa Josh.

Lejos de sentirse avergonzada, mi amiga exagera todavía más, lo que nos hace reír a nosotros.

—¿Por qué te gusta tanto escandalizar a la gente? —pregunto.

—No he venido a este mundo para pasar desapercibida.

Sonrío.

—Desde luego que no.

No sé si puedo considerar amigo a Josh todavía, pero me gusta la idea de volver a tenerlo en mi vida. Sin prisa, disfrutando de momentos tan sencillos como este, en el que hablamos de las últimas películas que hemos visto o de los sitios a donde nos gustaría viajar.

—¿Cómo está Cole? —pregunta al cabo de unos minutos—. Os he traído el medicamento que os comentó Cara.

La hermana de Josh se pasó a ver a Cole hace una semana y, desde entonces, ha estado bastante pendiente de su evolución.

—Gracias. —Le doy un pequeño apretón en la mano al aceptarlo —. De verdad.

El chico sonríe con dulzura.

—No es nada.

—Es mucho, Josh. —Se me escapa un suspiro—. Esto nos lo pone más fácil a todos.

—Pareces agotada.

—Lo estoy —admito—, pero lo prefiero así. Tengo menos tiempo para pensar por la noche.

—¿Sigues en casa de River? —pregunta Lisa.

Asiento.

—¿River te ha dejado su casa? ¿La del… cumpleaños? —Josh desvía la vista. Hablar de mi cumpleaños se ha convertido en una especie de tema tabú.

—Ha sido un detallazo —sigue nuestra amiga.

—La verdad es que es muy generoso por su parte.

Enarco una ceja.

—¿Ahora estás en el equipo River?

Él se ríe y parece sonrojarse un poco.

—Solo digo que me parece un buen tío.

Doy vueltas a la cuchara en la copa de helado derretido.

—Supongo que sí.

Josh carraspea.

—Entonces, ¿no has vuelto a hablar con tus padres?

Se me revuelve el estómago solo de escuchar esa palabra.

—No, no he vuelto a hablar con mi madre y el aprovechado de Charlie.

—¿No hay nada que quieras recuperar de tu casa?

Me encojo de hombros.

—Me llevé todo lo importante. El resto, como si lo queman.

Agradezco su preocupación, pero no quiero seguir hablando de este tema. He aprendido a priorizar estas últimas semanas, y a dejar a un lado los problemas de los que no me apetece hablar. Como quien esconde el polvo bajo la alfombra.

—¿Y tú estás bien?

—Mejor que con ellos —respondo con sinceridad—. Llevo mucho tiempo siguiendo el camino que se supone que debía seguir con mi madre. Aguantando, esperando que cambiara… Pero no puedo más.

Lisa levanta su copa de helado.

—Por salirse del camino.

Josh y yo la imitamos. Brindamos por tener la libertad para coger las riendas de nuestra vida.

Dejamos la heladería una hora después, con el estómago lleno y la sonrisa en la cara, cuando una chica se acerca a nosotros con un micrófono. Hay un chico con una cámara detrás. No sé de dónde salen tres más.

—¡Morgan! —exclama alguien—. ¿Cómo estás?

—Eh… bien. —Frunzo el ceño y me tapo los ojos con la mano. Los *flashes* van a cegarme.

—¿Quién es este chico?

—¿Dónde tienes escondido a River? Apenas lo vemos.

—¿Lo has perdonado por su desliz?

Ignoro las preguntas, hasta que una sobresale por encima de las demás.

—¿Qué opinas de las últimas declaraciones de tus padres?

Me detengo de golpe, aturdida.

—¿Qué…?

—¿Es cierto que no conocías a tu padre? ¿Por qué no quieres darle una oportunidad? ¿De verdad has abandonado a tu madre?

Una náusea me pone el estómago del revés. Dejo de entender lo que me dicen y solo escucho murmullos. Me empieza a faltar el aire cuando me rodean.

—Bueno, se acabó. —Josh tira de mi mano para sacarme de allí—. ¡Quitaos de en medio!

—Panda de buitres —murmura Lisa a mi otro lado. Me protege con un brazo, mientras con el otro se va abriendo paso—. Dejadla respirar.

Me dejo llevar de forma automática hasta que nos alejamos lo suficiente como para subirnos en un taxi, pero lo de respirar sigue pareciéndome demasiado difícil.

Lisa me obliga a poner la cabeza entre las piernas. Josh le da indicaciones al taxista. Alguien golpea los cristales del coche.

—¡Morgan! ¡Solo un momento!

—Arranque de una vez —exige mi amiga al conductor, sin soltarme la mano que estoy apretándole. Su voz suena junto a mi oído a continuación—. Tranquila, estamos contigo. Respira hondo.

Y eso hago, respirar. Concentrarme en el aire que entra y sale de mis pulmones, mientras me pregunto qué he hecho yo para merecer unos padres tan nefastos.

Capítulo 83

RIVER

El timbre de casa suena a eso de las siete de forma insistente. Suelto el *tupper* de comida china, que acabo de sacar de la nevera, y me dirijo a la puerta.

—Vaya, no te espera… —Me interrumpo cuando veo el rostro de Morgan invadido por el pánico—. ¿Qué pasa?

Lisa entra delante de ella de forma atropellada. Tira de su mano para arrastrarla al interior de la casa.

—Agua. Necesita agua —indica, mientras trastea por la cocina en busca de algún vaso.

Me apresuro a llenar uno hasta arriba y se lo ofrezco a Morgan. Se ha sentado en el sofá y tiene la mirada perdida, así que tengo que ponérselo prácticamente delante de los ojos para que se percate.

—Ocean, me estás asustando. —Me siento a su lado—. Dime algo.

Se bebe el vaso de un solo trago, suelta el aire por la nariz y ahora sí, me mira.

—¿Cómo está Cole?

Frunzo el ceño.

—Tirado en la cama viendo la tele, pero…

—Voy a verlo mientras vosotros… —Lisa carraspea—. Os dejo solos.

Morgan se muerde la uña del dedo pulgar, nerviosa. Le aparto la mano de la boca y espero a que hable de una vez.

—No te has enterado, ¿no?

—¿De qué?

—Mis padres han salido en la tele.

—¿Cómo que en la tele?

—Me han asaltado un montón de periodistas hace un momento. Tenía que venir a hablar contigo, porque quizá lo que hayan dicho te pueda afectar de alguna manera. Hablaban de mí, pero también de

ti, y yo no quiero que…

—Vale, para un segundo. —La tomo por los hombros—. Deja de preocuparte por mí, ¿vale? Puedo con lo que sea que hayan dicho.

—¿Por qué, River? ¿Por qué me han hecho esto?

No quiero ser yo el que le diga que a sus padres les importa más un poco de fama que el bienestar de su hija. Aunque ella ya lo sepa.

—Este mundillo corrompe a la gente, Morgan. La fama, la atención, el dinero…

—Valen más que las personas —termina ella por mí.

—Solo para algunos.

Se deja caer hacia atrás en el sofá y cierra los ojos. Una lágrima desciende entre las pestañas de uno.

—Al final, tú tenías razón.

Cuando levanta los párpados, se le escapa otra lágrima. Ya no me contengo más y se la limpio con el pulgar.

—¿En qué?

—La mochila se ha roto, River. Ya ni siquiera puedo coserla, y ahora tengo todas mis mierdas por el suelo, sin saber qué hacer con ellas.

Subo una rodilla al sofá y estiro el brazo sobre el respaldo en el que ella se apoya.

—Déjalas ahí. No vuelvas a guardarlas.

—No es tan fácil.

—Ya lo sé. —Comienzo a masajear su entrecejo con el pulgar—. Necesitas tiempo.

Ella gruñe, pero se deja hacer, mientras intento que se relaje un poco. Acaricio sus sienes, su pelo, la línea de su mandíbula…

Abre los ojos de golpe y se levanta como un resorte.

—Voy a ver a Cole.

—Eh… vale. Voy contigo.

Quizá me he pasado con lo de tocarla, pero me queman los dedos cuando la tengo cerca. La distancia entre nosotros es demasiado dolorosa.

Caminamos en silencio por el pasillo, y nos detenemos al escuchar las voces del interior de la habitación de Cole.

—¿Se está riendo? —pregunto en un susurro.

Morgan sonríe.

—Es el efecto Lisa.

Los dos ponemos la oreja sobre la madera, quedando cara a cara.

—No me puedo creer que le hicieras eso al pobre chaval en la primera cita —comenta Cole.

—Eh, era la segunda. Y si un tío no es capaz de cantar *Like a virgin* conmigo, no necesito una tercera.

—¿Delante de todo el mundo?

—¡Era un karaoke!

—Estaban tus padres entre el público.

—Simple casualidad. Estoy segura de que tú habrías cantado.

—Eso no es justo para ese tío. Yo no tengo miedo escénico y canto como los ángeles. —Rompe a toser y Lisa suelta un ¡ja!

—Como los ángeles del infierno, con esa voz que tienes ahora. Estás hecho un asco, tío.

—Menos mal que has venido a animarme, Lis.

Echo un vistazo a Morgan. Los dos estamos sonriendo como idiotas.

—Ahora en serio, ¿cómo lo llevas? —pregunta Lisa—. Parece que estás mejor.

—Se me da bien fingir.

—Venga ya.

Se produce un silencio inquietante en el que Morgan y yo aguantamos la respiración.

—La mitad del tiempo pienso en drogarme.

—Pero eso es normal, ¿no? ¿En qué piensas la otra mitad? —pregunta ella con esperanza.

—En morirme.

—Joder, Cole. No tiene gracia.

—Ya, pero es lo que hay.

Otro silencio. Morgan y yo intercambiamos una mirada que esconde demasiadas cosas, pero la principal es el miedo.

—Quizá deberías plantearte lo de la clínica.

—Ya lo he hecho.

—Eso es bueno, tío. Quieres mejorar, quieres curarte.

—No es por mí. —Su voz suena ronca—. Es por Freddy. Por River

y Morgan, sobre todo. No se merecen todo lo que les estoy haciendo sufrir. Esto es un problema mío, y, aunque agradezco su ayuda, la de todos vosotros, me siento demasiado egoísta como para seguir así.

—Sabes que lo hacemos porque te queremos, pero entiendo lo que quieres decir. Sobre todo con respecto a ellos dos.

—Han paralizado todo por mí, Lisa. Y ya les he jodido la vida bastante a lo largo de estos años.

—¿Por qué dices eso?

—Digamos que no he sido el mayor *fan* de su relación. No se lo he puesto fácil nunca. Y ellos siguen a mi lado, ¿por qué tienen que ser tan buena gente? Ya podían mandarme a tomar por culo. Me hacen sentir más culpable.

Lisa se ríe.

—Eres idiota, pero te haces querer. Debe de ser eso.

—Tengo mi encanto, tú lo sabes bien. —Unos segundos de silencio —. Si me quito de en medio, quizá encuentren la forma de volver a estar juntos. De ser felices otra vez.

Mi mano y la de Morgan están a un centímetro de distancia sobre la madera. Los latidos de mi corazón desbocado me retumban contra el pecho. Me pierdo en los ojos marrones de la chica que tengo tan cerca y, a la vez, tan lejos.

—Entonces…, ¿qué vas a hacer? —La voz de Lisa de nuevo.

—De momento, pedirles que dejen de escuchar tras la puerta y entren para obligarles a aclarar las cosas.

***

Detengo el coche delante de mi casa. Morgan baja sin decir nada, y yo me pregunto si debería hacerlo también. Si debería seguirla hasta la puerta y pedirle entrar. Porque, aunque en las escrituras de este lugar ponga que soy el dueño, ahora mismo pienso tratarlo como su hogar. Su parcela de intimidad. Su lugar seguro.

Hemos estado un rato hablando con Cole sobre su deseo de entrar en una clínica de desintoxicación. Le hemos asegurado que no era

ninguna carga para nosotros, pero él se ha empeñado en que ya era hora de asumir su responsabilidad y tomar decisiones correctas.

Lo cierto, es que ha sido un alivio porque estoy convencido de que lo que más necesita es ayuda profesional. He sentido impotencia cada minuto de cada día sin saber qué más hacer por él.

Luego, ha salido el tema de la foto en el club, y, aunque Cole le ha explicado por activa y por pasiva a Morgan lo que ocurrió en realidad, que yo no tuve nada con aquella desconocida, no me ha quedado claro si ella lo ha creído.

Lisa se ha ofrecido a quedarse con él, mientras yo la acompañaba a casa y, en fin, aquí estamos. Supongo que hoy ya hemos tenido demasiadas emociones y que Morgan querrá tiempo y espacio para digerirlas, así que me dispongo a irme.

—¿No entras?

La miro, sorprendido.

—¿Quieres que entre?

—Es tu casa.

—No, de momento es la tuya. Así que repetiré la pregunta: ¿quieres que entre?

Mete la llave en la cerradura y abre. Me hace un gesto con la cabeza y yo paro el motor del coche para seguirla. La casa huele a ella, y eso me provoca una sensación cálida, muy parecida a la felicidad, mientras me asalta el pensamiento de que así es como debería oler este sitio cada día.

Morgan saca dos cervezas frías de la nevera y abre la puerta del jardín. Nos sentamos de cara al mar y bebemos en silencio.

—¿Crees que Cole iba en serio? Con lo de la clínica.

Me giro para mirarla.

—Eso parece.

—Estamos haciendo lo correcto, ¿no?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿por qué siento como si lo estuviéramos abandonando?

Yo siento lo mismo, pero no dejo de repetirme que esto es lo mejor para él.

—Hemos llegado hasta donde hemos podido, Morgan. Esto se

escapa de nuestras manos.

—Supongo que tienes razón.

Veo que se abraza a sí misma, y no sé si es porque empieza a refrescar o porque necesita reconfortarse, pero entro en la casa y me hago con un par de sudaderas viejas que siempre tengo a mano.

—¿Te apetece un paseo por la playa? —le pregunto mientras le entrego una.

Cuando termina de ponérsela, le bajo la capucha y le aparto un mechón de la cara.

—Vamos —dice, echando a andar camino abajo.

No hay nadie más a estas horas.

Nos descalzamos y paseamos por la orilla, dejando que las olas laman nuestros pies. El cielo es una mezcla de naranjas, rosas, morados, azules… Es como uno de los lienzos de Morgan.

Tengo la sensación de que el silencio que compartimos mientras caminamos está cargado de todas las cosas que no nos hemos dicho.

No puedo aguantarlo más.

—Te debo una disculpa.

Me mira, extrañada.

—¿Por lo de la foto? Cole ya me lo ha explicado.

—Por todo. Por lo que dije en el hospital, cuando prácticamente te culpé por distraerme y desatender a mis amigos, por alejarme después, por cerrarme tanto en mí mismo, por centrarme solo en lo que yo necesitaba…

—Reconozco que me dolió que me dejaras a un lado. Me habría gustado que te apoyaras en mí. Que me dejaras apoyarme a mí en ti.

—No sabía cómo gestionar todo lo que sentía. No te merecías aguantarme en un momento así. No podía… cuidarte.

—No necesitaba que me cuidaras, solo estar a tu lado en un momento tan difícil. Sentir que nos teníamos el uno al otro. Es lo que se hace cuando alguien te importa.

—No quería hacerte daño, y terminé haciéndote más. —Me detengo y ella hace lo mismo. Doy un paso adelante y la tomo de las manos—. Pero te he añorado cada minuto de cada día, Ocean. La

vida es mucho más gris si tú no estás a mi lado.

Sus ojos brillan bajo la luz del atardecer, reflejando los colores del cielo. Su piel está ardiendo cuando le acaricio las mejillas con los pulgares. Me quedo prendido en sus ojos durante un tiempo infinito.

—River…

—No me digas que no quieres hablar de esto ahora, por favor.

La sonrisa que esboza me pilla totalmente desprevenido. Se pone de cuclillas y entrelaza sus manos tras mi nuca.

—Iba a preguntarte cuándo pensabas besarme, idiota.

No espero más y busco sus labios con anhelo. Bajo una mano hasta su cintura y la aprieto más contra mí. Abro ligeramente la boca, y siento una descarga cuando nuestras lenguas se encuentran en un baile húmedo y lento que me enciende al instante.

Al separarnos, para coger aire, apoyo mi frente en la suya. No la suelto. No pienso volver a soltarla.

Cuando se sienta, sin deshacer el contacto entre nuestros dedos, me coloco a su lado sobre la arena. Apoya la cabeza sobre mi hombro y nos quedamos allí, mirando el horizonte.

—¿Ocean?

El corazón me va a cien. A mil.

—¿Hum?

Pum, pum. Pum, pum.

—Te quiero. —Trago saliva—. Siempre te he querido. Me dio miedo reconocerlo entonces, pero me enamoré de ti en aquel garaje. Y me arrepiento cada día de haberte dejado escapar.

Noto cómo se tensa bajo mi abrazo un segundo, antes de apartarse. Mierda… ¿La he vuelto a cagar justo cuando todo empezaba a arreglarse?

Tengo miedo de mirarla ahora, pero lo hago de todas formas.

—Perdona, no he podido contenerme —suelto de forma atropellada. Niego con la cabeza—. ¡Qué idiota soy, joder! Debería haber cerrado el pico. Después de todo, no puedo esperar que tú…

—¿Que yo…? —No digo nada, no soy capaz de acabar esa frase. Sus ojos oscuros me miran fijamente—. Yo también te quería, River.

«Me quería. En pasado».

—¿Y crees que podrías volver a quererme? —A la mierda, voy con

todo. Hemos llegado hasta aquí, ¿no? Las cartas sobre la mesa de una vez.

Morgan se humedece los labios. No parpadea al responder.

—No. —El corazón se me para por un momento. No sé dónde poner las manos ahora que no la toco. Me giro hacia el mar con la esperanza de que consiga calmarme. Los dedos de Morgan me cogen por sorpresa cuando se posan sobre mi mejilla y me obligan a mirarla—. No puedo volver a quererte, River… porque nunca he dejado de hacerlo.

Sin darme tiempo a procesar esas palabras, vuelve a juntar sus labios con los míos. La envuelvo con mis brazos y la atraigo hacia mí, mientras las olas se rompen contra la orilla al ritmo de los latidos de mi corazón.

Los minutos transcurren y nos besamos despacio. Compito con el viento por tocar su piel. Este momento, este lugar, es un oasis en medio de todo lo que hemos pasado.

—¿Qué crees que ocurrirá a partir de ahora? —pregunta.

—No lo sé… Supongo que seguiremos con nuestras vidas.

—¿Y si no me gusta mi vida?

—Entonces puedes cambiarla. —Dejo otro beso en su cabeza—. ¿Qué te gustaría hacer?

—Irme.

—¿Adónde?

—A cualquier sitio. Me conformo con alejarme de aquí un tiempo.

—¿Y qué te parecería Nueva York?

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué Nueva York?

—Porque es donde me han ofrecido trabajar en la discográfica. Hay un par de productores interesados en mi música.

Cuando me había preguntado qué tal la reunión de hace unos días, me había limitado a decirle que bien, sin dar detalles.

—¿En serio? ¿Por qué no habías dicho nada?

—Porque estaba descartado. No pensaba dejar a Cole.

—Y ahora has decidido aceptar.

—Me lo estoy planteando. —Trago saliva. El corazón me late muy deprisa—. ¿Vendrías conmigo?

—River…

—No te apetece.

Odio lo decepcionada que suena mi voz. Entrelaza sus dedos con los míos.

—No es eso. Es que… creo que necesito tranquilidad. Encontrar mi propio camino, ¿entiendes? No sé si seguir hasta Nueva York a una estrella del *rock* sería bueno para mí ahora mismo.

—Ya.

—Pero ahora tenemos móviles, ¿no? Es más fácil mantener el contacto.

—Cada vez que nos separamos…

No soy capaz de terminar la frase.

—Tienes que ir, River. Tienes que seguir persiguiendo tus sueños.

La voz me sale ronca cuando vuelvo a hablar.

—Lo pensaré.

Volvemos a estar en el mismo punto que hace unos años. Quizá tengamos más formas de mantener el contacto ahora, pero de nuevo me parece que el camino que se abre ante mí está más oscuro solo porque ella no va a recorrerlo conmigo.

Y no sé si esta vez estoy dispuesto a aceptarlo.

Capítulo 84

MORGAN

Tengo un nudo en el estómago desde ayer, pero, para cuando llegamos a la puerta del centro, ya ha duplicado su tamaño.

Han pasado un par de semanas y Cole no se ha arrepentido ni una vez de su decisión de ingresar aquí, o al menos no nos ha dicho nada. Tiene miedo, eso es evidente, pero creo que no es el único. Miedo de estar tanto tiempo separados, miedo de que todo esto no funcione.

Sale del coche despacio y se queda mirando el edificio. Es bonito, y lo rodea un jardín acogedor.

—Al menos no parece un hospital —murmura.

Me pongo a su lado y me cuelgo de su brazo.

—Solo lo mejor para las estrellas de *rock* con adicciones.

Veo que tuerce una sonrisa antes de mirarme.

—Qué suerte tengo.

Me río y apoyo la cabeza en su hombro. En el otro lado aparece Lisa. Y, junto a ella, Josh. Se ha implicado tanto en la recuperación de nuestro amigo, que casi es uno más de este grupo.

Casi.

—Tu primera clínica de desintoxicación, Cole. ¿No estás emocionado? —pregunta Lisa—. Ahora sí vas a ser una leyenda del *rock*.

Todos nos reímos. Las bromas de mi amiga siempre nos ayudan a destensar el ambiente.

—No sé, bombón… Creía que te gustaba mi aire decadente y hecho polvo. ¿Qué pasará cuando salga de aquí sin ojeras y con una salud envidiable?

Lisa suspira teatralmente.

—Supongo que tendré que acostumbrarme.

River tarda demasiado en traer el equipaje de Cole. Creo que, en

realidad, necesitaba un momento antes de despedirse. Arrastra la maleta y, sin decir nada, se coloca delante de él. Sus ojos bajan hasta la camiseta de *I destroy silence* que lleva puesta el bajista, propiedad de Freddy.

—Dejando claras tus intenciones, nada más entrar, ¿eh? —bromea.

Cole agacha la cabeza y sonríe al acariciar la tela.

—Podría montar un grupo ahí dentro. ¿Crees que habrá algún músico?

—¿Alguno? Vas a poder montar tu propio festival —añade Lisa.

River sonríe, pero veo sus ojos brillantes por la emoción contenida.

—Estaría muy orgulloso de ti —indica. No es necesario que nombre al sujeto de esa frase porque todos sabemos que habla de Freddy—. Y yo también, colega.

Se abrazan. Trago saliva y parpadeo varias veces para ahuyentar las lágrimas.

—Lo que estás haciendo es muy valiente, Cole —digo cuando llega mi turno de despedirme.

—Ya me tocaba, ¿no?

Ahora me abraza a mí. Lo aprieto con fuerza.

—Vamos a estar aquí cuando salgas —le prometo.

—Ya, en cuanto a eso… —Cuando se aparta, veo que se ha puesto serio. Nos toma de la mano a River y a mí—. Quiero que dejéis de culparos por todo y que no os quedéis con ganas de hacer nada, ¿entendido? Yo voy a estar bien. Y estaré mejor si sé que mis dos mejores amigos están ahí fuera intentando ser felices.

—Vale, ya estoy llorando —suelta Lisa—. ¿Estás contento?

Se limpia las lágrimas y los demás nos reímos. Yo aprovecho para hacer lo mismo, mientras Cole la abraza y deja un beso en su cabeza.

—Lis, gracias por todo. No sé cómo pagarte lo que has hecho por mí.

—Para empezar, cuídate ahí dentro. Ya te cuidaré yo cuando salgas. —Le guiña un ojo.

—Tú sí que sabes cómo motivarme.

Josh, que se ha mantenido un paso por detrás con discreción, le ofrece la mano a Cole. El otro se queda mirándole los dedos y enarca una ceja.

—Creo que después de verme vomitar y mearme encima ya podemos hacer esto, tío.

Tira de él y lo abraza. Josh parece tan sorprendido como los demás, pero lo cierto es que Cole tiene razón. Hemos compartido tanto estas últimas semanas, que un simple apretón de manos parece fuera de lugar.

El silencio oprime demasiado en este momento. Es hora de decir adiós. Últimos abrazos. Lágrimas incontrolables. Sonrisas llenas de esperanza.

Cole coge su maleta y cruza la puerta hacia lo que espero que sea el primer capítulo de su nueva vida.

—Bueno… —comienzo a decir cuando desaparece—, yo también debería irme ya. No quiero perder el autobús.

—Insisto en que puedo llevarte a la estación, Ocean.

Las lágrimas están a punto de volver.

—Prefiero despedirme de todos aquí. De lo contrario, no sé si seré capaz de irme.

—Entonces, deberíamos acompañarte —suelta Lisa.

Niego con la cabeza.

—Vamos a volver a vernos —le aseguro por enésima vez.

—Me da igual. Sigue siendo un adiós.

—Abrázame de una vez.

Lo hace con tanta fuerza que me corta la respiración. Al separarme, veo la duda en los ojos de Josh. No sabe qué hacer. No sabe si ofrecerme la mano o dar un paso adelante y pedirme un abrazo, que creo que ambos necesitamos desde hace tiempo.

Me adelanto y lo hago yo. Escucho el suspiro de alivio que se le escapa.

—Cuida de esta cabeza loca —le pido, refiriéndome a Lisa.

—Lo haré.

Llega el turno de River. Lisa carraspea y agarra del codo a Josh.

—Nosotros nos vamos ya. Avísame cuando llegues a Nuevo México, ¿vale?

Un último abrazo rápido que casi me rompe las costillas, un beso sonoro en la mejilla y la visión de mis dos amigos alejándose calle abajo.

—¿Estás bien? —pregunto al ver lo serio que vuelve a estar River. Aunque, en realidad, no ha dejado de estarlo desde hace días—. Cole va a superarlo, estoy segura.

Niega con la cabeza.

—Lo sé. No es eso. —Sus manos atrapan las mías—. Ocean, no quiero despedirme de ti.

—Esto no es un adiós definitivo, River.

Se acerca más a mí.

—¿Y si me subo a ese autobús contigo?

—Te esperan en Nueva York en dos días.

—Pero…

—Estás intentando retrasar lo inevitable.

—Es que voy a echarte muchísimo de menos.

Sonrío, aunque estoy segura de que solo me sale una mueca triste.

—Yo también.

No le digo que anoche mismo estuve a punto de decirle que había cambiado de idea e iría a Nueva York con él. No le digo nada, porque de verdad creo que tengo que hacer esto. Tengo que seguir mis propios pasos, aunque no tenga ni idea de a dónde me llevarán.

De momento, he dejado mi trabajo —aunque sé que Roger me dejaría volver si quisiera—, para volver a la ciudad que me vio crecer. Desde allí, ya improvisaré.

Tampoco le digo que me encantaría que viniera conmigo. Que se me parte el alma solo de pensar en decirle adiós.

No puedo ser tan egoísta.

—Esto es un hasta pronto, River. —Atrapo su cara y acaricio sus mejillas con los pulgares.

Me responde con un beso hambriento y desesperado, que me sabe a despedida, más que a esperanza.

***

El autobús va medio vacío, así que ocupo un sitio junto a la ventana y dejo la mochila en el asiento de al lado con un largo suspiro. La melancolía no me ha dejado en paz ni un solo segundo, pero me he convencido de que voy a ser capaz de soportarla, hasta que bajo mi pecho nazcan emociones más amables.

Alejarme de esta ciudad no es tan fácil como había imaginado.

No me he permitido pensar en mi madre hasta ahora, pero lo cierto es que creo que, de alguna forma, voy a añorarla. O quizá solo añoraré la idea de lo que tendría que haber sido.

Aun así, ayer por la tarde le dejé en el buzón una pequeña nota con este número de teléfono, en la que le decía que me iba durante un tiempo. Sé que mira el correo cada día, pero no he recibido ninguna llamada todavía.

Y creo que no quiero hacerlo, en realidad.

Pienso en Cole y en cómo estará llevando sus primeras horas en el centro. En lo difícil que es el camino que tiene que transitar, y en que me gustaría estar ahí para darle la mano. Pero a veces debemos entender que necesitamos hacernos a un lado para que las personas que queremos sigan adelante.

Pienso en Lisa. En su risa, en sus bromas y en su apoyo incondicional. En todo lo que me ha ayudado desde que nos conocemos. Tengo intención de llamarla continuamente. En parte, porque me ha amenazado de forma violenta si no lo hago, pero, sobre todo, porque voy a echarla terriblemente de menos.

Pienso en Josh y en lo que significa perdonar a alguien. En que nuestros errores no son lo que nos definen, sino la forma de enfrentarnos a ellos. Quizá algún día pueda volver a confiar en él ciegamente, quién sabe.

Pienso en Freddy. En lo mucho que ha significado para mí, y en lo injusta que es la vida a veces. En que, incluso entre la pena y el dolor, encuentro ganas de sonreír al cielo mientras lo recuerdo. Su energía y su bondad me van a acompañar siempre. Solo espero ser mejor persona para parecerme, aunque sea un poquito a él.

Y, sobre todo, pienso en River. En sus ojos verdes, en su sonrisa canalla, en sus dedos hábiles sobre las cuerdas de la guitarra o sobre mi piel. En lo mucho que me duele haber perdido tantos años

de amistad y no tenerlo al lado ahora mismo.

Me hundo en el asiento y me esfuerzo por no echarme a llorar. Se supone que estoy haciendo esto porque quiero… ¿Por qué me siento tan triste, entonces?

El móvil que me regaló River vibra en el bolsillo de mi pantalón.

«Tendrías que haberme dejado acompañarte a la estación. Habría corrido tras el autobús para verte hasta el último segundo, mientras tú pegabas la mano al cristal. Entonces, yo leería en tus labios lo mucho que me quieres y me quedaría allí quieto, minutos después de que el autobús desapareciera».

Sonrío al leer su mensaje y me dispongo a responder.

«Eres un dramático».

«Por eso escribo tan bien».

«Quizá podrías escribir una canción sobre la película que te has montado».

«¿Quién ha dicho que no la haya escrito ya?».

Me río en voz alta.

«Siempre tan productivo. ¿Ya has hecho la maleta?».

«Con una mochila me vale».

Frunzo el ceño.

«¿Una mochila para pasar un mes en Nueva York?».

Me quedo mirando la pantalla, pero los segundos transcurren sin que me responda. Vale, tengo que relajarme. Ya lo hará, ¿no? Estará liado preparando el viaje.

El autobús se pone en marcha. No avanza ni unos metros cuando se escuchan unos golpes en una de las puertas. El conductor masculla un insulto, pero detiene el vehículo.

—La salida era a las seis en punto —informa de mala gana a la persona que se ha retrasado—. Un momento, ¿tú no eres…?

—Solo necesito un minuto, por favor.

Esa voz. Me levanto de golpe y salgo al estrecho pasillo entre los asientos.

—¿River?

El conductor le permite entrar sin más objeciones. El autobús se llena de gritos ahogados y murmullos. Está claro que todo el mundo lo reconoce.

—Siento la interrupción, pero necesito hablar con esa chica.

Me señala con la mano y todos se me quedan mirando. Noto un ardor apoderarse de mis mejillas.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

Recorre el pasillo hasta quedar frente a mí.

—Ocean, no quiero decirte adiós.

Lanzo una mirada de reojo y carraspeo antes de hablar lo más bajo que puedo. Creo que no sirve de nada, porque el autobús se ha quedado en silencio y todos sus integrantes nos observan, como si no fuéramos más que un par de actores rodando una escena.

—Ya hemos hablado de esto.

—Lo sé, y lo siento. Sé que necesitas irte y que no querías que viniera aquí a despedirte, pero ¿y si te digo que no tenemos por qué hacerlo?

—¿Que no tenemos por qué hacer qué?

—Despedirnos.

—No sé si te entiendo, River.

—Me voy contigo —asegura. Sus palabras transmiten toda la firmeza que ahora necesitarían mis rodillas—. Me da igual a dónde.

El corazón me martillea contra el pecho.

—¿Te has vuelto loco? No puedo pedirte eso.

—No me lo estás pidiendo, Morgan. Te lo estoy pidiendo yo. —Coge aire y lo expulsa mientras me coge de las manos—. Déjame acompañarte. Súbete al coche conmigo y conduciré hasta que me pidas que pare.

—Pero Nueva York…

—A la mierda Nueva York. —Veo la determinación en sus ojos, la noto en el tono de su voz. Está hablando completamente en serio—. Todo puede esperar, excepto estar contigo.

Si no fuera porque tengo las manos ocupadas entre las suyas, me pellizcaría para asegurarme de que esto no es un sueño.

—¡Si no lo besas tú, lo haré yo! —grita una mujer.

Una carcajada general.

River me enseña los dientes en una sonrisa preciosa, pero veo el miedo en sus ojos. No por su decisión, sino por la mía.

Me tapo la cara con una mano un segundo, avergonzada, pero

termino lanzándome a sus brazos. Alguien comienza a aplaudir en el momento en que nuestros labios se rozan.

River se aparta y me sujeta la cara con las manos.

—¿Es un sí?

—¿Estás seguro de esto?

—No he estado más seguro de nada en toda mi vida. —Me da un beso tierno en los labios—. ¿Sabes? Creo que Freddy tenía razón. Que lo nuestro es cosa del destino. Y da igual todas las piedras que podamos encontrarnos en el camino a partir de ahora, porque el río siempre encuentra la forma de llegar hasta el océano, Morgan. Y a mí nada me va a volver a separar de ti.

—Estás loco. —Me muerdo la sonrisa que se me desborda en los labios.

—Sí, por ti. —Se cuelga mi mochila al hombro—. Y no voy a dejar que cargues con este peso tú sola nunca más.

—Pero la música…

—¿Es que no te has dado cuenta ya, Ocean? —Entrelaza sus dedos con los míos y me atrae hacia él de nuevo—. Tú me importas más que la música.

Epílogo

Seis meses después

RIVER

Hoy el océano está en calma. Las olas se mecen a un ritmo lento, constante. Me quedo absorto, observando cómo lamen la arena de la orilla con su espuma, pensando en todo lo que ha pasado durante estos últimos meses.

Todo lo que nos ha traído hasta aquí.

He descubierto que mi casa no es un lugar. No tiene nada que ver con paredes y techos. Mi casa es la chica de la que no me he separado en todo este tiempo y que ahora mismo está poniéndole un gorrito de Navidad al perro salchicha que adoptamos hace una semana.

—Venga, Devon, pon un poquito de tu parte —le pide mientras el cachorro mordisquea sus dedos—. Solo para la foto.

Me acerco hasta ella y enarco una ceja.

—Sigue sin convencerme ese nombre.

—¡Si tiene los mismos ojos que él!

Me río y niego con la cabeza. Morgan estuvo colada por el guaperas de Devon Sawa en la época en que se estrenó *Jóvenes aventureros*. El Devon canino se ha puesto a lamerle la cara, pero al menos el gorrito le aguanta sobre la cabeza.

Solo hace tres días que hemos vuelto de nuestro último viaje, pero ya hemos decorado la casa con luces, un abeto y un montón de adornos. En gran parte, porque Violet va a pasar con nosotros las fiestas y no queremos que falte ni un detalle.

—Bueno, creo que ya está todo.

La miro de arriba abajo. Lleva un vestido de color granate y unos botines negros, y se ha alisado su larga melena castaña. Me acerco y le rodeo la cintura con un brazo.

—Estás preciosa, Ocean.

La beso despacio hasta que el dichoso Devon se pone a ladrar. Chasqueo la lengua cuando ella se separa para cogerlo en brazos.

—Colega, empiezo a pensar que la quieres solo para ti —le digo, mientras le rasco entre las orejas.

Morgan se ríe y lo deja en el suelo antes de volver a ponerme los dos brazos tras la nuca.

—No te pongas celoso. Son amores diferentes, pero yo os quiero a los dos.

Entreabro los labios y vuelvo a besarla. Dejo que mi lengua juegue con la suya despacio. Mis manos bajan hasta sus nalgas y la aprietan más contra mí.

El timbre suena una vez, pero no la suelto. Dos veces.

—Deberíamos abrir —jadea contra mi boca.

—O no.

—River…

Le muerdo el labio inferior y gruño mientras me coloco la bragueta.

—Por favor, abre tú, yo necesito un momento.

Se peina con las manos y se estira la falda del vestido. Desaparece en el interior de la casa y yo respiro hondo, sin dejar de sonreír.

Seis meses recorriendo el mundo con ella y todavía me cuesta creer que esta sea mi realidad: despertarme cada día junto a la chica de mis sueños.

Estoy deseando verla cumplir los suyos. Me muero de ganas de enseñarle la habitación que estoy preparando para ella y su música, sus pinturas, su mundo. Sabe que tramo algo desde hace días, porque le he puesto un cerrojo a la puerta y no le he dado la llave, pero estoy convencido de que la espera merecerá la pena.

Escucho voces en el interior, compruebo que en mis pantalones está todo en su sitio y me acerco a la puerta del jardín justo cuando Cole y Lisa la atraviesan. Les doy un abrazo a cada uno y entonces me fijo en la camiseta de mi amigo. Lleva estampado el dibujo de una batería y sé de sobra que no es casualidad. Es su pequeño tributo para Freddy.

Sonríe al darse cuenta de que la miro y me pasa un brazo por los hombros.

—Así que vais a estar en casa una temporada.

—Eso parece. A Morgan la han aceptado en Colburn y yo sigo sin tener muchas ganas de irme a Nueva York.

—¿Colburn? —La sonrisa de Cole se ensancha mientras la busca con la mirada—. ¡Eh, Morgan, ven aquí!

Ella estaba hablando con Lisa, pero ambas se acercan ante los aspavientos de mi colega, que levanta del suelo a Morgan en cuanto llega hasta él.

—¡Cole, bájame! —pide ella entre risas.

Él obedece, pero no la suelta.

—¡Enhorabuena por lo de Colburn! ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Me he enterado esta mañana. De hecho, se lo estaba contando a Lisa justo ahora. —La señala con la cabeza—. Iba a decírtelo a continuación, pero veo que River se me ha adelantado.

—Perdón. Me ha podido la emoción de tener una novia con tanto talento.

La atrapo de la cintura y la atraigo para besarla en el cuello. Su risa es como una caricia.

—Sois asquerosamente dulces —opina Lisa, que tiene a Devon mordisqueándole el bajo de los pantalones—. ¡Qué envidia me dais!

—Eh, Lis, si necesitas algo dulce…

Cole ladea una de sus sonrisas canallas. Ella coge al perro en brazos y pone los ojos en blanco.

—Creo que voy a esperar a la tarta, fantasma.

Nos reímos, y yo vuelvo a pensar en la buena pareja que hacen. Dicen que solo son amigos, y tengo entendido que han dejado atrás su etapa de echar polvos de forma indiscriminada, pero a mí me cuesta creerlo.

En cualquier caso, me gusta ser testigo de esa dinámica entre ellos, como si no hubiera pasado el tiempo. Como si toda la mierda que nos ha arrollado durante estos años no hubiera podido con nosotros.

—Tíos, me alegro de que vayáis a quedaros por aquí. —Mi amigo se muestra sereno y saludable. Los meses que ha pasado en el centro de desintoxicación no han sido fáciles, pero le han salvado

literalmente la vida.

—Y yo —coincide Lisa, colgándose del cuello de Morgan—. River, pienso robártela bastante, así que ve buscándote cosas que hacer.

Enarco una ceja.

—¿No me digas? ¿Alguna idea?

Lisa intercambia una mirada cómplice con Cole, como si compartieran algún secreto.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Morgan, que también se ha dado cuenta.

Nuestro amigo baja la vista. ¿Se está ruborizando?

—A lo mejor, River podría echarle un ojo a algo en lo que he estado trabajando.

Abro los ojos con sorpresa.

—¿Estás componiendo?

Cole ayudó en la composición de alguna de nuestras canciones, pero solía decir que lo suyo era rasgar las cuerdas del bajo y que las palabras eran cosa mía.

Se rasca la nuca.

—Sí, ya lo sé, es una tontería. Pero hay un par de críos en el centro que parecen interesados de verdad en la música. Creo que les iría bien tener una motivación, algo que los distrajera de toda la mierda de la adicción.

—No es ninguna tontería, tío. Estás ayudando a unos chavales que lo necesitan.

—En realidad, me están ayudando más ellos a mí. Incluso han puesto título a la canción, *Bonus track*. —Se inclina para que solo pueda escuchar yo las estrofas que canta en voz baja.

I have a nightmare every night
You close your eyes in front of me
The hardest times are coming back
I feel in my face the first tears

Se le escapa una sonrisa genuina al terminar.

—Me gusta. Cuenta conmigo para lo que necesites —prometo—. Estoy muy orgulloso de ti, colega. Y sé que… Freddy también lo estaría.

La sonrisa le tiembla en los labios. Yo trago saliva sonoramente por culpa del nudo en la garganta. No importa cuánto tiempo pase, nombrar a nuestro amigo siempre hace que la tristeza aflore un poco en nuestros ojos.

Supongo que llegará un momento en el que los buenos recuerdos consigan barrer esa tristeza lo suficiente como para que cueste un poco menos respirar. Así ha pasado con Jason, al fin y al cabo.

El timbre vuelve a sonar y damos la bienvenida a los padres de Freddy. Hoy nuestro amigo cumpliría veintitrés años y hemos querido reunirnos todos. Es la primera vez que no está para soplar las velas y hemos decidido soplarlas nosotros por él.

—¿Y quién es esta cosita tan bonita? —pregunta la madre de Freddy. Coge en brazos al cachorro y le da un beso en la cabeza.

—Devon —responde Morgan, sonriente.

—¿Devon? —pregunta Cole, arrugando la nariz.

Lisa suspira, soñadora.

—Como Devon Sawa, nuestro amor de adolescencia.

—Un guaperas de Hollywood, qué original.

—Tan original como Pamela Anderson, ¿no?

Cole se encoge de hombros.

—Qué puedo decir, siempre me han ido las mujeres con curvas.

Su guiño solo provoca que Lisa suelte un bufido y los padres de Freddy se rían. Es agradable verlos así, después de todo por lo que han pasado.

Ningún padre debería enterrar a su hijo.

Morgan enciende las luces del jardín y se sienta delante de mí, dándome la espalda. La rodeo con los brazos y apoyo la barbilla sobre su cabeza.

—¿Me estás oliendo el pelo? —susurra.

—La dichosa vainilla —reconozco—. Es superior a mí.

Su risa rebota contra mi pecho.

Comemos, charlamos y reímos. Voy a por una guitarra y acompaño a Cole, mientras se lanza a cantar su canción. Veo las

lágrimas contenidas en los ojos de todos los presentes. En especial, cuando llegan las estrofas que hablan de la persona que nos ha traído a todos aquí hoy.

But your voice wake me up
There is another song to sing
I have this bonus track
And another dream to live

Sacamos la tarta. Soplamos las velas. Cada uno pedimos un deseo que no repetimos en voz alta. Cuando termina la velada, tengo el pecho lleno de demasiadas emociones.

Nos despedimos de los padres de Freddy y de nuestros amigos con la promesa de volver a vernos pronto.

Al cerrar la puerta, vuelvo al jardín y me acerco a Morgan, que está recogiendo la mesa. Veo por encima del hombro que tiene las velas entre los dedos.

Rodeo su cintura por detrás.

—¿Estás bien?

—Le habría encantado vernos a todos reunidos.

—Ya lo creo.

Suspira y deja las velas antes de darse la vuelta.

—¿Crees que algún día dejaremos de echarlo de menos?

—Creo que no, porque significaría que lo hemos olvidado. Y eso es…

—Imposible.

Asiento.

—Cada día dolerá un poco menos, te lo prometo. Y las ganas de reír al recordarlo serán mayores que las ganas de llorar.

La chica preciosa que tengo delante sonríe a la vez que una gota desciende por su mejilla. La atrapo con mis labios.

—¿Y hasta entonces?

—Hasta entonces, Ocean… Voy a seguir bebiéndome cada una de tus lágrimas para que no puedan ahogarte.

Agradecimientos

La idea de esta novela llegó en 2021, y desde entonces, la historia de cada personaje se fue formando en mi cabeza poco a poco. Pensaba en ellos continuamente, pero sentía que todavía no había llegado su momento. Que necesitaba que me cantaran al oído un poco más.

Eso pasó a principios de 2024. Con una carpeta de Pinterest, una *playlist* y muchas notas, comencé a darle forma a lo que yo llamaba Proyecto Band.

El viaje ha sido largo e intenso. Con bloqueos, síndrome del impostor y una presión que no pude evitar ponerme a mí misma y que ha sido difícil de sostener. Sacar tiempo para terminar esta novela ha sido una odisea, y la vida me ha obligado a hacer más de un parón. Doy gracias a la música, que tiene el poder de cambiarme el estado de ánimo, de recargarme de energía y despejar las nubes en un día de tormenta.

Han sido meses difíciles, pero también emocionantes. Porque acabé formando parte de The last flame, disfruté de las alegrías de Morgan, River y los demás, y sufrí cuando ellos lo hacían. Porque estos personajes se van a quedar conmigo para siempre y, gracias a Teresa y al equipo de Ediciones Kiwi, puedo acariciar su historia con las manos.

Pero este camino no lo he recorrido sola. Por suerte, tengo a personas increíbles a mi lado que me dan fuerzas extras para poder continuar.

Iván, mi compañero de viaje, que me has visto derramar tantas lágrimas y celebrar cada capítulo que escribía. Gracias por levantarme cuando yo no tengo fuerzas, gracias por ser oxígeno y hogar. Contigo hasta el fin del mundo y más allá.

A mis increíbles lectoras cero, que os emocionáis conmigo en cada historia. Os admiro por todo lo que sois capaces de hacer y, además, encontrar siempre un hueco para leerme.

A Raquel, mi *sister*, gracias por estar siempre al pie del cañón,

después de más de tres décadas. Es increíble todo lo que hemos pasado juntas, y me alegra saber que nos queda mucho más.

A María, gracias por tu amistad durante todos estos años. Compi, fue una suerte encontrarte y compartir sueños contigo. Sé que nos quedan muchos más, y que seguiremos de la mano en el camino, creando historias y hablando mediante *gifs*.

A Sam, gracias por tu apoyo siempre. Qué bonito fue cruzarnos en este mundo de letras y descubrir que compartíamos tantos sueños. Gracias, amiga, por las risas y las pelis, por esas charlas de horas que a nosotras nos parecen de minutos. Por esa energía tan increíble. Necesito que me digas la marca de tu café.

Gracias a mi familia por darme alas, por comprenderme y por recordarme que no me rinda. Por su apoyo incondicional y por quererme, incluso cuando estoy más insoportable. A mis padres, mi hermano y mi cuñi, Tahisa (aún recuerdo esa tarde buscando nombres para el grupo). A mi suegra. A mis tíos. A todos los que siempre se emocionan conmigo y creen en mí.

Gracias a esas personas especiales que celebráis la publicación de cada uno de mis libros, que me apoyáis y acompañáis en cada paso, que me esperáis para darme un abrazo en una firma (me emociono solo de recordarlo), que me dais vuestro cariño en persona o en la distancia, a través de redes sociales. Sois increíbles y me motiváis a seguir.

Gracias a mis amigas, a mis compañeras de trabajo, por su paciencia y su cariño. Por las risas y los buenos deseos siempre.

Y, por supuesto, gracias a ti por llegar hasta aquí. Por unirte a The last flame y dejarte llevar por sus canciones. Ojalá que tu vida tenga una banda sonora preciosa, y que siempre encuentres refugio en tu canción favorita.